



# Poesías

JUAN VALERA

- Al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo
- Notas
- Poesías
  - Fantasía
  - A María
  - En el álbum de María
  - A Lucinda
  - A Laureta
  - Mi lira
  - El sueño de las tinieblas
  - Imitación de Lamartine

Soneto

- La muerte del avecilla
- En el álbum de Conrado
- En la tumba de Laureta
- A la muerte de Espronceda
- La maga de mis sueños
- A Lelia
- A mis amigos
- Al mar
- A Sofía
- La Virgen misteriosa
- Soneto

- La ninfa de las aguas
- La nueva flor de Gnido
- Soneto
- La ilusión de la copa
- Fábula de Euforión
- En la égloga cuarta de Virgilio
- La divinidad de Cristo
- A Delia

Imitación de Lamartine

- Al amanecer
- La envidiosa
- La mano de la sultana

Leyenda oriental

- El fuego divino
- A la Santísima Virgen

Pensamientos religiosos

- Las aventuras de Cide Yahye

Historia filosófica y verdadera

- Desengaño
- La inspiración
- Despedida
- Granada y Nápoles
- Noche de abril
- A la reina de los pollos
- A Rojana
- A Lucía
- A Lucía

Soneto

- Sobre la primera página

De un ejemplar de «Orlando»

- Del amor
- A Cristóbal Colón
- La resurrección de Cristo
- Recuerdo
- Romance de la hermosa Catalina
- A Julia
- El vuelo del diablo
- Sueños

- Amor del cielo
- Impaciencia
- En un álbum
- A la muerte de una niña
- Plegaria
- El amor y el poeta
- A Malvina
- A Gláfira, de dominó negro
- Al príncipe imperial de los franceses
- Saudades de Elisena
- Correo extranjero
- Raimundo Lulio

#### Fragmentos

- A Catalina
- Al Excmo. Señor D. Antonio Alcalá Galiano

#### Carta dedicatoria

- Último adiós
- Sin forma
- Desengaño
- Ofrenda de los pastores
- El espejo

#### Fragmento

- A Jorge

#### Oda

- Interpretación de un sueño
- Elisa de paseo
- Romance
- Coplas
- A María
- A Blanca Rosa
- A Genoveva
- Cumpleaños de Blanca Rosa
- A Melisa
- Al mirar tus ojos
- Arcacosua

#### Poema euskero, místico y picante

- En un abanico
- A Flavia
- Idilio
- Idilio

- Usinar

Episodio del Mahabharata

- Santa

Episodio del Mahabharata

- Idilios contradictorios
- Consuelo en la poesía
- A su alteza la Serma. Sra. Infanta doña Isabel de Borbón

En una función teatral a beneficio de las víctimas de las inundaciones

- Paráfrasis y traducciones

- Fragmento de Byron
- Al sol

Paráfrasis de un fragmento del «Manfredo»

- Las gotas de néctar

De Goethe

- El paraíso y la Peri

Leyenda oriental de Tomás Moore

- El ángel y la princesa

Romance de Garrett

- El pajarillo del príncipe de Ipsilanti
- Tu recuerdo

De Manuel Geibel

- Al sueño

Del mismo

- El hada Melusina

Del mismo

- El huerto de las rosas

Del griego moderno

- El amante hechizado  
Del griego moderno
- Romance del pajecito  
De Manuel Geibel
- Firdusi  
De Enrique Heine
- Romance del pastorcito y la infanta  
Del alemán
- La trompeta del juicio  
De Victor Hugo
- El dios Apolo  
De Enrique Heine
- El paladín heraldo  
De Luis Uhland
- La hija del joyero  
De Luis Uhland
- La iglesia perdida  
De Luis Uhland
- La velada de Venus  
Paráfrasis de un himno sagrado de incierto autor latino
- La oreja del diablo  
De Juan Fastenrath
- Abdelrahmán I y el ángel  
De Juan Fastenrath
- Trozos del Fausto
- El sable de Vucachin

### Romance popular de Servia

- Elegía de Abul-Beka, de Ronda, a la pérdida de Córdoba, Sevilla y Valencia
- Confiteor Deo
- Las hojas que cantan

De J. Russell Lowell

- Praxíteles y Fryne

De W. Wetmore Story

- Luz y tinieblas

De John Greenleaf Whittier

- El mayoral del rey Admeto

De J. Russell Lowell

- Reco

De J. Russell Lowell

- El destructor de los ídolos

De J. Russell Lowell

- Notas del autor

---

### Índice alfabético

- A las cuatro, mañana
- A las tres infantas,
- Al volver la primavera
- Ame mañana el amador; mañana
- Amor, bella Elisa, es
- Amor, yo te bendigo;
- Céfiro blando de la dulce Flora,
- Clara brillaba la luna,
- Como si en la pradera
- Con el divino libro
- Con leve, obscuro velo,
- Con todos estos versos en la mano,
- Cual faro divino,
- Cual la perla que vierte la mañana
- Cuando los años con veloz carrera

- Cuando por vez primera
- Cuando robó Plutón, enamorado,
- Cuanto sube hasta la cima,
- De la increada fuente
- Del año mil cuatrocientos,
- De la remota selva a veces viene
- Del Edén a las puertas tristemente
- Del tierno pecho aquel amor nacido,
- De regiones extrañas y distantes
- De su hueste a la cabeza
- De un manso arroyo en la risueña orilla,
- Dime, pájaro ¿adónde
- Dulce es el tierno canto
- Dulce me eres,
- Dulce tormento de la vida mía,
- El amor, hijo del cielo,
- El cuerpo me hiede a humo
- El fúlgido diamante
- El plácido arroyuelo
- El rey de Anga, Lomapad glorioso,
- El sol con más viva llama
- El tiempo alegre que pasé a tu lado,
- En balcón del alcázar,
- En el campo de Kosovo,
- En el huerto al entrar de las rosas
- En el jardín que del palacio agosto
- En el portal de Belén
- En el silencio de la noche, cuando,
- En la quinta de Ruzafa,
- En la siempre deseada
- En la vid, con sus pámpanos lozana
- En nombre del Dios único,
- Entre perlas y diamantes,
- En tu virgínea frente,
- En un ameno prado,
- En una rica estancia
- Es mi anhelo vivir siempre contigo,
- Es ya tarde: bate el sueño
- Famosa por su despejo,
- Fue don Duarte a la guerra
- Hace siglos que a la tierra
- Hombres hay de oro y de plata.
- Hurí de las flores,
- ¡Ay! Cuán hermosa, cándida y divina
- ¡Cuán suaves los céfiros murmuran
- ¡Oh, qué llantos en palacio!
- ¡Oh, quién pintar supiera
- ¡Pobre linaje humano!
- ¿A dónde te remontas, alma mía?
- ¿Cuándo será que pueda, amigos míos,

- ¿Por qué, Dalmiro, dejas
- ¿Qué escribirá en tu abanico
- ¿Qué te diré, Malvina,
- Lágrimas son las perlas que la aurora
- Las cuerdas de mi lira
- Las trompas de caza suenan
- Llorad, ¡oh Gracias!, y plegad las alas
- Los siglos pasan sin que nadie pueda
- Lucieron ya los venturosos días
- Manda el cielo a las gentes enseñanza
- Mucho corre la luz, y el pensamiento,
- Mustias están las flores
- Mustias las flores ya, la pompa verde
- Nace del alma mía,
- No por su Don Juan Tenorio
- Nunca puedo olvidarte, Paca mía;
- Orlas de espuma cándida y rizada
- Pasaron ya los días
- Perseguida la tímida paloma
- Pinos y robles son manto
- Por complacer al amado,
- Por la amena pradera
- Por ti en el alma entusiasmada siento
- Preste el amor su idea
- Quien por el hondo mar la patria deja,
- Raudal de vida, Espíritu divino,
- Redondas perlas que ciñen
- Refrigerio del alma,
- Santo Cristo de la Luz,
- Se alza el claustro en un peñón,
- Se obscureció la celestial lumbrera
- Ser del alma, dulce amor,
- Si contempla mi alma,
- Si el sol de primavera
- Siempre presente a la memoria mía
- Si la pompa y las galas que a tus ojos
- Si lindos versos en el Álbum quieres,
- Si toda lozanía
- Sobre el aéreo y mágico palacio
- Sueño, al mirar tus ojos, que suspiro
- Tendió mi alma enamorada el vuelo
- Tu dulce recuerdo
- Tus ojos, vida mía,
- Un campo es el corazón,
- Vanamente, ¡oh, vejez!, con peso grave
- Veréis en estos cantos, dulce hechizo,
- Virgen seductora
- Volad, pajarillos;
- Voy a partir: mi corazón te dejo;
- Ya se cumplía el verso misterioso



- Yo quisiera cantar. Hierve y se agita
- Yo vi entre nubarrones

*Poesías*

Juan Valera

△▽

**Al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo**

Mi querido amigo: No sólo mi extraordinaria pereza, sino también otras causas, han retardado largo tiempo el que yo escriba a usted la extensa carta que le tengo prometida. Ciertas vacilaciones de mi espíritu han tenido la mayor culpa de todo.

Y, sin embargo, yo no vacilo en reimprimir hoy, con creces, las cosas que he escrito en verso, llamémoslas poesías, buenas o malas, que se publicaron muchos años ha, coleccionadas, y cuya primera edición se agotó al cabo.

Esta resolución, estriba en razones, a mi ver, poderosas.

La modestia y el orgullo coinciden en persuadirme de que soy poeta.

Las razones que aduce la modestia son fáciles de exponer aquí. Las difíciles son las que da el orgullo.

Desidioso yo, descuidado y vagabundo, jamás tuve humor, paciencia y reposo para estudiar seria y detenidamente doctrina alguna. A la naturaleza jamás le interrogué con pertinacia y ahínco para que me revelase sus misteriosas operaciones. El aguijón de la curiosidad siempre me punzaba, pero la desidia pudo más conmigo. Yo quise y quiero saber cuanto hay que saber en el mundo, desde los soles ingentes que pueblan el éter infinito hasta el átomo imperceptible; pero como no he estudiado nada, es evidente que nada sé. Ni aun he logrado enterarme de si estudiando hubiera yo llegado a saber algo, lo cual no ha dejado de contribuir a retraerme del estudio.

El origen y las leyes del movimiento en los seres que no viven, la vida y la muerte en los que viven, todo ha excitado mi curiosidad y nada he averiguado. No, soy, pues, ni astrónomo, ni mecánico, ni físico, ni químico, ni biólogo. Saber lo fenomenal o aparente ya es saber algo, por más que a mí no me satisfaga; pero, no se entra en el santuario sin la palabra exacta que abre su puerta, sin la antorcha que en sus oscuros centros sirve de guía, sin la severa disciplina que ha de preceder a la iniciación, sin la ciencia del más y del menos, en cuyo estudio nunca fui yo muy adelante. Ignorando, pues, la cantidad, ¿cómo saber de la calidad, que es asunto más sutil y complicado, y sobre todo de la esencia, que es lo más hondo, lo más inescrutable, donde el espíritu se pierde y abisma?

Por cierta manera de discurrir y de sentir, que no dilucido ahora si será mía, propia o común a todos los hombres, y si será disparatada o juiciosa, este linaje nuestro, en su conjunto y en cada individuo, me parece, porque nunca tuve achaques de misantropía, lo más notable que en el universo se puede concebir, y aun apenas concibo yo que algo pueda valer más que nosotros en todo lo existente, salvo Dios mismo. Así es que, estimulado por tal consideración, he querido con mayor empeño saber del hombre, en su colectividad y en su individualidad; de las facultades de su alma; de la tremenda autoridad e irrecusable jurisdicción de su conciencia; de lo que llaman derecho y deber; de si la especie progresa o no; de este compuesto maravilloso de la sociedad, con su historia, su política y su economía; y de si los tejedores, que van tramando tan rica y variada tela, entienden algo y prevén la traza, dibujos y colores que ponen en ella, o si son meros instrumentos de superior artífice. Un poquito más he estudiado sobre todo esto, pero no lo bastante, ni con mucho; por donde confieso que lo que sé no es digno de transmitirse ni de palabra ni por escrito.

Viendo yo además que el hombre, ya para su conveniencia, ya para su recreo, ya para hacer menos desagradable o más hermosa la vida, no contento con aspirar a comprender la creación, se afana en continuarla y en mejorarla, construyendo casas, jardines y barcos, componiendo comedias y óperas, abriendo caminos y canales, e inventando, en fin, las artes y los oficios, he anhelado también saber de todo esto, pero he aprendido muy poco. La música, por ejemplo, escapa a mi comprensión, aunque gusto de ella. Para la maquinaria soy tan torpe que nada me explico. Y de varios artefactos sólo siento, creo que sin equivocarme, por buen gusto instintivo, si están bien o mal; pero no doy las pruebas ni llego a percibirlos. Advierto, v. gr., que el guiso es sabroso, que el vino es delicado, que el frac me va bien, que la bailarina tiene airoso movimientos y que tal canto o sonata me deleita; pero no se me alcanza el porqué. Ni siquiera, pues, me reconozco con las dotes del crítico.

Por último, sobre todo este saber empírico y de observación, así de lo visible como del alma humana, que se estudia y examina en sus potencias y actos, está el fundamento del saber, sin el cual todo el saber sin enlace ni sistema sería ruin e informe colección de recetas y noticias. Y acerca de este fundamento, y movido yo del deseo de hallarle, también he consultado a los filósofos, y leído lo que dicen, y meditado y pensado por mí; pero nada he sacado muy en claro. Por manera que, a la edad de sesenta años, me encuentro sin ciencias experimentales, sin conocimientos de artes y sin metafísica.

Nada tuve ni tengo que enseñar a los hombres. Y, no obstante, hace ya años que, si bien no tomándolo por oficio, sino sólo de vez en cuando, escribo para el público. ¿Para qué, pues, y de qué escribo? Mi escritura no tendría perdón de Dios, ni yo mismo me perdonaría, aunque soy indulgente para con todos y para conmigo, si yo no fuese o si al menos yo no me creyese poeta.

Declaro humildemente que no he tenido jamás ninguna revelación externa. Ni santo, ni ninfa, ni alma en pena o en gloria, ni genio, ni demonio se me apareció jamás. Mis revelaciones internas, si las he tenido, no pasan de naturales. Por más que me esfuerzo, a veces, en creer que pude yo tener revelación sobrenatural, no logro persuadirme. Así es que, careciendo, como carezco, de revelación sobrenatural, que da ciencia infusa, y de la ciencia que adquiere con largas vigilias quien se quema las cejas en la lectura de mis libretos y cavila mucho, repito que nada tengo que enseñar, y que, por lo tanto, nada

debiera escribir, si no hubiese poesía, y si ya no me disculpase afirmando que escribo poesía.

Esta, a lo que presumo, es de dos modos principales: uno, el más peregrino, en el cual no me atrevo a jactarme de ser poeta, es cuando con cierta intuición que hay en el fondo de la mente, sin tocar en lo sobrenatural, aunque rayando ya en su esfera y pugnando por penetrarla, se columbran fugitivos resplandores de luz y hermosuras divinas, lo cual no se ordena en sistema, ni se expone con método, ni se prueba con argumentos, pero se dice con primor, y el que lo dice se llama poeta.

El segundo modo de poesía está en la profundidad y brío con que se siente y piensa lo que piensan y sienten los demás hombres, y en la virtud de expresarlo así sentido y pensado, con tan nítida y poderosa forma, que conmueve y arrebatada las almas, al menos las que son capaces, pues no todas lo son, ni con mucho, y las levanta a comprender la beldad y la armonía de los seres, de las pasiones, de las creencias, y de cuanto hay de material, y de inmaterial, mejor en la representación depurada, en el traslado limpio del poeta, que en el borrador original de donde el poeta lo toma.

Claro está que, de este modo al menos, me considero poeta. De lo contrario, no escribiría; pues yo no quiero engañar a nadie, ni pasar por sabio, y mucho menos por apóstol o vidente.

Y aquí, antes de seguir mi razonamiento, me importa hacer una aclaración.

No vaya a entenderse, por lo que digo, que yo le quito la palabra a todo o a casi todo el linaje humano, y sólo se la conceda a los sabios, a los profetas o a los poetas. Yo no pretendo que nadie se quede mudo. Hablen todos y escriban cuanto se les antoje. Polémicas periodísticas, negocios, pedimentos, preámbulos de leyes y decretos, memorias de ferrocarriles, despachos diplomáticos, infinidad de cosas se escriben, sin ser profeta, ni sabio, ni poeta el escritor; y, si bien, siempre que el escritor lo fuese, estarían mejor dichos escritos, no hemos de negar que, aun cuando no lo sea, puede y aun debe escribir, según frase de un amigo mío; pintar el expediente. El escribir en este sentido ramplón y diario es como hablar. Sería horrible que nadie se atreviese a desplegar los labios mientras no acudiesen a ellos sentencias, revelaciones, teoremas, odas o salmos. Aquí sólo se trata del escribir con cierta pretensión de vida extensa para el escrito, de que se divulgue por todas las regiones de la tierra y de que viva en las edades que están por venir.

Para esto ha de ser poeta el que escribe. Ya se entiende que en mayor o menor grado. ¿Quién ha de calcularlos? Además que para la popularidad, pronta, aunque efímera, tal vez conviene que el grado no sea muy alto. Así el vulgo comprenderá y saboreará mejor lo escrito, sin que los críticos, a fuerza de predicar que lo escrito es bueno, patenticen aquella bondad que el vulgo no percibía antes.

Como quiera, pues, que sea la elevación del grado, es indudable que, salvo casos de revelación sobrenatural o de mucha ciencia nueva, sólo el poeta debe escribir.

Y, aun si se apura bien este negocio, me inclino a afirmar que el mismo sabio, si a más de ser sabio no es poeta, escribe sólo como al vulgo se le consiente que escriba: para transmitir a los demás hombres su descubrimiento; pero sin la menor esperanza de

que su escrito se lea y viva. En las historias de la ciencia que dicho sabio ha cultivado y en los tratados de esa ciencia misma, se insertará lo que descubrió; pero nadie irá a leerlo en el libro o en la disertación en que él lo expone.

En suma, la razón principal del escribir es la poesía. Los escritos se hacen famosos e inmortales por la belleza y no por la verdad que enseñan. Casi siempre es vana pretensión la del que cree que enseña escribiendo. Los grandes maestros de la humanidad no escribieron nunca: ni Cristo, ni Sakiamuni, ni Pitágoras, ni Sócrates.

De lo expuesto resulta que yo porque soy poeta escribo, y que debo escribir por lo mismo que no sé ni enseño nada.

Sentado esto, sobreviene cierta dificultad que me ha de costar trabajo resolver, y cierta distinción, en que la dificultad se apoya, de la que debo hacerme cargo, ya discorra acerca de ella en general, ya me contraiga al caso particular mío.

«La poesía de que hablas, se me dirá, es en sentido latísimo, y así no te negamos que, con más o menos merecimiento, eres algo poeta. De lo contrario, no hubieras escrito tal cual novela o cuentecillo que se lee, y varios articulejos humorísticos que divierten. Pero bien se puede ser poeta en prosa, desde el bajo punto en que tú lo eres, hasta el punto sublime en que lo fue, por ejemplo, Miguel de Cervantes, y no ser buen versificador, que es lo que de ordinario, sin destilar los conceptos en esos alambiques en que tú los destilas, llama la gente poeta.»

Mucho hay que contestar a esto; pero no quiero pecar de prolijo, y menos aún hacer mi propia apología. Diré sólo lo que más atañe a la reimpresión de mis versos.

El público ha tenido la bondad de gustar un poco de mi prosa, en la cual nada le he enseñado. Luego yo tengo algún motivo razonable para considerarme poeta en prosa, prosista o escritor. Ahora bien: un escritor se debe al público todo él, y no descabalado, por donde, aunque mis versos sean detestables, yo quiero también dar al público mis versos.

Cuando se publicaron por vez primera, mi tío don Antonio Alcalá Galiano, propendía a dudar de todo, y que, a pesar del cariño que me profesó, dudaba también de mi mérito como poeta, dijo en el prólogo que me puso que lo probable sería que alguna furiosa avenida del río del olvido se llevase para siempre mis coplas, como otras mil insulsas composiciones de esta nuestra edad, sobrado parlera, y en que tanta tontería se da a la estampa. Yo, lejos de rebelarme contra tan ominosa sentencia, más bien la estimé suave y nacida del ciego cariño del discreto pero alucinado pariente; porque, sin avenida furiosa, sino con toda la pausa de su mansa corriente, el olvido hubiera llevado, arrastrado y aun tragado mis versos, si yo no hubiese escrito prosa después, y prosa que algunos han dado en calificar de bueno. Esto los salva; esto los saca del fondo del río, donde, de otra suerte, yacerían sepultados.

Mis versos, pues, a flote, no pueden ni deben ya ocultarse ni retirarse de la circulación. Lo que me está bien es que, ya que siguen con vida, sean lo menos desdeñados que se pueda. Para ello es condición indispensable que sean entendidos. Acaso no pocas personas los desdeñan porque no los entienden. Y no se me arguya que los versos deben escribirse por tal arte que los entiendan todos los lectores. Por poco;

que sepa el poeta, y yo he confesado ya que no sé casi nada, siempre puede saber algo que ignore quien le lea; y, por lo mismo que no tiene la pretensión de enseñar, dice cosas que da por sabidas, y alude a doctrinas y a sucesos que supone que todos conocen; pero como no los conocen todos, la mayoría se queda a oscuras y no sabe por completo lo que el poeta quiso decir. Esto ocurre, no sólo con poetas culteranos y pedantescos, como Licofrón y Góngora, sino con poetas que nadie me negará que lo son, como Dante y otros, los cuales necesitan comentario y le llevan en muchas ediciones.

Y no vale la objeción de que se comenta lo famoso y aplaudido y no lo menospreciado y obscuro. Alguien murmurará o dirá: «Dante merece comentario, porque merece que todos desentrañen el sentido profundo de lo que canta; pero ¿quién ha de querer desentrañar el sentido de lo que cantas tú?».

En efecto, si yo fuese un compositor de versos, como hay muchos, que dan a luz su colección donde todo es tejido de frases hechas o de frases sin significado, la objeción sería justa. Yo no me defendería contra los que tanto me rebajasen. Yo parto del supuesto de que en mis versos hay significado, y pruebas de que el autor sabe lo que dice, y afectos y pensamientos propios del autor.

En este caso, cualquiera colección de versos merece comentario. En ella hay mucho digno de interés y de estudio. Parece contradicción y no lo es; cualquiera colección de versos de buena fe, no siendo enteramente nulo el autor, enseña sin que el autor aspire a enseñar. Y enseña lo bueno, y tiene virtud moral y en cierto modo purificante, y posee fuerzas que elevan las almas a esferas superiores, porque el autor muestra lo que en su espíritu hay de más limpio y hermoso, apartando las escorias y mezquindades que tal vez lo encubren en la vida real, y nos da uno a manera de retrato de lo profundo y radical de su ser, donde asiste Dios, donde Dios pone su sello y su imagen, y donde Amor resplandece en su pureza y despliega su beatífica actividad, no pervertida ni coartada por ruines intereses y apetitos.

Y a fin de que esto se dé en algún grado, no es menester que los versos sean sobre objeto sublime. La composición más ligera, si está bien, es manifestación de la luz interior del alma, que ilumina el mundo del arte, como el sol el mundo real. De suerte que, el caso vulgar que el poeta refiere, la mujer que celebra o la escena que describe, todo está iluminado por esa luz, la cual le presta su hechizo y pone allí su fuerza y su gracia. Este es el estilo; esta es la forma. No consiste en consonantes difíciles, ni en rebuscadas figuras retóricas, ni en transposiciones, ni en sonoridad y pompa de metro. Consiste en algo más alto y más sutil que esas calidades, si bien por lo mismo que es más alto no todos los lectores lo alcanzan, y por lo mismo que es más sutil se sustrae a la percepción de las personas rudas y artísticamente mal educadas.

Haciendo yo conmigo razonamientos tales, me atreví a conceder a mis versos que merecían comentario, y pensé en que usted los comentara o los ilustrara con notas eruditas, sin nada de encomio, a fin de que la gente maliciosa no supusiese y propalase que estábamos concertados para el encomio mutuo. Usted prometió hacer este trabajo, y acudo a usted ahora para que me cumpla la promesa. De esta suerte los versos se entenderán mejor, y si no se entienden ni se leen, siempre lograremos que las notas, que de seguro van a ser amenas e instructivas, se lean y gusten, por donde habrá en el libro algo de bueno que convida a comprarle.

Las notas tendrán además el atractivo picante y chistoso de su inaudita novedad, pues hasta el día, que yo sepa, sólo se anotaron los clásicos ilustres, y no algo que no sabemos aún de fijo si será poesía o no será poesía, y que se salvó como por milagro del río del olvido.

Hay otra razón más para las notas. Yo, como todo poeta, bueno o malo, pero de buena fe, rara vez he escrito versos sin sentirme entusiasmado, enamorado o movido de otro afecto grande. Y aun así no me ha sido fácil escribirlos, porque se requiere además que el tumulto y hervor de la pasión hayan pasado o que las domine serenidad poderosa, hasta el extremo de habilitar al poeta para que tome por objeto de su canto, por ejemplo, su más intenso dolor, y saque de él una obra de arte.

De aquí, de mi pereza, de mi esterilidad tal vez, y de estar ya descorazonado por el mal éxito, ha resultado que he escrito pocos versos originales, y que he traducido, o más bien adaptado a nuestro idioma, mucho de literaturas extrañas, ya parafraseando, ya compendiando y extractando. Claro está, pues, que todo esto, escrito para otras gentes, para otra civilización y otras costumbres, requiere explicación y notas.

Justificado ya, a mi ver, el comentario, y demostrado que no se pone por vanidad mía, bueno será que diga, yo algo de los versos mimos.

Mi retraimiento y mi casi abandono de las Musas, merced al desdén público, han producido varios efectos. El primero ha sido que he escrito poco. Con favor y aplauso, hubiera yo sido, a pesar de mi pereza, de fecundidad tal vez deplorable. Pero resulta también que los versos propios, y no parafraseados, son, en gran parte, de los albores de mi vida; y como en aquel tiempo se estudiaba menos que ahora, y yo he ido aprendiendo con desorden lo poco que sé, v. gr., primero la estética y luego la ortografía, primero la metafísica y luego la gramática, hay en varios de mis versos incorrecciones y otras faltas para las que pido indulgencia. Asimismo hay en otros cierta palabrería, aunque nunca en el grado que se usa, y lo que, con expresión harto familiar, puede llamarse *inocentadas de chiquillo*, que también ruego se me perdonen. En algunos son tan subidas las inocentadas, que los suprimo en esta nueva edición.

Y hechas ya las salvedades, afirmo, que mis versos, aun con todas sus faltas, valen lo que vale mi prosa, ya que ellos está en germen, en cifra, en lírico y conciso resumen, todo lo que he sentido, pensado y escrito en prosa, más tarde, con mayor amplitud. Y echando la modestia a un lado, ¿por qué no declarar también que en algunos de estos versos, principalmente en *El fuego divino*, en el idilio del viejo rabadán y *A Gláfira*, la nitidez, la elegancia sencilla y la atinada limpieza de la forma; son notables, lo cual de sobra se conoce que no se consigue sobando y limando, sino por dichosa inspiración?

Añadiré todavía a mis versos ciertas buenas prendas de que la prosa carece: el candor, la lozanía y la frescura de la juventud, y propósitos más puros, porque los versos están hechos sin la vana y egoísta esperanza de ganar con ellos dinero, influjo o al menos fama inmediata, sino sólo por amor entrañable de la misma poesía y con anhelo cariñoso de vivir en lo futuro en algunas almas, afines a la mía, donde despierte o suscite mi voz simpática resonancia, cuando ya no pueda mover con impulso material las ondas del aire.

Y aquí terminaría yo, dejando encomendada a usted la tarea de explicar mis composiciones, si no hubiera una, la más importante, que, por no estar concluida y porque no se concluirá nunca, ha menester explicación de mi parte: algo a modo de interpretación auténtica. Me refiero a la leyenda titulada *Las aventuras de Cide Yahye*.

En mi edad madura he declamado yo bastante, como crítico, contra la pretensión de escribir epopeyas en nuestros días, en el más alto sentido, esto es, algo narrativo que contenga cuanto hay de divino y de humano, y que abarque y refleje, por medio de mitos simbólicos, toda nuestra complicada civilización. A pesar de Goethe, Espronceda y otros, tal empeño es, en mi sentir, irrealizable; y como he dicho las razones en que me fundo, me remito a las obrillas más en que las he dicho y dejo de repetirlas aquí. Pero yo no había formulado tal opinión en mi mocedad, y también aspiré entonces, aunque sólo hasta cierto grado y con modestia, a escribir algo que propendiera a ser epopeya trascendente. Lo singular y lo más original fue que tomé asunto, o mejor dicho, base de asunto en un cuento bastante cómico, ligero y aun verde, de Boccaccio, poniendo de mi cosecha lo trascendente, lo patético, lo elevado y lo maravilloso, que en epopeya había de convertirle. Así se mostraba desde el principio mi inclinación a mezclar lo serio y lo jocoso, mi humor; aquella idiosincrasia de mi pobre ingenio, en virtud de la cual creo que, sin el menor viso de fundamento, unos tiran a celebrarme y otros a denigrarme con la calificación de Voltaire, pequeñuelo y canijo, como venido del mundo fuera de sazón.

La historia, en su substancia, es la de un rey moro, cuya linda novia es seducida, robada y gozada por unos cuantos; pero ella lo oculta, lo calla, y todavía se casa con el rey y lo hace dichoso.

Véase ahora cómo elevaba yo esto a semiepopeya trascendente. Al rey moro, cuyo trono y reino, inspirado yo por la rústica, amena y pintoresca fertilidad de Lanjarón, coloco en las Alpujarras, se le ocurre enamorarse de la propia belleza ideal que en su alma ha concebido. Aspira a revestirla de forma sensible, y como ésta es empresa sobrehumana, se desespera; pero las hadas, cuyo favorito es y a quienes refiere su cuita, suben al mundo de las ideas, traen de allí la que tiene enamorado al rey, le dan cuerpo valiéndose de los elementos y de las esencias mejores de las cosas y se la entregan por mujer. Como idea sólo, nadie se la hubiera quitado, nadie la hubiera contaminado; pero, ya con cuerpo, le suceden mil percances lastimosos. Mi rey, entretanto, no es como el del alegre novelista: mi rey lo sabe todo, lucha contra su adversa suerte, y sigue siempre enamorado en pos de su ideal belleza, aunque manchada en lo material. De aquí guerras, hazañas y casos estupendos por mar y tierra, en que había tela cortada para vencer al Ariosto. Al fin, mi rey, convertido en pirata, entra al abordaje en el navío de un gran príncipe, el último de los amantes de su mujer, y se la arrebató; pero cuando ya la tiene acuden más guerreros de otros barcos de la escuadra del príncipe, y el rey, cercado, ve que no puede vencer aquella multitud de enemigos, y da de puñaladas a la hermosa, se hiere él también, y, abrazado con ella, se arroja en el fondo del mar.

De aquí nacen la lección moral y la final apoteosis. La belleza pura, libre ya de la manchada terrenal vestimenta, toda refulgente y limpia de culpa, toma a mi rey y se le lleva consigo al mundo de las ideas, de donde ella ha venido: a un ultracielo, de donde todo lo bello y todo lo verdadero, artes, metafísicas, religiones y amores, proceden, antes de impurificarse con la realidad y de combinarse con elementos caducos y corruptibles, por excelentes que sean.

En el plan de este poema, así como en todo lo que yo he escrito, se ve mi afán de ser optimista, sin dejar de notar y de sentir los males que nos afligen, justificando a la providencia a pesar de ellos, y procurando remediarlos o mitigarlos con poesía y risa cuando son pequeños, con poesía y lágrimas cuando son grandes.

Ahora, lejos de mi patria, afligido por imprevisto y cruel infortunio, escribo a usted lo que no he escrito cuando estaba tranquilo, y hasta cierto punto me consideraba feliz. Ahora busco lo que antes no buscaba: consuelo y distracción en mi soledad y en mi pena.

Por otra parte, aunque bien puede ser que mi cansada vejez se prolongue en demasía, y yo no quiero imitar a los mentidos siervos de Dios que anuncian su tránsito a mejor vida y no llega cuando le anuncian, diré que, desde hace meses, y sobre todo desde pocos días ha, desde que supe la muerte de mi hijo mayor, robusto, hermoso de cuerpo y alma y en la flor de su edad, está fijo en mí, como nunca, el casto y severo pensamiento de la muerte, que nos induce a meditar y a emplearnos en las cosas más graves. Y, como no dejaré bienes de fortuna que hereden mis otros hijos, vivos aún, es de gravedad para mí arreglar y ordenar el único caudalillo que he allegado, fruto de mi estéril ingenio, y hasta apresurarme a trabajar para acrecentarlo con algo de más valer, a fin de que, si el amor propio no me engaña, vierta algo de brillo simpático sobre mis hijos este mérito mío, y predisponga el corazón de las gentes con respeto y cariño para ellos; y a fin también, de que lo menos malo de mi ser, lo más delicado y puro de mi espíritu, permanezca en esta tierra, cuando yo pase, y ellos me conozcan, me amen y me estimen. Porque yo, tal vez habré pecado por error, pero no tengo remordimiento de haber puesto jamás intención viciosa ni en mis obras más ligeras y desenfadadas; sino que, siempre, cuando no la bondad moral, me ha inspirado el amor puro de lo bello.

Usted, que, si bien es bondadoso y me quiere, es justo, lo cree así, prescindiendo de los extravíos y flaquezas de nuestra mísera condición humana; usted sabe, además, que el arte lo limpia todo y extrae oro del fango.

Adiós, y no dude que soy su mejor amigo,

JUAN VALERA

Washington, 7 de julio de 1885.

△▽

### Notas

Quiere mi amigo don Juan Valera que yo comente o ilustre sus poesías, poniendo de manifiesto el sentido interno de algunas de ellas, y apuntando de paso el origen de los versos traducidos o imitados, que en el presente libro se encuentran. La empresa tiene para mí tanto de grata como de dificultosa. La especial calidad de estos versos, que el docto prologuista de la primera edición calificó muy atinadamente de poesía sabia; la variedad de sus orígenes, derivada de la rarísima cultura del autor; el jugo de ideas y de



doctrina que muchas de estas composiciones encierran; las alusiones históricas, mitológicas y geográficas que en otras abundan, harían el comentario de ellas, si con rigor se hiciese, no menos voluminoso que el de Herrera a Garcilaso, y exigirían en el comentador tanta copia de erudición, por lo menos, como la que mostraron Faría y Sousa anotando a Camoens, o Salcedo Coronel a don Luis de Góngora, o Clemencín a Miguel de Cervantes. Para lo segundo me siento sin caudal y sin fuerzas, y lo primero quiero evitarlo a todo trance, por no incurrir en el vicio de intolerable prolijidad, abultando un volumen ya hartamente grueso, en el cual es seguro que los lectores han de buscar los versos del señor Valera y dejar a un lado, con sobra de justicia, mis notas que, aun no siendo más, tendrían forzosamente algo de la impertinencia que acompaña a todas las glosas y comentarios del mundo; trabajos estériles para el común de los doctos, y poco gratos al paladar de los ignorantes.

Por otro lado, el comentario mejor, el más profundo, el más sincero, el más elocuente, le ha hecho el autor mismo en la carta dedicatoria que va al frente del libro, y que seguramente ha de ser leída con deleite y con asombro por los muchos apasionados de la prosa del señor Valera. En este documento, a mi entender admirable (y creo que la gratitud no me ciega en esto), el señor Valera nos expone sus ideas sobre el arte, nos declara cuál ha sido su ideal poético, nos confiesa con rara franqueza sus temores y desfallecimientos, y las razones que tiene, no obstante, para considerarse poeta, y hasta nos dice algo sobre el pensamiento y la traza del poema que en sus juveniles años meditó llevar a cabo, y cuyo primer canto es una de las joyas en esta colección con el título de *Aventuras de Cide-Yahye*.

Si a esta carta se agrega el prólogo que don Antonio Alcalá Galiano puso a la primera edición de estos versos, en el cual prólogo, con toques magistrales, como de quien son, se interpretan algunas de estas poesías, y se ponen de realce sus peculiares excelencias y se discurre con alto sentido crítico sobre el género a que pertenecen y aun sobre los modelos predilectos del poeta, resultará hecha lo mejor del comentario, en el cual, por otra parte, se me veda toda alabanza, y también, por consecuencia forzosa, toda crítica puesto que crítica laudatoria había de ser casi siempre la mía, siendo como soy discípulo del señor Valera, admirador ferviente de su estilo y secuaz de su manera y escuela poética, aunque con fuerzas muy desiguales e inferiores a las suyas.

Quizá estas mismas circunstancias, y el conocimiento que tengo de la índole y genialidad del autor, a quien estoy unido por tantos lazos de gratitud y de amistad, me hagan menos inepto que otro cualquiera para sentir y conocer ciertos primores de idea y de forma que se hallan en estos versos, y que quizá no resalten tanto a los ojos del vulgo como resaltan a los míos, después de haber leído repetidas veces las poesías del señor Valera, y conservarlas, años hace, en lugar muy privilegiado de la memoria. Por eso me lisonjeo de que yo acertaría con pequeño esfuerzo a quilatar y poner en su punto las bellezas de la poesía del señor Valera, que, por no ser de las que a primera vista deslumbran más los ojos, no han sido tasadas hasta el presente en su justo valor, aunque esperamos que han de serlo ahora, gracias al progreso que en España han hecho las ideas críticas, tan remotas hoy del punto en que se hallaban en 1858, fecha de la primera edición de este libro.

El señor Valera tuvo como poeta la desgracia de llegar demasiado pronto, de adelantarse a la época en que comenzó a florecer; por lo cual, si es verdad que agradó a algunos pocos y selectos jueces<sup>1</sup> que supieron entender y gustar las novedades que el

libro traía, halló, en cambio, cierta frialdad en la masa del público, que aun seguía las corrientes románticas, y también en el ánimo de los críticos, enamorados con exceso de las formas oratorias de la oda académica.

Desde entonces el gusto ha ido cambiando, hasta ser hoy de todo punto diverso. La poesía romántica está tan muerta y olvidada como el clasicismo del siglo pasado. No hay escuelas poéticas, ni nada que se parezca a disciplina tradicional o a rigidez dogmática. El genio individual ha conquistado su autonomía en el campo de la poesía lírica, que ofrece hoy en España, como en todas partes, la variedad más rica y amena, reflejando todos los matices de la idea y del sentimiento. Los modelos más heterogéneos obran simultánea o alternativamente en la educación de nuestros poetas. Ninguno es desdeñado, ni los del Norte ni los del Mediodía, pero ninguno alcanza tampoco perdurable y absoluto dominio. Hoy Heine o Alfredo de Musset, ayer Byron o Víctor Hugo; un día los neo-clásicos italianos, otro los parnasistas franceses. Unos hacen gala de llevar a la lírica algo de los procedimientos del moderno naturalismo, y escriben con llaneza no superior a la de la prosa; otros conservan el culto del lenguaje poético, y procuran enriquecerle más y más con felices innovaciones y adaptaciones. En tal discordia y contrariedad de pareceres, de aficiones, de gustos, de teorías estéticas y hasta de teorías de estilo, justo es que se alce también la voz del señor Valera, a quien, como poeta, muy pocos españoles conocen, y que, sin embargo, tiene su nota lírica, propia, original y característica, y ofrece, además, en su libro una copiosa y variada antología de poesías insignes y famosas de grandes ingenios extranjeros, con la mayor parte de los cuales no había tenido hasta ahora la Musa castellana trato ni comunicación de ninguna especie.

Bastaría, la sinceridad del contenido de este libro, para que en él se fijase la atención de todo lector curioso y amante de la belleza artística, puesto que en él aparecen, mezcladas en agradable confusión, joyas peregrinas de las dos lenguas clásicas, y de la alemana, y de la inglesa, y hasta de la arábiga y de la indostánica, traídas todas a nuestro idioma con el más exquisito primor y elegancia. Por otra parte, aunque el autor, en su modestia, afirme que si bien «ha consultado a los filósofos y leído lo que dicen, y meditado y pensado por sí, nada ha sacado muy en claro, y se encuentra a estas horas sin Metafísica», es lo cierto, y debemos decirlo los demás, que pocos, muy pocos merecen en España con tanta razón como él el noble calificativo de pensadores, y que pocos, o ninguno, tienen y alcanzan por fuerzas propias tan gran número de ideas metafísicas como las que él ha alcanzado y madurado en su entendimiento, sin necesidad de dogmatizar a obscuras, ni de presentarse como hierofante y revelador, o como personaje de especie más sublime que la del resto de los mortales, sino filosofando al aire libre, con una amenidad comunicativa y un halago que de ningún modo dañan a la trascendencia del pensamiento, el cual fluye limpio y sereno, sin tristes cavilosasidades ni espinas y arideces propias de los que creen que la ciencia está irrevocablemente reñida con la delectación. Si el señor Valera publicase juntos en un volumen, como yo de todo corazón se lo suplico, los artículos que tiene escritos bajo el rótulo de Metafísica a la ligera, no sé yo cuántos españoles de este siglo podrían pasar por más filósofos que el señor Valera, en aquella filosofía que se saca de las reconditeces del espíritu propio, no en la que se elabora zurciendo trozos de Kant, Hegel o Krause, de Santo Tomás, Sanseverino o Prisco.

Siendo, pues, el señor Valera erudito y pensador, y siendo una y otra cosa en grado eminente y rarísimo, tan eminente y tan raro que quizá tenga el defecto de corresponder

a un estado de cultura más adelantado que el nuestro, es forzoso que estas cualidades hayan trascendido a su poesía, informándola (como decían hermosamente los filósofos escolásticos), esto es, dándole alma y vida y muy original carácter. Hay, por consiguiente, en los versos del señor Valera, aunque en cifra y de un modo indirecto y simbólico, como conviene al arte, una verdadera doctrina filosófica, o por lo menos los principios y fundamentos de ésta, mediante los cuales el autor razona sus propios afectos e interpreta el espectáculo de las cosas creadas. Es, pues, la poesía del señor Valera, poesía reflexiva, erudita, sabia y llena de intenciones, todo lo cual dificulta o alarga la tarea del comentario. Y como el tiempo apremia, y no es cosa de detener más este tomo, que debiera estar en la calle hace muchos meses, el comentario se quedará por esta vez sin hacer (lo cual no es pérdida grande), y habrán de contentarse los lectores con unas breves y menguadas notas, bastantes a probar que en esta colección de versos hay más jugo y substancia de lo que parece, porque su autor sabe lo que se dice, y canta lo que siente y lo que piensa, al revés de la mayor parte de los que hacen o hacemos versos en España.

### **En el álbum de María**

En la tercera estrofa de esta linda y juvenil composición, hay una evidente reminiscencia de Góngora:

El dedo colocado  
sobre la dulce boca, adormeciendo  
el velador cuidado  
.....

Trae, enseguida, a la memoria aquella hermosa canción:

Dormid, copia gentil de amantes bellos...  
.....  
dormid, que el Dios alado,  
nuestras almas dueño,  
con el dedo en la boca  
os veía el sueño...

Es quizá el único remedo de los versos del antiguo poeta de Córdoba, en los versos de este otro poeta cordobés, tan desemejante de él en todo, como no sea en la lozanía del lenguaje.

## La maga de mis sueños

En esta composición de fecha tan lejana (1842), comienza a descubrirse el singular parentesco que existe entre la inspiración lírica de nuestro autor y la de Leopardi a quien de seguro no había leído entonces. Compárese (por no citar otras) la canción *Alla sua donna* con la presente, y saltará a los ojos un aire de familia, que no nace de imitación directa, sino de identidad de sentimientos:

*Cara beltá che amore*

*lunge m'inspiri o nascondendo il viso.  
Fuor se nel sonno il core  
ombra diva mi scuoti,  
o ne, campi ove splenda  
più vago il giorno e di natura il riso;  
forse tu l'innocente,  
secol besti che dall oro ha nome,  
or leve intra la gente  
anima voli ¿o te la sorte avara  
ch'a noi t'asconde, agli avvenir prepara?*

.....  
*Se dell eterne idee*

*l' una sei tu, cui di sensibil forma  
sdegni l' eterno senno esser vestita,  
e fra caduche spoglie  
provar gli afanni di funerea vita;  
o s' altra terra ne' superni giri  
fra' mondi innumerabili t' accoglie,  
e più vaga del sol prossima stella  
t' irraggie, e più benigno etere spiri,  
di qua dove son gli anni infausti e brevi,  
questo d' ignoto amante inno ricevi.*

Por estas y otras semejanzas evidentes, afirmó con razón don Antonio Alcalá Galiano, en el prólogo de estas poesías, que el autor podía llamarse condiscípulo, aunque no copista, de Leopardi, cuyas obras dio a conocer en España el señor Valera bastantes años después, mostrando al juzgarlas profundísima penetración del espíritu del poeta y del encadenamiento de sus ideas filosóficas; todo lo cual ha sido letra muerta para la mayor parte de los críticos de España y de otras partes, los cuales no han sabido pasar de las primeras páginas del libro, es decir, de las canciones *A Italia* o *Al monumento de Dante*, que, son, en medio de sus pompas y esplendores de dicción, lo más académico, lo menos íntimo, lo menos profundo y lo menos leopardesco de todo Leopardi.

### En la égloga IV de Virgilio

Esta composición, como su título mismo lo indica, está tejida de imitaciones del *Sicelides Musae*:

*Ultima Cumaevi venit jam carminis aetas,  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.  
Iam redit et virgo: redeunt saturnia regna...  
At tibi prima, puer, nullo munuscula cultu...  
Molli paulatim flavescet campus arista,  
incultisque rubens pendebit sentibus uva  
et durae quercus sudabunt roscida mella,  
.....  
ipsae lacte domun referent distenta capellae  
ubera; nec magnos metuent armenta leones.*

El poeta a quien comentamos ha admitido la idea dominante en los apologistas cristianos desde los primeros siglos, apuntada ya por Lactancio en sus *Instituciones Divinas*, de considerar esta égloga IV virgiliana, no como una mera composición gratulatoria por el nacimiento del hijo de Polión (para lo cual parece demasiado hiperbólico y pomposa), sino como un vaticinio de la próxima venida del Redentor del mundo, anunciado en las profecías de las Sibilas. Es indudable que en los años que precedieron al mayor acontecimiento de la historia, había en todos los espíritus generosos y excelsos un vago presentimiento de alguna grande y trascendental renovación, que había de purificar y regenerar al mundo. La ocasión de la égloga virgiliana pudo ser el regocijo doméstico de la casa de Polión; pero, en el fondo del alma del poeta palpitaba mayor sentimiento y le hacía, de una manera casi inconsciente, intérprete de las grandes esperanzas humanas, en aquella ocasión crítica y solemne. No tuvo Virgilio espíritu profético, en el sentido que la teología da a esta frase; pero por algo llamó la antigüedad *vates* a sus poetas, y tenía, además, el mantuano una tradición oscura, pero respetada, que le dio materiales para su horóscopo, documento sublime de la expectación que sobrecogió al mundo pacificado por Roma, en los días inmediatos al cumplimiento de las profecías de los videntes hebreos. *Todas las miradas se volvían hacia Oriente*, dice José de Maistre.

Sobre el uso que la Edad Media hizo de esta égloga, nos remitimos al libro de Domingo Comparetti, *Virgilio nel medioevo*, uno de los trabajos más monumentales de la erudición moderna.

## A Lucía

En esta serie de composiciones eróticas, que deben contarse, sin duda, entre las más bellas del autor, desarrolla y expone éste por modo poético su concepción del amor y de la hermosura, idéntica en el fondo a la de la escuela platónica, ya se la considere en el *Fedro* y en el *Symposio*, del maestro; ya en las *Eneadas*, de Plotino; ya en el *Convite*, de Marsilio Ficino; ya en los *Diálogos de amor*, de León Hebreo. Esta doctrina ha tenido la virtud, no sólo de inspirar sistemas de metafísica y de estética, sino de inflamar y despertar el estro de muchos poetas de la Edad Media y del Renacimiento y aun de tiempos más modernos, comenzando por Dante y Petrarca, continuando por Ausias March, Camoens y Herrera, y terminando por Leopardi, el cual ha dado a la concepción platónica un sentido más alto, enlazándola con sus ideas acerca del dolor y del mal, las cuales vienen a constituir una filosofía pesimista de la voluntad, generalizada y objetivada en términos análogos a los de Schopenhauer.

El platonismo erótico es el alma de los versos amatorios del señor Valera, especialmente de estas canciones *A Lucía*, compuestas en Nápoles bajo la influencia evidente de los grandes maestros italianos. El soneto

Del tierno pecho aquel amor nacido,

no disonaría entre los mejores del *Cancionero* del Petrarca, y aquella cuarta esfera es como la marca o el cuño de fábrica. Las dos canciones también son petrarquescas; pero no en el sentido de imitación servil, que no cabe en la índole del poeta, sino en el sentido en que lo son las de Leopardi, es decir, moviéndose en una esfera de luz ideal, semejante a la del Petrarca, por más que esta luz emane de otro foco que la del antiguo poeta. El fondo de las ideas pertenece evidentemente a la filosofía platónica, aunque vaya mezclado con algo más mundano. El amor que el poeta siente es «sed de un deleite del cielo»,

Que el alma acaso percibió en su vuelo,  
antes que forma terrenal vistiera.

Así se explica la generación del amor en el *Fedro*. El alma, mediante la reminiscencia, al contemplar la hermosura terrena, recuerda aquella soberana e inmaculada hermosura que antes percibió en otros mundos. Y al contemplarla, le nacen al espíritu alas, como enseña Platón y nuestro poeta repite:

..... y de ligera

luz a mi corazón brotaron alas,  
para que en pos de su ilusión corriera.

Este amor es deseo de hermosura, la cual se manifiesta en la admirable ordenación de las cosas creadas,

Símbolo y forma del pensar divino,

trasunto de la belleza suprema e incógnita, y escala por la cual el espíritu va elevándose a la contemplación, de la increada belleza, procediendo por grados, de los hermosos cuerpos a las hermosas almas, de éstas a las ideas puras hasta llegar a la idea simplicísima de belleza, que es eterna, inmutable, absoluta, no sujeta a decrecimiento ni a mudanza. Pero antes de llegar a esta idea pura, inmóvil y bienaventurada, peregrina el espíritu largamente por las cosas perecederas y caducas, deteniéndose y absorbiéndose a veces demasadamente en ellas, de donde resulta el amor profano, que se distingue del amor místico por razón de su objeto, pero no por razón de la tendencia o impulso inicial, que en uno y en otro caso guía al alma enamorada. Lo que sucede es que el alma suele detenerse o distraerse en el camino, como acontece a la mayor parte de los platónicos de afición, y lo aconteció también a nuestro poeta, según testifican estas dos canciones suyas, tan tersas y tan gentiles, que, en su género, no temen la competencia con otras algunas de nuestro Parnaso, ni por lo delicado y exquisito de los conceptos, que jamás degeneran en pueril y enfadoso metafisiqueo, ni por el primor aristocrático de la forma.

La idea de la *reminiscencia* reaparece con frecuencia en estas canciones:

Un recuerdo lejano  
de otra esfera quizá o de otra vida.  
.....

*Te reconocí*, exclama el poeta en otra ocasión, y aun no duda en añadir como el más fervoroso discípulo de Plotino:

En un mundo mejor ambas se amaron.

Todo lo cual debe tomarse por mera fantasía poética o por un modo sutil e ingenioso de insinuarse en el ánimo de la dama a quien los versos se dirigen, puesto que, aun siendo bella y poética la doctrina de la reminiscencia, riñe de todo en todo con los principios de la sólida filosofía. Sin duda nuestro autor tendría puestos los ojos y la afición en aquel hermoso pasaje del *Fedro*, en que el más grande de los discípulos de Sócrates nos enseña que sólo el conocimiento de la filosofía restituye al hombre sus alas y le hace recordar las ideas que en otro tiempo vio, y despreciar las cosas que decimos *que son*, y volver los ojos a las que *realmente son*. Toda alma de hombre (añade Platón) ha contemplado en otro tiempo la verdad; pero el recordarla no es para todos, o porque la vieron breve tiempo, o porque al descender a la tierra tuvieron la desdicha de perder la memoria de las cosas sagradas. Pocos quedan que las recuerden; pero estos pocos, cuando ven algún simulacro de ellas en este bajo mundo, salen de su seso, y ellos mismos no se dan cuenta de la razón, acertando solamente a vislumbrar entre oscuras nubes aquella nítida hermosura que en otro tiempo vieron resplandecer al lado de Jove y de los otros dioses. El que no está iniciado en estos misterios, vase como un cuadrúpedo tras del deleite; pero quien, está iniciado y ha contemplado en otro tiempo las ideas, en viendo un cuerpo hermoso siente al principio una especie de terror sagrado; luego le contempla más y le venera como a un dios; y, si no temiera ser tenido por loco, levantaría a su amor una estatua. Experimenta un ardor insólito, y, bebiendo por los ojos el influjo de la belleza, comienzan a brotarle las alas y siente extraño prurito y dolor, como los niños en las encías cuando empiezan a brotarles los dientes.

Todo esto, hasta lo de las alas, se repite en los versos amatorios del señor Valera. El cual reproduce también aquella idea, eminentemente plotiniana, de considerar la naturaleza como el espejo de la propia fórmula o idea de hermosura que lleva innata el alma:

Mas cual en terso espejo cristalino  
me mostraba doquier naturaleza  
mi propio corazón tierno y ufano,  
.....  
*Y de mi propio amor y su hermosura  
enamoreme, enamorado de ellas.*

Es idea que el gran maestro de la escuela de Alejandría desarrolla de un modo profundo y admirable en el libro VI de su primera *Eneada*. Según Plotino, la belleza se funda en semejanza, y por participación de nuestra belleza decimos que las otras cosas son bellas. Como el alma es cosa excelentísima, se alegra cada vez que encuentra algún vestigio de sí propia, y mediante la fórmula de hermosura, que ella posee, reconoce en



los cuerpos la hermosura, que sería la idea misma si se la abstrajese de la materia. El alma, pues, contemplando la forma que en los cuerpos vence y subyuga a la informe materia, y congregando la belleza dispersa en el mundo, la refiere a sí misma y a la forma individual que posee, y la hace consonante, y amistosa, y armónica con esta forma íntima. Las armonías de la voz son producidas por otras armonías latentes en el alma, y hacen que ésta perciba su propia naturaleza reflejada en las cosas. El señor Valera, abundando en las mismas ideas que Plotino, repite al fin de su primera canción, dirigiéndose a la señora de su voluntad:

*De tu misma hermosura te enamora,  
que aquí en el alma retratada llevo.*

Ausias March, uno de los más grandes entre los amadores platónicos y petrarquistas, había vislumbrado la misma verdad sin conocer a Plotino. Daba por razón de su amor el encontrar en su propia alma gran parte del alma de su señora:

*Per molta part de vos qui trob en mi;*

y enseñaba que el amor vale cuanto vale el amador, así como el sonido es según el órgano que le produce.

En los últimos versos de la canción segunda del señor Valera, parece sentirse como un eco lejano de Leopardi en su estupenda elegía *Aspasia*:

*..... Non cape in quelle  
anguste fronti ugual concetto...  
..... che se più molli  
e più tenui le membra, essa la mente  
men capace e men forte anco riceve.*

**El amor**

Variaciones sobre el mismo tema platónico. La mayor parte de las ideas de este fragmento proceden del *Convite* o *Symposio*, en aquel divino pasaje en que Sócrates expone a los comensales del poeta trágico Agathón, la enseñanza que recibió de una forastera de Mantinea llamada Diótima, gran maestra en purificaciones y exorcismos. Pero también otras ideas de las expuestas por los convidados de Agathón encuentran eco en la poesía del señor Valera, el cual, siguiendo a Pausanias, establece la distinción de la Venus Urania o celeste y de la popular o demótica, a cuya distinción responde la de dos distintos géneros de amores.

### **El poeta y el amor**

En este diálogo hay ideas de Plotino: «Quien no abrace más que las formas corporales, vivirá siempre entre tinieblas y fantasmas. Busquemos nuestra dulce patria, la fuente de donde procedemos. No habemos menester ni caballos ni naves para este viaje, sino cerrar los ojos corporales y abrir aquellos otros que todos los hombres poseen, aunque muy pocos los usen.»

### **Sueños**

Composición bellísima, llena de fantasía y de pasión reconcentrada, bastante por sí sola para dar fama a un poeta. La idea contenida en estos versos:

Pero Amor logra más, a más se atreve,  
y combate con Dios, y de Dios triunfa.

es frecuente en los platónicos cristianos, especialmente en los místicos, y la expone con gran vigor de frase el padre Cristóbal de Fonseca en su *Tratado del amor de Dios*: «El Amor entrose por esos cielos, y cogiendo a Dios, no flaco, sino fuerte; no el trono de la Cruz, sino de su Majestad y gloria, luchó con él hasta baxarle del cielo, hasta quitarle la vida... Porque nadie es tan fuerte como el Amor, ni aun la muerte, porque puso el Amor la bandera en lo más alto de los homenajes de Dios.»

*Es casi inútil advertir que en aquellos versos*

Y las antes recónditas estrellas

.....

se refiere el poeta a aquel paisaje del *Purgatorio*, en que Dante, por una de esas adivinaciones propias del genio poético en su más alta esfera, coloca sobre el rostro de Catón la luz de una constelación, incógnita aún cuando el gran poeta escribía, y, conocida hoy con el nombre de *Cruz Austral* o *Cruz del Sur*.

*Io mi possi a man destra, e posi mente*

*all'altro polo, e vidi quatro stelle  
non viste mai fuor che alle prime genti.*

*Goder pareva il ciel di lor fiammelle.*

*¡O settentrional vedovo sito,  
poichè privato sei di mirar quelle!*

*Com'io dal loro sguardo fui partito,  
un poco me volgendo all'altro polo,  
là onde il carro già era sparito.*

*Vidi presso di me un veglio solo  
degnò di tanta reverenza in vista  
che più non dee á padre alcun figliuolo.*

*Lunga la barba e di pel bianco mista  
portava a'suoi capegli simigliante,  
de'quai cadeva al petto doppia lista.*

*Li raggi dello quattro luci sante  
fregiavan sì la sua faccia di lume,  
ch'io il vedea come il sol fosse davante.*

.....

*Or ti piaccia gradir la sua venuta:*

*libertá vá cercando, che é sì cara  
come sa chi per lei vita rifiuta.*

*Tu il sai, che non ti fu per lei amara*

*In Utica la morte...*

**Amor del cielo**

Nuevas reminiscencias de Platón y de Plotino. «La Venus celeste, nacida de Saturno, esto es, del entendimiento, es tan pura, inviolable y permanente como él, y ni puede bajar a este mundo, porque es de tal naturaleza, que jamás se mueve hacia lo inferior: substancia separada y esencia que en ningún modo participa de la materia.» (Libro V de la tercera *Eneada*.) La picaresca composición de nuestro vate, puede pasar por parodia o por maligno comentario de esta doctrina.

### A Malvina

En estos versos, dedicados (como de su contexto se infiere) a una de las hijas del duque de Rivas, hay alusiones a varios poemas de su padre. Sucesivamente, se la compara con la Kerima de *El Moro Expósito*, con la Leonor del *Don Álvaro*, con la Zora de *El Desengaño en un sueño*. La historia de Harú y Manú, a que se alude después, es un mito persa, contenido en el *Shah Nameh*, de Firdussi. Y el mago *Suleimán*, que más abajo se menciona, no es otro que el sabio rey Salomón, a quien los orientales, especialmente los árabes, atribuyen mil conocimientos peregrinos, además de los que la Escritura le concede, suponiendo, entre otras cosas, que tenía a sus órdenes los vientos, y podía ser trasladado por ellos en breve espacio de un lugar a otro; que entendía el canto de las aves, el susurro de los insectos y el rugir de las fieras; que veía a enormes distancias; que le obedecían sumisos los leones y las águilas; que poseía incalculables tesoros, y un sello, mediante el cual conocía lo pasado y lo porvenir, y dictaba sus órdenes a los genios para que le construyesen templos y alcázares, etc., etc. Verdad es que de poco le sirvió tanta prosperidad y tanta ciencia, porque, habiéndose dejado arrastrar del orgullo, le reprobó Allah, y tuvo Salomón que peregrinar cuarenta días, demandando su sustento de puerta en puerta, mientras que los genios, libres ya de la servidumbre en que los tenía, se apoderaron de su sello, y, penetrando en su palacio, forzaron a todas sus esclavas. Esto y otras mil cosas estupendas se refieren en varios libros árabes y aljamiados, verbigracia, en el *Recontamiento de Suleimán*, que ha impreso e ilustrado con su habitual erudición el señor Guillén Robles en el primer tomo de sus *Leyendas Moriscas*.

### El fuego divino

Esta composición es, a mi entender, la más perfecta del señor Valera. Por la limpieza y serenidad del estilo, y hasta por el corte métrico, pertenece a la escuela de fray Luis de León; pero el fondo de las ideas es enteramente moderno, si bien con cierto tinte místico. Parécenos que el autor se ha inspirado muy de cerca en el famoso y elocuente libro de Herder, *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*. Sostiene Herder que la superioridad de unas formas de existencia sobre otras depende de la posesión más o menos completa de aquellas propiedades, por medio de las cuales se expresa algo que luego con mayor perfección ha de mostrarse en el hombre, centro de la creación terrestre, que él domina en virtud del principio divino que posee y que le hace apto para el razonamiento, para el ejercicio del arte, para ser libre, para dilatarse sobre la superficie de la tierra, para la humanidad, para la religión, para la inmortalidad. Herder

concibe el espíritu como un poder orgánico, pero no le identifica con el organismo ni con la función. La concepción de nuestro poeta es idéntica a la de Herder. Para uno y otro ese llamado *fuego divino* es el principio que fecunda y anima la materia orgánica; es una fuerza originalmente análoga (según Herder) a las fuerzas de la materia, a las propiedades de la irritabilidad, del movimiento, de la vida, pero muy superior a ellas, porque obra en esfera más alta, en organizaciones más complejas y delicadas. «De las profundidades del ser (escribe el pensador germánico) nace un elemento inescrutable en su esencia, activo en sus manifestaciones, imperfectamente llamado luz, éter, calor vital, y que es probablemente el *sensorium* del Creador; esta corriente de *fuego divino* circula a través de millones y millones de órganos, depurándose cada vez más, hasta qué alcanza en la naturaleza humana el grado de pureza más alto a que puede aspirar un *idealismo terrestre*.»

No es del caso impugnar esta concepción semipanteísta. Por el momento, basta que sea poética, y que nuestro autor haya sabido encontrar y expresar hermosamente esta poesía.

### Último adiós

Los primeros versos de esta elegía (verdadera joya de sentimiento y delicadeza) traen enseguida a la memoria el principio del canto VIII del *Purgatorio* dantesco:

*Era già l'ora che volge il desio  
ai naviganti, e intenerisce il core  
lo di ch'han detto ai dolci amici addio.  
E che lo novo peregrin, d'amore  
punge, se ode squilla di lontano,  
che paia il giorno pianger che si muore.*

### La velada de Venus

Valentísima imitación parafrástica del *Pervigilium Veneris*, obra de incierto autor latino, y aun de época incierta, si bien no parece posterior al siglo tercero. Está compuesta en un ritmo trocaico de carácter popular:

*Cras amet qui nunquam amavit  
quique amavit, cras amet:*

*vere novo jam canendum:  
ver renatus nobis est.*

.....

El *Pervigilium* ha sido atribuido con poco fundamento a algunos de los más famosos poetas de la antigüedad, entre ellos al mismo Virgilio. Otros se inclinan a suponerle composición de la época de Adriano, y le dan por autor al poeta Floro, autor de una improvisación en metro análogo al del *Pervigilium*:

*Ego noto Caesar esse,  
ambulare per britannos.*

.....

Otros aun le traen a época más moderna, y realmente la latinidad no es del siglo de oro. Tampoco, en cuanto al destino primitivo de esta poesía, hay conformidad en los humanistas, puesto que mientras unos le suponen compuesto para ser cantado en una fiesta religiosa (la velada de Venus), y le asignan, por consiguiente, un carácter sagrado y popular, otros le suponen inspiración individual y caprichosa de un poeta que quizá haya aprovechado fragmentos de verdaderos himnos sacros, pero que los ha modificado profundamente, dándoles un carácter más subjetivo o personal, lo cual se ve principalmente en los últimos versos, que por ningún concepto parece que cuadran en una poesía escrita para ser cantada en público.

Por otra parte, abundan en el *Pervigilium* imitaciones de Lucrecio, Catulo, etcétera, que denuncian más bien la mano de un retórico hábil que la de un verdadero poeta popular. De todos modos, el *Pervigilium*, además de ser muy curioso por el metro, es positivamente muy lindo, y la traducción (o más bien paráfrasis) del señor Valera puede decirse que aventaja al original latino en grandeza y amplitud de formas y, en arranque y potencia lírica.

### **Tu recuerdo. -Al sueño. - Al hada Melusina**

Entre los poetas alemanes de segundo orden, Manuel Geibel es uno de los más beneméritos de nuestra literatura, como traductor felicísimo de muchos de nuestros romances. El señor Valera ha querido pagarle esta deuda, poniendo en verso castellano tres composiciones suyas.

## **El ángel y la princesa**

Juan Bautista de Almeida-Garrett, el más ilustre de los poetas portugueses de nuestro siglo, publicó en tres volúmenes un Romancero, recogido en parte de la tradición oral, aunque no con el rigor y la severidad científica que hoy se exige en este linaje de colecciones. El segundo y tercer tomo de la de Garrett contienen verdaderos romances populares más o menos retocados por el colector; pero el primer volumen es todo de composición suya, tomando unas veces argumentos de las leyendas y cantos populares, y acudiendo otras a fuentes eruditas y extranjeras. Tal acontece con el presente romance, cuyo dato jamás ha sido popular en la Península ibérica ni en otra parte alguna que sepamos. El mismo Garrett confiesa ingenuamente que tomó su asunto de dos poemas, inglés el uno y francés el otro: *Los amores de los ángeles*, de Tomás Moore, y *La caída de un ángel*, de Lamartine. Uno y otro se habían inspirado en la antigua y errónea interpretación que algunas sectas judías y cristianas de los primeros siglos dieron a aquel pasaje del Génesis, en que se habla de los amores de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. De esta interpretación hay ya vestigios en el libro apócrifo de Henoch, y consiste en suponer que los hijos de Dios no eran los hijos o descendientes de Seth, sino los propios ángeles que bajaron a la tierra, vencidos y avasallados por la hermosura de las hijas de los hombres, y prevaricaron con ellas.

## **Romance de la hermosa Catalina**

En la primera edición tuvo el señor Valera la humorada de llamar a este romance traducción del portugués. Es original, sin embargo, y demuestra la singular aptitud de su autor para asimilarse el gusto y estilo de las poesías más diversas. La presente puede rivalizar con las más ingeniosas falsificaciones de la poesía popular hechas por Garrett o por Durán.

## **La iglesia perdida (de Luis Uhland). -La hija del joyero. - El paladín heraldo**

El autor de estas tres composiciones es harto conocido, para que parezca superfluo advertir que están traducidas del alemán, en cuya literatura romántica ocupa Uhland uno de los primeros lugares, prefiriéndole algunos al mismo Tieck. Uhland es, por excelencia, el poeta legendario de Alemania; el cantor, a un tiempo brillante y melancólico, de los recuerdos de la Edad Media. Su poesía ofrece el contraste más profundo con la de Enrique Heine, que, sin embargo, habla de él con mucho elogio en su libro de la *Alemania*.

Esta composición pertenece al *Romancero*, de Enrique Heine, colección mucho menos conocida entre nosotros que su *Buth del Lieder* o *Cancionero*, del cual poseemos dos tan apreciables traducciones, debidas a los señores Llorente y Pérez Bonalde.

El hecho que sirve de base al poemita tan lindamente naturalizado por el señor Valera, parece histórico. El mismo Firdusi (autor del gran poema *Shah-Nameh* o *Libro de los reyes*) se queja amargamente del malo y fraudulento pago que le dio el sultán Mahmud, de la dinastía de los Ghaznavidas. Los versos en que exhaló sus quejas el poeta burlado, pueden leerse traducidos (probablemente en una versión inglesa) en el tomo de *Poesías árabes, persas y turcas*, del conde de Noroña (París 1833).

Firdusi es uno de los mayores poetas del mundo, no ya sólo de Persia. Su poema no tiene la poderosa unidad del *Ramayana* o de la *Iliada*, ni pertenece tampoco a la poesía épica genuinamente popular y espontánea, como esas dos grandes epopeyas. Más bien que poema, el *Shah-Nameh* es una serie o ciclo de poemas que comprenden toda la vida histórica y fabulosa de la monarquía persa; una interminable crónica rimada, que esmaltan por dondequiera rasgos de genio. Firdusi había abrazado el mahometismo, pero en él, lo mismo que en otros poetas del Irán, esta religión no pasó más allá de la corteza. En el fondo de su alma se mantuvieron fieles, si no, a las antiguas creencias, por lo menos al espíritu tradicional de su raza, el cual, próximo a apagarse, se manifestó en ellos con singular esplendidez y fuerza. De aquí los elementos genuinamente épicos que en tanta abundancia contiene el inmenso poema de Firdusi, a pesar de ser obra de erudición en gran parte, nacida después del triunfo del islamismo y de la extinción del culto de los adoradores del fuego. Enrique Heine caracteriza admirablemente el poema de Firdusi al principio de esta leyenda suya, cuya traducción es uno de los mayores triunfos del señor Valera.

### **La oreja del diablo**

El conocido hispanófilo doctor Juan Fastenrath, de quien es el original alemán de este cuento estrambótico, hubo de tomar su asunto de un relato novelesco, en prosa, que los ciegos venden por las plazas. Su título es el mismo que el de la leyenda de Fastenrath, y la edición que tenemos a la vista es del año pasado de 1885. Hay otras muy anteriores, lo cual prueba la popularidad del cuento entre las gentes de condición humilde, que consumen este género de papeles desdeñados de los doctos, por más que muchas veces se encierre en tan plebeya literatura la revelación de altos arcanos etnográficos e históricos. El presente cuento, aunque groseramente alterado y modernizado en la pésima versión que los ciegos expenden, parece ser de origen antiguo. El doctor Fastenrath le ha mejorado mucho al ponerle en verso, suprimiendo más de las dos terceras partes de las ridículas peripecias contenidas en la relación vulgar a que aludimos, y a la cual no sería difícil encontrar similares en nuestras colecciones de cuentos y en las de otros países.

### **Trozos de Fausto**



El señor Valera ha tenido siempre especial admiración por el gran poeta Goethe. En su juventud imitó el *Segundo Fausto*, cuando casi nadie le conocía entre nosotros. En su edad madura ha puesto en verso los trozos más líricos de la primera parte, trozos que van intercalados en la exacta versión en prosa publicada por los señores English y Gras. Aquí aparecen estos trozos sueltos y desligados del conjunto del poema, lo cual podría dificultar algo su inteligencia, a no ser tan conocida de todo linaje de lectores cultos la obra maestra de Goethe, obra maestra también del genio alemán, y aun de toda la poesía moderna. Ofrécese aquí, pues, el *Prólogo* en el cielo, la respuesta del espíritu a la evocación de Fausto, el coro de la Resurrección, el de los soldados y los campesinos bajo los tilos, el canto de los espíritus en el corredor, la escena de la taberna en Auerbach, los preparativos del remozamiento, la balada del Rey de Thule, los versos que dice Margarita hilando al torno, la serenata de Mefistófeles, y la solemne escena de la catedral y del *Dies irae*. Los trozos que el señor Valera traduce, a pesar de ser los de índole más lírica y menos dramática (exceptuando el último), forman juntos una especie de compendio del poema, que puede refrescar agradablemente la memoria de quien ya le conozca en su integridad. Si prescindimos de la balada del Rey de Thule (de la cual había varias traducciones, entre las cuales sobresale la de nuestro llorado maestro don Manuel Milá y Fontanals), el presente ensayo de traducción poética del *Fausto* es el primero que recordamos haber visto impreso en nuestra lengua. Con alguna posterioridad, el insigne escritor valenciano, don Teodoro Llorente, ha publicado una versión poética íntegra de la primera parte del Fausto, trabajo que tenía comenzado muchos años hace, y que ahora ha completado y retocado mucho.

### **Fábula de Euforión**

No es traducción ni paráfrasis, sino imitación muy libre y remota del más bello episodio de la segunda parte del *Fausto*, mucho menos leída que la primera y tenida generalmente por inextricable y confusa en fuerza de su excesivo simbolismo. No lo juzga así el señor Valera, el cual hace muy ingeniosa defensa e interpretación de esta segunda parte en su estudio sobre el *Fausto*, que ha de aparecer en uno de los volúmenes sucesivos de esta colección de sus obras. Convenimos con nuestro autor en que la segunda parte sólo puede parecer un logogrifo a espíritus ignorantes, perezosos y distraídos, ajenos del todo al mundo de ideas metafísicas, estéticas y científicas en que el espíritu de Goethe se movía. Pero también se nos concederá que el símbolo y la alegoría, por transparentes que sean, y por muy altas y trascendentales que parezcan las ideas a las cuales sirven de envoltura, traen siempre consigo un no sé qué de frialdad que es muy dañoso al arte, y que, limitándonos al caso presente, hará siempre que la segunda parte, no obstante las bellezas líricas y las profundidades metafísicas que contiene, parezca siempre inferior a la primera, y menos humana, y simpática, y deleitable que ella.

Por fortuna, el episodio de *Euforión* es quizá el trozo del segundo *Fausto* que más libre se halla de estos inconvenientes. El símbolo es claro y está al alcance de cualquier lector, y la ejecución artística es de una belleza insuperable. Del consorcio del genio de las razas germánicas, representado por el Doctor Fausto, y del genio de la raza griega, personificado en la hermosa aparición de Helena, a quien con mágicos conjuros atrae Fausto del reino de las sombras, nace el genio de la poesía moderna encarnado en

Euforión, y sus rasgos concuerdan en general con los de lord Byron, cuya gloriosa muerte estaba muy fresca cuando Goethe escribía esta parte de su poema.

La idea de la evocación de Helena no pertenece originalmente a Goethe: estaba ya en el *Fausto* inglés de Marlowe; pero este poeta del Renacimiento no había acertado a sacar partido de tan hermosa idea que compendia el espíritu del Renacimiento mismo. Sólo Goethe le dio el alcance y la trascendencia simbólica que ahora tiene, produciendo una creación tan filosófica y tan poética a un tiempo, que ya no se borrará de la memoria de los hombres, y será como el tipo y el ideal eterno y armónico de la nueva poesía.

Hay en el *Euforión* muchos rasgos, y no los peores, que pertenecen en toda propiedad al Sr. Valera, como puede ver el curioso que coteje esta *Fábula* con el episodio correspondiente de Goethe. Hay, también, imitaciones y reminiscencias de otros varios poetas, hábilmente fundidas con el tono general y dominante de la obra. Así, el bello coro en versos sáficos

Hijo sublime de la hermosa Helena...

no niega su parentesco con el himno de Hermes, que anda entre los atribuidos por la antigüedad a Homero, y que hoy mismo se imprimen al fin de sus poemas. Tengo para mí que no hay en castellano versos sáficos de carácter tan verdaderamente clásico como estos del Sr. Valera.

Más adelante, en aquellos versos

Un tiempo de la cumbre que domina  
el mar de Salamina  
un rey miró, de presunción henchido...

reconocerá todo lector curioso una imitación manifiesta del famoso canto de las islas de Grecia en el *Don Juan*, de Byron, canto que yo mismo he parafraseado en otro tiempo.

### **El paraíso y la Peri**

Esperamos que el Sr. Valera llevará a término su antiguo proyecto de poner en lengua castellana todo el *Lalla Rookh*, colección de cuentos orientales de Thomas Moore,

ingenio maravilloso, todo color, brillantez y halago mundano, que transportó a las nieblas del Norte las pompas, aromas y misterios del Oriente, como si en él hubiese retoñado el espíritu de Hafiz, de Sadi o de Firdussi. Cuatro son los cuentos en verso que forman el collar de perlas llamado Lalla Rook: *El velado profeta del Khorassan*, *El Paraíso y la Peri*, *Los adoradores del fuego* y *La luz del Haram*.

Hasta ahora, el Sr. Valera no ha traducido más que el segundo, menos épico que los restantes, pero lleno de gracia y de hermosura líricas. Para facilitar la inteligencia de este trozo de poesía, un tanto extraño a nuestras costumbres y habituales lecturas, nos ha parecido conveniente añadir algunas notas tomadas de las que acompañan al original inglés de Moore, a quien yo tengo por el tercero de los poetas británicos de su tiempo, después de Byron y de Shelley.

I. En el lago de Cachemira existen muchas islas. La isla por excelencia a que el poeta alude, parece ser la conocida con el nombre de Char Chenaur.

II. Al lago de Sing-suhay va a parar el Altan-Kol o río de oro del Thibet, así llamado por el que arrastra en sus arenas.

III. Suponen los mahometanos que los cometas son los dardos que los ángeles buenos disparan contra los malos cuando quieren escalar el empíreo.

IV. Los cimientos del Chilminar son las ruinas de Persépolis. Suponen los persas que el palacio y los edificios de Balbeck fueron edificados por los genios con el propósito de enterrar en sus subterráneos innumerables tesoros que permanecen allí todavía.

V. Mahmud de Gasna, o más bien el *Gaznavida*, conquistó parte de la India a principios del siglo XI de nuestra Era, y persiguió de la manera más cruenta los antiguos cultos, arrebatado por el fanatismo musulmán. Hacía gala de adornar a sus perros con los collares sagrados.

VI. En las montañas de la luna se ha supuesto que nacía el Nilo, a quien los abisinios designan con el nombre de «El Gigante».

VII. Con el nombre de país de las rosas (Suristan) designan los orientales a la Siria (de suri), por las bellas y delicadas especies de rosas que hicieron célebre aquel país en otros tiempos. Tal es a lo menos la opinión, de algunos viajeros, seguida por Thomas Moore.

VIII. Alude a la lluvia milagrosa que cae en Egipto precisamente en el día de San Juan, y se supone que tiene la virtud de ahuyentar la peste.

IX. *Shadukiam*, la de las torres de diamantes, es una ciudad, capital de región en el reino de Jennistán. También se la apellida ciudad de las joyas. *Amerabad* es otra de las ciudades del Jennistán.

Sobre este poema, que desgraciadamente no ha sido terminado, basta referirnos a la carta prólogo del Sr. Valera. ¿Qué interpretación más autorizada? El pensamiento filosófico que en el poema domina pertenece, como casi todos los del autor a la filosofía neo-platónica o alejandrina. Ni ha de parecer impropio poner tales sutilezas en la mente de un príncipe árabe-andaluz, puesto que precisamente tuvieron muchos secuaces y egregios intérpretes en los filósofos mahometanos y judíos de nuestra raza, tales como Avempace, Tofail y Ben-Gabirol.

Este, en su famoso libro *Makor Hayin o Fuente de la vida*, nos enseña que la forma (concepto análogo en su sistema al de la idea) es luz perfecta, pero que, conforme se difunde en la materia y va concentrándose y adquiriendo sucesivas determinaciones, pierde mucho de su integridad y de su pureza, y se empaña, y se contamina, y se hace más espesa.

Por el contrario (añade el poético filósofo zaragozano o malagueño), «si quieres imaginar las substancias simples y el modo como tu esencia las penetra y contiene, es necesario que eleves tu pensamiento hasta el último ser inteligible; que te limpies y purifiques de la inmundicia de las cosas sensibles; que te desates de los lazos de la naturaleza, y que llegues, por la fuerza de tu inteligencia, al límite extremo de lo que te es posible alcanzar de la realidad de la substancia inteligible, hasta que te despojes, por decirlo así, de la substancia sensible, como si nunca la hubieras conocido. Entonces tu ser abrazará todo el mundo corpóreo, le colocarás en uno de los rincones de tu alma, entendiendo cuán pequeña cosa es el mundo sensible al lado del mundo inteligible. Entonces las formas espirituales se revelarán a tus ojos, y las verás alrededor de ti y bajo ti, y te parecerá que son tu propia esencia... Y si asciendes a los últimos grados de la substancia inteligible, te parecerán los cuerpos pequeños e insignificantes, y verás el mundo entero corpóreo nadando en ellos como los peces en el mar o los pájaros en el aire».

Por no haber ascendido a esta sublime Metafísica; por haberse empeñado en materializar y hacer corpórea la idea inmaculada que vivía en su mente; por haber tratado, nuevo e infeliz Pigmalión, de hacer respirar y moverse a la Galatea de su pensamiento, tuvo que pasar el pobre rey de las Alpujarras, héroe de este cuento, todas las tribulaciones que el Sr. Valera se proponía relatar en los cantos sucesivos de su poema. Hay aquí un problema metafísico punto menos que insoluble. La materia (y el mismo Ben-Gabirol lo reconoce) no puede existir desnuda de forma: la existencia de una cosa sólo por la forma se determina o se realiza. Todo ser es o inteligible o sensible, y el sentido y el entendimiento humanos únicamente se aplican a formas sensibles o inteligibles. De aquí que la esencia o la idea jamás lleguen, en este bajo mundo, a realizarse en su integridad y pureza, ni se pronuncie nunca del todo en los oídos humanos aquella palabra inefable que el Altísimo imprimió en la materia. Sólo en una esfera superior a la de la ciencia humana pueden hallar satisfacción estos místicas y suprasensibles anhelos.

Del cuento de Boccaccio que el Sr. Valera pensó tomar como armazón de su poema, mucho pudiera decirse, con sólo copiar lo que escriben los comentadores, del *Decamerone*, especialmente Manni en su *Historia* de aquel famoso libro; DuMéril, en su estudio sobre las fuentes de los cuentos de Boccaccio, insertó en sus *Prolegómenos a la historia de la poesía escandinava*, y otros muchos eruditos que fuera prolijo enumerar, y que dan amplia noticia de todos los viajes, transmigraciones y

extraordinarias vicisitudes de la fábula de Alaciel, novia del rey de Garba o más bien del Algarbe. Pero como quiera que nuestro autor no llegó a hacer uso del cuento de Boccacio, prescindimos aquí de erudición tan fácil, limitándonos ahora a recordar que no es el Sr. Valera el único que ha creído encontrar un sentido melancólico y profundo en el cuento, a primera vista ligero y pintoresco, del alegre novelador florentino. Lo mismo opina Emilio Montégut en un reciente estudio inserto en su libro *Poetas y artistas de Italia*.

En la estrofa que comienza

Eres semejante al alma  
de amor al Amor objeto...

se alude de una manera bien clara a la fábula de *Psiquis y el amor*, referida de un modo tan poético e interesante en el *Asno de oro*, de Apuleyo, e interpretada por los gnósticos y neoplatónicos en un sentido idealista análogo al que predomina en la leyenda de nuestro autor.

### **Elegía de Abul-Beka, de Ronda, a la pérdida de Córdoba, Sevilla y Valencia**

El Sr. Valera ha traducido del alemán la excelente obra del barón Adolfo Federico de Schack acerca de la *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Los versos de poetas árabes-hispanos que Schack traduce al alemán y que forman la mayor parte de su libro, los pone igualmente el Sr. Valera en un verso castellano.

Pero como quiera que la traducción de Schack ha de formar parte de esta colección, y que la mayor parte de las poesías dadas a conocer por aquel orientalista reclaman forzosamente el auxilio del comentario en prosa, sólo ha querido el señor Valera insertar en esta colección una muestra, eligiendo, con buen acuerdo la famosa elegía del rondeño Abul-Beka, encaminada a deplorar las calamidades que cayeron sobre el Islam con motivo de las gloriosas conquistas llevadas a término por San Fernando y por Jaime I de Aragón. De estas elegías a la pérdida de ciudades, hay en la literatura arábiga de la Península muchos ejemplares insertos generalmente en los libros de historia (véase, pongo por caso, la elegía del moro de Valencia en la *Crónica general*); pero quizá esta composición de Abul-Beka sea el tipo más perfecto y más puro de tal género de lamentaciones. Nuestro traductor la ha puesto en copias de pie quebrado, semejantes a las de Jorge Manrique, lo cual, unido a ciertos solemnes giros oratorios acerca de la inestabilidad de las grandezas humanas, parece darle un remoto aire de analogía con los inolvidables versos de aquel ingenio castellano a la muerte de su padre. Pero si se lee traducida literalmente en prosa esta elegía, la semejanza no resulta tan clara ni con mucho. Y por otra parte, prescindiendo de la dificultad casi insuperable de que una poesía árabe de índole tan culta y literaria hubiera podido nunca ser popular ni conocida

en Castilla (fenómeno que sería único, y por tanto inexplicable, en la historia de nuestras letras), no cabe duda que la semejanza es en pensamientos comunes, los cuales se hallan en poetas de todas naciones y edades y aun en los mismos libros de la Sagrada Escritura, y que, sin salir de su propia casa y familia, encontró Jorge Manrique cuantos materiales necesitaba para su elegía, en las copias de su tío Gómez Manrique *al contador Diego Arias de Avila*, que fueron, sin duda, su verdadero modelo:

En esta mar alterada

por do todos navegamos,  
los deportes que pasamos,  
si bien lo consideramos,  
no duran más que rociada.  
¡Oh, pues, tú, hombre mortal,  
mira, mira,  
cuán presto la rueda gira  
mundanal!

Si desto quieres enxiemplos,

mira la grand Babilonia,  
Tebas y Lacedemonia,  
el grand pueblo de Sydonia,  
cuyas murallas y templos  
son en grandes valladares  
transformados,  
e'sus triunfos tornados  
en solares.

Pues si passas las historias

de los varones romanos,  
de los griegos y troyanos,  
de los godos y persianos,  
dignos de grandes memorias,  
no fallarás al presente  
sino fama,  
transitoria como flama  
d'aguardiente, etc., etc., etc.

**Reco.- Las hojas que cantan.- El destructor de los ídolos.- El mayoral del rey  
Admeto**

Estas cuatro composiciones están imitadas, o más bien parafraseadas, de otras del poeta norteamericano James Russell Lowell. El Sr. Valera prepara un trabajo extenso

acerca de la poesía inglesa de los Estados Unidos, de la cual entre nosotros sólo han sido conocidos hasta ahora los nombres de Longfellow, de Cullen Bryant y de Edgar Poe, y aun este último más bien en concepto de narrador excéntrico que de poeta lírico. Como muestras y primicias de este trabajo, nos ofrece en la presente colección el Sr. Valera algunas composiciones de Lowell, de Whittier y de Story.

Russell Lowell, lo mismo que Whittier, pertenecen por su nacimiento a los Estados de la Nueva Inglaterra, que parecen ser o haber sido el foco intelectual de la América del Norte. Por sus aficiones clásicas, por su vasta cultura, por el primor de la forma, Russell Lowell ha sido considerado por muchos como el verdadero tipo del literato americano, tanto o más que el mismo Longfellow. Y, sin embargo, Russell Lowell debe su mayor popularidad a una serie de versos políticos, *The Biglow Papers*, en los cuales, para asegurar el efecto inmediato no temió el autor recurrir a los vulgarismos y yankismos más enérgicos de las provincias en que había nacido, olvidados unos y no admitidos nunca otros en la lengua inglesa clásica. Hasta la ortografía es rara e insólita en este poema, que exige y lleva un índice y un glosario.

Pero prescindiendo de estas composiciones, cuyo interés es un tanto local y transitorio, aunque arguyen despejado ingenio y grande audacia filológica, lo que con más agrado puede leer un extranjero en la colección de Russell Lowell son, sin duda, las composiciones inspiradas por aquella serena intuición clásica, que él ha sabido comprender y expresar tan lindamente en la oda que comienza:

*In the old days of awe and kee-eyed wonder,  
the poet's song with blood-warm truth was rife.  
He saw the mysteries which circle under  
the out ward shell and skin of daily life.  
Nothing to him were fleeting time and fashion,  
his soul was led by the eternal law.  
There was in him no hope of fame, no passion,  
but with calm, godlike eyes he only saw.*

A este género corresponden *Reco* y *El Mayoral del rey Admeto* (*The Sheperd of king Ametus*). En esta última hace Russell Lowell, con extraordinaria y profunda sencillez, la apoteosis de la primitiva cultura humana, labrada por las artes del espíritu, en aquel período rudimentario en que la naturaleza hablaba de un modo tan directo y eficaz a los mortales:

*It seemed the loveliness of things  
did teach him all their use,  
for, in mere weeds, and stones, and springs,  
he found a healing power profuse.*

Pero el idilio de Rhoecus es el más acabado espécimen del nuevo género de leyenda clásica que Russell Lowell ha puesto en boga. Compuesto este idilio en versos sueltos, y traduciéndole el Sr. Valera en el mismo metro, ha podido trasladar a su versión todas las gracias íntimas y delicadas del original. Un sentido ético muy puro y elevado viene en esta leyenda a depurar y engrandecer el antiguo mito dándole valor de poesía eterna y universal, de aquella poesía que tiene lágrimas y flores para todas las cosas creadas, especialmente para las que son ternezuelas, débiles y humildes. Hay un profundo espíritu de caridad en el fondo de la fábula de *Reco*, y él constituye la mayor originalidad de este poemita tan limpio y sosegado, fusión perfecta del aliento plasmador y estético de la teogonía clásica con la ardiente aspiración moral, propia y característica de las razas del Norte.

La balada *The Singin Leaves* y la que se titula *Mahmood the image-breaker*, pertenecen a distinto género y acaban de probar que el cosmopolitismo es la nota característica de la poesía yankee, así en Russell Lowell como en Longfellow y en Story, hábiles todos en remedar las inspiraciones de los pueblos más diversos, haciéndose por breve espacio solidarios de su modo de sentir y de sus concepciones poéticas o religiosas. En este concepto, más que en otro alguno, ha dicho Edmundo Clarence Stedman, en su reciente libro *Poets of America*, que Russell Lowell es, por excelencia, el hombre de letras americano, *our representative man of letters*, considerándole además como un *fine exemplar of culture*, y añadiendo que algunos le han llamado ciudadano del mundo. Stedman, sin embargo, reclama vigorosamente los derechos de americanismo a favor de la poesía de Lowell, estimándole como el tipo más perfecto de la cultura en los Estados del Este.

Rossell Lowell nació cerca de Cambridge el 22 de febrero de 1819, y vive aún. Stedman compara la leyenda de *Rheco* con la más bella de las *Helénicas* de Landor, la Hamadryada.

### **Praxíteles y Fryne**

Traducida libremente de unos versos de William Wetmore Story, hombre de muy varios talentos y aptitudes, literato, pintor, escultor, medio italiano en sus gustos, muy refinado en su dicción, y lo menos americano posible en el carácter habitual de sus producciones. Como poeta es secuaz de Browning. De todas las poesías de Story, las que alcanzan mayor estimación son *Praxíteles y Fryne*, y *Cleopatra*.

### **Luz y tinieblas**

El original de esta poesía es de John Greenleaf Whittier, poeta norteamericano, en nada semejante a los anteriores y de especie más alta que ellos. Whittier es un poeta casi



místico, una especie de cuáquero fervoroso, un apóstol de la filantropía y de los sentimientos humanitarios. Durante la guerra llamada de secesión, los cantos de Whittier (el cual, por la secta a que pertenece, no podía empuñar las armas) contribuyeron, tanto como las armas mismas, a la emancipación de millones de esclavos y al triunfo del derecho y de la justicia. La colección titulada *Voices of Freedom* es el principal monumento de esta lucha. Como poeta religioso (prescindiendo de sus errores de secta, de los cuales, por otra parte, no hace mucha ostentación), es, sin duda, uno de los más fervorosos e ingenuos de nuestro siglo, menos reflexivo y perfecto que Manzoni, pero lleno de ternura y devoción y de amor sin límites a la humanidad redimida, y aquejado sin cesar por la nostalgia de lo infinito. En muchos de sus versos ha tenido la suerte de expresar conceptos elevadísimos y de eterna verdad, que pueden y deben ser admitidos por todas las comuniones cristianas, incluso la que tiene la excelencia de conservar el depósito sagrado y venerando de la tradición católica. Así, por ejemplo, en los versos *The Shadow and the light*, que el Sr. Valera ha imitado (mejorándolos no poco, a mi entender), Whittier ha acudido a mojar sus labios en una fuente purísima, en el libro 7.º de los *Soliloquios* de San Agustín. Él mismo pone al frente de su composición el pasaje del doctor de Hipona y le alude al principio en términos claros:

*The fourteen centuries fall away  
between us and the Afric Saint,  
and at his side we urge to day,  
the inmmemorial quest and old complaint.*

Whittier no se ha inspirado sólo en el libro 7.º de los *Soliloquios* (que tenemos tan hermosamente traducidos a nuestra lengua por el P. Rivadeneyra), sino también en el décimo: «Dentro estabas, y yo fuera, y allí te buscaba... Conmigo estabas, y yo no estaba contigo, porque me apartaban de ti aquellas cosas, que si no existieran en ti, no tendrían existencia. Tarde te he amado, hermosura siempre antigua y siempre nueva...» (*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, etc., etc.*)

La idea del infinito Océano de luz y de amor, que se vierte y derrama sobre el Océano de la noche y de la muerte, pertenece a Jorge Fox, padre de la secta de los cuáqueros, o a lo menos Whittier la ha tomado de él.

Al contrario de Russell Lowell y de Longfellow, Whittier es uno de los tipos más puros y más acentuados de la primitiva raza colonizadora de la América inglesa. Tiene el mismo entusiasmo, la misma virilidad y la misma unción que los primeros emigrantes de su secta. Guillermo Penn le reconocería por uno de los suyos. Sin embargo, el cuaquerismo de Whittier es un tanto disidente y heterodoxo, aun dentro de su secta, y aparece influido por nuevas ideas filosóficas.

Con ser tan copiosa esta colección de poesías del Sr. Valera, aun no figuran en ella todas las que ha escrito y dado a luz. Faltan, no sólo las traducciones de poetas árabes publicadas en el Schack (entre las cuales descuella la Kasida de Aben-Hamdis sobre el

vino de las monjas de Siracusa), sino también los dos idilios que van insertos en la novela de *El Comendador Mendoza*. Como el primero de estos idilios es una de las mejores inspiraciones de nuestro poeta, se nota y advierte aquí la falta, para que el lector de buen gusto vaya a buscarlos en la novela de que forman parte, y con cuya acción están enlazados. Falta, por último, el picaresco poema *Arcacosúa*, que por razones de varia índole, entre las cuales no es la menos fuerte la de no conservarles su autor, ni haber podido nosotros dar con él en nuestras investigaciones, se quedará por ahora en la sombra, a pesar de su gracia y desenfado, el cual, por otra parte, no traspasa los términos de la razonable libertad que siempre se concedió a nuestros ingenios.

M. Menéndez y Pelayo.

△▽

## Poesías

△▽

### Fantasia

Un campo es el corazón,

△▽

un campo que tiene flores,  
que se engalana con ellas  
porque son sus ilusiones,  
con cuyo perfume alienta,  
cuyo perfume es su goce,  
cuyo perfume embalsama  
del corazón las regiones;  
porque en el aire perdidas  
las esperanzas del hombre,  
son de la flor la semilla  
con la que el campo cubriose.

5

Pero esta flor se marchita,  
que está del sepulcro al borde,  
porque tan sólo un momento  
nos duran las ilusiones,

10

y el jardín se cambia en páramo  
y en hojas secas las flores,  
porque yermo el corazón  
para siempre ya quedose.

15

20

Porque hay un huracán en la llanura

que el viento del deseo lo formó,  
que marchitó del campo la verdura  
y la flor gayá de ilusión seco.

Y este huracán, que lo engendró el deseo, 25  
es la pasión que vomitó Luzbel,  
y en sus alas marchito y en trofeo  
lleva el que fue del corazón vergel.

Y deja un tronco seco y deshojado 30  
de espinas lleno, lleno de dolor,  
y éste es el desengaño, que clavado  
se nos queda cual dardo matador.

Málaga, mayo de 1840.

△▽

### A María

Dulce me eres, △▽  
linda morena,  
como me es dulce  
de primavera  
naciente aurora 5  
de luces bellas.

Que son tus ojos  
que mi alma queman,  
soles nacies: 10  
y tus guedejas,  
que al aire flotan  
o en lindas trenzas  
caen en tu espalda,

son por lo negras 15  
como azabache,  
y por lo luengas  
como el cariño  
que mi alma encierra  
y que consagra 20  
a tu belleza;

porque tu forma  
toda es perfecta  
toda es divina,  
toda es aérea.

Es cual de un ángel 25  
la tu voz tierna,  
como un suspiro  
que el aire lleva,  
como el remate  
de dulce endecha, 30  
como el arrullo  
de tierna queja  
de la paloma  
de amores llena.  
Es lo que siente 35  
tu alma bella,  
que más encanta  
que tu belleza,  
puro y virgíneo  
cual tu alma misma, 40  
cual el aliento  
del Criador fuera  
cual son dulcísimo  
que exhala tierna  
la lira armónica 45  
del rey poeta.  
Así, mi niña,  
son las tus prendas  
cual el perfume  
de la flor bella 50  
que el dulce céfiro  
en alas lleva.  
Por eso el pecho  
mío se queja,  
por eso siento 55  
que mi alma incendias  
en fuego vivo  
de amor y penas,  
un fuego eterno  
que no remedian 60  
mil y mil muertes  
si mil me dieran,  
que no consume  
aunque quisiera  
el agua toda 65  
que, bravo, encierra  
el mar ruidoso  
que el mundo cerca,  
ni el río de lágrimas  
que lastimera 70  
arroja mi alma  
de amor deshecha.  
Sólo tu labio,  
tu mano bella

mi fuego ardiente  
calmar pudieran.

75

Málaga, junio de 1840.

△▽

### En el álbum de María

(b)

En tu virgínea frente,

△▽

de olorosos jazmines coronada,  
el pudor dulcemente  
la mano delicada  
puso, y dejola de ilusión colmada.

5

En tu mirada, pura

más que la luz de la naciente aurora,  
la inocencia fulgura,  
entre sus llamas mora,  
y nítidos ensueños atesora.

10

El dedo colocado

sobre la dulce boca, adormeciendo  
el velador cuidado  
del mundanal estruendo,  
mientras tu corazón está durmiendo.

15

Duerme, duerme, ángel mío,

en fresco lecho de encantadas flores;  
el ave en el sombrío  
te cante sus amores,  
el céfiro te arrulle y vierta olores.

20

1841

△▽

**A Lucinda**

(c)

*T' is sweet to be awaken' d by the &*

DON JUAN, C. I.

Dulce es el tierno canto	△▽
del ruiseñor amante, que en la tranquila noche resuena sin cesar.	
Dulce junto a la fuente límpida y susurrante adormirse arrullado del céfiro fugaz.	5
De la armoniosa música	
los melódiosos sonos, que de amor estremecer, el blando corazón.	10
La voz de las doncellas mezclada en las canciones, el son del arpa de oro del tierno trovador.	15
Es dulce de las copas	
el alegre estallido, y dulce del banquete el placer mundanal; aspirar el aliento, en el salón perdido, de tanta enamorada voluptuosa beldad.	20
Es dulce el giro rápido	25
del baile delicioso de las candidas vírgenes que suspiran de amor; de sus trémulos pechos el deleite amoroso, de sus miradas púdicas el arrobado ardor.	30
Es dulce allá en los mares, en la noche callada, la canción ardorosa del triste pescador; por las tranquilas ondas	35

oírse modulada,  
al compás de los remos  
del ardiente amador. 40

Y es dulce el leve aroma  
de las virgíneas flores,  
que en su alas conduce  
el céfiro gentil;  
pero más es tu aliento 45  
cuando me hablas de amores  
con tus divinos labios  
de nítido carmín.

Más dulces son tus ojos  
o tu virgínea frente, 50  
más dulce de tu pecho  
el celestial ardor;  
más dulce de tus labios  
un beso tierno ardiente,  
que todo lo más dulce 55  
más dulce, más, tu amor.

Granada, 1841.

△▽

### A Laureta

(d)

¡Ay! Cuán hermosa, cándida y divina 6  
brilla en su frente la inocencia pura,  
más alba que la luz que el sol fulgura  
al nacer entre mares de carmín.  
Qué blondos sus cabellos aromados 5  
que en mil rizos descienden por su espalda,  
adornados tal vez de una guirnalda  
de azucenas y cándido jazmín.

¡Qué pureza en sus labios sonrosados  
y en sus mejillas de tempranas rosas! 10  
¡Qué dulces sus palabras melodiosas!  
¡Qué inocentes sus ósculos de amor!  
Te alzas al cielo de placer radiante...

¿Qué deleite sus ojos embriaga y qué secreta inspiración te halaga que hace latir tu tierno corazón?	15
Porque esos ojos del azul del cielo,  brillantes cual la luz de la mañana, sin una chispa de fulgor profana buscan del cielo la suprema luz; porque es un ángel desterrado al mundo la celestial y púdica Laureta, ángel que hiere el alma del poeta y hace vibrar las cuerdas del laúd.	20
Santa inocencia te proteja siempre  cuando cesando tu dichosa infancia, cual puro cáliz de eternal fragancia, se abra al amor tu virgen corazón. Pobre inocente púdica Laureta, más pura que el amor de los querubes, ¿por qué sobre sus alas no te subes a la celeste fúlgida mansión?	25     30

Granada, 1841.

△▽

### Mi lira

*Quaeritis unde mihi toties scribantur  
unde meus veniat mollis in amore ora  
liber non mihi Calliope, non haec mihi  
cantas Apollo, ingenium nobis ipsa  
puella facit.*

PROPERTIUS.

Las cuerdas de mi lira despiden blandos sonos, de armónica dulzura hinchidas y de amores. Mi garganta modula ternísimas canciones y el sonido del harpa languidece de amores.	△▽    5
--	---------------------



Los aromados céfiros sus alillas veloces no extienden tan suaves sobre las gayas flores. Ni tan dulces lamentan con arrullos acordes	10
las palomas gemelas que se mueren de amores. Pero el genio sublime no inspira mis canciones, ni despliega sus alas sobre mi frente pobre.	15
Sólo me inspiran, ¡Cintia!, tus ojos seductores, tus nudosos cabellos más negros que la noche.	20
De tu voz melodiosa los dúlcidos acordes y de tu blando sueño los inocentes goces.	25

Granada, 1841.

△▽

### El sueño de las tinieblas

*I had a dream, &*

LORD BYRON.

Se obscureció la celestial lumbrera	△▽
con palidez mortal; los claros astros, que iluminan el ancho firmamento, ennegreciendo el mundo se extinguieron, y las tinieblas hórridas cubrieron la celestial esfera.	5
Rompió sus alas y extinguió su aliento el aura lisonjera, que la rosa ternísima libaba; y enfurecido el viento con ímpetu violento	10

en derredor bramaba.  
 El ángel del Señor envuelto en ira  
 cruzó el cóncavo espacio, de los tiempos  
 la inmensidad, de sus eternas puertas 15  
 rompió el quicial con fulgurante acero  
 y entró do está la eternidad velada.  
 Hundió los siglos en el hondo olvido  
 con poderosa diestra, y revolando,  
 con belígeros brazos furibundos, 20  
 a cenizas redujo las estrellas  
 y arrancó de sus órbitas los mundos.  
 Todo era noche, obscuridad, gemidos;  
 los cetros y los tronos  
 por el suelo rodaban; 25  
 del huracán violento los enconos,  
 en el silencio hundidos,  
 de la noche el horror acrecentaban.  
 Los hombres olvidaban,  
 de miedo lleno el corazón cobarde, 30  
 sus pasiones, delirios y mentiras;  
 el fuego celestial y el rayo ardiente  
 redujeron a yermo sus mansiones;  
 derrocaron sus iras  
 desde el roble potente 35  
 hasta el cedro del Líbano eminente,  
 y llenaron de horror los corazones.  
 Sólo en las calvas cimas,  
 de los excelsos montes  
 alumbraban el mundo, 40  
 como si antorchas funerales fueran,  
 con ímpetu fecundo  
 mares de fuego y lava requemante  
 derramando, los hórridos volcanes.  
 Los hombres, maldiciendo sus afanes, 45  
 con hambre y sed, y de dolor cubiertos,  
 como aceradas picas, erizados  
 sus cabellos de horror, muertos caían.  
 Sus cadáveres yertos,  
 sin sepultura, de festín servían 50  
 al voraz buitres y al hambriento lobo,  
 que de terror helados  
 domésticos y trémulos yacían.  
 Los mundos sin la fuerza que los une  
 nadaban en el hórrido vacío, 55

como nave a merced del mar violento.  
Y la tierra sin hombres y sin día,  
casi perdida en el espacio umbrío,  
sin luz, sin aire, sin sonoro viento,  
de abismos en abismos descendía. 60

Las olas fueron muertas  
en la insondable tumba de los mares:  
en hórridas cavernas encubiertas  
sepultados los vientos,  
sin nubes el horror del hondo cielo, 65  
que la tiniebla fiera  
cubrió de negro y de profundo velo.

Nada el espacio cóncavo encerraba,  
todo en silencio de terror yacía,  
ni la naturaleza suspiraba, 70  
ni el universo de dolor gemía.

Diciembre, 1841.

△▽

### **Imitación de Lamartine**

Soneto

(e)

Cuando los años con veloz carrera 65  
△▽

arrebaten la flor de tu hermosura,  
y en lágrimas bañados de amargura  
tus ojos lloren tu beldad primera,  
no en el cristal tu imagen lisonjera 5

busques entonces con falaz locura,  
ni del arroyo en la corriente pura  
que blanda fertiliza la pradera;

sino en mi pecho, donde eternas viven  
mi ternura y mi fe; de tu belleza 10  
bajo el abrigo de mi amor florece;  
de tus recuerdos sin cesar reviven;

de tu virtud y virginal pureza  
tienen un templo que jamás fenece.

Málaga, 1841.

△▽

### La muerte del avecilla

*Lugete veneres, &*

#### CATULO.

Llorad, ¡oh Gracias!, y plegad las alas	△▽
dulces amores de dolor transidos... el avecilla de mi blanda Lesbia lánguida expira.	
Murió por fin la virginal, suave, tierna delicia de mi Lesbia amada, aun más querida que la ardiente y pura luz de tus ojos.	5
Porque era hermosa; su amorosa gracia gratos placeres a mi Lesbia daba a quien amaba; como a tierna madre cándida virgen.	10
Sin apartarse del regazo tierno de su adorada celestial señora, volando en torno, de sus puros labios bebió el aliento.	15
Con su nevado y argentino pico trinos sonoros repitiendo alegre, su blanca frente y su turgente seno besar solía.	20
Murió la triste... no oírse el eco de sus cantares regalados nunca, no más sus besos de amoroso anhelo gozará Lesbia.	

No porque al mundo robes atrevida	25
tiernas beldades de mortal encanto, no porque el luto despiadada siembres, pálida muerte.	
Porque robaste fiera el avecilla	
objeto amado de mi amada Lesbia, serás maldita de mi triste labio, seraslo siempre.	30
Por ti padece sin cesar mil penas, por ti apagados sus brillantes ojos ora sin tregua de amoroso llanto lágrimas vierten.	35

Granada, 1842.

△▽

### En el álbum de Conrado

(f)

*Reddeas incolumme precor.*

HORACIO.

Céfiro blando de la dulce Flora,	△▽
esposo tierno y amoroso halago, el éter vago con tus alas hiende de ondeante gasa.	
Soberbio Eolo en tu profundo antro	5
el viento hunde que a tu voz retumba. Sirvan de tumba a sus sonantes alas sus negros senos.	
De las ligeras vagarosas auras	
tan sólo el leve y amoroso aliento suave concento derramando en torno rice las ondas. Potente diosa de la blanca espuma	10

del mar cerúleo para amar nacida,  
hija querida del brillante cielo,  
Venus hermosa. 15

Puras antorchas de la densa noche,  
claras estrellas, misteriosa luna,  
dulce fortuna en sus viajes dulces  
dad a mi amigo. 20

Guardaré entonces mi amoroso pecho  
gratitud siempre a vuestro blando amparo  
y, en canto claro, vuestras sacras glorias  
dirán mis versos.

Málaga, marzo de 1842.

△▽

### En la tumba de Laureta

(g)

*Sinite parvulos*

*venire ad me.*

¡Cuán suaves los céfiros murmuran 15  
△▽

lamentando tu pérdida temprana!  
¡Cuántas la aurora cándida y galana  
sobre esa tumba lágrimas vertió!  
¡Cómo mi seno de dolor palpita 5  
con misterioso y apacible encanto,  
al saludar de tu sepulcro santo  
la pobre melancólica mansión!

Aun me parece ver tu virgen alma  
al levantarse con sereno vuelo, 10  
llegar al puro y, extendido cielo  
en alas del radiante querubín.

Y que el Señor, con amoroso anhelo,  
en medio de los ángeles te llama,  
y con voz blanda y amorosa clama 15  
«¡Dejad que venga la inocencia a mí!»

Feliz, Laureta, que cual blanca y leve  
florezilla del valle delicada,  
al abrirse tu cáliz, agostada  
fuiste por mano del supremo Dios. 20  
Que antes de disiparse los perfumes  
de tu virgínea célica fragancia,  
el puro cáliz de tu dulce infancia  
el Señor en su seno recogió.

Mayo, 1842.

△▽

### A la muerte de Espronceda

(h)

Yo quisiera cantar. Hierve y se agita △▽  
la inspiración en mi abrasado pecho...  
Mas mi dolor por tu temprana muerte  
la triste voz en la garganta hiela,  
y sólo se revela 5  
por las amargas lágrimas que vierte  
mi corazón al contemplar tu suerte.  
Oh, si me fuera dado  
el ardor inspirar que a mí me inspira,  
exhalar el dolor que el alma siente!... 10  
¡Quién pulsara con estro más ardiente  
la armoniosa lira!  
.....  
¿Dónde están ya, poeta, los acentos  
de tu laúd sonoro?  
¿Do las cuerdas de oro 15  
que lanzaban torrentes de armonía?  
¿Do la voz resonante  
que, al vibrar en mi oído,  
el alma estremecía,  
llevándose tras sí como encantado 20  
mi corazón amante?...  
¡Oh desventura impía!...  
Todo está sepultado

dentro del seno del sepulcro helado! .....	
¡Oh muerte despiadada!	25
¡Oh vida malograda! Águila que altanera de la tormenta en el embate, fiera, hasta los cielos por alzarse ansía!	
¡Ay me! ¿Quién me diría cuando te vi, de inspiración ardiente fuego brotando la elevada frente, que vendría la muerte destructora de lágrimas seguida,	30
a dar fin en una hora a tus dulces cantares y a tu vida?	35
Mas recuerdo los célicos acentos de tus versos divinos, que guarda mi memoria; y cesan mis lamentos,	40
que imagino escuchar tu voz gigante que se difunde en alas de los vientos desde la excelsa cumbre de la gloria.	
Mas, desmayando luego, se extingue el vivo fuego de mi entusiasmo, de tu muerte dura vuelve el recuerdo al angustiado pecho, y el triste corazón saltarse quiere en lágrimas deshecho.	45
Murió Espronceda, y en la tumba oscura el astro se eclipsó; mas sus cantares eternos vivirán; su nombre augusto, allá en la edad futura, se escuchará con mágico respeto; su inmarcesible gloria límites no tendrá, y eternamente su fama refulgente conservará en sus páginas la historia.	50 55

Granada, mayo de 1842.



## La maga de mis sueños

(i)

Dulce tormento de la vida mía, △▽

hondo misterio de mi edad primera,  
galana luz, de mi esperanza guía;  
lozana flor que en el jardín floreces  
de mi tierno y ardiente sentimiento, 5  
que con las alas, ¡ay!, del pensamiento  
por esa inmensidad te desvaneces:  
como una virgen cándida, amorosa,  
sobre tu blanco pecho me adormeces,  
o tus labios de rosa 10  
acarician mi frente con un beso.  
El mágico embeleso  
de tu suave voz hiere mi oído,  
y el eco repetido 15  
de tu cantar me halaga.  
¡Qué quimérica y vaga  
es la nube que encubre tu hermosura!  
Que te miro doquier se me figura;  
pero tú huyes, la esperanza mía 20  
llevándote contigo  
y arrancando del seno de tu amigo  
en un suspiro toda su alegría.

¿Quién eres, que en las alas de mi mente  
te remontas al cielo?  
¿Por quién el pecho siente 25  
el continuo desvelo  
que me atormenta con dolor impío?  
¿Quién eres, di, fantástica señora,  
infierno, beatitud, noche y aurora  
del corazón enamorado mío? 30

¿Eres quizá la rápida esperanza  
que, con tus alas de esmeraldas vivas,  
vas más ligera que el alado viento;  
que retratas mi dicha en lontananza,  
en medio de las ondas fugitivas 35  
del mar del pensamiento?  
Sí, yo te vi flotar sobre la ola  
de la mar agitada,  
aérea y vaporosa,  
y en esa inmensidad perdida y sola 40  
derramaba tu frente enamorada  
una luz misteriosa.

En la rica y amena patria mía,  
 de sus frondosas selvas en lo esquivo,  
 a veces, de repente, te veía, 45  
 y tu mirar altivo  
 o tu dulce mirar el alma hería;  
 y tu revuelta falda,  
 blanca, leve, flotante,  
 se solía rozar con mi vestido, 50  
 y, al desaparecer, de tu guirnalda  
 una me dejabas odorante,  
 que de ella se te había desprendido.  
 ¡Oh veleidosa maga,  
 cuya beldad el corazón halaga! 55  
 ¿Eres del corazón primer latido,  
 o postrer sentimiento?  
 ¿Eres mi amor sin esperanza, acaso,  
 o mi deseo rudo y violento?  
 ¿Eres un sol que se hunde en el ocaso 60  
 para nunca volver, o del aurora  
 el luminoso aliento  
 que el cielo alumbra y el vergel colora?

Madrid, 1842.

△▽

### A Lelia

(j)

Tus ojos, vida mía, △▽  
 bellos como la luz de la mañana  
 que entre celajes de zafiro y grana  
 el claro sol desde el Oriente envía,  
 y el vivo lampo ardiente 5  
 que enciende el genio en tu divina frente,  
 arrebatan de amor mi fantasía.  
 Tu voz, vibrante y pura,  
 como los ecos del laúd sonoro,  
 que derrama un torrente de ternura, 10  
 arranca de mi pecho un «yo te adoro»;

y de tus puros labios encarnados,  
en dulce miel bañados,  
libar quisiera el encantado acento  
antes que se difunda por el viento. 15

Tu suavísimo acento que, del aura  
sobre las blandas alas conducido,  
llega a mover mi espíritu dormido  
y en nuevo amor mi corazón restaura.  
El entusiasmo en tu inspirado seno 20  
puso su fuego sacro, y en tu boca  
sus palabras los cándidos amores;  
y así tu nombre, de tu gloria lleno,  
resistirá del tiempo a los furores,  
como la yerta y empinada roca 25  
que de las crespas olas combatida  
alza la frente erguida  
a cuyos pies el Océano brama.

Sí, Lelia mía, ya la eterna fama  
que en las nubes esconde la cabeza, 30  
llevó tu dulce nombre y tus canciones  
por todas las regiones  
do vierte el sol su lumbre y su belleza.

Yo escuché entusiasmado  
en mi dulce retiro 35  
tu cántico inspirado;  
mas, luego que te vi, dueño adorado,  
el corazón de amor lanzó un suspiro.  
El dios de la poesía  
en lauro eterno coronó tu frente, 40  
de tu dulce regazo, vida mía,  
el entusiasmo ardiente  
brota al pulsar la cítara sonora,  
y Stenio al verte tu faz implora;  
y te suplica con ardiente ruego 45  
que tengas compasión del vivo fuego  
que arde en su amante pecho; así el que inspira  
sacro numen tu canto enardecido,  
haga vibrar con mágico sonido  
entre el aplauso popular tu lira. 50

△▽

### A mis amigos

¿Cuándo será que pueda, amigos míos,

△▽

me preguntáis, volver a mi Granada;  
y ver sus frescos ríos,  
y su Alhambra dorada,  
por quien mi pecho sin cesar suspira?  
Cuando el poder que contra mí conspira  
se sumerja en el mar de mi amargura,  
cuando de su deseo más ferviente  
sólo le quede al corazón doliente  
un lastimado acento de tristura.

Entonces iré ahí, y en vuestros brazos  
aliviaré mi pena.

.....  
Entretanto, si oís en la serena  
noche, en la Alhambra, un lastimado acento  
que se confunde con el manso ruido  
del aromado viento,  
que en la verde espesura  
los árboles menea, es el quejido  
de mi alma enamorada,  
que por ahí se anda divagando,  
sus antiguos amores recordando.

Y si a los rayos de la luna hermosa  
de la noche querida,  
veis vagar por la vega, blandamente  
en alas de los céfiros mecida,  
una forma ligera y vagorosa  
que por los horizontes se dilata;  
y que suavemente  
sobre las ondas de zafiro y plata  
de los hermosos ríos  
voluptuosa se mece,  
y entre las densas nieblas desvanece  
las orlas de sus blancos atavíos,  
ésa es, amados míos,  
mi ilusión querida;  
la amada de mi vida,  
cuyo recuerdo suave  
en mi pecho se anida,  
y el tierno corazón guardarle sabe.

Madrid, 1843.

△▽

## Al mar

(k)

Siempre presente a la memoria mía

△▽

estás, profundo mar; sobre tu espalda  
de blanca espuma y líquida esmeralda  
se columpia mi libre fantasía;  
como al vencer del potro la fiereza  
que por primera vez sujeta el freno,  
mostrando con orgullo su destreza  
vuela el jinete impávido y sereno.

5

Siempre, siempre te amé; me complacía

en oír de tus olas el silbido,  
más suave a mi oído  
que el eco de la artística armonía.  
¡Ay!, cuántas veces la argentada luna  
que en tu puro cristal se reflejaba,  
cuando en la obscura noche te admiraba,  
con débil luz me sorprendió importuna!

10

15

Objeto de mi anhelo

era adorar tu inmensidad tan sólo,  
ya si sereno te contempla el cielo  
o si violento Eolo  
arrebata tus ondas espumosas.

20

Coronados de rosas

mis compañeros, jóvenes y amantes,  
entretanto a los pies de sus hermosas  
veían volar las horas como instantes.  
Allí, solo a tu lado,  
el mundo y el amor puesto en olvido,  
de tu grandiosidad enamorado,  
te contemplaba absorto y embebido.

25

Y hasta me imaginaba

que sólo tú mis penas comprendías,  
y el que tu seno horrísono formaba  
ronco bramido, el eco que sonaba,  
pensé que era de las quejas mías.

30

¡Ay!, que de fuerte acero

35

tendría el duro pecho el arrogante  
que en la espalda gigante  
del hondo mar se sustentó primero;  
arrostrando en un leño  
el rebramar del huracán sonoro 40  
y de las ondas el airado ceño.  
En su palacio de oro,  
de ricas perlas y coral luciente,  
el dios que rige los inmensos mares  
estremeció de cólera el tridente 45  
al ver al hombre que, sus patrios lares  
por las ondas dejando turbulentas,  
sujetó el hado a su inmortal destino,  
a otras tierras abriéndose camino  
sin temer las undívas tormentas. 50  
Los genios que sustentas,  
Océano, en tu seno, no miraron  
la humana audacia con la faz serena;  
se enfureció la armónica sirena  
y los vientos horrisonos bramaron. 55

Para oponerse entonces al camino  
de Occidente, se alzó como un coloso  
el padre de los mares; en las olas  
asentado del férvido Océano.  
Hasta que el grande genovés glorioso, 60  
y el valor de las gentes españolas,  
venciendo al dios marino,  
un nuevo mundo hallaron;  
y el pendón de Castilla  
en la incógnita orilla 65  
con brazo armipotente tremolaron.

Madrid, julio de 1843.

△▽

### A Sofía

Como si en la pradera △▽

silvestres flores bellas  
eligiese, y con ellas  
la guirnalda te hiciera  
que tu frente ciñera. 5  
O formase un donoso

ramillete variado, que, aunque de olor privado, lo pondría oloroso tu aliento perfumado.	10
Prestando dulcemente, a la rosa riente por no causar agravios, la nieve de tu frente, y el carmín de tus labios.	15
Así ofrecerte quiero, Sofía, las primicias de mi musa, y espero que les des en albricias mérito verdadero.	20
Cosa fácil, pues sabes que en siendo de tu agrado, aunque las gentes graves digan que soy negado, no se me da cuidado.	25
Como un ramo de flores mi pecho las envía; dales tú, vida mía, de tu rostro colores, de tu boca ambrosía.	30
Que así como la viola que en tu pecho se ufana crece escondida y sola; y ora se ostenta vana contigo más galana.	35
Así a mis versos luego que les prestes te ruego miel de tus labios rojos, de tu espíritu el fuego el brillo de tus ojos.	40
Entonces, adornados con dotes tan preciados, se ostentarán donosos; y más armoniosos por tu labio cantados.	45



## La Virgen misteriosa

(1)

*In einen Thal, bei &.*

SCHILLER.

En un ameno prado,



de flores esmaltado,  
do dulcido resuena  
de alegre cantilena  
el eco enamorado;  
do la blanca azucena  
sobre la verde falda  
de fúlgida esmeralda  
del pensil aromoso  
osténtase gala,  
del néctar delicioso  
con que el alba se ufana  
henchido el crespó seno.  
En este valle ameno,  
do en límpidos cristales  
desliza sus raudales  
el arroyo sonoro;  
formando blando coro  
de mágica armonía  
el céfiro a porfía  
y el ruiseñor canoro.

5

10

15

20

En este valle umbroso

de plácidas riberas  
de albergue misterioso,  
todas las primaveras  
una virgen hermosa,  
púdica y candorosa,  
de albo cendal flotante,  
cubierto el seno amante,  
fugaz aparecía;  
mas rápida volaba,  
y si alguien la seguía,

25

30



al punto la perdía  
 y nunca la encontraba.

Pero cuando llegaba, 35  
 de tierno placer llenos  
 los juveniles senos  
 con plácidas delicias  
 buscaban sus caricias,  
 y de sus blancas manos 40  
 recibían ufanos  
 mil frutas deliciosas,  
 mil flores olorosas,  
 bajo otro sol ardiente  
 más puro y más luciente, 45  
 de otro dichoso mundo  
 bellísimas nacidas;  
 sin duda bendecidas  
 de un hálito fecundo.

Quién fuera esta doncella 50  
 mil veces he pensado;  
 y el tiempo se ha pasado  
 pensando siempre en ella.

Sin duda que sentía  
 el puro sentimiento 55  
 de nuestra edad primera;  
 pues al prado venía  
 derramando contento  
 su beldad hechicera;  
 y luego que marchaba, 60  
 si alguno la seguía,  
 al punto la perdía  
 y nunca la encontraba.

△▽

### Soneto

(m)

Cual la perla que vierte la mañana 65  
 en el virgíneo cáliz de la rosa,  
 cuando el aura la mece cariñosa  
 y el sol desde el Oriente la engalana;  
 tal así de tus ojos, linda Juana, 5

se desprende una lágrima que, hermosa,  
rueda por la mejilla pudorosa,  
y más con ella tu beldad se ufana.

Que un delicado beso al darte amante

el que cubre tu rostro aljófar bello 10  
inflama el corazón de tal manera,

que quisiera mi pecho palpitante

que siempre, ¡dulce bien!, por recogello,  
tu llanto el rostro plácido cubriera.

△▽

### La ninfa de las aguas

(n)

Por la amena pradera

△▽

de la cercana aldea, distraído,  
con la faz placentera,  
puesto el mundo en olvido,  
iba yo dulcemente embebecido; 5

prestando oído atento

al que la flor acariciaba al paso  
enamorado viento,  
o ya entonando acaso  
los versos de Virgilio y Garcilaso. 10

La refulgente aurora

vertía puros rayos de su frente,  
y la alondra canora  
cantaba dulcemente  
a la encantada margen de una fuente. 15

Del bullicio lejano

en mi suave soledad vivía,  
y en vergel lozano  
coronas me ceñía  
que de violas pálidas tejía, 20

cuando sentí a mi lado

un suave airecillo lisonjero

de flores perfumado,  
y el manantial lucero  
brilló con nueva luz más hechicero. 25

La fuente cristalina

por las praderas se esparció serena;  
lució una luz divina,  
ardió amor en mis venas  
y vertió el aura blancas azucenas. 30

Entonces vi una bella

Virgen que me tendía una mirada;  
amable cual la estrella  
que alegra el alborada,  
y en un cendal blanquísimo velada. 35

Más aérea y esbelta

que el virginal pimpollo de la rosa,  
en su talle más suelta,  
gallarda y majestuosa,  
que la hija de Píndaro famosa. 40

Esparcido el cabello

en aromadas trenzas por la espalda;  
desnudo el blanco cuello,  
flotante la ancha falda,  
y en la púdica frente una guirnalda. 45

Al ver tan hechicera beldad,

mi corazón latió de amores;  
y una flecha certera  
que me dio mil dolores,  
me disparó el Amor entre las flores. 50

Entonces la hermosura

tendió hacia mí su delicada mano;  
y, bañado en la pura  
luz de su soberano  
rostro, olvideme del dolor tirano. 55

Y me llevó consigo

al través de los valles olorosos,  
y mi tierno enemigo,  
con vuelos caprichosos,  
se posaba en sus brazos amorosos. 60

Y al llegar a una selva

de corpulentos árboles poblada,  
de fresca madre selva  
y arrayán tapizada,

y de un río limpísimo regada; 65  
sonando la belleza  
un blando silbo de marfil y oro,  
salió de la aspereza  
de ninfas mil un coro  
danzando al son del crótalo sonoro. 70  
Con ellas nos mezclamos  
en danzas bellas a la par cantando;  
y mientras que cantamos,  
el caramillo blando  
iban cuatro zagales modulando. 75  
Y yo siempre seguía  
a la beldad a quien mi pecho adora;  
mi brazo la ceñía,  
y ella, más seductora,  
me echaba una mirada triunfadora. 80  
Mas, ¡ay!, que en él instante  
se arroja la beldad al ancho río;  
y un vórtice sonante,  
con su furor impío,  
en las ondas sumerge al dueño mío. 85  
Yo me arrojo tras ella  
de dolor con amores angustiado,  
cual rápida centella  
allí precipitado,  
créime en el abismo sepultado. 90  
Mas súbito que miro  
en un rico palacio, y oigo amante  
un ardiente suspiro,  
me vuelvo en el instante,  
y veo a mi hermosa de placer radiante. 95  
«Soy la ninfa que habita,  
me dijo, en este albergue sosegado;  
por ti, Delio, palpita  
mi pecho enamorado;  
ven y recibe el premio deseado.» 100  
Recosteme en su seno,  
que vertió olor cual de doradas pomas;  
el aire quedó lleno  
de fragantes aromas,  
y arrullaron las cándidas palomas. 105  
Y allí quedé dormido

de un enjambre de amores rodeado,  
y, al despertar, perdido  
miré mi dueño amado,  
que era un sueño no más cuanto he contado. 110

Granada, abril de 1844.

△▽

### La nueva flor de Gnido

(ñ)

*Suspendise potente  
vestimenta maris deo.*

HORACIO.

¿Por qué, Dalmiro, dejas 5  
del ejercicio bélico el estruendo  
y del mundo te alejas,  
aquel fatal veneno  
de los besos de Elisa recibiendo  
que aún emponzoña mi angustiado seno?  
Con el áspero freno,  
del audaz caballo generoso  
venciendo la indomable bizarría,  
no ya la gallardía 10  
de tu cuerpo gentil luces airoso.  
Ni la copa en la mano,  
do brilla como el sol en el Oriente,  
tu mirada fulgente,  
con el vapor del vino jerezano, 15  
te place el entonar dulces canciones  
a los acordes sonos  
del laúd y sonoro palmoteo  
inspirado del néctar de Lieo,  
que en la concha de Venus amarrado 20  
estás por esa nueva flor de Gnido,  
de rosas y de mirto coronado,  
sobre el lecho de púrpura tendido.

De tu Elisa el cabello  
 esparcido en desorden sobre el cuello 25  
 y la divina espalda,  
 y en desorden también la rica falda  
 de blanco lino o de crujiente seda,  
 mientras que de la frente  
 la corona riente 30  
 se desprende de perlas y se rueda.

No te engrías, Dalmiro,  
 de estar entre sus brazos celestiales;  
 que te verás al fin como me miro,  
 y al fin tendrás que lamentar tus males. 35

Viste tal vez la mariposa ufana  
 que en el vario pensil de bellas flores  
 va aspirando la esencia y los olores  
 cuando vierte su lumbre la mañana;  
 y de una en otra vuela 40  
 ostentando sus galas  
 mientras que el sol en sus pintadas alas  
 los vivos rayos de su luz riela;  
 no de otra suerte la beldad donosa,  
 cuando se canse de tu amor sincero, 45  
 del pensil de Cupido mariposa  
 te olvidará cual me olvidó primero.  
 Entonces, del amor escarmentado,  
 así como colgaba  
 del templo sacrosanto de Neptuno 50  
 su ropaje mojado,  
 aquel que de las ondas se salvaba,  
 si es que la hermosa te ha dejado alguno  
 con que hacer puedas una ofrenda dina,  
 colócalo en el templo de Chiprina, 55  
 que del naufragio cierto  
 del amoroso mar te sacó a puerto.

△▽

### Soneto

(o)

Cuando robó Plutón, enamorado, △▽

de los bosques de vívida esmeralda  
a Proserpina, que la blanca falda  
violas robaba del florido prado,  
ardió de gozo en brazos de su amado; 5

lanzadas las flores a su espalda,  
lloró perdida la nupcial guirnalda  
que en el suelo natal había segado.

Así, el ardiente espíritu del hombre,  
que desatar anhela las cadenas 10  
que le sujetan, y volar al cielo,  
aunque al llegar la muerte no se asombre,  
siente, no obstante, punzadoras penas  
al perder los placeres de este suelo.

△▽

### **La ilusión de la copa**

En una rica estancia △▽

adornada con mágica elegancia,  
do en candelabros de bruñida plata  
rodeados de flores  
brilla la luz que, rauda, se dilata, 5  
y que en los vasos de cristal, reflejos  
formando caprichosos,  
se multiplica en límpidos espejos,  
y en los pliegues se pierde majestuosos  
del rico terciopelo, 10  
que en pabellones del color del cielo  
desciende al pavimento,  
y que al soplo del aura  
ondea con pausado movimiento,  
pensé que estaba al lado de mi Laura, 15  
libando los perfumes celestiales  
que despiden sus labios virginales.

Del delicioso néctar jerezano

llena hasta el borde la argentada copa  
que me brindaba su graciosa mano; 20  
y la encantada tropa  
de ligeros cupidos  
en mi redor vagando,  
y en mi frente sus alas desplegando,

que de placer inflaman los sentidos. 25

Pensé que sobre el seno,  
de mil delicias lleno,  
de mi adorada Laura reposaba,  
y a cada beso que de amor me daba,  
y que su labio con mi labio unía, 30  
de amor mi corazón se estremecía.

Y del suave hoyuelo  
que su barba divina  
caprichoso formaba,  
con voluptuoso vuelo 35  
y gracia peregrina,  
vi que hacia mí volaba  
un cupidillo hermoso,  
que en el seno amoroso  
del tierno corazón se aposentaba. 40

Mas, ¡ay!, que cuando ardiente  
apuré el vaso del licor bullente,  
mi vívida alegría  
se trocó en triste llanto,  
perdida la ilusión del alma mía. 45

Y ¿qué era? Que en la copa, por encanto,  
vi retratado al vivo el pensamiento  
que el ánimo formaba,  
y al apurar el néctar que encerraba,  
se disipó mi dicha en el momento. 50

Volví a llenar la copa,  
y volví a ver la fugitiva tropa  
de encantados amores,  
que en las ondas del vino se mecían  
y en mi pecho bullían, 55  
y a Laura concediéndome favores.

Volví a apurarla; se perdió el encanto;  
volví otra vez al llanto;  
la llené vez tercera,  
y volvió la ilusión más hechicera. 60  
Hasta que, al fin, rendido  
del inocente juego que restaura  
la amorosa quimera,  
en el seno de Laura  
pensé, quedarme, y me quedé dormido. 65

¡Amantes desdichados!  
Ya sabéis la sencilla medicina,



que en ilusión divina  
puede trocar desdenes y cuidados.

v

△

### Fábula de Euforión

(p)

De un manso arroyo en la risueña orilla, △▽  
  
que en los valles de Arcadia serpentea,  
cuando la aurora majestuosa brilla,  
plácido nuncio de la luz febea;  
entre las rosas que en el prado ameno 5  
hizo nacer la primavera ufana,  
henchido el cáliz de su crespo seno  
de las perlas que vierte la mañana,  
al dulce arrullo de las claras linfas,  
que salpican de aljófares las flores, 10  
un coro alegre de gallardas ninfas  
danzan y entonan cánticos de amores.

### UNA NINFA

En las alas sutiles del aura  
el olor de las flores difundo;  
con el aura veloz me confundo, 15  
coronada de rayos del sol.  
De mis pechos el germen dimana  
que fecunda la mágica flora,  
el carmín de la rosa colora  
mis mejillas con limpio arrebol. 20  
La palabra estremece mi seno,  
en él nace y se extiende el sonido;  
para herir misteriosa el oído  
inefable potencia le di.  
Por mí braman los mares, retumba 25  
hondo el eco, la tórtola gime;  
el cantar de las Musas sublime  
se extinguiera en los labios sin mí.  
Cuando siento oprimidas las alas  
de armonía, colores y aromas, 30  
a favor de dos bellas palomas  
me remonto en el aura fugaz;  
y cual Venus en carro de nácar  
va cortando las frescas espumas,  
sobre un lecho de flores y plumas 35  
por los aires me dejo llevar.

A mi vista en los valles trasciende  
un aroma de nardos suaves;  
y a mis besos de amor delicados  
dulces trinos exhalan al par; 40  
en los bosques floridos, las aves  
salta y bulle la fuente sonora,  
y derrama en mi seno la aurora  
ramilletes de blanco azahar.

#### CORO DE NINFAS

El aura leve  
da, deliciosa,  
blanda frescura;  
y cuando mueve  
la linda rosa,  
fragancia pura.

#### UNA NINFA

Escarchando de plata y aljófara  
las mil grutas de pórvido hechas,  
en menudos diamantes deshechas,  
claras fuentes anhelan surtir;  
y del agua al tranquilo murmullo, 55  
yo me duermo en sus frescos cristales;  
me sumerjo en los puros raudales,  
y en su centro me agrada vivir.  
Soy la reina del agua, y, desnuda,  
en el alcázar recóndito asisto, 60  
mas, tal vez de la niebla me visto,  
y a los cielos me lleva el amor;  
en el prado acaricio las flores,  
a la tierra prodigo mis bienes,  
la diadema que ciñe mis sienes 65  
pinta el iris de vario color.

#### CORO DE NINFAS

Ya se dilata  
de los alcores  
al prado ameno,  
cinta de plata, 70  
y abren las flores

sediento el seno.

#### UNA NINFA

Yo coloro la tierra y el cielo;  
yo de púrpura tiño la rosa;  
la enramada que se alza orgullosa 75  
bordo yo de diverso matiz.  
Me arrebatan mis tintas brillantes,  
para ornarse, la roja amapola;  
la fragante y oculta viola,  
el agreste encendido carmín. 80  
Yo, impalpable, al través de las rocas  
me sumerjo en profundas cavernas,  
donde, obrando mis fuerzas eternas,  
hijas santas del sol inmortal,  
edifico palacios hermosos, 85  
amasados de oro y diamantes,  
donde bullen en fuentes sonantes  
mil torrentes de hilado cristal.

#### CORO DE NINFAS

El ave trina,  
la flor se ufana 90  
y el arroyuelo;  
ya la mañana  
de luz divina  
reviste el cielo.

#### UNA NINFA

Con un filtro de amor y de vida 95  
se amamanta a mis pechos Natura;  
yo le doy abundancia y ventura  
en arroyos de leche y de miel.  
Las mil flores que cubren el prado  
en mi seno ternísimo crío, 100  
y reciben del dulce amor mío  
con mi aliento vivífico el ser.  
En sus pétalos frescos y olientes  
en espíritu leve residio;  
yo sus castos amores presido 105  
y en sus tallos me agito fugaz;

del estambre los polvos de oro  
al pistilo transporto fecundo;  
del embate del viento iracundo  
las liberta mi blanco cendal. 110

#### CORO DE NINFAS

La dulce primavera  
esmalta la pradera  
de delicadas flores;  
la avecilla canora  
saluda la venida de la aurora 115  
en no aprendidos cánticos de amores.

Cantaron, y mostró la vida arcana  
amor del mundo, y su belleza suma  
brotó del aire y de la tierra ufana,  
como Venus del éter y la espuma. 120

Semejaba el cáliz de las flores  
un corazón y un alma contenía,  
y dentro de los pinos cimbradores  
un invisible espíritu vivía.

Mas de pronto relámpago rojizo 125  
se difundió por la pradera hermosa  
y una nube, que al viento se deshizo,  
dejó patente una funesta diosa.

En su diestra una antorcha sostenía;  
su frente audaz, de tempestades llena, 130  
con ominoso resplandor lucía  
al través de la rígida melena.

Suspendió, al verla, el ruiseñor sus trinos,  
se detuvieron las corrientes linfas,  
y cesando en sus cánticos divinos, 135  
así dijeron las gallardas ninfas.

#### CORO DE NINFAS

Diosa fatal del desaliento,  
diosa cruel, huye de aquí,  
y no emponzoñes con tu aliento  
nuestra alegría juvenil. 140  
Tu cabellera está sembrada  
de fieras serpientes espantosas,

de tus miradas cavernosas  
vivo relámpago brotó. 145  
Se derramó por nuestras almas  
de tus palabras el veneno,  
y tu profundo y negro seno  
gozo fatídico agitó.  
No vengas más con tus horrores  
nuestra alegría a perturbar; 150  
en la estación de los amores  
huye de aquí, diosa infernal.

### FORQUIAS

No tembléis, ¡oh ninfas!, al son de mi voz poderosa.  
Ni al tétrico rayo que lanzan mis ojos ardientes,  
ni al triste suspiro que arroja mi cóncavo pecho. 155  
Soy nuncio infelice de sucesos de dulce ventura,  
que la diosa bella, que extiende el arco celeste,  
formando de vívidas tintas y mágica lumbre,  
debiera deciros saliendo del hondo Océano.  
Elena y su amante son padres de un hijo sublime: 160  
apenas nacido, anhela subir al Olimpo,  
y el espacio todo no puede saciar su deseo.  
Fantástico vuela, de los montes soberbios la cumbre  
ligero traspasa, y en su frente inspirada relucen  
la luz del aurora y el fuego del alma divina. 165  
Miradle, que viene salvando las crestas erguidas,  
la lira acordada en las manos, el lauro en la frente.

### EUFORIÓN

Dejadme del alma romper las endeble cadenas,  
alzarme a los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

### LAS NINFAS

Fogoso te lanzas en alas del rápido viento, 170  
los negros cabellos en rizos flotando esparcidos,  
la frente hermosa ceñida de fúlgidos rayos.  
Del manto de púrpura tiria las áureas orlas.  
Del sol que refleja luciente al mágico brillo,  
de fuego celeste parecen, ¡poeta!, formadas. 175  
Los dulces sonidos de tu lira de cándido nácar,  
el alma deleitan y la entregan a místicos sueños;

mas no, no a los cielos te eleves, cual Ícaro un día,  
que al sol derretidas, cayeron las débiles alas,  
y el mar agitado se cubrió con sus ondas fugaces. 180

## EUFORIÓN

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,  
alzarme a los cielos, en su lumbre clavar la mirada.  
Movido de un esfuerzo misterioso,  
al raudal semejante, que rompiendo  
los fuertes diques, brama impetuoso 185  
con estrépito horrendo,  
Euforión ardiente,  
abandonando el maternal regazo,  
se lanza de la vida en la corriente,  
y con el fuerte brazo 190  
sosteniendo la lira,  
en sed de gloria y libertad suspira.  
Hasta que cumpla su fatal destino  
no encontrará placer ni tendrá calma;  
un incendio divino 195  
arde en su frente y le consume el alma.  
Anhela ver la ligadura rota  
que en el suelo retiene su existencia;  
la voz del huracán, que el monte azota,  
no ensordece la voz de su conciencia, 200  
conciencia de su propio poderío,  
que hasta el cielo levanta el pensamiento,  
y con esfuerzo impío  
en el trono de Dios busca su asiento.  
¿Dónde vas? ¿Dónde vas? Tal vez guiado 205  
por la inflexible mano de la suerte,  
encontrarás la muerte  
sin cumplir la misión que has empezado.  
Detén, ¡Euforión!, detén el vuelo,  
muéstrate al mundo, alcanza la victoria, 210  
en ti la humanidad cifre su gloria,  
por ti recuerde ser hija del cielo.  
Del martirio la fúlgida aureola  
en tu pálida frente melancólica brilla.  
Ora rompiendo la espumante ola 215  
de la mar encrespada, ya la ardiente  
obscura tempestad, y sin mancilla  
las orlas de tu manto,  
que no ajó el soplo de la tierra impura,  
aún resplandeces con celeste encanto, 220  
inundado de luz y de hermosura.  
Las ninfas, al mirar tu gentileza,

con entusiasmo férvido te adoran;  
sus pechos arden con fatal terneza,  
y en dulces cantos tu favor imploran. 225

### CORO DE NINFAS

Hijo sublime de la hermosa Elena,  
amor de Jove, de los hombres gloria,  
oye poeta, de las ninfas oye  
místico himno. 230  
Tú que del cielo a la región suprema  
quieres alzarte sobre el éter puro,  
del dios que agita tu inspirado seno  
émulo eres. 235  
Homero canta, y a su voz el eco  
repite el nombre del rapaz divino  
hijo de Maya y del Saturnio; suena  
claro su nombre. 240  
Llena los bosques de Celene, llena  
las verdes grutas de terror, y cumple  
amor en ellas, con la ninfa y Jove,  
dulce misterio. 245  
Nace la aurora, y de la linda virgen  
nace en la aurora bienhadado fruto,  
al medio día el venturoso halla  
cítara y gloria. 250  
Forma la lira de carey bruñido,  
retuerce y fija las tendidas cuerdas,  
danle los astros del errante coro  
número y norma. 255  
Las cuerdas pulsa con la diestra mano,  
de la garganta cánticos exhala:  
vuela el mancebo, y atrevido, hermoso,  
sube al Olimpo. 260  
Las diosas todas, del amor heridas,  
la frente besan del adusto infante,  
blandas le ofrecen el eterno seno,  
gratas le acogen. 265  
Mas sólo el pecho que resiste altivo  
el rudo beso de la ardiente boca,  
su amor provoca, y de vencerle siente  
alto deseo. 270  
Y gira, y pasa con volubles ansias  
ora al regazo de Chiprina bella,  
ya a la doncella que le sirve a Jove  
néctar suave. 275  
Ya de Diana las gallardas ninfas  
sigue veloce por el ancho prado,

ya enamorado de Minerva misma  
himnos entona.

Los inmortales con deleite y pasmo 270  
su audacia notan, su precoz ingenio,  
los que derrama la inaudita lira  
mágicos sonos;  
Mas a deshora singular tumulto  
doquier se escucha en la eternal morada, 275  
y trastornando la divina pompa,  
rápido crece.

Venus se queja de que el áureo cinto  
Hermes le roba, do las gracias viven;  
Bistonio Marte le demanda el sacro 280  
límpido acero.

Busca Neptuno su tridente, buscan  
amor las flechas y el laurel Apolo;  
Júpiter sólo los trisulcos rayos  
y égida guarda. 285

Del labio intonso con gentil sonrisa  
Hermes divino burla sus furores:  
guerra y, amores sin cesar cantando,  
huye ligero.

En el regazo de las doctas Musas 290  
logra ampararse, y el alegre niño,  
de su cariño delicada muestra,  
dales la lira.

De la elevada cresta se desprende,  
al escuchar Euforión el canto 295  
de risco en risco rápido descende,  
y exhala el alma celestial encanto.

Llega a las ninfas con amante anhelo,  
embriagado de amor y de osadía,  
y olvida un punto la región del cielo, 300  
la sed de gloria que en su pecho ardía.

Bello como la luz de la mañana,  
las ninfas al mirarle se embelesan,  
y sus mejillas de jazmín y grana  
con tierno afán enamoradas besan. 305

Y en tanto mueve la ligera planta  
Euforión, y de pasión delira;  
o nobles versos extasiado canta  
al grato son de la acordada lira.

## EUFORIÓN

Del Orco profundísimo 310  
subió mi madre amada,  
al conjuro evocada



del sabio encantador;  
 su frente tersa y cándida  
 con el rubor lucía, 315  
 su labio despedía  
 mil suspiros de amor.  
 Entre los brazos mágicos  
 de Fausto enamorado  
 mirose aprisionado 320  
 su tierno corazón;  
 y de este enlace místico  
 de ciencia y hermosura,  
 es símbolo, es figura,  
 es hijo Euforión. 325  
 A la región etérea  
 dejadme, pues, que vuele,  
 y de Mercurio anhele  
 la alta gloria alcanzar.  
 Vagar quiero del céfiro 330  
 en las alas ligeras,  
 de las tormentas fieras  
 en el negro cendal.

#### FORQUIAS

Si tu entusiasmo y tu brío  
 pueden darte una corona, 335  
 la violencia de tu alma,  
 el fuego que te devora,  
 de tu corazón las flores  
 sin fruto secan y agostan,  
 y a tu esperanza infinta 340  
 dan infinita congoja.  
 La violencia y el poder  
 mucho alcanzan, mucho logran;  
 con cadenas de diamante  
 por ellos gimió, en la roca, 345  
 atado, el Titán; por ellos  
 bajo el Pelión y el Osa,  
 y bajo el Etna convulso  
 los hijos del cielo lloran,  
 pero más puede la astucia, 350  
 milagros mayores obra,  
 y la pertinencia trepa  
 do el genio no se remonta.  
 Mientras sobre duro yunque,  
 allá en Lemnos cavernosa 355  
 el martillo de los cíclopes  
 inútiles rayos forja,

dragón ingente, Tifeo  
a Júpiter aprisiona,  
y con su cuerpo le ciñe 360  
y con su fuerza le ahoga.  
Al dragón Hermes entonces  
con astucia portentosa  
sus mil enigmas declara  
y la pujanza le roba; 365  
a Júpiter libra, al monstruo  
en los abismos arroja.

#### LAS NINFAS

¡Euforión!, no remontes el vuelo  
de tu genio en las alas hermosas,  
que tejiendo guirnaldas de rosas, 370  
ceñiremos nosotras tu sien.  
Del arroyo las diáfanas ondas  
te adormecen con blando murmullo,  
de la tórtola amante el arrullo  
te enajena de amores también. 375  
Aquí el cielo estrellado y sereno  
muestra siempre su fúlgida lumbre,  
y en su eterna y altísima cumbre  
claros brillan la luna y el sol.  
Aquí crecen las flores lozanas 380  
y la vid, de racimos vestida;  
cuanto aquí tiene ser, tiene vida,  
y enamora y suspira de amor.  
Deja, deja tu empeño terrible,  
de las ninfas corona la danza, 385  
el que pinta falaz esperanza  
rico engaño no sigas veloz.  
Con amor y placer le brindamos,  
deseamos ceñirte en los brazos,  
y con lánguidos tiernos abrazos 390  
disipar tu funesto fervor.

#### EUFORIÓN

Yo no puedo quedarme en la tierra;  
desechad, desechad los amores,  
no ceñáis con guirnaldas de flores  
al que en su corazón lleva la guerra, 395  
y sólo quiere gloria y libertad.  
Pero antes vendréis a mis brazos;

yo seré el cazador que hace alarde  
 de la presa que cae en sus lazos, 400  
 y vosotras la víctima cobarde  
 que ni halagar podrá mi vanidad.  
 Así diciendo, Euforión avanza;  
 y de impaciencia el corazón palpita;  
 como el deseo sigue a la esperanza,  
 de las ninfas en pos se precipita. 405  
 Ya de una besa la desnuda espalda,  
 o el blanco lino que sus formas vela,  
 ora de aquélla la flotante falda,  
 que al movimiento de la danza vuela.  
 Pero las ninfas burlan su locura, 410  
 pues convertidas en brillante llama,  
 de sus brazos escapan con presura,  
 después que el alma de pasión se inflama.  
 Euforión pregunta entusiasmado:  
 «¿Qué tierra es esta de prodigio tanto?» 415  
 Y el coro de las ninfas acordado  
 así responde con solemne canto:

#### LAS NINFAS

Esta es la noble patria de los helenos bélicos;  
 aquí la ciencia tuvo un templo y un altar.  
 El canto de las Musas en alas de los céfiros, 420  
 se esparció por la tierra cual mágico raudal.  
 De la sabia Minerva maravillosa fábrica,  
 ¿cómo se ha destruido, Atenas, tu poder?  
 ¿Dónde están tus Arístides de virtudes magnánimas?

#### FORQUIAS

Brillando entre las sombras de lo que entonces fue. 425

#### LAS NINFAS

Tu fama eterna anuncian altivas las Termopilas,  
 de Maratón los campos, de Salamina el mar;  
 el valor de Temístocles, la gloria de Pelópidas.  
 Y la voz de Demóstenes, gritando libertad.  
 ¿En dónde están tus héroes? ¿Para humillar el bárbaro, 430  
 por qué no rompe Aquiles el reino de Plutón?  
 ¿Dónde están sus soldados de corazón impávido?

## FORQUIAS

El canto del Poeta tan sólo los guardó.

## LAS NINFAS

¿Por qué de los muslimes los palacios magníficos  
insultan la miseria del hijo de Pelop? 435  
¿Por qué al son de la trompa, de su sueño pacífico  
la gloria de sus padres a nadie despertó?  
¿Por qué del alto Píndaro la melodiosa cítara  
en los juegos olímpicos no más resonará,  
ni de Tirteo el cántico entre la danza pírrica? 440

## FORQUIAS

Porque esos tiempos, ninfas, no volverán jamás.

## EUFORIÓN

No. Las cenizas de la patria mía  
en su centro conservan todavía  
el santo fuego ardiente 445  
que iluminó la mente  
de los excelsos héroes animosos.  
Para romper la bárbara coyunda  
que los fieros tiranos orgullosos  
a su cuello ciñeron,  
la Grecia toda se alzaré iracunda, 450  
y de los que en un tiempo grandes fueron,  
al escuchar de libertad el grito  
y el son agudo de guerrera trompa,  
no faltará quien del sepulcro rompa  
la honda prisión, y de la cuenca oscura 455  
do brilló su mirada  
lágrimas derramando de ternura,  
por hijos reconozca a los que vuelvan  
rojos de sangre de la lid sagrada,  
con el broquel sonoro 460  
en el robusto brazo armipotente,  
o en él tendidos con marcial decoro,

ciñendo el lauro la dormida frente.  
 Súbito entonces se escuchó el sonido  
 de la trompa, y el aire sacudiendo, 465  
 se esparció el ronco estruendo  
 del tronante cañón y el alarido  
 de los fuertes guerreros; los corceles  
 relinchan a lo lejos en el llano.  
 En ademán ufano 470  
 los héroes marchan a alcanzar laureles,  
 sus pechos laten de entusiasmo santo,  
 el atambor retumba  
 y el viento rasga el belicoso canto  
 que amenaza al tirano con la tumba. 475

### CORO DE GUERREROS

Despertad del letargo, descendientes  
 de nuestros héroes; acudid, la espada  
 en la certera mano relumbrando,  
 de lauros esplendentes  
 la frente coronada, 480  
 himnos de gloria y libertad cantando.  
 ¿Temeréis al tirano, envanecido  
 por el grande poder de sus legiones?  
 Un tiempo de la cumbre que domina  
 el mar de Salamina, 485  
 un rey miró, de presunción henchido,  
 soldados y bajeles a millones,  
 su cetro omnipotente los regía,  
 y al despuntar en el Oriente el día,  
 eran fuertes y en número infinito 490  
 y los llamó a la tarde, y triste y rudo  
 el eco sólo responderle pudo.  
 ¿Dónde estaban entonces los famosos  
 que amenazaban dominar la tierra,  
 y a Júpiter pensaron mover guerra? 495  
 ¿Dónde los que azotaron orgullosos  
 del hondo mar los lomos encrespados?  
 ¿Dónde? Como trofeo de victoria,  
 en el profundo abismo sepultados,  
 del libre griego refulgente gloria. 500

### EUFORIÓN

Marchemos a la lid, el grito santo  
 de libertad en rededor se escucha.

Los tiranos en tanto  
 aguardan con terror la fiera lucha. 505  
 Grito de libertad el aire llena,  
 en las viejas Termopilas resuena,  
 por el extenso Egeo se dilata;  
 con encanto ominoso,  
 la selva de Dodona se conmueve,  
 y Olimpo nemoroso, 510  
 mirando que la Grecia se despierta,  
 estremece su cúspide, cubierta  
 de sempiterna endurecida nieve.

### LAS NINFAS

¡Oh, joven peregrino!  
 No vuelvas a la lid precipitado; 515  
 para ceñirte del laurel divino  
 basta que escuche el mundo tu sagrado  
 plectro suave y mágica armonía.  
 Pulsa, joven, la cítara y derrama  
 torrentes de poesía 520  
 del corazón, que el entusiasmo inflama.  
 Nosotras cogemos  
 en las florestas bellas y olorosas  
 cándidos lirios y encendidas rosas,  
 con que guirnaldas mil te ceñiremos. 525  
 No cede Euforión; su inmenso anhelo  
 debe llevarle al cielo.  
 Ya entre las nubes gira,  
 la flamígera espada  
 en la derecha mano levantada, 530  
 y en la izquierda la lira.  
 Mas, ¡ay!, que al raudo empuje  
 de la ronca tormenta,  
 que en el momento atronadora ruge,  
 y en estampido horrísono revienta, 535  
 marchitas ya sus juveniles galas,  
 Euforión cayó, rotas las alas.  
 Lastimeros gemidos  
 los pechos de las vírgenes lanzaron,  
 y de dolor transidos, 540  
 los árboles y fuentes suspiraron.  
 La tempestad impía  
 hundió en el mar la destructora planta.  
 Luego un grito de súbita alegría  
 hasta el éter sereno se levanta. 545

## UNA VOZ

Ninfas, mirad a Euforión profundo,  
riquísimo de gloria;  
ya, cantando victoria,  
estremece los ámbitos del mundo.  
De vosotras se aleja, 550  
rompiendo el éter en dorada nube;  
para memoria, por el suelo os deja  
cítara y manto, y al empíreo sube.  
Las vírgenes entonces conmovidas,  
la forma terrenal abandonaron. 555  
Y sus voces suaves se escucharon  
entre los elementos confundidas.

## Himno

A los cielos te elevas,  
y luz más das a la mañana;  
con vestiduras nuevas 560  
la tierra se engalana;  
de haberte dado el ser toda se ufana.  
Nosotras de su seno  
hicimos dimanar la fuente pura,  
el ancho mar sereno, 565  
la vida y la frescura,  
la copia de las flores y hermosura.  
Le pusimos en torno  
la atmósfera, cual velo transparente  
y virginal adorno. 570  
El espíritu ardiente  
nació de oculta y elevada fuente.  
Una ráfaga hermosa,  
¡oh Dios!, de tu sublime pensamiento,  
purísima y gloriosa, 575  
bajó del firmamento,  
y en el pecho del hombre tomó asiento.  
Y tú, que, desatado  
de la materia, remontaste el vuelo,  
poeta entusiasmado, 580  
a la región del cielo,  
cumple por fin tu misterioso anhelo.  
Levanta tu existencia  
hasta el inmenso ser que el mundo adora,  
y tu ser su potencia 585  
ensalce creadora,  
mientras gira la máquina sonora.



**En la égloga cuarta de Virgilio**

(q)

Ya se cumplía el verso misterioso



de la Sibila, y del Profeta el canto;  
la edad llegaba: un orden majestuoso  
del volver de los siglos era fruto.

El erizado espanto

5

no ya sembraba luto

al carro encadenado de la guerra;

no turbaban la tierra

ya la bélica pompa

ni el son robusto de la heroica trompa;

10

ya la mar bajo el peso no gemía

de la guerrera nave;

el mundo en calma suave

en el regazo de la paz dormía.

¿Por qué, pues, conmovía

15

la mano del destino

el corazón del hombre? ¿Qué deseo,

qué mágica esperanza

su inteligencia en raudo devaneo

y en una agitación continua lanza?

20

¿Qué ardiente grito arroja

de su seno angustiado

la humanidad entera?

¿Por qué el potente Júpiter se enoja,

y cuando va a vibrar el rayo airado,

25

de la mano certera

se le desprende, y débil se estremece

sobre el enhiesto pedestal de oro?

¿Por qué el délfico oráculo enmudece?

¿De Encélado, quizá, y de Peloro

30

la armígera falange gigantea

vuelve a escalar la celestial morada?

¿Prometeo, tal vez, con mano osada

ha vuelto a arrebatarse la luz febea?



No; los hombres han sido	35
los que, en alas del raudo pensamiento, hasta el Olimpo mismo se han subido, a Júpiter lanzando de su asiento.	
Y esa paz deseada	
es quizá de la muerte precursora;	40
por eso a las regiones de la aurora, como única esperanza, la espantada humanidad los ojos ya volviendo y piensa que está viendo	
en Oriente brillar un nuevo día,	45
y en medio de su luz resplandeciente un Dios, de cuya frente brota un raudal de amor. De la Poesía el sacerdote santo	
tomó entonces la lira,	50
e inspirado de un vago sentimiento, de los profetas repitiendo el canto, su voz entregó al viento, y a todo el universo, que le admira.	
«Ya vuelve el siglo de Saturno, y viene	55
la doncella de espigas coronada; el cielo nos envía al hijo predilecto, iluminada la frente, el labio lleno de ambrosía.	
Y vendrá al mundo el hijo del Olimpo;	60
reposará sobre su frente hermosa espíritu de amor, y de la santa boca con la palabra armoniosa, al flamígero rayo semejante,	
conmoverá las piedras; al impío	65
el soplo matará de su garganta, y el mundo inundará de su hermosura.	
«Brotarán los racimos, sin cultura, de la tierra, y la encina dodonea manará miel hiblea.	70
Naturaleza ostentará sus galas, y tenderá sus alas la santa paz que bajará del cielo con amoroso vuelo,	
el león y las ovejas hermanados	75
irán hacia el aprisco, y los senos durísimos del risco por el amor veranse fecundados.	
»Pronto vendrá esta edad que nos trae el hijo de Jove fulminante.	80

Al compás de la cítara sonante  
de las Musas module el sabio coro,  
sobre las cuerdas de oro  
vuelve la inspiración, y el canto suene,  
que ya a la tierra viene 85  
el padre de la paz, y ya postrada  
la turba de naciones,  
altares le levanta; en sus pendones  
sil pura imagen se verá grabada.»

Así dijo el Poeta; retemblaron 90

los ídolos, los montes resonaron;  
sintió el hombre en el pecho dulce encanto,  
al oír la voz que lo futuro alcanza,  
de los sucesos comprendiendo el giro,  
agitó sus entrañas la esperanza, 95  
y el universo entero dio un suspiro.

△▽

### La divinidad de Cristo

(r)

Sobre el aéreo y mágico palacio △▽

del dilatado espacio  
te levantaste, humana inteligencia,  
y de Dios en presencia,  
le interrogaste acerca del arcano 5  
que en sí guardan las obras de su mano.  
La ardiente fantasía  
señora de los mundos se juzgaba,  
y leyes les dictaba,  
concordando su rápida armonía, 10  
y al cometa marcándole camino.

Con su triunfo orgullos tu divino  
ser niega, ¡oh Cristo!, cual la luz febea  
radiante de verdad, y en tus altares  
no ya el incienso en holocausto humea 15  
del que atrevido se lanzó a los mares  
del insondable y negro pensamiento,  
cual nave contrastada por el viento.

Y esperan los impíos

derrocar tu alto trono, 20  
 más allá de los astros colocado,  
 de resplandor vivísimo creado,  
 y en su bárbaro encono  
 negar de tu ley pura  
 la eternidad, el bien y hermosura. 25

Pero tú te adelantas  
 al través de los siglos, que mantienen  
 tu nombre, y en tu seno  
 la omnipotencia y el milagro vienen. 30  
 Con tu voz los espantas,  
 poderosa sonando como el trueno;  
 de tus sagrados labios se derrama  
 la persuasión, y el hombre  
 a tu divino nombre  
 con alto grito su Señor te aclama. 35

Tú, de gloria esplendente  
 inundada la frente,  
 la cruz, donde en el Gólgota espiraste,  
 con la sagrada mano colocaste  
 sobre el excelso solio 40  
 del alto y dominante Capitolio,  
 de los despojos del vencido mundo  
 con majestad soberbia decorado.  
 Tú bajaste al profundo;  
 Tú del mármóreo templo relumbrante, 45  
 de fúlgidas antorchas adornado,  
 arrojabas a Júpiter Tonante.  
 En el altar sentado,  
 el orbe dominaste, y el orgullo  
 de los míseros reyes de la tierra 50  
 quebrantaste, Señor, con dura mano.

No con la cruda guerra  
 te hiciste soberano  
 de la mansión del hombre, ni el acero  
 en la diestra blandiendo 55  
 le dijiste al Profeta:  
 «Haz que suene la bélica trompeta;  
 marcha, yo soy tu Dios; álcenme altares  
 los pueblos, o a millares  
 sucumbirán las huestes enemigas 60  
 al bote de la lanza del creyente  
 y al brillo de sus ojos,  
 como bajo la hoz, en el ardiente  
 verano, el segador tronca en manejos  
 las doradas espigas.» 65  
 Tú solo dominaste el ancho mundo

con la santa palabra de tu labio  
 y con cetro de paz y de ternura.  
 tu trono fue la cruz, y cuando en ella  
 diste el postrer suspiro, 70  
 se estremeció la tierra; de la tumba  
 asombrados los muertos se escaparon,  
 y el sol y las estrellas se nublaron.  
 La humanidad entonces, lastimada,  
 dio de dolor un grito, 75  
 y exclamó entusiasmada:  
 «¡Hijo de mis entrañas, sé bendito!»  
 Tu ley, ¡oh Cristo!, tu bondad revela;  
 ni en el Pórtico extenso, ni en la escuela  
 de Sócrates profundo 80  
 oyeron los humanos  
 que eran todos hermanos,  
 hasta que tú, Señor, viniste al mundo.

△▽

### A Delia

Imitación de Lamartine

El tiempo alegre que pasé a tu lado, △▽  
 Delia divina, si recuerdas, dime  
 dónde la rica en amorosos cantos  
 tórtola gime;  
 do la fragancia de las lindas rosas 5  
 el aura esparce con sus alas bellas,  
 y brilla el cielo como terso manto  
 lleno de estrellas.  
 Allí las ninfas en revueltos coros  
 danzas aéreas por el fresco viento, 10  
 y con la esencia de olorosas flores  
 mezclan su aliento.  
 Allí una noche, que recuerdo ahora  
 (lágrimas vierte al recordarla el alma),  
 te vi a mi lado, y relució en tus ojos 15

plácida calma.

Sobre la cumbre del altivo monte,  
al ver del cielo el eternal zafiro,  
y la nocturna silenciosa pompa,  
diste un suspiro. 20

Y sus misterios, de entusiasmo llena,  
tú me mostraste con la blanca mano,  
la tierra, el cielo, el de sonantes ondas  
fiero océano.

Tendí la vista al universo entero, 25  
buscando objeto que admirar pudiera,  
y a ti tan sólo te admiré y bendije,  
Delia hechicera.

El aura mansa en sus ligeras alas  
de tus dos labios el olor traía, 30  
que son cual vaso de coral que guarda  
dulce ambrosía.

Y tus palabras escuché, más blandas  
que de las aguas el murmullo leve,  
cuando el cristal del apacible lago 35  
céfiro mueve.

La niebla entonces de la noche umbría,  
que en leves gasas a los cielos sube,  
formaba en torno de tu esbelto talle  
mágica nube. 40

Y de la luna el adormido rayo  
hiriendo, Delia, tu tranquila frente,  
la pura flor de tu beldad mostraba  
fresca y naciente.

Me pareciste... Pero no, ¿qué imagen, 45  
Delia divina, mísera no fuera?  
Nada terreno a mis amantes ojos  
forma te diera.

Porque eres, Delia, el pensamiento hermoso  
que un alma santa concibió en su sueño, 50  
y que a los cielos en sus alas puras,  
sube risueño.

Yo te vi, Delia, y consagrarte quise  
este recuerdo de tan corto instante;  
en él tu nombre grabaré, que el pecho 55

guarda constante.

Y si estos versos, que tan sólo aspiran  
a una mirada de tus ojos bellos,  
consiguen, ¡ay!, que compasivo llanto  
viertas en ellos;

60

ansío que digas: La canción amante  
que me conmueve, mi beldad la inspira;  
yo soy el numen que tan dulces tonos  
doy a su lira.

Granada, 1845.

△▽

### Al amanecer

Mustias están las flores  
sin olor ni aroma,  
oscuro está el espacio,  
la noche melancólica,  
y velada entre nubes  
la adormecida atmósfera,  
el aura no se agita  
ni sacude las hojas,  
porque el silencio ha roto  
sus alas vagarosas.

△▽

5

Sobre mi dulce prenda  
sin duda que a esta hora  
esencia vierte el sueño  
de rojas amapolas.  
Mas ya por el Oriente  
la dulce luz asoma  
que en los opuestos montes  
refleja caprichosa,  
y con varios matices  
sus altas cumbres dora.

10

El cielo azul se cubre  
de variada pompa  
y el sol sale, siguiendo  
los pasos de la aurora.  
El coro de las aves  
con música armoniosa

15

20

25

celebra los prodigios de la natura pródiga; el ruiseñor, con trinos acordes, enamora	30
la que en rubor se tiñe recién nacida rosa; las gotas del rocío que penden de sus hojas parecen engarzadas.	35
Diamantes de Golconda o perlas que en el viento suspende misteriosa con sus alas aéreas la silfa voladora.	40
El arroyo murmura, vaga el aura amorosa, las zagalas despiertan y a las puertas se asoman.	45
Todo es vida en el mundo, que la natura hermosa cobra vida y palpita cuando nace la aurora. Así, Delia del alma, cuando ausente te llora mi corazón, me muero de angustia y de zozobra; pero cuando te miro, sol que mi alma adora, vuelve a mi pecho al punto	55
la vida bulliciosa: de púrpura se cubre mi mejilla, traidora la pasión en mis venas se agita, de mi boca se escapan tiernos besos y siento el alma toda más que viva, agitada, más que agitada, loca.	60

Granada, 1845.

△▽

**La envidiosa**

El fúlgido diamante	△▽
en el polvo sumido	
ni pierde su belleza	
ni oscurece su brillo:	
pero si el polvo, acaso	5
por el viento impelido,	
hasta las nubes se alza	
cual raudo torbellino...	
¿dejará de ser polvo	
aunque toque al Olimpo?	10
¿Pues a qué envidias, Delia,	
los pomposos vestidos,	
las plumas, los diamantes	
las perlas y zafiros	
con que las damas suelen	15
aumentar sus hechizos?	
Si eres tú más hermosa	
con tu blanco corpiño	
y tu aéreo ropaje	
de vaporoso lino.	20
Si son tus dientes perlas	
y tus ojos divinos	
zafiros radiantes,	
y tu seno tranquilo	
palacio de Amor tiene	25
un tesoro escondido,	
que para mí tan sólo	
que lo guardes ansío.	
A su querida Delia	
esto dijo Mirtilo,	30
y sobre el claro espejo	
del arroyuelo limpio	
se reclinó la hermosa	
por ver si verdad dijo.	
El pastor, entretanto,	35
trémulo, enardecido,	
estampó en su mejilla	
un ósculo furtivo.	

Granada, 1845.

△▽

**La mano de la sultana**



## Leyenda oriental

### I

En el jardín que del palacio augusto      △▽  
del gran señor circunda la muralla,  
vivía cautivo un joven tan gracioso  
como el pimpollo de garbosa palma.  
En años juveniles a tal sitio      5  
trajéronle su sino y sus desgracias  
cuando aún no apenas el naciente bozo  
su blanco labio superior ornaba.  
Fiera tristeza, sin embargo, el pecho  
le corroe, con pena tan extraña,      10  
que le roba las dulces alegrías  
y el corazón amante le desgarrá.  
Nadie sabe su historia, hondo misterio  
le cerca, y sólo a calcular se alcanza  
que, digno hijo de la noble Grecia,      15  
peleó por la gloria y por la patria,  
y aprisionado en el combate horrendo  
hoy la cadena con dolor arrastra.  
Una noche, no obstante, cuando el cielo  
su transparente azul bello mostraba      20  
a la luz de la luna, y el amante  
ruiseñor, trinos en las densas ramas  
dúlcidos modulando de las rosas,  
ardiente enamorado se quejaba  
quiso el cautivo, al par, con sus acentos      25  
alivio dar a penas tan amargas,  
y pulsando un laúd, con voz suave  
armonizó las silenciosas auras.  
«En la noche serena recuerdo  
el placer que gozaba a tu lado,      30  
y en mi dulce ilusión extasiado  
un momento me deja el dolor,  
Aglae bella. Luz de tus ojos  
imagino mirar en el cielo  
y me pienso que tiende su vuelo      35  
tu alma santa hacia mí con amor.»  
«¿No era, acaso, cual ésta la noche  
que por última vez vi tu frente  
y su blanca extensión transparente  
con el beso postrero sellé?      40  
Como sierpe de cándido nácar,  
al arroyo fugaz que sonaba  
y a la alondra que alegre gorjeaba

embebido de amor escuché.»  
 «Que el amor que brotaba en mi alma 45  
 desbordado torrente corría  
 y llenaba de dulce armonía  
 cuanto en torno miraba de mí.  
 Pero luego, al volver a mi patria,  
 vi en cenizas tu pobre morada, 50  
 por el bárbaro turco quemada,  
 e insepultos los huesos allí.»  
 «Desde entonces, venganza tan sólo  
 anheló el corazón, y tras ella  
 volví al campo, cual rauda centella, 55  
 decidido a vencer, o a morir.  
 Pero el fiero destino no quiso  
 se cumpliera mi dulce esperanza,  
 y en lugar de agradable venganza,  
 cautiverio y vergüenza sufrí.» 60  
 Así cantaba el cautivo  
 cuando sintió, penetrante,  
 un suspiro enamorado  
 que atravesaba los aires.  
 Era un suspiro tan blando 65  
 como el susurro suave  
 que forma el aura al mecerse  
 entre rosas y azahares;  
 y tan triste y dolorido  
 como el canto lamentable 70  
 de la viuda tortolilla  
 que llora el perdido amante.  
 Y, levantando los ojos  
 para ver de dónde sale,  
 por la espesa celosía 75  
 de una reja vio asomarse  
 una linda y blanca mano  
 que tierna señal le hace.  
 Acércase, y un papel  
 dejó caer al instante 80  
 la blanca mano, y tan luego  
 desapareció, mas su imagen  
 grabada quedó en el alma  
 del desesperado amante  
 que, abriendo el pliego oloroso, 85  
 vio que decía estas frases:  
 «La sultana enamorada,  
 cautivo, de tu hermosura  
 en necios celos se apura  
 al ver en otra tu amor. 90  
 Triste me tiene tu suerte  
 porque te adoro, cautivo,  
 solamente por ti vivo,

ve cuál será mi dolor.»  
 «En vela paso las noches 95  
 por oír la cantilena  
 que al compás de la cadena  
 entonas con dulce voz;  
 y es que es más grata al oído  
 que el cántico de las aves 100  
 cuando con trinos suaves  
 saludan la luz del sol.»  
 «Mi blando lecho florido  
 lecho lo juzgo de espinas,  
 porque tú no te reclinas 105  
 a mi lado sobre él;  
 y mis perfumes no tienen  
 para mí puros olores  
 que de tus labios traidores  
 el aroma adiviné.» 110  
 «Yo soy hermosa, cautivo,  
 si no me engaña el reflejo  
 que en el veneciano espejo  
 mi figura modeló;  
 y todo es tuyo, amor mío, 115  
 mis labios para tus besos,  
 y mis gracias y embelesos  
 para que me ames mejor.»  
 «Desecha, pues, vida mía,  
 esa pasión insensata, 120  
 no pague tu alma ingrata  
 mi cariño con desdén,  
 y piensa que si me amas,  
 soy tan bella y poderosa,  
 que tu cárcel horrorosa 125  
 transformaré en un edén.»  
 Esto el papel decía, y el cautivo,  
 de asombro lleno, lo leyó admirado,  
 y sintió otro suspiro fugitivo  
 en las alas del céfiro enviado. 130  
 Volvió a mirar y vio la mano bella  
 otra vez asomada a la ventana,  
 más blanca y más hermosa que la estrella  
 que anuncia con su brillo la mañana.  
 Mano tan pura y transparente era, 135  
 que parecía que al través la luna  
 vertía débil luz, como pudiera  
 entre una blanca nube inoportuna.  
 Mano de unos contornos tan gallardos  
 que exceden al decir que alba brillara 140  
 como en la cima de los montes pardos  
 la nieve ante la lumbre del sol clara.  
 Que de cuajada leche y frescas rosas

por el amor formada parecía,  
 llena de cavidades primorosas 145  
 donde el mismo deleite se escondía.  
 Mano que el corazón del griego inflama  
 en éxtasis de amor y de ternura,  
 y olvidado un momento de su dama  
 la tierna mano adora con locura. 150  
 Pero a ocultarse tornó  
 la mano desconocida  
 cuando el cristiano cautivo  
 volvió hacia ella la vista.  
 Entonces sacó del seno 155  
 una hermosa gargantilla  
 de oro puro fabricada  
 con hilos de perlas finas.  
 Era prenda que su amada  
 le dio antes de su partida, 160  
 por qué se acordase de ella  
 entre la gente enemiga,  
 llevándola sobre el pecho  
 como una santa reliquia;  
 y cubriéndola de besos 165  
 así disculparse ansía  
 con ella del pensamiento  
 que en su alma cándida agita  
 la belleza de la mano  
 de la infiel desconocida. 170  
 Pero es en vano, porque  
 cuando olvidarla creía,  
 volvió a oír otro suspiro  
 de la gentil odalisca.  
 Que le volvió al pecho el fuego 175  
 del amor que en él ardía.

## II

Pasaron varias noches. La sultana  
 siempre suavemente suspiraba  
 al escuchar tal vez en su ventana  
 lo que el cautivo mísero cantaba; 180  
 leve recuerdo de ilusión lejana  
 al griego en los suspiros enviaba,  
 que sobre el aura que el jardín orea  
 van donde la belleza infiel desea.  
 Suspiros tan amantes, que hasta el alma 185  
 del hermoso cautivo, introducidos,  
 robándole del pecho amor y calma,  
 en nuevo amor inflaman sus sentidos,  
 y cual cimbrea el tronco de la palma

de los vientos al soplo embravecidos, 190  
así su tierno corazón se agita,  
que en un nuevo amor en él ora palpita.  
Amor que lucha con su amor primero,  
que tenía en su pecho un santuario,  
vacilar hace, en un tormento fiero, 195  
al griego, con sus penas solitario.  
Gime y se agita el triste prisionero,  
los ojos gira en movimiento vario;  
mas dondequiera que los ojos gira  
la hermosa mano de la turca mira. 200  
Mano que con buril de ardiente fuego  
grabó en su pecho amor tan semejante,  
que para siempre le robó el sosiego  
de continuo mirándola delante;  
mano que en realidad miraba luego 205  
en la reja, y se iba palpitante  
su alma tras ella en dulcido trastorno,  
cual mariposa de la luz en torno.  
Y es en vano que luce en su memoria  
de Aglae la imagen cándida y honesta, 210  
puesto que desde el seno de la gloria  
un fuego tan voraz ya no le presta;  
el recuerdo, no obstante, de su historia  
que olvide a la sultana le amonesta,  
y el griego, al fin, en la terrible lucha, 215  
sólo la voz de su pasión escucha.  
Pálido, en tanto, como blanco lirio,  
las noches pasa el desgraciado en vela,  
y entregado a su pena y su delirio  
el tiempo corre, Amor no le consuela. 220  
Para calmar acaso su martirio,  
vuelve a entonar su triste cantinela,  
y vuelve a oír el delicado acento  
de un suspiro fugaz que lleva el viento.  
Una ilusión que rápida recuerda 225  
aquel suspiro mágico le trae,  
y cuando de ella piensa que se acuerda  
en nueva confusión su mente cae.  
La voz de la odalisca ya concuerda  
con la voz dulce de la linda Aglae, 230  
ya la voz de su madre oír pensaba  
cuando en la cuna el sueño le guardaba.  
Que cuando Amor en nuestras almas mora  
el objeto del dulcido cariño,  
con ilusiones y recuerdos dora, 235  
y así le presta primoroso aliño;  
y más cuando en el pecho se atesora  
enamorando un corazón de niño  
que, aunque transido por desgracias fieras,

sus ilusiones conservó primeras. 240  
 Y enamorado ya de la gallarda  
 dueña de la divina y blanca mano,  
 mucho el deseo de su amor se tarda  
 el contemplar su rostro soberano;  
 por eso en medio de la noche parda 245  
 rompió el silencio, y con delirio insano,  
 en lugar de entonar su cantinela,  
 así a la dama su pasión revela:  
 «Sultana, aunque de tus ojos  
 no he visto la luz divina, 250  
 ni tus bellos labios rojos,  
 ni tu frente alabastrina,  
 me muero por ti de amor;  
 que basta tu mano bella,  
 ver en aquesa ventana, 255  
 para morirse por ella.  
 Sí, yo te adoro, sultana,  
 y a mi Aglae soy traidor.»  
 «De tu amor estoy ufano  
 y verte tan sólo anhelo, 260  
 que si es divina tu mano,  
 tu rostro ha de ser un cielo  
 y tú una diosa, ideal.  
 Tus labios, sultana mía,  
 serán graciosos rubíes 265  
 que destilen ambrosía  
 si enamorada sonrías  
 con tu boca celestial.»  
 «Sólo por verte la cara,  
 mi vida, hermosa, perdiera, 270  
 y hasta el infierno bajara  
 por un beso que me diera  
 tu boca, divina hurí.  
 Tuya, sultana querida,  
 es mi alma desde ahora; 275  
 tuya, sultana, mi vida,  
 y el corazón que te adora  
 y que sólo piensa en ti.»  
 Corta pausa, después del himno amante  
 del cautivo, siguió, y allá en su pecho 280  
 sintió un remordimiento penetrante  
 y gimió, el triste, en lágrimas deshecho;  
 mas al fin el amor quedó triunfante  
 de sus recuerdos, y en blando lecho  
 que forma en el jardín hierba lozana 285  
 se recostó, esperando la sultana.  
 Ésta, habiendo escuchado, los acentos  
 de su laúd y de su voz sonora,  
 que llegaron en alas de los vientos

hasta la reja que el cautivo adora,	290
combatida por varios sentimientos,	
toda se estremeció, la seductora	
mano asomó y otro papel envía	
donde el gallardo esclavo le decía:	
«Cristiano, si es que me amas	295
como me dices, anhelo,	
para calmar mi desvelo,	
una prenda de tu amor,	
y esa hermosa gargantilla	
de tu dulce Aglae ofrenda	300
quiero que sea la prenda	
de tu enamorado ardor».	
«Cuélgala, pues, de la cinta	
que pende de mi ventana,	
y al punto de la sultana	305
te verás, griego, a los pies.	
Ganado tengo un eunuco	
con presentes y dinero,	
y que te introduzca espero	
esta noche en el harén».	310
«Y olvidarás al momento	
el amor de tu querida,	
que mi seno te convida	
con un amor más voraz.	
Mi seno que ardiente fuego	315
en lugar de sangre encierra.	
Las mujeres de tu tierra	
no saben, cristiano, amar».	
«Mi amor es ardiente y puro	
como el sol que alumbra el moro,	320
como de la Arabia el oro	
donde por mi mal nací;	
y si aqueste sacrificio	
cumples, que sólo te pido,	
serás, griego, introducido	325
en el Edén de tu hurí».	
No bien leyó estas palabras,	
enamorado el cautivo,	
cuando sintió por sus venas	
discurrir un fuego impío.	330
Fuego de amor que lo impele	
a hacer aquel sacrificio	
que le pide la sultana,	
en prueba de su cariño.	
Y así fue que en el momento	335
sacó el collar de oro fino	
y de perlas de su pecho	
y lo asió del listoncillo	
que pendía de la reja,	

y luego el brazo divino de la odalisca ocultose con el presente querido. Quedose el jardín en calma por el ambiente tranquilo, ni un pajarillo cantaba, ni se escuchaba un ruido, y el auro no conducía en sus alas un suspiro.	340
Bajo el manto de la noche los céfiros adormidos oír dejaban solamente el agradable sonido de las fuentes derramada sobre los jaspes bruñidos y de las corrientes aguas de los arroyuelos limpios.	345
Mas de la paz de la noche no disfrutaba el cautivo, que la tempestad bramaba en su seno combatido de un amor y de otro amor por el impulso distinto.	350
Pero, ¡oh, sorpresa terrible! ¡Oh, sobrehumano prodigio! ¿Es realidad o ilusión del fascinado sentido del cristiano? ¡Quién lo sabe! De un murallón muy antiguo sobre el lienzo proyectarse vio una sombra; sus vestidos, su rostro, sus ademanes eran de Aglae. Ronco grito el griego dio, y hacia ella marchó tembloroso y frío: mas se disipó la sombra y cayó desvanecido.	355
	360
	365
	370
	375

### III

Una incógnita voz de su desmayo sacó al cristiano: «anímate, decía; ven, pues, a disfrutar de los placeres a que el amor suave te convida».	380
Volvió éste en sí, y al levantar los ojos vio delante de él de la odalisca al confidente eunuco, que atezado engendro era de la ardiente Libia. Nada habló el griego, y en silencio triste	385



al eunuco escuchó, que proseguía:  
 «Ven, pues, conmigo; por secreta puerta,  
 entrarás del harén en la escondida  
 estancia, donde la sultana bella  
 en voluptuosa reclusión habita, 390  
 allí respirarás de los perfumes  
 del *atar-gul* y el ámbar la exquisita  
 esencia, que ya ricos pebeteros  
 guardan, o pomos de dorada china.  
 Admiraran tus ojos los portentos 395  
 del poder de tu amada, y la encendida  
 luz beberás de sus ardientes ojos  
 y el que sus labios mágicos destilan  
 bálsamo suave, que el Amor formara  
 con el más puro extracto de la mirra. 400  
 Si tienes miedo, del peligro cede,  
 que no eres digno ya de sus caricias  
 si eres valiente, sígueme y no temas,  
 que salvo volverás antes del día.  
 El sultán duerme y el chibuquí curvo 405  
 lleno del opio que su mal mitiga  
 a su lado arde aún, que los pesares  
 y los años de amor casi le privan.  
 .....  
 Sólo el profeta, en el Borac montado,  
 pudo en la noche del Alkadr tranquila 410  
 llegar hasta el edén sin miedo alguno...  
 Aquel que el cielo conseguir ansía  
 que pasar tiene el inseguro puente,  
 donde si acaso mísero vacila  
 a la vista teniendo el Paraíso, 415  
 en el abismo, al fin, se precipita,  
 con tanta rapidez como lanzado  
 Jerid que raudo por los aires silba».

Dijo, y asiendo el brazo del cristiano,  
 llevóselo tras sí, y a la divina 420  
 luz de la luna vistos, en la noche  
 un ángel y un demonio parecían.  
 Atravesando largas  
 obscuras galerías,  
 angostas y sombrías, 425  
 y abriendo puertas mil,  
 el griego y el eunuco  
 llegaron a una estancia  
 que dulcida fragancia  
 vertía del jazmín. 430  
 Estancia rodeada  
 de fuentes y de flores,  
 nido de los amores  
 y templo del placer;

con lujo enriquecida, de aromas impregnada, sublime y encantada mansión de la mujer. Voluptuoso silencio	435
se siente sólo en torno, y por gentil adorno de aquella soledad, tal vez a algunas aves en sus doradas rejas	440
arranca tiernas quejas su antigua libertad. Mas nada vio el cautivo, ni nada oyó tampoco, que frenético y loco	445
ante los pies cayó de la bella odalisca, brillante como el cielo, aunque con denso velo su beldad encubrió.	450
Estaba reclinada sobre un cojín de plumas blanco cual las espumas de las olas del mar. Y el rico terciopelo	455
hacía más hermoso su cuerpo voluptuoso en él al reposar. Su linda y blanca mano, aun más que nunca bella,	460
parecía una estrella de amor y de ilusión, y ante ella el cautivo, cayendo arrodillado y asiéndola extasiado,	465
besola con pasión. Y, enamorado, dijo a la oculta hermosura que aquella flor tan pura de su primer amor	470
había caído marchita al abrirse olorosa una flor más hermosa, una más noble flor. Porque ella es la clara	475
luz que alumbró su alma, que ella sola la calma al fin le puede dar. Pero nada responde al griego la sultana	480

y, como en la ventana, 485  
muda en la estancia está.  
Soltando al fin el ondulante velo,  
alzose en pie, gallarda, la sultana,  
dejando ver de su hermosura el cielo  
como la rosa del abril temprana. 490  
Era su rostro lindo como el sueño  
que forma un niño en su ilusión primera,  
cuando, adormecido, plácido beleño  
tiende sobre él la sílfide hechicera.  
Sus ojos eran cual brillante llama, 495  
de la luz del Edén tal vez nacida,  
y la boca amorosa de la dama  
cual limpias perlas que aun la concha anida.  
Al mirarla el cautivo, de amor lleno  
y de asombro y temor, conoció en ella 500  
el dulce objeto, un tiempo más sereno  
amado tanto de él, su Aglae bella:  
Su Aglae, que sale de la tumba fría  
donde el cautivo la creyó encerrada,  
cuenta a pedir de aquel amor que un día 505  
le dedicó con alma enamorada.  
«Yo soy -le dijo-, yo, mírame ahora.  
¿Qué has hecho de mi amor, del juramento  
que me hiciste con lengua engañadora?  
Todo voló, traidor, en un momento. 510  
»Yo te guardaba, aun en la clausura  
de esta voluptuosa y vil morada,  
la virtud, la inocencia y la hermosura  
que a vender vino tu alma fascinada.  
»Yo del sultán con diestra resistencia 515  
contener supe el punzador deseo,  
y guardé para ti, con mi inocencia,  
aquel amor que ahora en ti no veo.  
»Te conocí al oírte en los jardines  
llorando mis amores ya perdidos 520  
cual la voz de los dulces serafines  
dando amor y esperanza a mis oídos.  
»Y de las flores me llamaron luego  
sultana, al verme las demás cautivas,  
símbolo de mi puro eterno fuego, 525  
de rosas coronada y siempre vivas.  
»Y queriendo probar tu fe, de amores  
te requerí, y, ardiendo en fuego insano,  
por la nueva sultana de las flores  
tu antiguo amor dejaste inhumano. 530  
»Pues bien, vete de aquí, que la sultana  
era un sueño de tu mente ansiosa;  
este papel, Lascar, leerás mañana;  
yo, para perdonar, soy orgullosa».

Dijo, y un pliego le entregó cerrado, y a sentarse volvió; Lascar guardolo, con un triste suspiro enamorado a tantas quejas respondiendo sólo.	535
A los pies de Aglae hermosa se arrojó por fin el griego, y sobre su blanca mano estampó dulcidos besos; mano que la causa era de su falta, que su yerro disculpar sólo debía	540
y de su amor darle el premio. Todo respiraba amores en aquel recinto bello: las fuentes que murmuraban; las aves, que con gorjeos blandos daban a las auras sus delicados acentos, que del vaporoso invierno, como transparentes nubes, subían del pavimento,	545
agrupándose en el aire y evaporándose luego. El corazón de la dama mil diferentes afectos no hay duda que sentiría en tan solemne momento; y más al ver desprenderse de los ojos del objeto de su amor, como de aljófar menudas perlas, el tierno llanto con que acompañaba la fe y su arrepentimiento.	550
No pudo más; y al impulso de las lágrimas y ruegos de su acuerdo, enternecida, trémula de amor, sintiendo sobre la divina mano de sus acentos el fuego que subía por las venas hasta el escondido centro del corazón, en sus brazos desfallecida cayendo, dueño de tanta hermosura hizo el venturoso griego.	555
.....	
Pero un misterio terrible, que yo a descifrar no acierto, vino a turbar sus amores; un espantoso misterio	560
	565
	570
	575
	580

que sabe guardar la noche con un terrible secreto.	585
.....	
Sólo se dice que el joven cautivo, de dolor lleno, dio gritos de horror terribles; que el eunuco, con discreto afán, apagó las luces,	590
y en las tinieblas silencio le impuso, con sus nervudas manos su boca cubriendo. Después algunos cautivos llegar al jardín pudieron	595
ver, a la luz de la luna, a un eunuco con un negro bulto, que, con cuidado, traía en el caftán envuelto;	600
con misteriosa premura, depositolo en el suelo y se marchó, leve ruido formando su paso incierto, y el rechinar de sus armas y de su alfanje a lo lejos.	605

#### IV

¿Quién es aquel que raudo se despeña en soberbio corcel, ya roto el freno, y va saltando por la espesa breña mientras que ruge el pavoroso trueno?	610
A la luz del relámpago, indecisa, tal vez se puede ver su rostro fiero, en el que brilla la fugaz sonrisa de un recuerdo amoroso y lastimero. Cual los vientos veloz en la carrera, va el caballo, la crin al aire dada;	615
blanca espuma lo cubre, cual si fuera de las ondas del mar amontonada. Hiriendo el suelo con el férreo casco, atruena el bosque, al compasado ruido de los cóncavos senos del peñasco	620
por los distantes ecos repetido. Y en el silencio de la noche umbría, si alguien lo ve que solitario vela, mágica sombra acaso lo creería, y reza, si lo escucha, el centinela <sup>2</sup> .	625
Diose el día antes un combate horrible en que los hijos de Otomán vencidos fueron por los helenos, al terrible	

grito de *Cristo y libertad* ardidos.  
 Que cayeron del monte en la espesura 630  
 sobre las tropas del bajá, cual olas  
 de catarata hinchada, y en la obscura  
 selva arrollaron las soberbias colas.  
 Y, en mar de negra sangre, la victoria  
 asentaron los griegos, y la suerte 635  
 cupo a Lascar de conseguir la gloria  
 al pérfido bajá de dar la muerte.  
 Que, ardiendo el turco en denodada ira,  
 y viendo ya perdida la esperanza,  
 sobre él con fiera intrepidez se tira 640  
 y halla la muerte en su robusta lanza.  
 Hambrienta de clavarse entró en su seno;  
 la vida se le huyó con un gemido;  
 cayó, y las armas, cual lejano trueno,  
 hicieron al caer ronco ruido. 645  
 Ansioso de matar, Lascar corría;  
 la muerte iba con él, y con su mano  
 la punta de su lanza dirigía,  
 y ni un golpe que dio diéralo en vano.  
 Y creyeron, al verlo, que en las filas 650  
 Azrael de los griegos peleaba,  
 y sólo de sus vívidas pupilas  
 con la esplendente llama los mataba.  
 Cual rápido torrente despeñado  
 que hace salir de cauce al ancho río, 655  
 tala las mieses, vuelve yermo el prado,  
 y hasta los pinos troncha con su brío;  
 Así, o más fiero aún, Lascar cebaba  
 su ira cruel en la otomana hueste,  
 y de cuajada sangre espanto daba, 660  
 sucias la faz y la gallarda veste.  
 Mas dar no puede a su irritada alma,  
 en cuyo centro agítase el veneno,  
 tanta venganza sazónada calma,  
 y con dolor cruel late su seno. 665  
 Un intenso pesar le abruma, y quiere  
 saltar su corazón ardiendo en ira,  
 y cuando de dolor piensa que muere,  
 se juzga eterno, viendo que no expira.  
 Huir, si es posible, de su mal anhela, 670  
 mal que imagina su verdugo eterno,  
 mas con él su dolor rápido vuela  
 porque su corazón es un infierno.  
 Y es en vano que el bote de su lanza  
 le diese horror quitando tanta vida, 675  
 si con su luz brillante la esperanza  
 ni a honores ni a deleites le convida.  
 Que, aunque del cautiverio ya salvado

por un viejo Calóyero, sus penas  
 el corazón le tiene desgarrado, 680  
 y es acíbar la sangre de sus venas.  
 Por eso, aquella noche, cuando el sueño  
 rendido había al vencedor, el fuerte  
 Lascar salió con decidido empeño  
 de dar fin a sus males con la muerte. 685  
 Allí va, y en su rápida carrera  
 vencer en conmoción su pena intenta,  
 y a la borrasca de la noche fiera  
 excede de su alma la tormenta.  
 Y él era, él, quien de la noche triste 690  
 rompió el silencio, y a la luz ardiente  
 del ligero relámpago le viste,  
 otomano, y temblaste de repente.  
 Mas rápido cruzó cual del verano  
 la exhalación que engendra el aire seco 695  
 y el ruido sólo del corcel lejano  
 en temeroso son repitió el eco.  
 Llegó Lascar sobre la playa corva  
 del undívago mar que alborotado  
 rompe en la roca que su furia estorba 700  
 la ola que brota de su seno hinchado.  
 Llegó, y tendido en la desierta orilla,  
 el cansado corcel yerto abandona,  
 y a la luz del relámpago que brilla  
 sube a una roca que la mar corona. 705  
 Saliente pico, a cuyos pies se agita  
 el resonante mar contra un bajío  
 por mil rocas formado, do se irrita  
 embravecido su indomable brío.  
 Allí Lascar se puso. Sentimiento 710  
 horrible el pecho le agitó, y apenas  
 exhalar pudo el ardoroso aliento  
 quemado con el fuego de sus venas.  
 Sentimiento espantoso, a los horrores  
 igual tan sólo del infierno junto, 715  
 que en un instante un siglo de dolores  
 le hiciera padecer en aquel punto.  
 Imagen fiel del erizado espanto  
 eran sus miembros, de sudor cubiertos,  
 y brotaron dos lágrimas en tanto, 720  
 quemándole la faz sus ojos yertos.  
 Al través de ellas ver pensó en la ola  
 enfurecida una visión mecerse;  
 su Aglae llorar, enamorada y sola,  
 y en la extensión sin límite perderse. 725  
 «Ya te sigo -le dijo-. Yo no quiero  
 vivir ya más sin ti. Abre tu centro  
 obscura eternidad... ¡Oh Dios!, yo muero.

¡Muerte, por fin en tus abismos entro!»  
Y cayó por el aire arrebatado 730  
espantoso giro. Sordo luego  
estrépito se oyó, y el mar hinchado  
tuvo un momento fúnebre sosiego.

V

Indiferente la aurora  
a los males de los hombres, 735  
al otro día radiante  
por el Oriente asomose.  
Estaba la mar en calma;  
los suaves arreboles,  
del alba allí reflejados 740  
con mil lucientes colores,  
pintaban el fondo oscuro  
de aquellas ondas salobres.  
Cuando los primeros rayos  
de luz dieron sus fulgores 745  
sobre el elevado pico  
desde el cual Lascar tirose,  
iluminaron la frente  
de un anciano, que de bronce  
parecía, porque estaba 750  
puesto en oración, inmóvil.  
Las manos tendía al cielo,  
y en sus tristes oraciones  
piedad por un desgraciado  
a Dios imploraba a voces. 755  
Era el Calóyero: un bulto  
negro divisó, que sobre  
las blandas olas mecido  
venía; reconociole  
al punto, y el tierno llanto 760  
de sus ojos derramose.  
Hoy Lascar sobre la roca  
sepultado está; su nombre,  
allí entallado, atestigua  
sus desgracias, y una cruz 765  
de un leño fabricada  
sólo le recuerda al hombre  
solitario que allí llega  
su triste memoria entonces.  
Nadie sabe bien su historia 770  
que en el misterio se esconde  
más profundo; el religioso,  
no obstante, en el seno hallole  
un fragmento de una carta



de una mujer, que de amores  
hablar parece, y un pliego  
escrito, entre los horrores  
más fieros, por Lascar mismo,  
a quien Dios justo perdone. 775

Fragmento

Lascar mío, ya que he visto 780  
que de mí te has olvidado  
y que es tan cruel mi hado  
que no te dueles de mí,  
quiero que sepas, al menos,  
lo que por ti, vida mía, 785  
ha hecho la mujer que un día  
fue tan dichosa por ti.

Que si olvidas mis amores  
por una esperanza vana,  
no te dolerás mañana 790  
mi triste suerte al saber.

Y dirás, sin duda alguna:  
«¿Qué me importa su memoria?  
Déme sus triunfos la gloria  
y su amor otra mujer». 795

Bien, Lascar; así ser debe,  
que para un varonil pecho  
es el amor muy estrecho  
círculo, y aspira a más.

No somos así, sin duda, 800  
nosotras, pobres mujeres,  
que no encontramos placeres,  
mi vida, sino en amar.

Y tú, Lascar de mi alma,  
sabiendo cuánto te quiero, 805  
no extrañarás hoy que muero  
por nuestro perdido amor.

Y acaso al saber mi muerte  
(es lo único a que aspiro)  
exhalarás un suspiro, 810  
un suspiro de dolor.

.....  
Es imposible escaparse  
de este recinto horroroso  
donde mi tirano esposo  
pronto me vendrá a buscar. 815

Supo el sultán que tú fuiste  
un tiempo mi amante fino,  
y de su furia con tino  
yo te supe libertar.

.....  
 Mañana vendrá a buscarme, 820  
 y al recostarse en mi seno,  
 verá que un atroz veneno  
 me ha quemado el corazón.  
 Y tú, lumbre de mis ojos,  
 libre estarás ya mañana 825  
 y en la tumba la sultana  
 que te amó con tal pasión.  
 ¡Adiós!... Al poner la pluma  
 sobre esta página, siento,  
 Lascar mío, un sentimiento 830  
 que es imposible explicar...  
 No quiera el cielo que nunca  
 con tal sentimiento llores,  
 Dios permita que lo ignores  
 y hágase tu voluntad. 835

#### Recuerdos de Lascar

Mujer, ese espantoso sentimiento  
 hierve en mis venas y en el pecho mío  
 terrible y violento.  
 Me parece que siento  
 que las entrañas, con dolor impío, 840  
 me las desgarran, y el veneno ardiente  
 vierten en ellas del dolor más duro.  
 Por nuestro amor te juro  
 que sólo ya con el deseo vivo  
 de verter de los turcos, como altivo 845  
 combatiente, la sangre emponzoñada  
 y ofrecerla a tu ánima irritada.  
 .....  
 ¡Qué noche aquella! Nunca, Aglae hermosa,  
 embriagada de amor entre mis brazos  
 en éxtasis suave y deliciosa 850  
 caído hubieras; ni en amantes lazos  
 nunca jamás te hubiera aprisionado  
 el infeliz Lascar, si al volver luego  
 del arrebató del amor ardiente,  
 contra sus labios estrechó de fuego 855  
 la boca helada de un cadáver frío;  
 y frenético unió su seno hirviente  
 con ese yerto de veneno impío  
 blanco pecho de nardos, dulce nido  
 de amor y de placer lecho florido. 860  
 ¡Horror! ¡Horror! Maldigo  
 al eunuco, que al verme desmayado  
 a mi seno agitado,

no le dio paz con un puñal amigo.  
 .....  
 ¡Mujer! Ya estás vengada; ya mi lanza, 865  
 por tu espíritu mismo dirigida,  
 ha quitado en el campo tanta vida  
 que ha saciado la fe de mi esperanza.  
 Pero si tu venganza  
 no está cumplida aún, no desesperes. 870  
 Pronto desde una roca  
 que en los nublados con la frente toca  
 caer me verá tu espíritu irritado  
 en los abismos de la mar, y espero  
 que al fin apaciguado 875  
 me abrazará, y en abismo fiero  
 ambos nos juntaremos  
 y, si es posible, allí nos amaremos.

Granada, 1845.

△▽

### **El fuego divino**

De la increada fuente 865  
 en copiosa raudal brotaste pura,  
 alma luz refulgente;  
 entonces con ternura  
 latió fecundo el seno de natura. 5  
 Como la casta esposa  
 en medio de su dulce primavera,  
 si en la entraña amorosa  
 la agitación primera  
 del fruto ansiado de su amor sintiera. 10  
 Tú eres la luz, la vida,  
 la inteligencia, el fuego, el movimiento;  
 tú la llama escondida  
 que da al sol alimento,  
 y armonioso vigor al firmamento. 15  
 Hijas de tus amores  
 la hermosura vernal del bosque umbrío,  
 y la copia de flores  
 que en el ardiente estío

el cáliz abre al líquido rocío. 20  
 Con vivífico aliento  
 virtud prestaste a la materia inerte,  
 la fuerza y movimiento,  
 que en sus átomos vierte  
 al sacarlos del seno de la muerte. 25  
 Y la forma elevada,  
 misteriosa del hombre creaste luego;  
 a su mente sagrada  
 diste noble sosiego,  
 a sus ojos el brillo de tu fuego. 30  
 Levantaste su frente,  
 hermoso asiento de tu lumbre viva,  
 hacia el cielo eminente  
 do a su mirada altiva  
 ni de tu ser la obscuridad se esquivo. 35  
 Cuanto existe en la tierra  
 de oro y fango, de bálsamo y veneno,  
 cuanta virtud encierra  
 en su fecundo seno  
 el éter infinito, de astros lleno, 40  
 diste con armonía,  
 breve mundo, del hombre a la existencia;  
 como en Oriente el día  
 brotó la inteligencia  
 de su completo ser oculta esencia. 45  
 La pompa de los mundos,  
 todo ser, toda vida en ella vive;  
 los ámbitos profundos  
 del cielo en sí recibe,  
 y de su inmensidad los circunscribe. 50  
 Su perfume derrama  
 la flor, el ave canta, el mar resuena;  
 cuanto aborrece y ama,  
 todo deleite y pena  
 está en el alma, y los espacios llena. 55  
 Su luz el astro envía,  
 y tarda siglos en cumplir su anhelo;  
 no acaba su porfía,  
 no hiere el mortal velo,  
 mas en el alma está como en el cielo. 60  
 ¿Qué habrá que satisfaga

al ser amante en la creación entera? ¿De qué beldad se paga, si por alta manera todo en el alma está como en su esfera?	65
¿A qué este amor intenso? ¿Qué ignoto ser la voluntad adora? ¿Dónde el objeto inmenso, la fuerza vencedora, que domine al amor que la devora?	70
¿Qué bondad, qué hermosura hay en el mundo que gozar no pueda? ¿Qué gloria, qué ventura, donde se aquiete y ceda? Ni ¿qué grandeza que a la suya exceda?	75
El alma es consonancia de todo lo creado, y sus amores son la luz, la fragancia de estrellas y de flores. ¿Quién detiene perfumes y fulgores?	80
¿Dónde se posa y calma el corazón, buscando su destino? ¿Do está la paz del alma, dónde el centro divino que suspenda su curso peregrino?	85
La bien templada lira de cada cuerda exhala melodiosa distinto son, y admira de la máquina hermosa dando el conjunto música armoniosa.	90
Enemigas y fieras potencias une al mismo fin el hado; así de las esferas el giro arrebatado da un concierto sublime y alternado.	95
La inmortal y sonora de celeste virtud máquina ardiente, que magnífica mora, cual antorcha esplendente, en el sagrado templo de la frente, ya no más confundida con la materia se verá: ya dura eternamente unida; ya tan sólo procura	100

volar al foco de su lumbre pura.

105

Granada, 1845.

v

△

## A la Santísima Virgen

Pensamientos religiosos

Si contempla mi alma,

△▽

estando en dulce sueño los sentidos  
con la dichosa calma  
de la agradable noche adormecidos,  
el brillo que en el cielo  
un espíritu angélico y radiante  
esparce cuando cruza en rauda vuelo  
el éter deslumbrante;  
tan encantado siento  
y tan lleno de amor el pecho mío,  
al verlo puro aventajar las flores  
y los astros del claro firmamento  
y la hermosura terrenal, que ansío  
la muerte por gozar tales favores.

5

10

Si con los ojos de mi cuerpo acaso

15

ver pudiera, señora, tu hermosura,  
como en las sombras de mi mente oscura  
contemplo a cada paso  
el bienaventurado  
espíritu de lumbre circundado  
que de tu brillantez y donosura  
es tan sólo un destello, Virgen mía,  
mi tierno corazón se abrasaría,  
en el amor más santo confundido;  
y a los cielos volara  
en esa inmensidad de amor perdido.  
Así de ardiente sol a la luz clara  
el hielo se deslíe, se evapora,  
hasta los cielos sube,  
y en el vellón de la dorada nube  
el iris forma que la luz colora.

20

25

30

En la mente divina

creada fuiste, hermosa Virgen pura,  
y adornada con toda la hermosura  
que encierra en sí la esfera cristalina.  
Nacida limpia y bella

35

y tu seno purísimo inflamado  
por el divino amor, viniste al suelo;  
de la esperanza nacarada estrella,  
redimistes al hombre del pecado  
y te volviste al cielo. 40

Cuando por vez primera

sentiste en tus entrañas virginales  
estremecerse un Dios, que el vivo aliento  
de la casta paloma placentera  
en ti depositó, las maternas  
fibras del corazón un movimiento  
de mágica alegría 45

en el alma sin duda te causaron  
y estremecidas de placer vibraron  
con celestial y angélica armonía. 50

¡Oh, bendita entre todas las mujeres,

la que en su casto seno  
que del materno amor estaba lleno  
sintió tales placeres! 55

Bendita sí, porque ella  
sufrió inmenso dolor también, y agudo  
puñal el alma de la Virgen bella  
traspasó fiero; sólo el amor pudo,  
Madre y Reina preciosa, 60

de los cielos señora,  
misterio tan sublime  
ejecutar en ti, cuando amorosa  
por levantar al que abatido gime  
y consolar la humanidad que llora, 65

viste pendiente del cruel madero  
al hijo santo de tu amor sincero.  
Entonces en el Gólgota elevado  
fue en holocausto santo  
el más gran sacrificio consumado 70

con el dolor de un Dios y el triste llanto  
de tu pecho purísimo arrancado.  
De las penas más fieras los horrores  
todos sentistes en aquel momento.  
Para aquel sacrificio de dolores 75

dos altares había,  
la cruz que a Jesucristo dio tormento  
y tu sagrado corazón, María.  
¡Tu enamorado corazón, del tierno  
Hijo de tus entrañas poseído, 80

en el amor sublime del Eterno  
espíritu nacido!

¡Cuánto la madre adora

en su hijo caro de su amor la prenda! ¡Cuánto su tierno corazón le llora a su dolor inmenso dando rienda!	85
Mas de los hombres madre también era, por el sagrado Espíritu enviada para salvar la humanidad entera con su inmenso dolor purificada.	90
La salvaste, María llorando sobre el Gólgota las penas del hijo de tu amor, que en su agonía vertió la pura sangre de sus venas.	95
Y bienaventurada te llamaron los hombres; en el cielo, al son del arpa de oro te elogian los querubes, y postrada la angélica falange en raudo vuelo se acerca a ti y en resonante coro entonan alabanzas a tu gloria.	100
Yo también remontar quise, atrevido, de tu eterna memoria en elogio, mi canto enardecido: pero ya triste veo	105
que no merezco, virginal Señora, engendrar en el pecho que os adora tan excelso deseo. Acaso indigno de tal bien, impuro me atreví a profanar, de orgullo lleno,	110
a la que inflama en fuego de amor puro de la radiante Trinidad el seno.	

△▽

## Las aventuras de Cide Yahye

Historia filosófica y verdadera

Primera parte

La belleza ideal

*Io mi son pargotella bella e nova,  
e son vanuta per mostrarmi à vui  
dalle bellezze e loco dond'io fui.*



*Io fui del cielo, e tornerovi ancora,  
per dar della mia luce altrui diletto,  
e chi mi vede, e non se ne inamora,  
d'amor non averà mai intellectto.*

(DANTE ALIGIERI, Ballatta.)

I

En las antiguas edades  
cuando andaba la morisma  
hecha orgullosa señora  
de la bella Andalucía,  
en un rincón olvidado, 5  
por pobre, de la codicia  
de los hombres, y perdido  
en la espesura sombría  
de los bosques y los montes  
que en torno de la campiña 10  
de Granada, en ancho cerco,  
alzan las frentes altivas,  
Cide Yahye en paz suave  
era señor de una villa;  
y aunque adornada tan sólo 15  
de centenarias encinas,  
de olivos y de castaños,  
era agradable a la vista  
de aquel quebrado paisaje  
la rústica perspectiva. 20  
Los sencillos habitantes  
allí contentos vivían,  
sin pensar que más placeres  
brindase al hombre la dicha,  
que los dones que la tierra 25  
de su trabajo solía  
darles en premio, y los goces  
de aquella vida tranquila.  
Cide Yahye virtuoso,  
y su corta monarquía 30  
con la vista dominando,  
administraba justicia,  
y en las sencillas disputas  
leyes dictaba benignas,  
bajo de un árbol sentado, 35  
a la puerta de su quinta.  
A las labores del campo  
con gran placer asistía  
y al llegar la grata fiesta

de la siega o la vendimia, con los mismos labradores comer y cantar solía.	40
Agradable con la gente, y contento de su vida, practicaba Cide Yahye la mejor filosofía.	45
En sus colorados labios siempre brillaba la risa; en su cuerpo orondo y grave, resaltaba la alegría.	50
Tal era el rey, tal el reino, donde la virtud sencilla moraba con la inocencia de la gente campesina; donde los dorados tiempos que los poetas nos pintan	55
con su patriarcal ternura realizados se veían. Cuéntase, pues, que las hadas, al ver la maldad impía de los hombres, de la tierra ya para siempre se iban, cuando este reino dichoso descubrieron, y benignas quisieron favorecerle con su presencia divina.	60 65

## II

Tomaron aquel reino para morada propia las hadas y le dieron su santa beatitud, y en su seno vertieron el cuerno de la copia, henchido de riqueza, de gozo y de salud.	70
Formaron en el aire conciertos armonios, de eterna primavera dotaron al vergel, hicieron de la viña los frutos más sabrosos, llenaron las colmenas de perfumada miel.	75
Pusieron en las fuentes misterioso murmullo, vistieron de hermosura las flores del jardín, de la paloma hicieron más lánguido el arrullo, y más sonoro el trino del ágil colorín. Como menudo aljófara las gotas de rocío, cuajadas en el cáliz de la entreabierta flor.	80
Un fructífero fuego el calor del estío, una llama sagrada el fuego del amor. Doquiera que las hadas esparcían su aliento, crecían frescas rosas de aroma celestial. Con viva luz en torno resplandecía el viento,	85

formábanse en el aire palacios de cristal.  
 Las hadas a las nubes dieron bellos matices,  
 a los céfiros blandos suave libertad;  
 para hacer a los súbditos de Yahye más felices  
 arrullarlos quisieron en dulce ociosidad. 90  
 Sin el trabajo humano daba el feraz terreno  
 los frutos más opimos con solícito ardor,  
 torrentes de riqueza brotaban de su seno,  
 de las benignas hadas encanto bienhechor.  
 Nacía sin cultivo el delicado lino, 95  
 el industrioso insecto trabajaba a la vez  
 la seda, en los arbustos el algodón más fino  
 de las pomposas hojas blanqueaba al través.  
 En los mismos corderos la suavísima lana  
 de diversos colores se solía pintar; 100  
 ya era púrpura tibia, ya refulgente grana;  
 que tejían las hadas con arte singular.  
 Cuanto al hombre le es grato las hadas reunieron  
 en aquel feliz reino, su encantada mansión.  
 Los frutos más extraños las hadas produjeron 105  
 que el comercio nos trae de distinta región.  
 La fragante canela, el café de la Moka,  
 que destilando forma tan suave licor;  
 la que en árbol tan grande, con magnitud tan poca,  
 crece negra pimienta de agradable sabor. 110  
 La hierba del Catay, olorosa y salubre;  
 los plátanos, que almíbar dentro del fruto traen;  
 la palma, que maduros los dátiles encubre  
 con las espesas ramas que en verdes arcos caen.  
 Cuantas aves adornan la alegre primavera 115  
 hacían de aquel reino su estancia habitual;  
 recorría los campos la perdiz placentera,  
 posábase en la oliva el sabroso zorzal.  
 Los ánades silvestres con majestad graciosa  
 cerníanse en el seno del lago, sin temor, 120  
 y el campo poetizaban la tórtola amorosa  
 y el ruiseñor sencillo, de los bosques cantor.  
 Como nunca agradables lucían las doncellas  
 que ya el sol ni el trabajo podían marchitar,  
 las delicadas manos suavísimas y bellas, 125  
 los talles elegantes, amoroso el mirar.  
 Cantaban y bailaban, asidos de las manos,  
 pastores y zagalas, hablando de su amor;  
 sentados a la sombra miraban los ancianos,  
 los más dulces recuerdos gozando a su sabor. 130  
 A pesar de Mahoma, el perfumado vino,  
 mejor que el estimado del campo de Jerez,  
 chispeaba en las copas, y su fuego divino  
 de las bullentes venas serpeaba al través.  
 Él vertía en el pecho el amante deseo, 135

él ponía en los labios la dulce persuasión,  
 y en las negras pupilas, con el furor pimpleso,  
 brillaba más hermosa la luz del corazón.  
 El día se pasaba en danzas y en suaves  
 pláticas amorosas, la noche en poseer 140  
 el reposado sueño, hasta que al fin las aves  
 el alba amenizaban con trinos de placer.  
 Todo en aquella tierra era paz y ventura;  
 sobre ella la alegría sus alas extendió,  
 por el ancho espacio de su atmósfera pura 145  
 la copa del deleite ufana derramó.  
 Nunca dicha más grande soñó en su falansterio  
 de Fourier admirable el ingenio creador,  
 ni nunca en el más rico antiguo monasterio  
 hubo paz más perfecta ni abundancia mayor. 150  
 Esto hicieron las hadas, y en bullicioso coro  
 con los mortales mismos se solían mezclar.  
 Y al agradable estruendo del crótalo sonoro  
 himnos dar a los vientos, y ligeras bailar.

### III

El buen rey Yahye de placer henchido 155  
 también entre la fiesta se mezclaba,  
 y a la música alegre dando oído,  
 de su vientre a pesar, diestro bailaba.  
 No le acosaba el velador cuidado,  
 ni placer le faltaba ni riqueza 160  
 disfrutando de un sueño regalado  
 en el seno gentil de la pereza.  
 Guardaba de su harén en el recinto  
 mujeres como lindos serafines,  
 enramadas de género distinto, 165  
 joyas, perfumes, fuentes y jardines.  
 Y de una quinta que la hermosa vega  
 ostentaba en la parte más florida,  
 de generosos vinos la bodega  
 con profusión diversa bien surtida. 170  
 Cantos gozaba, y bailes seductores,  
 la tierra en torno sonreía ufana;  
 Amor le prodigaba sus favores,  
 renacía en él la juventud lozana.  
 Mas en medio de cuadro tan risueño, 175  
 Yahye empezó a sentir melancolía;  
 buscó la soledad, faltóle el sueño,  
 vagó en el seno de la selva umbría.  
 Que ardió su corazón en la sagrada  
 llama de lo ideal, que tierna adora, 180  
 no satisfecha el alma enamorada

del placer que en la tierra se atesora.  
 Buscó en la noche su ilusión querida,  
 la creyó hallar entre la selva oscura,  
 en el seno del aura adormecida, 185  
 en el cristal de la corriente pura.  
 Prestó Yahye un amante sentimiento  
 al arrullo del céfiro en las hojas,  
 a las flores amor y pensamiento  
 de la tórtola amante a las congojas. 190  
 Y no pudieron apagar el fuego  
 del místico raudal de sus dolores,  
 ni de la noche del plácido sosiego,  
 ni la tórtola, el céfiro y las flores.  
 Y por saciar su loco desvarío 195  
 se entregaba otra vez a los placeres  
 mas sólo hallaba doloroso hastío  
 en sus perfumes, joyas y mujeres.  
 Todo a su alma indiferente era;  
 el insaciable corazón sentía 200  
 taciturno dolor, y una hechicera  
 ideal mujer formó su fantasía.  
 La limitada inteligencia humana  
 muy rara vez tras lo ideal se lanza,  
 pero la voluntad recorre ufana 205  
 la eterna inmensidad de la esperanza.  
 Que el Eterno nos dio tan sólo, creo,  
 un rayo de su ciencia peregrina;  
 pero el alma se eleva en el deseo  
 y respira la atmósfera divina. 210  
 Deseo insaciable, que del pecho brota  
 y en inmenso círculo se extiende,  
 cuya circunferencia, siempre ignota,  
 al Hacedor y a la creación comprende.  
 ¡Oh, amor sublime, celestial anhelo 215  
 de los santos, artistas y cantores,  
 con una de tus flechas desde el cielo  
 pusiste en Yahye místicos amores!  
 Las hadas al mirarlo tan dolido  
 iban a consolarlo con su canto, 220  
 mas él lanzaba un mísero gemido  
 o derramaba lastimero llanto.  
 Por fin, un día que elocuente estuvo,  
 gracias al rico néctar jerezano,  
 ante las hadas, que reunidas tuvo, 225  
 logró explicar su anhelo sobrehumano.

#### IV

«Por vuestro benigno influjo,

dijo el rey Yahye a las hadas,  
 nuestras rústicas moradas  
 en la abundancia se ven; 230  
 y felices mis vasallos  
 en el ocio y los amores,  
 se olvidan de los dolores  
 humanos en este edén.  
 »Aquí más mágico brilla 235  
 en el diáfano espacio  
 ese disco de topacio  
 que a la noche da fulgor;  
 palacios hay en el viento,  
 maravillas en la tierra, 240  
 y en nuestros pechos se encierra  
 encadenado el amor.  
 »Aquí un olor más suave  
 tienen las gallardas flores,  
 son más vivos los colores, 245  
 más pura la luz del sol,  
 más agradable el murmullo  
 de las auras y las linfas.  
 Y hacéis más fúlgido, ninfas,  
 de la aurora el arbol. 250  
 »Mas de tal dicha en el seno,  
 al amor mi pecho ardiente  
 se entregó, y en el torrente  
 se perdió de la pasión;  
 y brotó en él un deseo 255  
 que el tierno pecho lastima,  
 y desdichado se estima  
 sin gozarlo el corazón.  
 »Anhelado del imposible  
 amor del alma, belleza 260  
 que en la gran naturaleza  
 a él no encontró objeto igual;  
 Mas traspasando sus lindes,  
 con la ardiente fantasía,  
 la enamorada alma mía 265  
 ha anhelado lo ideal.  
 »Y aquí nace el hastío  
 que de cuanto miro brota,  
 y el placer más leve agota  
 y marchita el corazón;  
 del orgullo de mi alma 270  
 es un misterioso arcano  
 y para el vulgo profano  
 una incógnita aflicción.  
 »Sin esta celeste idea, 275  
 por el alma concebida  
 de esencia desconocida

y de substancia inmortal,  
y que me muestra el deseo  
con su luz mágica y vaga, 280  
que a los sentidos halaga,  
fingiéndola material.  
»Sin la posesión sublime  
de esa irrealizable idea,  
que la imaginación crea 285  
más allá de la creación;  
concebida en el deseo,  
sin comprenderla la mente,  
y nacida del ardiente  
impulso de la pasión. 290  
»Nunca juzguéis que mi vida  
pasa feliz en la tierra,  
que el fuego que el alma encierra  
pronto la devorará;  
y entonces de las cadenas 295  
libre, que la guardan ora,  
en la mente creadora  
rápida penetrará.  
»¡Magas bellas!, en los sueños  
de mi loca fantasía 300  
la forma yo descubría  
de esa idea celestial;  
ya levantada en el aire,  
con una ardiente aureola,  
ya mecida en una ola 305  
del océano ideal.  
»A las creaciones sublimes  
de los poetas divinos  
cuerpos daba peregrino  
vida, juventud y amor, 310  
pero en ninguna encontraba  
la fantástica señora  
cuya luz el alma adora,  
sin conocer su valor.  
»Que más alta se elevaba, 315  
en lo infinito mecida;  
y el principio de su vida  
brotaba del mismo Dios.  
Comprenderla nunca pudo  
el humano pensamiento, 320  
ni sentirla el sentimiento  
ni descifrarla la voz.  
»Vosotras sólo podéis  
formular mi ardiente anhelo,  
arrebatando del cielo 325  
la llama que alimentó  
lo mi concepción misteriosa,

y dándole forma ahora,  
con la fuerza vencedora  
que el Eterno os concedió». 330

## V

Dijo, y los labios de las hadas luego  
una sonrisa plácida mostraron,  
y de sus ojos de amoroso fuego  
mil rayos de esperanza derramaron. 335  
En círculo tejieron una danza  
en derredor del Yahye, tan ligera  
como el vuelo fugaz de la esperanza  
que se remonta a la azulada esfera.  
Y al céfiro entregando las aéreas  
divinas formas, el espacio hendieron, 340  
y a las regiones caminando etéreas  
dulces cantares a los vientos dieron.  
¡Cide Yahye! Tu amante deseo  
a la eterna beldad te sublima;  
es la llama creadora que anima 345  
en los hombres la luz celestial.  
Que da al mártir aliento en la hoguera,  
que a los héroes excita al combate,  
y en las venas enérgicas late,  
inspirando al poeta inmortal. 350  
A tu ruego las alas rendidas,  
a los vientos sus formas entregan,  
y el inmenso Océano navegan  
del espacio y el tiempo sin fin.  
Del espíritu ardiente en el mundo, 355  
en un mundo invisible su vuelo  
detendrán, y robada del cielo,  
la hermosura será para ti.  
Sé feliz si en tu pecho sereno  
la esperanza vivífica está; 360  
si de ingente deseo está lleno,  
la divina esperanza en tu seno  
una inmensa energía pondrá.  
Así cantando alegres, las hadas en el aire,  
como ligeras nubes se perdieron por fin, 365  
y extendidas las alas con gracioso donaire,  
de nuestra espesa atmósfera doblaron el confín.  
Al sentirse en éter bañadas por doquiera,  
se desnudaron luego la forma terrenal,  
y ya puros espíritus, como la luz ligera, 370  
rápidas recorrieron el éter celestial.  
Y llegaron al mundo do las ideas viven,  
y de la inteligencia habitan en el mar;



así como los cuerpos y formas se perciben  
 en el tendido espacio flotando sin cesar. 375  
 Y arrebataron luego la concebida idea,  
 y una forma perfecta la dieron de mujer,  
 brillante como un rayo de la lumbre febea,  
 que en el dorado viento se baña con placer.  
 Sacaron de las flores la más suave esencia 380  
 para dar a su aliento perfume sin igual,  
 de una llama divina de noble inteligencia  
 adornaron las hadas su frente virginal.  
 De la deidad de Chipre la zona encantadora  
 en torno colocaron de su talle gentil, 385  
 y en sus mejillas puras, cual la luz de la aurora,  
 avergonzar quisieron la rosa del abril.  
 Eran dos luces bellas, del alma noble encanto,  
 brillantes de deleite, dormidos de pudor  
 sus ojos, y su boca el cáliz limpio y santo 390  
 do puro se guardaba el néctar del amor.  
 El delicado arrullo del apacible viento,  
 si a Flora misteriosa enamora tal vez,  
 no puede ser más blando que el voluptuoso acento  
 que exhalaban sus labios, más dulces que la miel. 395  
 Diéronle la pureza de las vírgenes flores,  
 las hadas, de la tórtola el inocente ardor,  
 del alba nacarada los púdicos colores,  
 el encanto armonioso del tierno ruiseñor.  
 Del corazón sencillo la mágica violencia 400  
 su seno alabastrino hacía palpar,  
 y una vaga sonrisa de amorosa inocencia  
 sobre sus frescos labios volaba sin cesar.  
 Nunca mujer más bella formó la fantasía  
 en los mágicos sueños de un genio creador, 405  
 levantada en las alas de la ardiente poesía,  
 arrullada en el seno del encantado amor.  
 Ni nunca puro arcángel ni hurí del paraíso  
 dieron forma más bella a la esencia inmortal;  
 que el poder de las hadas en ella mostrar quiso 410  
 la fórmula suprema de lo bello ideal.  
 Así formada, al mundo trajéronla dormida,  
 con el sueño inocente que goza la virtud;  
 vertieron en su rostro el soplo de la vida,  
 y ciñeron sus sienes de eterna juventud. 415

## VI

¿Qué poeta en sus cantos no te evoca?  
 ¿Quién dulces versos en tu honor no canta,  
 cuando en tu elogio la alabanza es poca,  
 cuando en tu amor el corazón se encanta?

Con santa fe la humanidad te invoca, 420  
 y el amor suyo hasta tu amor levanta,  
 siempre con varios nombres uno mismo,  
 de nuestro inmenso amor inmenso abismo.  
 Incomprensible sed de lo futuro,  
 de la inmortalidad ardiente anhelo, 425  
 éxtasis admirable de amor puro,  
 que nos transporta de la tierra al cielo;  
 Tú haces bajar del eternal seguro  
 al mismo Amor con amoroso vuelo,  
 y desde la alta esfera cristalina 430  
 envías al hombre tu ilusión divina.  
 Hijo de la sagrada inteligencia  
 y de la libre voluntad humana,  
 pues de su amante unión tu etérea esencia  
 por un misterio mágico dimana; 435  
 raudal de gloria, manantial de ciencia,  
 recuerdos dulces, ilusión temprana  
 eres, y cuanto el hombre inmenso crea,  
 de la fe causa, fuente de la idea.  
 Como la anacreónica paloma 440  
 te duermes en las cuerdas de la lira,  
 el corazón en ti su fuerza inspira;  
 das vida al arte, y encantado aroma  
 sobre tu seno el ánima respira,  
 cuando, de la materia, roto el lazo, 445  
 con ternura descansa en tu regazo.  
 Así el alma de Yahye, que dormido  
 se quedó con el canto de las hadas  
 (lo que acaso os haya sucedido  
 con mi historia, lectoras adoradas), 450  
 le dejó en su letargo sumergido,  
 y las rápidas alas desplegadas,  
 rompiendo el aire con sereno vuelo,  
 se fue a perder en el azul del cielo.  
 Y se bañó de luz y de ambrosía, 455  
 se coronó de amor y de contento,  
 recobró nueva vida y energía  
 su libre y endiosado pensamiento;  
 y el éter recorrió su fantasía,  
 y mecido su espíritu en el viento, 460  
 se volvió al cuerpo, que, en quietud sabrosa,  
 soñaba ya con su ilusión dichosa.  
 Y entonces despertó con nuevo brío,  
 sintió en su pecho arder la llama pura  
 de un amante y suave desvaría; 465  
 brilló en sus ojos celestial ternura,  
 y se encontró del plácido sombrío  
 reclinado en la fértil espesura,  
 oyendo en torno un cántico sonoro

por muchas voces repetido en coro. 470  
 Místico canto que eleva el alma  
 en pos de una ilusión pura y amante,  
 buscó Yahye a su amor, y en dulce calma  
 vio que se le acercaba una radiante  
 virgen, esbelta como airosa palma 475  
 y vestida de un manto rozagante.  
 En redor de la cual las hadas bellas  
 eran del sol de su beldad centellas.  
 Venían en pos de la beldad divina  
 las hadas, cantos entonando suaves, 480  
 que, al contemplar la forma peregrina,  
 de la diosa ideal las mismas aves  
 repetían; la fuente cristalina  
 más dulce murmuraba, y con más graves  
 sublimes cantos la creación entera 485  
 saludaba a la virgen hechicera.  
 Besábanla los céfiros lascivos,  
 y al pasar, en su seno derramaban  
 pensamientos de amor, que fugitivos  
 sobre su frente rápidos cruzaban; 490  
 los genios y las gracias con festivos  
 bailes en torno de ella se agitaban,  
 enredando su talle los amores  
 con mil cadenas de olorosas flores.  
 Las puras ondas de la clara fuente, 495  
 el ruiseñor amigo de la rosa,  
 la enamorada tórtola doliente,  
 del céfiro la amante mariposa  
 su beldad admiraban sorprendente;  
 y la Fama, a la par, con sonora 500  
 trompa, volando sobre el aura pura,  
 anunció por el mundo su hermosura.  
 Y no quedó nación, no quedó tierra  
 donde la dulce nueva no llegara,  
 ni cuanto en sí Naturaleza encierra, 505  
 que por ella de amor no palpitara;  
 se estremeció de gozo la alta sierra,  
 brincó en su cauce la corriente clara,  
 las almas con ternura la adoraron,  
 su belleza los cuerpos reflejaron. 510  
 Y todo aquel amor que de su seno  
 Naturaleza derramaba en torno,  
 suspiros dando al céfiro sereno,  
 y olor las flores, del pensil adorno,  
 sintió Yahye en su pecho, de amor lleno, 515  
 al ver el vago y celestial contorno  
 de la belleza angélica, nacida  
 del impulso de su alma enardecida.  
 Y exhalando un dulcísimo suspiro,

lleno de amor y de ansiedad dichosa, 520  
 exclamó Yahye: «En realidad, te miro  
 al fin divina hermana mía, esposa;  
 y en ti mismo pensamiento admiro,  
 que te ideó tan pura y tan hermosa,  
 en alas levantando del deseo, 525  
 arrullado en su amante devaneo.  
 »Bendita seas, luz de amor, paloma,  
 de mi espíritu hija y del divino  
 espíritu, en el cual su fuerza toma  
 mi corazón de tu hermosura dino: 530  
 ¡Oh, cuál esparce delicioso aroma  
 el aire que circunda tu camino!  
 ¡Cómo las aves cantan! ¡Cuán ardiente  
 brilla la luz en torno de tu frente!  
 »¡Cuán hermosa eres tú, paloma mía, 535  
 hija del alma, flor del pensamiento,  
 nacida de mi ardiente fantasía,  
 de mi amor llena, de mi ser aliento,  
 divino tipo de ideal poesía,  
 hurí del estrellado firmamento; 540  
 ven a mis brazos, ven, esposa, hermana,  
 yo tu esclavo seré, tú mi sultana!»  
 Dijo, y ciñó con sus amantes brazos  
 de la beldad la virginal cintura;  
 y ella, estrechada en tan suaves lazos, 545  
 desfalleció de amor y de ternura;  
 y Yahye recibió de sus abrazos  
 el fantástico don de la hermosura,  
 mientras que los cercaban los amores,  
 himnos cantando y esparciendo flores. 550  
 La plenitud del ser y de la vida  
 bebió Yahye de amor en el torrente;  
 en su luz vio la luz, y enardecida  
 brotó una llama de su noble frente.

## VII

Al unirse Cide Yahye 555  
 con la ideal hermosura,  
 celebrar bodas tan gratas  
 dispone con pompa suma.  
 De la capital las calles  
 alfombrar manda con juncia, 560  
 y arcos formar, y enramadas  
 de romero y de gayumba.  
 Banderas de mil colores  
 leves en el aire ondulan;  
 se tapizan las paredes 565

con alcatifas morunas.  
 Todo el reino está de gala;  
 y, al llegar la noche oscura,  
 de brillantes luminarias  
 se coronan las alturas, 570  
 la fachada de las casas,  
 de las mezquitas la cúpula.  
 Marca la luz los perfiles  
 de la bella arquitectura,  
 y ésta sobre el negro fondo 575  
 de los cielos se dibuja.  
 Vence en brillo a la del día  
 la luz que todo lo inunda,  
 desde el alcázar de Yahye  
 a la recóndita gruta. 580  
 Crótalos, flautas, tiorbas,  
 chirimías y bandurrias,  
 y enamorados cantares  
 por dondequiera se escuchan.  
 Danzas hay aquella noche 585  
 como no se han visto nunca,  
 desde la que en Creta el docto  
 Dédalo enseñó a la rubia  
 hija del rey, que a los muertos  
 allá en el Tártaro juzga, 590  
 hasta el cancán, el bolero,  
 el fandango y la mazurca,  
 y los valeses y las polcas  
 que en nuestro siglo se usan.  
 De leve blonda fantástica 595  
 vistiendo cándidas túnicas,  
 en sendos hilos de perlas  
 enredada la cintura,  
 coronada de diamantes,  
 que imitan soles y lunas, 600  
 bailan y cantan las hadas  
 con gracia y desenvoltura.  
 Las más gentiles doncellas  
 del reino a la novia adulan;  
 la novia se alza entre todas, 605  
 como la palma entre murta.  
 En tanto las avecicas,  
 allá en la verde espesura,  
 un sublime epitalamio  
 y otras joyas que deslumbran. 610  
 Hay en el valle aquel día  
 mil tortolillas que arrullan;  
 las unas tienen esposo,  
 las otras están viudas;  
 mas todas están asadas, 615

todas rellenas de trufas,  
 y no por eso están quietas,  
 y no por eso están mudas,  
 que están diciendo «comedme»,  
 con melodiosa ternura, 620  
 y hasta a la boca se vienen,  
 cruzando las auras puras.  
 El pueblo todo se entrega  
 al regocijo y la bulla;  
 y almíbar, vinos suaves, 625  
 leche y horchata de chufas  
 derraman las fuentes todas  
 de sus encantadas urnas.  
 Hay también altas cucañas,  
 y el que a la cima se encumbra, 630  
 por haber en el país  
 de los bienes de fortuna  
 tanta abundancia, consigue  
 premios de mayor dulzura.  
 Elixir de amor perfecto 635  
 ponen las hadas en una;  
 en otra de las cucañas  
 los viejos un licor buscan  
 que las canas ennegrezca,  
 que disipe las arrugas 640  
 y que en las venas heladas  
 fuego juvenil infunda.  
 Hay en otra una substancia,  
 invención rara y aguda,  
 junto a la cual el *hachick* 645  
 no tiene virtud alguna.  
 A los cielos se remonta  
 quien esta substancia gusta,  
 y en un minuto de ensueños  
 goza un siglo de ventura; 650  
 las huríes le acarician,  
 y los genios con las plumas  
 le abanicán de sus alas;  
 con sus arpas le dan música,  
 y con las flores del árbol 655  
 del Tooba le perfuman.  
 Tales son las diversiones  
 en que se goza la turba;  
 mas damas y caballeros  
 de rancia e ilustre alcurnia 660  
 acuden luego a palacio,  
 do alegres se congratulan,  
 y de la opípara cena  
 que les da Yahye disfrutan.  
 La cena de Baltasar, 665

que, a no ser por la escritura  
 misteriosa y por la mano  
 que tantos males anuncia,  
 fuera envidiable; las cenas  
 que Semíramis Augusta 670  
 daba al príncipe de Armenia,  
 prendada de su hermosura;  
 y sobre todo, el festín  
 que el rey Asuero dio en Susa,  
 a do sátrapas y magos 675  
 fueron en cebras y mulas,  
 en caballos y elefantes  
 y en carretelas ebúrneas;  
 aquel banquete estupendo,  
 do convidados se juntan 680  
 sabios, guerreros y damas  
 que el reino de Persia ilustran  
 desde el Tanais hasta el Indo,  
 desde Bactra hasta Betulia;  
 concurridos y famosos 685  
 convites fueron sin duda,  
 pero el que da Cide Yahye  
 en más primores abunda.  
 Marcial, discreto, en su *Xenia*,  
 manjares no mentó nunca, 690  
 como los que allí el olfato  
 y el paladar estimulan.  
 Jamás extrajo Carême  
 quintas esencias tan puras,  
 ni las soñó Savarín, 695  
 el gran doctor de la gula.  
 Confites hay cien mil veces  
 más dulces que miel y azúcar,  
 y no empalagan ni cansan  
 con tan extraña dulzura. 700  
 Hay allí vinos más ricos  
 que el Tocay y el Siracusa,  
 y mantecosos sorbetes  
 y sabrosísimas frutas.  
 Arden en áureos braseros, 705  
 y por el aura circulan  
 esencias con que en el cielo  
 las huríes se sahúman.  
 Las hadas entonan versos  
 que dan envidia a las musas. 710  
 Para que todo al recreo  
 y a la amenidad concurra,  
 salen los gnomos deformes  
 de sus negras catacumbas,  
 y juegos hacen de manos 715

con singular travesura.  
 Los chistes y discreciones  
 y la algazara confusa  
 hicieran reír a Orestes  
 a despecho de las Furias. 720  
 No hay que decir que el buen tono  
 reinó en aquella tertulia,  
 y que hizo el rey los honores  
 con extremada finura.

### VIII

¡Ay, cuán pronto se pasan los momentos 725  
 de dulce amor y de ilusión querida,  
 dejándonos, en cambio, los tormentos  
 y el triste desengaño de la vida!  
 Pensando en ti, jamás cumplido anhelo,  
 dijo Espronceda con verdad notoria: 730  
 «O eres recuerdo de un perdido cielo,  
 o la esperanza de futura gloria».  
 Y para recordarnos el destino  
 que aspirar debe el alma a más altura,  
 del placer nos disgusta de continuo, 735  
 o nos roba el placer si el gusto dura.  
 Y no hay amor que no consuma el tedio,  
 ni amistad en el mundo duradera,  
 ni gozo sin disgustos de por medio,  
 ni vino que no cause borrachera. 740  
 ¡Qué terrible es vivir, si sus lecciones  
 el Destino nos da tan duramente!  
 Pero con mis morales reflexiones  
 me pongo por demás impertinente;  
 pero, dejando aparte mis quebrantos, 745  
 que los juzgo en verdad harto triviales,  
 y extenso asunto fueron de los cantos  
 de otros poetas buenos y fatales;  
 volvamos a la historia del rey moro,  
 que en los brazos dejamos de su amada, 750  
 cercado en torno del bullente coro,  
 por el amor su frente iluminada.  
 Bebiendo amor en el ardiente beso  
 de los intactos labios de la bella;  
 respirando el suavísimo embeleso 755  
 que vertían los genios sobre ella.  
 Entusiasmo que el ánima encendía  
 por Gulnara (que así llamarla hizo),  
 en un amor del cual la musa mía  
 pintar no puede el celestial hechizo. 760  
 Cerca, pues, de Gulnara, encantadora,



pasó el buen Yahye aquella noche grata  
 hasta que al fin la purpurina aurora,  
 vertió su luz de sonrosada plata.

A turbar vino entonces su sosiego 765  
 de las trompas el bélico sonido;  
 y vio una diosa, que de ardiente fuego  
 traía el robusto corazón ceñido.

En pos de ella camina de guerreros  
 gran multitud, que anuncia desventura 770  
 y perdición a Yahye; sus aceros  
 deslumbran como lampo en noche oscura.

Unos montados van a la jineta,  
 y la aljaba, al trotar, suena terrible,  
 y es de junco la rápida saeta, 775  
 y es el arco de búfalo flexible.

Otros llevan fortísimos broqueles,  
 hachas y agudas lanzas; como espumas  
 del mar blancos turbantes y alquiceles,  
 y en el yelmo un airón de rojas plumas. 780

Bravos musulimes eran, los pendones  
 seguían del monarca granadino,  
 y montados en árabes bridones,  
 al valle enderezaban su camino.

Ya aquellas altas cumbres se veían 785  
 con los altos turbantes coronando,  
 ya en el seno del bosque se perdían,  
 cual rápido torrente penetrando.

La Fama los guiaba, y de Granada  
 el poderoso rey iba en pos de ella 790  
 porque ya de Gulnara enamorada,  
 su alma tan sólo ansiaban poseella.

Yahye lo vio, y en furibunda saña  
 ardió su corazón lleno de ira,  
 descende al punto armado a la campaña, 795  
 y al enemigo, que se acerca, mira.

Sus escasos soldados reúne luego,  
 y camina a buscar los invasores,  
 con roncadas voces y despecho ciego  
 llamándolos infames y traidores. 800

Estos llegaban ya, que por el llano  
 marchaban raudos con horrible estruendo,  
 el duro hierro en la homicida mano,  
 con el polvo la luz obscureciendo.

Espesos los cerrados escuadrones 805  
 cual las hojas de otoño, y tan ligeros,  
 que apenas el ardor de sus bridones  
 pudieron contener los caballeros.

Y caminaban con las riendas sueltas,  
 formando viva y caprichosa cinta 810  
 de las veredas por las muchas vueltas,

que ornaban flores de color distinta.  
 Las plumas y el acero refulgente  
 parecían del sol a los fulgores  
 un ancho arroyo de metal candente, 815  
 que en pos arrastra pintorescas flores;  
 o sierpe en cuyos lomos plateados  
 se dibujan como en claro espejo  
 prodigiosos fantasmas agitados  
 de la mente de un mágico reflejo. 820  
 Mas Yahye, colocado en una altura  
 con un puñado de vasallos fieles,  
 los esperaba con marcial bravura,  
 como acosado lobo a los lebreles.  
 Al mismo tiempo despertó Gulnara 825  
 del apacible enamorado sueño;  
 y al escuchar la bélica algazara  
 buscó en vano los brazos de su dueño.  
 Al cielo alzó las delicadas manos  
 pidiéndole favor, y ya corría 830  
 a buscar a su bien, mas los ancianos  
 se le acercaron que en el valle había.  
 Y uno de ellos (Giafir llamado era,  
 que en la gente ceneta origen tuvo,  
 y mostraba en la blanca cabellera 835  
 sus años y experiencia) la contuvo;  
 y, ahogado por las lágrimas su acento,  
 así la dijo: «¿Dónde vas, Sultana?  
 Huir no puedes; el bárbaro violento  
 nos cerca por doquier con furia insana. 840  
 »Detrás de cada piedra hay un soldado,  
 contra nosotros marchan las naciones  
 como los copos del invierno helado,  
 espesos sus armados escuadrones.  
 »Mas que tu esposo vencerá confío; 845  
 no te aflijas, hurí, porque ya el cielo  
 a castigar dispónese al impío  
 que va a turbar la paz de nuestro suelo;  
 »al perjuro Alhamar, que, de Castilla  
 siervo, su alcázar y potencia nueva 850  
 sobre un monte de escombros de Sevilla,  
 amasado con lágrimas eleva.  
 »Entretanto, sultana, ven conmigo,  
 que desde la torre que domina  
 la fértil vega, en un seguro abrigo, 855  
 del invasor veremos la ruina».

Sólo por consolarla esto añadiera,  
 y ahogó su llanto el afligido anciano,  
 enjugando la lágrima postrera  
 con el revés de la rugosa mano. 860  
 Llena de espanto, en la terrible duda,

con el temor y la esperanza ansiosa,  
 en un fiero dolor y angustia muda,  
 siguió a Giafir la desolada esposa.

Y los demás ancianos la cercaban, 865  
 admirando extasiados su belleza,  
 y, mientras que a la torre caminaban,  
 así decían con gentil grandeza:  
 «Combatir en verdad que no es extraño,  
 por causa de tan mágica hermosura; 870  
 ¿qué vale en parangón de bien tamaño,  
 vida, riqueza, libertad u holgura?  
 »Si la vejez no hubiese destruido  
 con su soplo fatal la fuerza nuestra,  
 los primeros hubiéramos salido 875  
 a combatir en la marcial palestra».

Sobre la torre ya, todos los ojos  
 se fijan en ella, y el aliño  
 de su beldad trocaba los enojos  
 en dulces muestras de cordial cariño. 880  
 Porque no hay alma, por feroz que sea,  
 que amor no inflame al contemplar lo bello,  
 y en ese mismo amor que la recrea,  
 de su divino ser siente el destello.

La batalla a mirar se disponía 885  
 Gulnara, de dolor transida el alma:  
 ancianos y mujeres allí había,  
 pero reinaba aterradora calma.  
 Cual las matronas de Ilion famosa,  
 presenciar esperaban el encuentro, 890  
 y más que todos, la Sultana hermosa,  
 puesta de los ancianos en el centro.

Aunque sin culpa, semejante a Elena,  
 que, colocada sobre el muro pardo,  
 miró luchar en la campiña amena 895  
 al rubio Atrides y al pastor gallardo.  
 En esto ya del enemigo fiero  
 cerca la hueste, resonó la trompa.  
 y, aquel torrente de agitado acero,  
 se para luego con guerrera pompa. 900  
 Mas duró poco el lúgubre sosiego  
 el Granadino demandó la hermosa:  
 Yahye se la negó; las huestes luego  
 se encontraron con furia prodigiosa.

Y de los dardos matadora nube 905  
 formaron; Azrael marchaba en ella,  
 y con sus negras alas el querube  
 vertió el espanto en la pradera bella.  
 En la doblada plancha del escudo  
 el hacha resonaba: triste eco 910  
 el clamor bronco del clarín agudo

de los peñascos despertó en el hueco.  
Yahye, entretanto, con valor sublime,  
la muerte por doquier difundía.

«¡Oh, con qué acierto destructor esgrime 915  
el fulminante acero en este día!  
»¡Oh, qué valiente! Su terrible espada  
le abre camino por la hueste fiera  
(exclamaba Giafir); de esta jornada  
le admirará la gente venidera». 920

Y Gulnara miraba, y conocía  
entre la turba a Yahye, que en el seno  
de la enemiga gente combatía,  
ya como vencedor de miedo ajeno.

Mas, ¡oh dolor!, que en medio de su gloria 925  
un dardo a herirle por el aire vino,  
que para arrebatarle la victoria,  
contra su seno dirigió el destino.  
El dardo matador entró en su seno  
de peto y espaldar por la juntura, 930  
y Yahye vino a tierra como el trueno,  
al caer resonando la armadura.  
Gulnara, al verle así, perdió el sentido,  
y sus divinos ojos se velaron  
con nube de dolor. Hondo alarido 935  
de espanto sus vasallos exhalaban.  
Y muerto lo creyeron, a la huida  
cobardes se entregaron, y la espada  
dividió sus gargantas, con la vida  
perdieron al par la gloria codiciada. 940

Y, no obstante, de amigos corto bando  
(¡tanto puede el esfuerzo del que ama!)  
seguían de Yahye en torno peleando  
con el ardor de destructora llama.

No dejarle jamás habían jurado 945  
y antes mil veces perecer primero,  
defendiéndose en círculo cerrado  
cual fuerte muro de fulgente acero.  
¡Imposible romperle! Que la tierra  
de cadáveres llena se mostraba, 950  
y en sangre tinta, cual la yerta sierra  
que el volcán cubre de encendida lava.  
Mas la muerte cruel sobre ellos vino  
del amigo valientes defensores;  
y ya hasta Yahye abríanse camino 955  
para matarlo al fin los vencedores,  
cuando las hadas, cual ligera flecha,  
rompieron el aire, y a Yahye se acercaron,  
y en una nube, de tinieblas hecha,  
llevándose oculto lo salvaron. 960  
Y cantaron un himno que él tan sólo

escuchar pudo de dolor transido;  
himno que nunca el impalpable Eolo  
llevó de otro mortal hasta el oído.

## IX

«Yahye, tú morir no debes; 965  
en vano la muerte imploras.  
¿Por qué débilmente lloras,  
¡oh Yahye!, por la mujer?  
¿Por qué materializarte  
esa beldad peregrina, 970  
que en tus sueños creaste  
sin llegarla a comprender?  
¿Por qué nos rogaste tanto  
la robáramos del cielo,  
perder debiendo en el suelo 975  
sus alas de querubín?  
Yahye, porque así el destino  
decretado lo tenía,  
y destinado te había  
una misión a cumplir. 980  
»Tú, que esa idea sentiste  
de tu ser en lo profundo,  
¿cómo quisiste en el mundo  
darle un efímero ser?  
El progreso de esa idea 985  
al tiempo sin fin excede;  
el universo no puede  
su grandeza contener.  
»Cual de un germen solo acaso 990  
dimanan las criaturas,  
cual se cifra en diez figuras  
la infinita cantidad;  
de la perfección suprema  
y la hermosura increada,  
en esa idea, cifrada 995  
tuviste la inmensidad.  
»Y aunque el objeto inefable,  
de que la idea es emblema,  
y su perfección suprema  
el mundo no guarde en sí, 1000  
siempre por el portentoso  
y fecundo movimiento  
de tu propio pensamiento  
pudiera nacer en ti.  
»Mas tú la idea creadora 1005  
en el pecho ahogaste, cuando  
al nacer la ibas velando

de una forma material.  
Pigmalión a su estatua  
dio aliento, vida y sentido; 1010  
mas tú en fango has convertido  
la hermosura celestial.  
»Indeterminada y vaga,  
pura la idea en tu mente,  
hubiera sido la fuente 1015  
de la eterna beatitud;  
desdoblándose en tu pecho,  
mayor que el mundo te hiciera;  
libre de forma, te diera  
toda plasmante virtud. 1020  
»Como el escultor pagano,  
el mármol animarías;  
como Salomón, sabrías  
los enigmas descifrar  
del lenguaje de las aves 1025  
cuando cantan sus amores,  
del perfume de las flores,  
de los bramidos del mar.  
»El misterio alcanzarías  
del que en varios caracteres 1030  
unidos forman los seres  
jeroglífico inmortal;  
cábala maravillosa  
que abarca toda la idea;  
el que la comprende crea 1035  
un universo ideal.  
»¡Ah!, tú no puedes crearle;  
desechaste el germen puro,  
interrumpiste el conjuro,  
turbaste la evocación; 1040  
mas el amor que en ti vive  
por la idea no entendida,  
da un alto fin a tu vida  
y una sublime misión.  
»Eres semejante al alma 1045  
de amor al Amor objeto,  
que en un consorcio secreto  
pudo gozar del Amor,  
y que gozarle tan sólo  
sin conocerle no quiso, 1050  
y perdió su paraíso  
por un acto de valor.  
»En un palacio encantado  
la venturosa vivía,  
y gozaba y poseía 1055  
toda riqueza y placer.  
A su seno, entre las sombras,

Amor venía rendido;  
 mas el bien desconocido  
 ella quiso conocer. 1060  
 »Y le vio hermoso y desnudo  
 sobre el tálamo de amores,  
 con alas de mil colores  
 y el aspecto juvenil;  
 la cabellera de oro, 1065  
 la tez de rosas y nieve,  
 blanca la mano, el pie breve  
 y la estatura gentil.  
 »Era fuerte cual los dioses;  
 como niño, delicado, 1070  
 y dormía enamorado  
 soñando dichas de amor;  
 de sus labios entreabiertos  
 brotaba aliento divino;  
 nardo y claveles tan fino 1075  
 jamás exhalan su olor.  
 »Jamás tan gallardo esposo  
 descibió en la noche oscura  
 el cinto a la virgen pura  
 en la cámara nupcial; 1080  
 jamás tan raro deleite,  
 jamás ventura tan viva  
 gozó criatura cautiva  
 del sentido corporal.  
 »Mas el Amor, despertando, 1085  
 al mirarse descubierto,  
 trocó el palacio en desierto  
 y hasta el empíreo voló.  
 Y ella, el alma le buscaba,  
 y desolada gemía, 1090  
 y mil tormentos sufría  
 y por mil pruebas pasó.  
 »Y pura y santa por ellas  
 cumplió su noble destino,  
 y así del esposo vino 1095  
 de nuevo a ser la beldad;  
 y al verla, conoció que era,  
 no ya de forma velado,  
 ilusión lo que había amado,  
 lo que amaba realidad. 1100  
 »Vive, pues, que por el mundo  
 irás en pos de tu amada,  
 pura te será entregada  
 cual el matutino albor,  
 y al fin, con ella enlazado 1105  
 vivirás eternamente  
 sin agotarse el torrente

de tu amor y de su amor.  
 »Porque hija tuya y hermana  
 es, y de la luz divina 1110  
 hija también peregrina  
 por una mística unión.  
 Vive, pues, y grande fuerza  
 da a tu pecho y energía;  
 mucho tiene todavía 1115  
 que sufrir tu corazón».

## X

Tal las hadas supongo que dirían,  
 pues nadie las oyó, cual llevo dicho;  
 y supongo también que volarían 1120  
 por donde las llevase su capricho.  
 Que sería algún sitio misterioso,  
 en el cual sanó Yahye de la herida,  
 para continuar su borrascoso  
 viaje por la senda de la vida.  
 Entretanto, el monarca sarraceno, 1125  
 vencedor del valiente Yahye, diera  
 sobre la torre al céfiro sereno  
 por agradable juego su bandera.  
 A los que se salvaron de la espada  
 esclavos de su gente los hacía, 1130  
 y al par toda la tierra conquistada  
 en partes diferentes dividía.  
 Mas a pesar de la conquista dura,  
 no perdió su belleza aquella tierra;  
 y aun hoy riqueza y fresca galanura 1135  
 entre sus peñas áridas se encierra.  
 «El valle de Lecrín» lo llamó el moro,  
 porque allí alegremente se respira;  
 aun conserva este nombre, y un tesoro  
 de fértil hermosura allí se admira. 1140  
 Allí crecen la vid y el limonero,  
 en la enramada cantan Filomena  
 y la tórtola fiel, y lisonjero  
 murmura el río entre dorada arena.  
 Allí las dulces limas, las naranjas 1145  
 y el cristalino aceite se producen,  
 y, formando en el monte verdes franjas,  
 los azofaifos y castañas lucen.  
 Su nido en las paredes y en las peñas  
 suspende allí la errante golondrina, 1150  
 y en los copudos álamos y albeñas  
 la torcaz gime y la calandria trina.  
 La mosqueta, el tomillo y la viola



tienen el fresco ambiente perfumado,  
 y el trébol, la verbena y la amapola 1155  
 de púrpura gentil bordan el prado.  
 Prometen rico y sazonado fruto  
 las manzanas en flor y los nogales,  
 y da el arroyo al valle su tributo,  
 en brazos mil partiendo sus raudales. 1160  
 Ciñen la margen por do el paso tuerce,  
 en venas fecundante, mejorana,  
 mastranzo, toronjil, fragante alerce,  
 mimbres y almendros con su flor temprana.  
 Y brinca el agua y la ladera cruza, 1165  
 y con grato rumor mueve el molino,  
 y en diamantes la rueda desmenuza  
 y difunde el tesoro cristalino.  
 Vagos iris en fuentes y cascadas  
 pone el radiante sol que las colora; 1170  
 invisibles allí tal vez las hadas  
 aun tienen su mansión encantadora.  
 ¡Ay, no olvidaré nunca la ventura  
 de aquellos para mí risueños días  
 en que, montado en mi cabalgadura, 1175  
 tus arboledas visité sombrías!  
 Y vosotros, queridos compañeros,  
 que aquella expedición conmigo hicisteis,  
 tocando vuestras flautas y panderos,  
 decid, decid, lo que en el valle visteis. 1180  
 ¡Qué lindas las muchachas de la aldea,  
 que al son de nuestra música bailaban!  
 Ninguna era gazmoña ni era fea;  
 todas alegremente nos trataban.  
 Mas baste ya, lector, de digresiones, 1185  
 que no tocan ni atañen a esta historia,  
 que allí es una entre muchas tradiciones  
 que guarda el campesino en la memoria.  
 Una tarde, sentado en la cocina  
 de la famosa venta de Tablate, 1190  
 contó un viejo esta historia peregrina  
 que visos tiene ya de disparate.  
 Y ahora recuerdo que añadió el anciano,  
 al llegar a este punto de su cuento,  
 que en un canto del pueblo muy cercano 1195  
 durmiendo Yahye, se curó al momento.  
 Dejémosle curarse descansado.  
 Yo, entretanto, lector, perdón te pido,  
 y descanso también, sólo anhelando  
 que grato el cuento te haya parecido. 1200  
 Y aquí doy fin a su primera parte;  
 y, si no te disgusta, te prometo  
 referir la segunda con más arte,

menos pesado siendo y más discreto.

Madrid, 1846.

△▽

### Desengaño

Pasaron ya los días	△▽
en que la dulce lumbre de tus ojos	
bebí, señora, y respiré tu aliento:	
ya las enamoradas alegrías	
que me inspiró mi altivo pensamiento	5
el desengaño convirtió en enojos.	
Mi tierno corazón te amaba tanto,	
era tan noble y santo	
aquel amor divino	
que dentro de mi pecho se agitaba,	10
que me juzgaba dino	
de que me amaras como yo te amaba.	
¡Ay! Yo pensé que el fuego delicioso	
que de tus ojos brota	
era fuego de amor y no veneno;	15
yo lo bebí gozoso	
y toda su ponzoña gota a gota.	

Madrid, 1846.

△▽

### La inspiración

En el silencio de la noche, cuando,	△▽
oculto en mi retiro,	
el bullicio del mundo recordando,	
con paso incierto por la estancia giro:	
cuando de mi existir triste lamento	5
la agitación ansiosa,	

y de mi alma el hondo pensamiento  
en nada se reposa,  
arrastrado en la rápida corriente  
de la pasión ardiente 10  
que alma, entusiasmo y juventud marchita;  
cuando de amargas penas la memoria  
estremece mi ser, y por la gloria  
el corazón palpita,  
en delirios el alma se desvela 15  
y se place en crear, si la lozana  
palma lograr anhela,  
locos ensueños de la edad temprana.  
¡Ay!, en esas fantásticas creaciones  
de espantosa locura 20  
¡de cuántos juveniles corazones  
la enérgica pujanza no se apura!  
Y yo también, en mi delirio loco,  
mísero, al par que mi potencia toco,  
hago girar con delirante anhelo, 25  
agitando mi frente con su vuelo,  
la esperanza ligera.  
Nuevo Colón, quisiera  
lanzarme al mar y descubrir un mundo,  
romper, como Temístocles, la flota 30  
del enemigo bárbaro, la esfera  
celeste contemplar, y más profundo  
que el gran Newton, de la fuerza ignota  
que hace rodar un astro en el vacío,  
investigar las causas y las leyes; 35  
con insolente brío  
levantarme hasta el trono de los reyes,  
llevar la religión a extraños climas,  
civilizar las bárbaras naciones;  
o de los Alpes las nevadas cimas 40  
coronar con mis bélicas legiones;  
la esencia analizar del ser eterno  
llegando donde asientan los querubes  
en torno de su solio;  
como Orfeo, bajar hasta el Averno, 45  
cual Ícaro, volar sobre las nubes  
subir al Capitolio  
o arrojarme en el cráter del mugiente  
volcán, a semejanza  
del sabio de Agrigento, arrebatado 50  
por la loca esperanza  
de parecer un dios. Entusiasmado  
el juvenil espíritu desea  
lo imposible tan sólo, que se lanza  
en los mundos fantásticos que crea. 55  
Y en ellos fácilmente

conseguir piensa su grandioso anhelo  
 y tocar con la frente  
 en la redonda bóveda del cielo.  
 Y después de este arranque de grandiosa 60  
 fiebre, el alma profana  
 tal vez ofende a la deidad y osa  
 insultar su justicia soberana;  
 deshecha la ilusión, rota la venda  
 de su falaz pujanza 65  
 y sin dejar al corazón que prenda  
 ni una flor de su seno la esperanza.  
 Y maldice el deseo  
 que la agita con ímpetu gigante  
 sin hallar digno empleo 70  
 a poder tan enérgico bastante.  
 Mas no, nunca mi lengua  
 maldecirá los fallos del destino.  
 Si de mi anhelo en mengua  
 no la alta gloria su inmortal camino 75  
 presta a mi ardor, ¿qué importa?  
 Injusta a veces su laurel reparte;  
 y a veces mi endiosada fantasía  
 en la belleza absorta  
 del hacedor de la creación, del arte, 80  
 del amor y la mágica poesía,  
 olvida su tormento  
 llena de grande y de divino aliento;  
 y entonces, ¿qué me vale la corona,  
 el cetro de marfil, el lauro de oro, 85  
 el popular aplauso y el sonoro  
 cántico eterno que la fama entona?  
 Nada son para mí: su aliento puro  
 vierte la inspiración sobre mi alma  
 que, dando a mi dolor plácida calma, 90  
 tiende su vuelo al inmortal seguro.  
 Y siento aquí en mi seno  
 una llama mortal que me devora,  
 mi altiva frente su esplendor colora  
 y un dios me juzgo, de entusiasmo lleno. 95

Madrid, 1847.

△▽

**Despedida**

Voy a partir: mi corazón te dejo;	△▽	
es tuyo, bien lo sabes, dueño mío.		
Hoy, que de ti me alejo,		
del corazón en cambio, sólo ansío		
una tierna mirada		5
que vivifique el alma enamorada,		
cual las líquidas perlas del rocío		
el cáliz de las flores.		
Y si no son, señora,		
dignos de premio tanto mis amores,		10
el corazón me vuelve que te adora.		
Mas no; lejos de ti ¿cómo pudiera		
vivir el corazón? Si hasta tu altivo		
mirar le inspira plácido contento,		15
antes que lejos de su amor se muera,		
quiero que aliente en el Edén cautivo		
de la hermosura tuya y mi tormento.		

Madrid, 1847.

	△▽	
<b>Granada y Nápoles</b>		
Hurí de las flores,	△▽	
hermosa Granada:		
tu Alhambra dorada;		
el Darro, el Genil;		
tu densa floresta,		5
tus mil rruiseñores,		
magnífica orquesta,		
sonoro pensil;		
la cima del monte,		
alcázar de nieve,		10
el vago horizonte		
del llano feraz;		
el plácido y leve		
murmullo del río,		
del <i>carmen</i> sombrío		15
el grato solaz;		
los verdes peñones		
del alta Alpujarra,		

las tiernas canciones del pueblo andaluz, la forma bizarra que ostentan sus bellas, pues Dios vierte en ellas su gracia y su luz,	20
jamás mi memoria dar puede al olvido; Granada es mi gloria, mi dicha está allí. Si aquí siempre brilla el suelo florido, mayor maravilla, Granada, hay en ti.	25
Regalo de Flora, sultana divina que el alma enamora, paraíso de amor; mansión peregrina, do exhalan más suaves sus trinos las aves, las rosas su olor.	30
No logra la cumbre del Vómero verde, no debe la lumbre del rojo volcán tener tal encanto, sublime ser tanto a quien te recuerde, Granada, en su afán.	35
Posílipo altivo al monte no iguala, do luce su gala la Alhambra gentil, ni al valle encantado que cruza cautivo el Darro, ni al prado que riega el Genil.	40
Las costas amenas el golfo duplica, en él las sirenas suspiran de amor; le ciñe cual rica pomposa guirnalda, cual limpia esmeralda,	45
	50
	55
	60

la playa en redor.	
Con grandes memorias	65
el alma se inspira; aquí las historias que Homero cantó, aún vivas recuerdas;	
aquí de su lira	70
las mágicas cuerdas Virgilio pulsó.	
Mas yo, mi Granada,	
prefiero tus flores tu Alhambra dorada,	75
el Darro, el Genil, tu densa floresta, tus mil ruiseñores;	
¡magnífica orquesta!, ¡sonoro pensil!	80

Nápoles, 1847.

△▽

### Noche de abril

Es ya tarde: bate el sueño	△▽
sobre la ciudad sus alas, en el silencio sus galas muestra la noche gentil; abren su seno las flores	5
al rocío transparente, y se respira el ambiente perfumado del abril.	
En Nápoles, en las noches	
de primaveras serenas,	10
vierte por todas sus venas Naturaleza su amor; y es el silencio armonía, bálsamo el aire, las flores	
ninfas, las sombras colores, y los claros resplandor.	15
Y todo vago, indeciso,	

dulcemente se confunde,  
y melancolía infunde  
tan suave al corazón, 20  
que en la atmósfera mecido  
de sus sueños se recrea,  
gira y corre distraído  
de ilusión en ilusión.

No va el silfo más ligero 25

en un rayo de la luna;  
ya acaricia lisonjero  
con sus besos una flor;  
ya en la límpida laguna  
forma un riel de topacio, 30  
ya perdido en el espacio  
se disipa cual vapor.

Nápoles, 1847.

△▽

### **A la reina de los pollos**

Nunca puedo olvidarte, Paca mía; 30  
△▽

ni la beldad de la Campania amena,  
ni la rica ciudad que tuvo un día  
nombre de la dulcísima sirena  
a quien un golfo dio tumba sonora, 5  
pueden del alma mitigar la pena.

Los celos luego aumentan mis pesares.

¡Oh, quién pudiera convertirse en zorra,  
para devorar pollos a millares!

La idea de los pollos no se borra 10

de mi memoria. ¡Pollos atrevidos,  
a quienes el amor nunca socorra!

Pudieran recoger los esparcidos  
granos de trigo, pero no la perla,  
que no es pasto de pollos presumidos. 15

Perla divina es tu beldad; al verla,  
se turba la razón, nace el deseo;



¡venturoso quien pueda poseerla!  
 Ya que los dulces sentimientos leo  
 del tierno pecho en tu serena frente, 20  
 ¡que amar no puedes a los pollos creo!...  
 Que te cansa, si sufres indulgente  
 el monótono y ronco pío pío,  
 con que explican su amor continuamente..  
 Mas sé que te divierte, *bijou* mío, 25  
 el verte de continuo circundada  
 de pollos mil que lloren tu desvío.  
 Y de dudas el alma conturbada  
 aun a pesar de lo que he dicho, temo  
 verte de alguno al fin enamorada... 30  
 Para evitar tan doloroso extremo  
 satisfaciendo tu afición pollesca  
 (hallar no logro consonante en emo).  
 Pollos te mando de invención tudesca,  
 que ni pían, ni piden cosa alguna, 35  
 que todos te amarán sin armar gresca.  
 Con ellos te divierte, a la importuna  
 turba de mozos que te cerca ora,  
 anhelante de erótica fortuna,  
 mandando a pasear; al fin la hora 40  
 llegará de mi vuelta, y a tus plantas  
 pintaré la pasión que me devora.  
 Mientras, en medio de revueltas tantas  
 como agitan la Europa, en el tirano  
 bombardeo de Génova, en las santas 45  
 cercanías de Roma, en el lejano  
 Bósforo resonante, y en la tierra  
 de que triunfó nuestro andaluz Trajano,  
 me hizo y hace y hará continua guerra  
 el recuerdo fatal de tu hermosura, 50  
 que tal encanto misterioso encierra...  
 Adiós, hasta la vuelta, mi ternura  
 no padece en ausencia algún desmayo,  
 siempre es igual, eternamente dura.  
 Nápoles veinte del florido mayo. 55

Nápoles, 1847.

△▽

### A Rojana

Cuando yo me muera  
dejaré encargado  
que con una trenza  
de tu pelo negro  
me amarren las manos.

Copla de playera.

Es mi anhelo vivir siempre contigo,

△▽

oír tu dulce y regalado acento,  
mirar tus ojos, respirar tu aliento,  
sin rival de mi dicha, ni testigo.

Yo tanto bien, Rojana, no consigo,

5

mátame, pues, y acabe mi tormento;  
mas al verme morir, por un momento  
une tu labio al labio de tu amigo.

Pensando en esta dicha que me espera,

si mi llanto y mis ruegos no son vanos,  
con la esperanza de morir me alegre.

10

¡Cuán supremo deleite yo sintiera

si me amarrasen, al morir, las manos  
con una trenza de tu pelo negro!

Nápoles, 1848.

△▽

## A Lucía

### I

Cuando por vez primera △▽  
amor sintió mi alma, ricas galas  
le dio la juventud, y de ligera  
luz a mi corazón brotaron alas  
para que en pos de su ilusión corriera. 5  
Como vierte la aurora su rocío  
dentro del cáliz de las nuevas flores,  
prestándoles aromas y frescura,  
así en el pecho mío  
ternura y fe pusieron los amores. 10  
Y la le y la ternura,  
que hicieron de mi pecho su morada,  
al alma enamorada  
infundieron un vago dulce anhelo,  
fuego a mis venas, sueños a mi mente, 15  
con el fulgor riente  
embellecidos de ignorado cielo.  
Y busqué en el concepto majestuoso,  
que nace de la cósmica armonía,  
aquel cielo de amor, puro y hermoso, 20  
objeto del amor que yo sentía.  
¡Ay! Yo no comprendía  
del universo el admirable arcano,  
símbolo y forma del pensar divino, 25  
trasunto de su incógnita belleza;  
mas, cual en terso espejo cristalino,  
me mostraba doquier Naturaleza  
mi propio corazón, tierno y ufano;  
y presté sentimiento y di ternura 30  
a las flores, al aura, a las estrellas,  
y de mi propio amor y su hermosura  
enamóreme, enamorado de ellas.  
Ora la imagen del amor no veo,  
que era objeto ideal de mis amores;  
el cristal empañé, sequé las flores, 35  
y a la ilusión sobrevivió el deseo.  
Y pensando que fuera  
el ser que me enamora  
de la imaginación dulce quimera,  
que la Poesía manifiesta y dora, 40  
di vida, amor y cuerpo a la Poesía:  
pero no hallé la luz del alma mía.  
¿Dónde estaba su luz? Amante, ciego  
la busqué y no la hallé. Corrió perdida

el alma en busca de ella 45  
 por el áspera senda de la vida.  
 Al fin la llama rutilante y bella,  
 de tus divinos ojos desprendida  
 hirió del alma la tiniebla oscura,  
 y bendije, al mirarla, mi destino, 50  
 y pensé que la luz de tu hermosura  
 me mostraba el camino  
 del cielo que soñé. Nunca mi mente,  
 en el delirio ardiente  
 de amor que la cautiva, 55  
 vistió de mayor gloria  
 la maga de sus sueños ilusoria,  
 de sus amores la deidad altiva.  
 Tus sienes circundó la inteligencia  
 de resplandor; pusieron los amores 60  
 en tus labios esencia  
 y fresca miel de delicadas flores;  
 la rara discreción puso en tu boca  
 alto discurso, y el amor su acento:  
 éste sueños dulcísimos evoca, 65  
 aquél eleva al cielo el pensamiento.  
 Te contempla mi espíritu arrobado,  
 y para siempre olvida  
 las vanas sombras que adoró engañado,  
 la ilusión grata que lloró perdida. 70  
 En ti adora, bien mío,  
 la realidad del sueño,  
 tormento y gloria de mi edad primera.  
 ¡Qué pálido mi sueño y qué sombrío,  
 con el lampo risueño 75  
 al compararse de tus ojos fuera!  
 Tus ojos son mi luz: mi alma recibe  
 la inspiración en ellos,  
 y aprisionada vive  
 en la crencha gentil de tus cabellos. 80  
 No ya mi corazón de sus despojos  
 viste los seres que adoró algún día  
 eres tú, con la lumbré de tus ojos,  
 quien da precio y bondad al alma mía,  
 do se retratan tu donaire y gala. 85  
 Y tan rica con esto me parece,  
 que a su deseo su valor iguala,  
 y hasta imagino que tu amor merece.  
 Ámame: a suplicártelo me atrevo;  
 si no es digno de tanto quien te adora. 90  
 de tu misma hermosura te enamora,  
 que aquí, en el alma, retratada llevo.

## II

Que no comprendes pienso  
este cariño intenso,  
esta pasión que el alma me devora. 95  
¿Por qué me dices que te olvide, y quieres  
que busque en el amor de otras mujeres  
el encanto ideal que me enamora?  
Antes de conocerte, al alma mía  
fue necesario amar, y yo sentía 100  
todo el tormento del amor. Sed era  
de un deleite del cielo,  
que el alma acaso percibió su vuelo  
antes que forma terrenal vistiera.  
¡Ay! En el mundo quiso 105  
hallar mi corazón de sus amores  
el ameno perdido paraíso;  
y el alma joven, de ilusiones llena,  
dio luz al mundo, aromas y colores,  
y coronó de imaginada gloria 110  
y vistió de hermosura  
a los seres que amó; con honda pena  
desengañose al fin, su galanura  
al mirar ilusoria. 115  
Y aun adoró la voluntad, y nada  
hallar podía que adorar pudiera.  
Pero te vi, y el alma enamorada  
se sintió enternecida,  
cual si un recuerdo de tu luz tuviera;  
un recuerdo lejano 120  
de otra esfera quizá o de otra vida.  
No ya por el encanto soberano  
te recordé del rostro; por aquella  
sublime conmoción del alma siento  
que te reconocí, cuando tu acento 125  
dulcísimo escuché, señora bella.  
De tus ojos al ver la luz hermosa,  
entre su llama eterna mariposa  
el alma tuya ardía,  
y recordarla pudo el alma mía. 130  
En un mundo mejor ambas se amaron,  
y también recordaron  
de sus santos amores la ventura  
y conocí que eras  
realizada ilusión de mi ternura. 135  
¿Cómo tu labio pide,  
cuando son nuestras almas compañeras,  
que la mía te olvide?  
Por el camino de la vida, errante  
tú también como yo, gustaste el fruto 140

del desengaño amargo;  
grave dolor tu espíritu anhelante  
postró por fin, y le vistió de luto,  
y al débil corazón hundió en letargo.  
Débil el corazón de las mujeres 145  
es al dolor: anhela su reposo  
guardar el tuyo, y creo  
que más infeliz eres  
con tu sosiego fúnebre y odioso  
que yo en la agitación de mi deseo. 150

Nápoles, 1848.

△▽

### **A Lucía**

#### Soneto

Del tierno pecho aquel amor nacido, 145  
que en él viviendo mis delicias era,  
creció, quiso del pecho salir fuera,  
pudo volar y abandonó su nido;  
y no logrando yo darle al olvido, 5  
le busqué inútilmente por doquiera,  
y ya pensaba que en la cuarta esfera  
se hubiese al centro de la luz unido,  
cuando tus ojos vi, señora mía,  
y en ellos a mi amor con mi esperanza, 10  
y llamándole a mí, tendí los brazos:  
mas él me desconoce, guerra impía  
mueve en mi daño, y flechas que me lanza  
hacen mi pobre corazón pedazos.

Nápoles, 1848.

△▽

## Sobre la primera página

De un ejemplar de «Orlando»

Veréis en estos cantos, dulce hechizo,	△▽
de cuantos males el amor es fuente, con un igual amor si no se paga; veréis a Orlando, por amor demente, cuántas locuras hizo,	5
ciego amator de la chinesca maga: acaso aprenderéis a ser piadosa, ya que sois tan hermosa que la envidia de vos la mataría, si Angélica viviera todavía.	10
Desde que vi vuestros divinos ojos como Orlando, también perdí el juicio, y no tengo otro oficio que sentir celos y calmar enojos.	
¡Ay! La mente de aquél halló en la luna Astolfo; si la mía, por fortuna enemiga, el amor llevó tan alta, vano por recobrarla es mi desvelo; ¿del juicio en busca, que por vos me falta, <i>chi salirà per me, Madonna, in cielo?</i>	15 20
Mas yo sé que mi mente enamorada ni a la luna se fue ni al paraíso; que vive aprisionada <i>n'e bei vostri occhi e nel sereno viso;</i> vagando va por la cintura leve y la crencha olorosa o fatigada, acaso se reposa, en el seno de nieve, do un instante dormida, <i>el io con queste labbia</i> <i>la corro, se vi par ch'io la riabbia.</i>	25 30

Nápoles, 1849.

△▽

**Del amor**

El amor, hijo del cielo,	△▽	
vida latente del mundo, germen de luz y fecundo manantial de consuelo, tiende muy alto su vuelo,		5
y sobre los astros mora, en región encantadora, de la tierra tan lejana, que a veces la mente humana dónde vive Amor ignora.		10
Mas hay otro amor terreno, que de amor usurpa el nombre, y ofrece, traidor, al hombre, en vez de néctar, veneno;		15
amor de malicia lleno, en cuyo engañoso altar va el corazón a inmolar por un sueño su ventura; rico sueño mientras dura, horroroso al despertar.		20
Para vencer de este amor enemigo la influencia, no se conoce otra ciencia que ir en busca del mejor;		25
y como en tan superior esfera culto recibe, sólo al alma que concibe la perfección de su ser, alas le pueden nacer para volar donde vive.		30
Un alcázar peregrino tiene en el mundo ideal, fundado sobre el raudal del pensamiento divino;		35
en fulgente torbellino, de los seres tipos bellos le circundan, y destellos lanzan tan vivos, que ansiosa, cual amante mariposa, el alma se abrasa en ellos.		40
Los santos y los cantores, de la tierra ejemplo y pasmo, bebieron el entusiasmo en sus puros esplendores. ¡Este amor de mis amores		45



origen era también!  
¡Ay! Yo soñaba un Edén  
de mi voluntad sustento;  
hoy niega el entendimiento  
este soberano bien. 50

Del bien supremo el olvido  
mató la esperanza mía,  
y aún en mi pecho existía  
un afán desconocido. 55

Quien este afán no ha sentido,  
lo que es padecer ignora,  
y cuanto el alma atesora  
de dolor y angustia muda,  
si la inteligencia duda  
y la voluntad adora. 60

Nápoles, 1849.

△▽

### A Cristóbal Colón

*Et vidit Deus quod esset bonum.*

Por ti en el alma entusiasmada siento △▽  
el astro hervir. Que llene de la fama  
la voz, unida con mi voz, el viento,  
cuando en el mundo sin igual te llama:  
con tu fe presta al corazón aliento, 5  
y con tu ingenio mi palabra inflama;  
dame que arranque al libro de la historia,  
Colón, un canto digno de tu gloria.

Mas, ¡qué miro!, ¡oh dolor! Lágrimas vierte  
de profunda aflicción bella matrona: 10  
ciencia y poder le concedió la suerte,  
rico manto real, áurea corona:  
ora en su rostro el sello de la muerte  
grabado está, sus manos aprisiona  
cadena vil, y su fecundo seno 15  
cubren heridas que enconó el veneno.

Es Italia: del mundo fue señora,  
y ya postrada por el suelo gime;  
y ¿quién, ingrato, su beldad desdora,  
y su materno corazón oprime? 20  
¿Quién el pasado beneficio ignora?  
Como el sol ella alzándose sublime,  
enseñó a las naciones y a los reyes,  
ciencia, virtud y veneradas leyes.

Desde el romano Capitolio fiera 25  
el mundo dominó con sus legiones;  
alta maestra de las gentes era,  
de profano saber dando lecciones,  
y presidió triunfante su bandera  
el consorcio feliz de las naciones, 30  
del águila cambiando el signo vano  
por el signo de Cristo soberano.

Si ya postrada en secular combate  
la antigua gloria del poder latino,  
el trono de los Césares abate 35  
la ruda gente que del norte vino;  
bajo la sacra enseña del rescate  
venciste, Italia, con valor divino  
a la barbarie, y en su horror profundo  
los restos del saber guardaste al mundo. 40

¡Ah! ¿Por qué glorias ínclitas evoco,  
que el revolver del tiempo ha disipado?  
Modernas razas con orgullo loco  
la madre insultan que les diera el hado. 45  
Iba Italia a morir, y ya con poco  
aliento, el cetro y el blasónpreciado  
a nuevos pueblos entregar debía,  
a quienes ya su luz sirvió de guía.

Las naciones adultas el tesoro  
quieren verter del alma inteligencia, 50  
y con sus naves por el mar sonoro  
llevar al Indo, cuna de la ciencia,  
de los doctos bramines con desdoro,  
nuevas artes y mística creencia,  
que explica los misterios del Eterno 55  
y al monstruo humilla del profundo Averno.

Italia entonces se levanta, y mira  
al mejor de sus hijos; en su frente  
sagrada llama de entusiasmo espira,  
y de ciencia y virtud noble torrente: 60  
era Colón; ya en torno suyo gira

el genio creador, ya en su valiente  
 corazón lleva el estupendo anhelo  
 con que rasgó de la creación el velo.

Tú no quieres, Italia, que en mezquino 65

círculo ruede la virtud eterna,  
 que a los pueblos legaste, y que el destino  
 con alto fin de perfección gobierna;  
 a su impulso abres ya largo camino, 70  
 y haces que el genio de Colón discierna  
 un nuevo mundo, que sustenta ufano  
 en sus hombros el gran padre Océano.

Mas ¿qué nación habrá de esfuerzo tanto,  
 que la fe tenga que Colón desea,  
 que preste auxilio al pensamiento santo, 75  
 y la nueva verdad alcance y crea?  
 Postrada Italia en mísero quebranto,  
 ¿cómo pudiera dar cima a su idea?  
 ¿Dónde hallar los enérgicos varones  
 a tanta empresa dignos campeones? 80

¡Cuántos años de afán y de constancia  
 gastó en su busca el genovés glorioso!  
 Mas, ¡ay!, que hallar no supo la ignorancia  
 ojos con que mirar tanto coloso. 85  
 Le despreció la vanidosa Francia,  
 no le creyó el britano codicioso,  
 y para realizar su pensamiento,  
 quien careció de fe no tuvo aliento.

Y allá en el fondo de su grande alma  
 el piloto inmortal sintió la fría 90  
 mano del desengaño, que la palma  
 iba a robarle que soñado había;  
 mas la santa virtud sus penas calma,  
 su corazón reviste de energía,  
 y la esperanza baja desde el cielo 95  
 a darle con su bálsamo consuelo.

Y de trompas entonces y timbales  
 magnífico rumor el mundo llena,  
 rasgan el aire cánticos marciales,  
 y el rudo choque de las armas suena; 100  
 en las tierras de Europa occidentales,  
 sobre la orilla del Genil amena,  
 tremendo lucha con la gente mora  
 pueblo que el nombre de Jesús adora.

El pueblo de Sagunto y de Numancia, 105

que, del amor de Cristo poseído,  
 por siete siglos con sin par constancia  
 su patria y religión ha defendido;  
 Libia mandó con bárbara arrogancia  
 sus fieros hijos en raudal crecido, 110  
 veces mil en su daño, mas, valiente,  
 fue valladar su fe del gran torrente.

Sin la española fe y el heroísmo,  
 los hijos de la ardiente Mauritania  
 penetraran de Francia al centro mismo, 115  
 no hallando otro Martel en Septimania;  
 y hasta hubiera abrasado el Islamismo  
 el corazón helado de Germania  
 si no suscita el español coraje  
 Dios, y salva su ley de tanto ultraje. 120

Cuando de Iberia la indomable raza  
 va a poner fin a la feroz pelea,  
 y el vigor con que el árabe rechaza  
 ya en nuevos triunfos consumir desea,  
 Colón la causa de Castilla abraza, 125  
 y por ella combate; que su idea  
 secundar debe el gran valor de España  
 sólo capaz de tan egregia hazaña.

Al Señor demos alabanza y gloria,  
 pues dotó a España de la fe profunda, 130  
 que hizo tan grande su sangrienta historia,  
 y en beneficio de Colón redunda;  
 y demos alabanza a la memoria,  
 que nunca el tiempo en sus abismos hunda,  
 de la mujer divina cuya mente 135  
 leyó del genio en la inspirada frente.

Era un genio también. Joyas, aliento,  
 vida da al genovés. Ya Colón vuela  
 a preparar las naves que su intento  
 han de llevar al término que anhela; 140  
 ya se mira en el mar, ya empuja el viento  
 el lino de su rauda carabela;  
 por incógnitos piélagos avanza,  
 radiante de entusiasmo y de esperanza.

Señala el rumbo, vence la tormenta, 145  
 domina al viento, y de la mar sañuda  
 doma el seno irritado que sustenta  
 por la primera vez la carga ruda  
 de osadas naves: elocuente alienta  
 a quien, temblando, de su suerte duda, 150

y a Dios levanta el corazón sublime  
para que de su espíritu le anime.  
En sus esfuerzos últimos lo guía  
un serafín de la estrellada esfera:  
pero ya nace el venturoso día, 155  
y el mundo alumbra que Colón espera:  
ya saludan con voces de alegría  
los marinos la mágica ribera,  
y de los montes el perfil colora  
y en el sereno azul pinta la aurora. 160  
Colón entonces en el pecho siente  
dicha mayor que cabe en pecho humano:  
piensa tocar el cielo con la frente,  
ve temblar a sus pies el Océano;  
y hasta imagina en la orgullosa mente 165  
ser creación de su ingenio soberano,  
y de su voluntad, la tierra ignota  
que del frío centro de los mares brota.  
Mas rápido, cual cruza por el viento  
brillante aborto de encendida nube, 170  
se disipó su vano pensamiento,  
que del Averno le inspiró el querube;  
a Dios eleva con sumiso acento  
acción de gracias que al empíreo sube,  
y de hinojos sus glorias y su ciencia 175  
humilla ante la sabia Omnipotencia.  
Nunca, desde que al dar forma la mente  
del Eterno a su idea, la hermosura  
admiró de sus obras refulgente,  
tanto el Señor se complació en su hechura: 180  
vertió a raudales en la noble frente  
del que así le ensalzaba su luz pura;  
dirigió una mirada, de amor lleno,  
Dios a Colón, y Dios vio que era bueno.

Madrid, 1850.

△▽

**La resurrección de Cristo**

*Et dilexerunt homines magis  
tenebras quam lucem.*

△▽

¡Pobre linaje humano!  
Aborreces la luz, y amas la obscura  
tiniebla del Averno.  
¡Los númenes por ti luchan en vano!  
Inexorable Némesis la dura  
sentencia cumple del destino eterno:  
ceguedad y llanto te condena;  
el combate te ofrece o la cadena.  
Con rabia vengadora  
las entrañas del hijo de Clímene  
en la cima del Cáucaso devora;  
y sepultadas tiene  
en abismo profundo  
las almas, que valientes combatieron  
por la salud y libertad del mundo.  
¿Quién la libertará? ¿Dónde la fuerza  
que con la atroz fatalidad batalle,  
y el firme empeño del destino tuerza  
cuando en cólera estalle?  
Un canto rico de falaz misterio  
entonó la Sibila. Es el imperio  
de la fatalidad eterno; vano  
combatir contra él. Tántalo un día  
de los cielos mostrarnos el arcano  
quiere, y sediento su delito expía.  
Sedienta está la humanidad entera,  
y de las limpias aguas de la vida  
no sabe hallar la fuente verdadera,  
en el Edén nacida.  
¿Dónde la luz está radiante y pura  
que muestre al hombre tan sublime altura?  
¿Dónde está el Salvador que los profetas  
anuncian de Israel en las canciones,  
cuya venida cantan los poetas  
de apartadas naciones?  
Vedle: nace en Betlem, pobre, ignorado:  
es justo, mas le vende  
la humanidad, que su valor no entiende,  
y muere en esa cruz como un malvado.  
Y ¿es este el Grande, a quebrantar nacido  
las fatídicas leyes?...  
Yo escuché la palabra de sus labios,  
más dulce que la miel, y vi al Ungido,  
hijo del pueblo, vástago de reyes,  
humillado con bárbaros agravios.

Contra el destino su poder no alcanza:  
¡murió el Justo, murió nuestra esperanza!  
Mirad cómo se alegra  
el infierno en su muerte;  
con una mancha negra  
cubre la faz del sol, y hasta la inerte  
tranquila paz y plácido letargo  
roba a los muertos con deleite amargo.  
Sólo en el seno de la tumba frío  
de Cristo el cuerpo exánime reposa,  
y desciende su espíritu al sombrío  
recinto del Erebo; allí la ruda  
venganza de los hados espantosa  
Erimne debe ejecutar sin duda.  
Mas ¿qué rumor escucho, que del centro  
ardiente de la tierra hasta mí sube?  
¡Ay! ¿Quién combate dentro  
del hondo abismo?... Rápido cual rayo  
que se desprende de la densa nube,  
amable cual las flores  
y las auras de mayo.  
Y ceñido de santos resplandores,  
cruza el aire encendido un joven bello;  
en su blanco ropaje intacta nieve,  
lumbre sus ojos, oro su cabello,  
y aunque ligero vuela,  
apenas las hermosas alas mueve,  
dejando en pos de sí cándida estela.  
¿Será que el Dios, de quien la luz dimana,  
venza al demonio, y libertad recobre  
y paz la raza humana?  
¿Que de la Omnipotencia soberana  
Jesús ministro, los portentos obre?

.....  
Sí; ya se acerca, y viene  
tan gallardo el alado  
nuncio, que eclipsa al numen que en Celene  
pulsó primero la sonante lira.  
Llega, y alza la losa del sagrado  
sepulcro. El vivo resplandor me admira  
que en el marmóreo seno  
nace, y se esparce de la tumba en torno  
por el azul sereno.  
Siento en el pecho sin igual trastorno,  
y caigo de estupor y espanto lleno.  
Mas con el libre espíritu percibo  
el gran misterio: de infinita esencia  
ser que de Cristo anima la existencia,  
de cuya luz en el raudal yo vivo,  
porque su gracia por el mundo vierte.

¡El Cristo es Dios, y triunfa de la muerte!  
¡Cristo resucitó! Ya las cadenas  
rotas están: las almas venturosas  
de los santos el vuelo  
tienden a las amenas  
moradas luminosas,  
ricas de amor, fecundas en consuelo.  
Y ya la humanidad largo camino  
abierto tiene de salud y vida,  
de la vil servidumbre del destino  
con la sangre de Cristo redimida.

Madrid, 1850.

△▽

### Recuerdo

Amor, yo te bendigo;

△▽

y tú, delicia mía,  
que al seno de tu amigo  
aquel anhelo mágico  
diste con tu beldad;  
tú, que mi bien, mi guía,  
tú, que mi gloria fuiste,  
si te olvidé, perdóname,  
que, arrepentido y triste,  
merezco tu piedad.

5

10

Cuando viví a tu lado,

mi altivo pensamiento  
por el amor guiado,  
a las regiones célicas  
sus alas extendió;  
incógnito concento  
oyó de las esferas;  
moradas hechiceras  
de genios y de sílfides  
contigo visitó.

15

20

La llama de tus ojos

borró del pecho mío  
desengaños y enojos,  
y dulces santas lágrimas  
vertió mi corazón:

25



mi corazón impío,  
 mi corazón de hielo  
 ardió en la luz vivísima,  
 señora, de ese cielo  
 que en tu hermosura vio. 30

Ya te perdí. La suerte  
 infausta así lo quiso;  
 y también, al perderte,  
 de mis penas el bálsamo,  
 el sumo bien perdí. 35

Me echó del paraíso  
 en que mi orgullo abate  
 espíritu maléfico,  
 y me llamó al combate,  
 y en su poder caí. 40

Busqué nuevos placeres  
 para calmar mis penas,  
 amor de otras mujeres,  
 y el discordante estrépito  
 del mundo seductor; 45

mas sólo tú serenas  
 con tu recuerdo el alma,  
 tu hermosa imagen calma  
 este combate místico  
 que siento en mi interior. 50

Lisboa, 1850.

△▽

### **Romance de la hermosa Catalina**

Fue don Duarte a la guerra 50  
 con el rey don Sebastián;  
 lo que sucedió en la guerra  
 mucho nos hizo llorar.  
 Allí se perdió la gloria, 5  
 la gloria de Portugal;  
 allí se perdió el buen rey,  
 ¿dónde el buen rey estará?  
 En una nave encantada,  
 dicen que pronto vendrá, 10

con todos los caballeros  
 que fueron allende el mar.  
 Será el día nebuloso,  
 luego brillante será;  
 se fundará el quinto imperio 15  
 en bien de la cristiandad.  
 Los profetas que lo anuncian  
 son profetas de verdad.  
 Don Duarte fue a la guerra,  
 pero no volvió jamás. 20  
 Le prometió Catalina  
 con juramento formal,  
 antes que casar con otro,  
 con el demonio casar;  
 mas Catalina, olvidada, 25  
 se casa con su rival.  
 Grandes fiestas se disponen  
 en el palacio ducal;  
 en candeleros de oro,  
 en lámparas de cristal, 30  
 tantas candelas ardían,  
 que era cosa de espantar.  
 Las mesas están ya puestas,  
 los siervos vienen y van.  
 El duque viste un vestido 35  
 que bien vale una ciudad,  
 el vestido de la novia  
 vale siete veces más;  
 las randas son de Bruselas,  
 y la seda de Catay; 40  
 las perlas que lleva al cuello  
 son perlas de Popayán,  
 los diamantes de Abexin,  
 donde reina el Preste-Juan.  
 Los convidados no llegan, 45  
 mucho tardan en llegar.  
 Media noche era por filo,  
 y densa la obscuridad.  
 El duque se desespera,  
 solo no quiere cenar; 50  
 no recuerda en su alegría,  
 o no quiere recordar,  
 que se marchitó la gloria,  
 la gloria de Portugal.  
 Y por aquellos estrados 55  
 entra con pausa un juglar;  
 se ignora de dónde viene  
 y se ignora adónde va.  
 Una vihuela traía  
 de muy rara calidad; 60

la toca, y sigue sus pasos  
 toda criatura mortal.  
 Una sonrisa tenía  
 de poder muy singular;  
 cada vez que sonreía 65  
 daban ganas de llorar.  
 Un sayo negro vestía  
 do la luz, al reflejar,  
 llamas pintaba y vestiglos.  
 En una danza infernal, 70  
 junto al duque y Catalina  
 va la vihuela a tocar;  
 Catalina, que le escucha,  
 con él se pone a bailar.  
 Las puertas todas de pronto 75  
 se abrieron de par en par  
 y el duque cayó por tierra  
 con accidente mortal.  
 Él volvió de su desmayo;  
 ella no volvió jamás. 80  
 Ya sólo los marineros  
 en noches de tempestad,  
 cuando se encrespan las olas,  
 las negras olas del mar  
 la ven sobre los escollos 85  
 bailando con el juglar.  
 De los que llegan a verla  
 pocos se pueden salvar.

Lisboa, 1850.

△▽

### A Julia

Mustias las flores ya, la pompa verde 65  
 de los frondosos árboles arroja  
 el viento a tierra, su hermosura pierde  
 el campo, y de sus galas se despoja.  
 Así, harto joven, lloro igual mudanza 5  
 dentro de mí, do siento, hoja tras hoja,  
 caer marchita la flor de mi esperanza,  
 y que el frío desierto, obscuro cielo

a darle vida con su luz no alcanza.

Y aun guarda el corazón un vago anhelo, 10  
una latente llama que le excita  
del desengaño a resistir el hielo.

Si la esperanza en flor está marchita,  
y la fe muerta, de ilusión desnudo,  
amor aún mi corazón agita. 15

¡Espantoso dolor! ¡Tormento rudo!  
Con la insaciable voluntad adoro,  
y con la inteligencia siempre dudo.

Yo tu perdón, querida Julia, imploro,  
la desnudez de mi alma te di en pago 20  
del oculto en la tuya alto tesoro.

Mas con nuevas mentiras quizá hago  
a mi orgullo lisonja, y la amargura  
de mi vida con dulce pena halago.

En pecho de mujer ¿quién me asegura 25  
que quepa el sentimiento que imagino,  
el manantial fecundo de ternura,  
el entusiasmo y el fervor divino,  
que de una noble inteligencia brota,  
y se abre, hiriendo el corazón, camino? 30

¡Ay! Si a tu alma no le fuese ignota  
aquella eterna y amorosa idea  
que del cielo en la esfera más remota  
genio y dioses de sí misma crea,  
y bien y amor, y si vertiese fuego 35  
vivificante en ti, la mancha fea  
borrarás de mi pecho herido y ciego;

tu beldad éste retratara al vivo  
en su limpieza, y palpitará luego,  
feliz cual nunca y de tu amor cautivo. 40

Lisboa, 1851.

△▽

## El vuelo del diablo

Con el divino libro  
que guarda el pensamiento peregrino  
del cantor del Edén, yo distraía  
mis mortales dolores,  
aspirando el aroma de las flores 5  
del místico vergel de la Poesía.  
Mas, ¡ay!, que la amargura  
del ánimo cambiaba la hermosura  
del poema cristiano  
en un pesar tirano. 10  
Y en meditar profundo embebecido,  
en la mejilla pálida la mano,  
tal me quedé absorbido  
de Satanás mirando el raudo vuelo,  
que le seguí desde el infierno al cielo. 15  
Y vi también con envidiosa ira  
la inmensa creación, cuyo misterio  
no es dado al hombre penetrar; la fuente  
vi del ser, de la luz, pero no pude  
encontrar la del bien; y en un ardiente 20  
trono de soles, con fatal imperio,  
la inexorable eternidad se admira  
de su propia hermosura eternamente.  
Ya desatada, con furor impío,  
del yugo el alma que la enlaza al cieno, 25  
rompió con el Arcángel el sereno  
cristal del éter; en el gran vacío,  
con un impulso enérgico rodando,  
cruzó la inmensidad, y arrebatada,  
de la creación los límites salvando, 30  
cayó en el hondo abismo de la nada.  
¡Ojalá para siempre allí se hundiera  
y nunca a ver la amarga luz volviera!

Lisboa, 1851.

△▽

## Sueños

Mucho corre la luz, y el pensamiento, △▽

aunque se junte a la palabra, vuela,  
 y sendas de metal sigue sumiso,  
 tan rápido cual cruza por el alma.  
 Va, con todo, más rápido el deseo: 5  
 se pierde en lo infinito, y sólo busca  
 en insondable eternidad reposo.

Atrevida la humana inteligencia  
 triunfa del mundo, y los hermosos genios,  
 que en el fuego y la luz viven ocultos, 10  
 obrando allí maravillosas obras,  
 las ninfas de las aguas y los silfos,  
 y los fieros espíritus del Orco  
 oyen su voz y cumplen su mandato.  
 Pero amor logra más, a más se atreve, 15  
 y combate con Dios, y de Dios triunfa.  
 ¡Dichoso aquel que enamorado gime!  
 Amor, amor le llevará hasta el cielo.

¡Dichas soñé! Las Náyades estaban  
 prisioneras del rígido Vulcano, 20  
 y anhelando romper su cárcel dura,  
 la llevaban veloz sobre las aguas,  
 y yo en la cumbre caminando iba;  
 luego el amor me levantó impaciente,  
 abrió sus alas, y voló, y salvando 25  
 muchas tierras y mares, en presencia  
 me puso de la hermosa a quien adoro.  
 Un siglo hacía que a su tersa frente  
 no tocaban mis labios ni a su boca. 30  
 Al fin, su voz, su aliento, hasta su vida,  
 y el brillo de sus ojos, y en encanto  
 de sus dulces palabras penetraban  
 en mi pecho otra vez por los sentidos.

¡Cuántos extremos de cariño entonces  
 hice al verla de nuevo, tan divina 35  
 como su imagen que en el alma guardo!  
 ¡Ay! Más que nunca enamorada ella,  
 me estrechaba también contra su seno,  
 y de él salían misteriosas llamas,  
 consumiendo del alma las escorias, 40  
 y dejándola limpia como el oro.  
 Mayor felicidad no tuve nunca,  
 ni más dolor que al despertar del sueño.

Me encontré, al despertar, en las remotas  
 playas de Nicteroy, do calienta 45  
 el sol la tierra con fecundos rayos,

y brotan flores odorantes, ricas,  
y gigantescos árboles pomposos  
de perenne verdura; do los montes  
asemejan titanes fulminados 50  
en el momento de escalar las nubes,  
y las islas flotantes paraísos,  
y el mar su claro espejo. Aquí la vida  
rompe, como los ríos, caudalosa  
por los abiertos poros de la tierra, 55  
y en el aire sereno se dilata:  
oro y diamantes en las rocas cría  
su plástica virtud. Aquí la sangre  
hierve con el calor en nuestras venas.

Era el silencio de la negra noche, 60  
y yo lloraba mi ilusión perdida,  
y de mi triste llanto se burlaban  
los tibios rayos de la luna, el aura  
efervescente en chispas vividoras,  
y las antes recónditas estrellas, 65  
del hemisferio austral lúcido ornato,  
cuyo fulgor vio Dante sobre el rostro  
de quien sin libertad no quiso vida.

Avergonzado yo del llanto mío,  
escondí la cabeza entre las ropas. 70  
Y entonces sentí pasos en mi estancia,  
como los pasos de persona muerta,  
que abandona el sepulcro, ya perdida  
la costumbre de andar y de moverse.

Conocí, sin embargo, que era ella, 75  
mas no la vi, ni a verla me atrevía.  
Llegose junto a mí, y en las espaldas  
una mano me puso helada y seca,  
y yo temblé con espantoso frío;  
y pensé que rodaban por el aire, 80  
y que andaban después sobre mi cama  
multitud de gusanos bulliciosos.  
No dijo la visión palabra alguna,  
pero su mano penetraba dentro  
de mis entrañas, cual puñal agudo. 85

Ello es que siento aún en lo más hondo  
del corazón horrible desconsuelo,  
y un peso atroz, como si allí llevara  
sepultados mi amor y su cadáver.

△▽

### Amor del cielo

¿A dónde te remontas, alma mía?

△▽

¿Qué agitación es ésta? ¿Qué locura?

¿Es amor por ventura?

No sé si amor será, pero es María.

Y si es María, que es amor recelo,  
y siendo suyo, debe ser del cielo.

5

Hay otros mil amores

de las ninfas nacidos,  
que, del aire y la tierra moradores,  
roban el alma, abrasan los sentidos;  
mas el amor que en el Empíreo habita,  
bellas almas herir tan sólo anhela,  
y aunque la dulce libertad les quita,  
con místico deleite las consuela.

10

Por este amor te quiero,

15

y por tu amor me muero,  
y con tan grata muerte  
nunca osaré quejarme de la suerte.  
Ni de este amor se queje tu marido,  
aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire  
cual pajarillo revolando en torno;  
aunque le halle escondido,  
entre las flores de tu huerto adorno,  
cuando en tu huerto por la noche gire.

20

Amor tan pudoroso, tan bonito,  
tan inocente y blando,  
dará a tu esposo más placer que susto.

25

A ti también te gustará infinito,  
porque este amor que sabe amar callando,  
ni pide, ni da celos, ni disgusto.

30

Rápidas alas lleva,  
sin que a otra parte que hacia ti las mueva.

Mayor delicadeza no atesora  
el amor del *Cantar de los Cantares*.

Si mi amor no se inclina en tus altares,  
hasta en el cielo desterrado llora.

35

Es, por su candidez, como de nieve:  
por su ardor, es de fuego,

y si en tu seno a reposar se atreve,  
como es tan limpio y leve,

40

ni le mancha, ni turba tu sosiego.



Río Janeiro, 1852.

△▽

### Impaciencia

Cual faro divino,

△▽

me muestra, María,  
tu rostro el camino  
del bien que soñé;  
volar sólo ansía  
el alma a tu cielo;  
no cortes su vuelo;  
no mates mi fe.

5

De amor impulsado,

mi espíritu errante,  
tesoro y dechado  
de inmenso valor  
halló en tu hermosura  
y en esa radiante  
mirada, que augura  
delirios de amor.

10

Delirios que dora

el alma y colora  
de luz, y rendida  
va de ellos en pos.  
María, gocemos  
de amor, que es la vida;  
vivamos y amemos  
unidos los dos.

15

Mas, ¿por qué no llega

25

la dicha que espero?  
¿No ves que me muero,  
María, por ti?  
Si tu amor me niega  
el hado iracundo,  
¿no ves que en el mundo  
no hay bien para mí?

30

Río Janeiro, 1852.

△▽

### En un álbum

Si lindos versos en el *Álbum* quieres,      △▽  
no ya de mi agostada fantasía,  
Elisa, los esperes.  
Lograr de la Poesía  
puedes los ricos dones      5  
y la virtud secreta:  
invisible a tu lado está el poeta  
que sabe conmover los corazones;  
que tras de sí los lleva en raudo giro  
por magnético encanto,      10  
y los hace llorar con dulce llanto  
y suspirar con lánguido suspiro;  
que si el vuelo levanta a las estrellas,  
en todo sitio eternamente vive;  
y en libros no, pero en las almas bellas      15  
canciones sabrosísimas escribe.  
Prepárate a gozarlas: la tersura  
del limpio corazón muéstrale luego;  
él pondrá allí su gracia y su hermosura  
con estilo de fuego.      20

Río Janeiro, 1853.

△▽

### A la muerte de una niña

Lágrimas son las perlas que la aurora      △▽  
  
sobre su tumba vierte.  
Céfiro gime, y por su muerte llora,  
por su temprana muerte.  
  
De Dios querida, a Dios tendió su vuelo.      5  
  
No se nubló la pura  
luz de su alma; no tocó en el suelo

su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma

anidarse no quiso,  
ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma  
la flor del paraíso.

10

Río Janeiro, 1853.

△▽

### Plegaria

*Amor vult esse sursum.*

*(De imit. Christi.)*

Raudal de vida, Espíritu divino,

△▽

sustento y luz del alma que te adora,  
y que en tu busca, en medio del camino,  
perdida, ciega, enamorada, llora,  
¿cómo podrá saciar en el mezquino  
mundo la sed de amor que la devora,  
si en la esfera ideal, do su amor vive,  
la inmensidad del universo inscribe?

5

Y aunque atrevida el alma consiguiera,

en progreso infinito dilatada,  
sentir en sí la humanidad entera  
y el espacio abarcar de una mirada,  
en su alcázar ingente conociera,  
emperatriz y diosa abandonada,  
que aun carecía de su digno empleo,  
que era mayor que todo su deseo.

10

15

Tú das, Señor, del corazón doliente

un bálsamo eficaz a la amargura,  
y de tu trono la inexhausta fuente  
brotó, que satisface sin hartura;  
y sólo hay ciencia en tu profunda mente,  
supremo bien, clarísima hermosura;  
por eso el alma, si de amor suspira,

20

gime en la tierra, y a tu gloria aspira.

De tu gloria olvidada, triste, inquieta, 25

el alma mía nunca se reposa,  
a los sentidos, sin tu fe, sujeta,  
yace angustiada en cárcel tenebrosa;  
hiera, Señor, el alma del poeta  
un rayo de tu luz maravillosa, 30

para que de este deseo, que le abruma,  
en su fuego santísimo consuma.

Sé que el amor te vence, y yo te adoro,

y tú diste el amor al alma mía;  
ella engañada prodigó el tesoro, 35

y en el mundo gozarle no podía,  
ni fuera de él, entre los sueños de oro  
de la lozana y joven fantasía,  
ni en la Babel inicua, que levanta  
nuestra razón, cuando tu ley quebranta. 40

¡Ay! Permite, Señor, que el labio mío

tu dulce nombre a pronunciar se atreva,  
ya que en su centro el corazón impío  
grabado aún, por tu bondad, le lleva.  
Perdona, ¡oh Dios!, perdona el desvarío 45

de mi razón, concédeme fe nueva,  
y logre en ti mi espíritu reposo,  
saliendo de este mar tempestuoso.

Río Janeiro, 1853.

△▽

## El amor y el poeta

### EL POETA

Ser del alma, dulce amor, △▽

en mi pecho sustentado  
de mi corazón criado  
con la sangre y el calor.

¡Ay! ¡Qué espantoso dolor 5

es no poder sustentarte!

No hay en mi mente que darte  
 ninguna divina idea;  
 antes que morir te vea,  
 vuela lejos, raudo parte. 10  
 En otro tiempo te di  
 el bien que perdido lloro  
 saqué del alma un tesoro  
 y en tus aras le ofrecí.  
 Ya no tengo para ti 15  
 ni esperanza ni consuelo;  
 no hay númenes en mi cielo,  
 no hay en mi mente hermosura;  
 tu luz, Amor, es oscura,  
 y tu sonrisa de hielo. 20  
 Cuando era mi corazón  
 joven, en él escribías  
 inefables poesías  
 hoy es todo confusión,  
 que no sabes descifrar. 25  
 El desengaño borrar  
 logró cuanto tú escribiste.  
 Huye; que en mi pecho triste  
 ya para ti no hay altar.

## EL AMOR

¿Dónde iré? ¿Puedo subir 30  
 a las moradas divinas?  
 Las esferas cristalinas,  
 que antes solías oír  
 arrebatadas seguir 35  
 con armonía su giro,  
 inertes, rotas las miro,  
 y si algo turba el profundo  
 mortal silencio del mundo,  
 no es canto, es un suspiro. 40  
 ¿En dónde está la mansión  
 de perfecta bienandanza,  
 que a la luz de la esperanza  
 te pinté en el corazón?  
 Tú agotaste la ilusión 45  
 y tú el encanto rompiste,  
 y pues ya el cielo no existe  
 en ti, será empeño vano  
 buscar el bien soberano,  
 de que renegar quisiste.  
 ¿Dónde reposo hallaré? 50  
 Ese infinito vacío,

oscuro, desierto y frío,  
¿cómo atravesar podré?  
Do espacio en espacio iré,  
cual la luz, pronto en mi vuelo, 55  
y eterno será mi anhelo,  
y sin término el camino,  
sin hallar la que imagino  
eterna dicha del cielo.

Madrid, 1854.

△▽

### A Malvina

¿Qué te diré, Malvina, 55  
que igual al numen que me agita sea?  
Grande el objeto, y mi canción mezquina,  
y comparada a tu hermosura, fea  
será, por más que remontarme anhele; 5  
y aunque mi ingenio vuele,  
y logre bosquejar su noble objeto,  
nunca en mi canto vivirá el secreto  
espíritu de amor y de poesía,  
que por todo tu ser su gracia vierte, 10  
y el corporal conjunto une y convierte  
en resplandor y gloria y armonía.  
No sólo en tu mirada  
y en el lampo fugaz de tu sonrisa  
ese espíritu oculto se divisa, 15  
sino en la limpia sangre delicada,  
por la venas azules de tu frente,  
de tus frescas mejillas, y garganta  
de cándida paloma,  
al través del tejido transparente 20  
y terso, libre gira;  
en tu palabra canta,  
en tu casto rubor colores toma,  
y en tus suspiros con amor suspira.  
Mi afecto en ese espíritu percibe 25  
al genio de tu padre, que en ti vive,  
que alma te da, que vida de ti adquiere.  
La blanca nube sol estuvo hiere,  
y omnímodo, su luz esparce en ella,

multicolor, aurifulgente y bella. 30  
 Así el genio poético te anima,  
 y hace que yo te tenga por Kerima,  
 la que de Abdel-Raman al templo santo  
 condujo de las vírgenes el coro,  
 y danzó en los pensiles de Zahara; 35  
 luz de Mudarra, de Almanzor encanto,  
 de Córdoba tesoro,  
 joya de la poesía noble y clara.  
 A veces imagino  
 que eres tú la Leonor amante y pura 40  
 que, abrazada a la cruz, en su amargura  
 lamentó de don Álvaro el destino;  
 y en ti veo a veces a la linda Zora,  
 fantástica y etérea, vaga y triste,  
 cual serafín que enamorado llora, 45  
 como el sueño gentil de que naciste.  
 Sí; que emanación rica  
 eres del genio, y mora  
 en ti en esencia el genio. Vivifica  
 los versos sólo, y pasa de la mente 50  
 de tu padre a los versos virtualmente,  
 mientras que en ti, Malvina, está en esencia,  
 por lo cual a los versos te prefiero;  
 tal bondad y excelencia  
 ni en los del duque hay, ni en los de Homero; 55  
 brillantes son los dones  
 con que el genio, Malvina, te engalana;  
 estar de ellos ufana  
 debes, no atormentar los corazones.  
 Mejor quiero que imites en tu vida 60  
 a la que amó a Lisardo sin ventura,  
 que no a la Zora, que, de Eblis nacida,  
 del Éufrates bajando a la llanura.  
 Fatal y hermosa, y áspid entre flores,  
 a Harú y Manú perdió con sus amores. 65  
 Dios los echó del cielo,  
 y en Babel se quedaron  
 (¡cuántos por ti se quedarán en Babia!),  
 y allí, por distracción o por consuelo,  
 dicen que el arte mágica enseñaron; 70  
 por eso aquella gente fue tan sabia.  
 Si ángeles hay aún, hiédeles luego  
 con mil dardos de fuego,  
 y muéstrales que hay cielos en la tierra,  
 ya que tu amor del cielo los destierra, 75  
 y aun la mágica blanca te aseguro  
 que puedes enseñar, si es que te agrada;  
 cada palabra tuya es un conjuro,  
 un encanto eficaz cada mirada;

y si un suspiro de tu pecho brota, 80  
 volando sube por el éter vago  
 el alma más pesada, más idiota.  
 No tan ligero Suleimán el mago  
 se levantaba en su flotante trono,  
 y el infinito espacio recorría; 85  
 aves del cielo por dosel le daban  
 radiantes plumas, y con blando tono,  
 amorosas cantaban  
 al compás de la eterna sinfonía.

Madrid, 1854.

△▽

**A Gláfira, de dominó negro**

Preste el amor su idea △▽  
 al pensamiento, que en tu busca gira.  
 Quiero que el alma crea  
 que eres tú la beldad por quien delira.  
 Al través de la máscara vi un cielo: 5  
 vi la sonrisa con que tú sonrías;  
 néctar y aroma, en cáliz de rubíes,  
 brindabas a mi anhelo.  
 Eras, Gláfira, tú. Vi tu mirada,  
 que deleites augura. 10  
 Por el deseo el alma iluminada,  
 descubrió tu recóndita hermosura.  
 De tu voz el encanto  
 hirió mi pecho con tu voz fingida,  
 sentí en todo mi ser, sentí un quebranto, 15  
 inefable y más dulce que la vida.  
 Bajo el guante miré tu linda mano,  
 digna de acariciar los querubines,  
 formada, cual prodigio soberano,  
 de nácar, rosas, lirios y jazmines. 20  
 Ese espíritu leve,  
 que por tus venas rápido se agita,  
 y colora de púrpura la nieve,  
 entró en mi pecho, que de amor palpita;  
 espíritu sutil, que amor derrama 25  
 de la tierra en el seno,  
 y la cubre de flores, las estrellas



con mayor luz inflama  
 en el éter sereno,  
 al aire da las mariposas bellas, 30  
 los perfumes suaves,  
 el canto de los silfos y las aves.  
 Así renacen en el alma mía  
 juventud y poesía.  
 Como maná del cielo, tus amores 35  
 han de saber a cuanto el alma quiera;  
 filtro genial, esencia de mil flores  
 darán al alma, en verde primavera.  
 Si tú me amases, Gláfira, no hubiera  
 dicha igual a mi dicha. Sólo un beso, 40  
 un beso sólo de tus frescos labios  
 puede llevar el alma al paraíso,  
 darle en un punto, y, con mayor exceso  
 cuantas la mente de amorosos sabios 45  
 fingir delicias en el cielo quiso.  
 Nadie cual tú comprende  
 la inquietud de mi amor y devaneo:  
 de tus hermosos ojos se desprende  
 la luz do vive eterno mi deseo;  
 mágica luz, do veo, 50  
 cuando el color de la esperanza toma,  
 Musas, Gracias divinas,  
 y huríes oji-negras de Mahoma  
 con las peris danzar y las ondinas.  
 En tu blando regazo 55  
 tal deliquio mi espíritu gozara,  
 Gláfira, si tu amor me concedieras,  
 que, unido al tuyo por estrecho lazo,  
 ver la luz del Tabor imaginara,  
 la música oír de las esferas. 60  
 ¡Ay!, temo que no quieras  
 lograr conmigo el singular contento  
 que Amor promete a quien de amores sabe;  
 mas en tu egregio y claro entendimiento  
 entendimiento del amor bien cabe 65  
 y espero que perdones,  
 ya que no les des vida,  
 estas enamoradas ilusiones,  
 que me tienen el alma derretida.

Madrid, 1854.

## Al príncipe imperial de los franceses

*Accipe quod lacta tibia paudent luce sorores  
veridicum oraclum.*

### CATULO.

Si la virtud inescrutable y santa  
que a la humanidad mueve, y que la guía,  
a un alto fin de perfección, viniera  
a dar aliento a mi mortal garganta,  
y a desatar mi lengua en armonía, 5  
la gloria que te espera  
con fatídico canto anunciaría.  
Mas si profundo el cielo  
en tinieblas envuelve lo futuro, 10  
un auspicio feliz desgarrar el velo  
dando vigor al pecho mal seguro.  
¡Augusto Niño! Que tu dulce madre,  
como la madre de Luis Divino,  
te infunda su piedad y su terneza, 15  
te muestre de los cielos el camino.  
Luego el prudente y valeroso padre,  
te inspirará el saber y la entereza  
que a la discordia ahogó, venció el Destino  
y puso la corona en su cabeza. 20  
Sus pasos sigue tú: lleva de Francia  
a otras tierras las artes esplendentes;  
y no las armas, sino el blando imperio  
de las ideas, venza la arrogancia  
de rudas tribus y remotas gentes. 25  
¡Providencial misterio!  
Como al romper del día  
huyen las sombras, y se viste y dora  
de pura luz el firmamento hermoso,  
el Dios, que tanta empresa te confía,  
de la paz hace aurora 30  
con que ilumina tu natal dichoso.  
Y en vez de flores, su bondad rodea,  
orna y protege tu dorada cuna  
con verdes lauros que ganó en Crimea  
el valor de la Francia y la fortuna. 35  
Crece en el seno de la Paz, y cuando,  
al florecer en juventud lozana,  
sed de gloria te incite,

no sangrientas victorias anhelando  
en dura guerra insana 40  
impaciente tu afán se precipite.  
Ya vendrá la ocasión, ya vendrá el día  
en que combatir debas  
de valor y clemencia dando pruebas  
y el monstruo encadenar de la anarquía, 45  
monstruo más fiero que la sierpe alada  
cuya sangre con alta valentía,  
vertió en la Libia, de Guzmán la espada.  
El monstruo del Averno  
que en vano cerrar quiso 50  
la oculta senda por do el Ser Eterno  
lleva la humanidad al Paraíso.  
Pero borrada ya la última huella  
de la maldad humana,  
resplandeciente lucirá tu estrella 55  
sobre la Francia, de seguirla ufana.  
Italia, entonces, y mi patria hermosa,  
del desmayo letal que las humilla  
se alzarán a la esfera luminosa.  
Italia, donde brilla 60  
la luz celeste, que a la tierra unida  
hizo temblar con saludable susto;  
España, que domando la sañuda  
mar con pecho robusto,  
llevó esa luz y sus doctrinas grandes 65  
del Catay fabuloso hasta los Andes.  
Amorosa lazada,  
y no interés ni torpe granjería,  
una a las tres benéficas naciones;  
y terminen la empresa comenzada, 70  
y difundan por todas las regiones  
la libertad, el bien y la armonía.  
No es del poeta ensueño mentiroso.  
Esta misión el cielo nos depara,  
y el volver de los siglos silencioso. 75  
Ya las nieblas separa  
el sol de la verdad que va subiendo,  
de lo futuro el horizonte abriendo.  
Mira tú en él las leyes de la historia,  
y en cada uno de tus actos mira 80  
al altísimo fin que da la gloria,  
y el bien supremo a realizar conspira.  
Hunde en el polvo el trono de Darío,  
el Macedón audaz; del Eritreo  
pisa, y del Indo, la fecunda arena; 85  
y somete la tierra a su albedrío;  
pero ignora la ley que su deseo

a un fin y los destinos encadena.  
 De la Grecia y del Asia al choque rudo, 90  
 nuevo germen de bien brota, y divina  
 llama la de ser luego, y le ilumina  
 la Santa Cruz sirviéndole de escudo.  
 El fin a do tus pasos encamina  
 la sabia Providencia,  
 no como el hijo de Filipo, ignores; 95  
 de tu siglo, Señor, une a la ciencia  
 la fe de tus mayores.  
 La fama tuya eclipsará su fama.  
 Crece, pues, niño hermoso, a la sonrisa  
 responde de la madre, que te ama; 100  
 y apenas llegue, débil e indecisa,  
 la razón en la infancia a herir tu mente,  
 como guardó Alejandro en copa de oro  
 el homérico canto sorprendente,  
 que a combates provoca, 105  
 guarda en ella y coloca  
 de los dogmas cristianos el tesoro.

Madrid, mayo de 1856.

△▽

### Saudades de Elisena

*Souvent femme varie:*  
*bien fol est qui s'y fie.*

EL REY FRANCISCO I.

I

En la siempre deseada 6  
 del amor noche sombría,  
 en aquella estancia tuya,  
 tan abrigada y tan linda;  
 cuando la cándida nieve 5  
 en densos copos caía,  
 y daba el hielo a las calles

alfombra resbaladiza,  
 ¡cuán apacibles coloquios,  
 qué juvenil alegría, 10  
 qué canciones me cantabas,  
 qué ternuras te decía!  
 Yo robaba de tu boca  
 la canción aun no nacida.  
 Tú las lisonjas de amante 15  
 sofocabas en la mía.  
 Nunca con mayor esmero,  
 nunca con mayor delicia  
 representaste en los dramas  
 amorosas heroínas; 20  
 no para fingir amores  
 fue tu talento de artista,  
 sí para darles la gala  
 y encanto de la poesía.  
 Una palabra, un suspiro, 25  
 una suave caricia  
 el poema de tu alma  
 realizado transmitían.  
 Tu aliento, tu puro aliento  
 era espíritu de vida; 30  
 luz del cielo tu mirada,  
 lampo de amor tu sonrisa.  
 Cuando pasabas tu mano  
 por mis cabellos suavísima,  
 más que Thalberg y que Listz, 35  
 si en el piano se inspiran,  
 despertabas en mi alma  
 una celeste armonía,  
 como el amor misteriosa,  
 inmensa como mi dicha. 40  
 Forjaba entonces mi mente  
 imágenes tan divinas,  
 que dieran gusto y espanto  
 si yo acertase a escribirlas.  
 Allí flores más hermosas 45  
 que la *Victoria regina*,  
 allí más gratos aromas  
 que en Pancaya y en las Indias,  
 y los amores bailando  
 con las musas y las ninfas, 50  
 el Olimpo, y el Walhala,  
 y los palacios de Indra,  
 y de Aladino la lámpara,  
 y los jardines de Armida.  
 El alma se evaporaba, 55  
 y en el éter se perdía,  
 y cruzaba el mundo todo

como una eléctrica chispa.  
 En las regiones aéreas,  
 do mi alma discurría, 60  
 se bañaba en claros mares,  
 en ondas tan cristalinas  
 cual diamantes, como el oro  
 puras, dulces como almíbar,  
 y frescas como una rosa, 65  
 y como la plata limpias.  
 ¡Ay! Cuando de estos viajes  
 tornaba la peregrina,  
 sobre tu cándido seno  
 me la encontraba dormida. 70

## II

¿En qué pecó el alma,  
 gentil Elisena,  
 que del paraíso  
 así la destierras?  
 ¿Qué amor tuvo el alma, 75  
 qué objeto, qué idea,  
 ni qué pensamiento  
 que tuyo no fuera?  
 Lejos de ti el alma,  
 es un alma en pena, 80  
 que entrevió la gloria  
 sin quedarse en ella.  
 Cual pasan las flores  
 de la primavera,  
 pasaron mis dichas, 85  
 que en duelo se truecan:  
 ricé con los labios  
 las ondas serenas,  
 hollé venturoso  
 la rueda tercera, 90  
 herí con la mano  
 del cielo las puertas,  
 no agosté las flores  
 y aspiré la esencia;  
 mas ya para mí 95  
 la fuente se seca,  
 la flor se marchita,  
 se borra la senda,  
 se eclipsa de Venus  
 la nítida estrella. 100  
 El alma de amores  
 herida se queda,  
 de cariño ansiosa,

de gloria sedienta.  
¿Por qué así la tratas? 105  
¿Por qué así la dejas?  
¡Ay!, yo adoré en cifra  
en ti una caterva  
de humildes zagalas  
y nobles princesas. 110  
En cifra adoraba  
en ti la modestia,  
hermosura, gala,  
virtud, inocencia,  
que tal vez los cielos 115  
benignos te dieran,  
que tal vez fingiste  
con arte en la escena.  
Amor en que tantos  
amores se enredan, 120  
¿qué mucho que dure  
y eterno parezca?  
Tú para mí fuiste  
siempre varia y nueva;  
yo para ti el mismo 125  
de continuo era.  
Si fuiste inconstante,  
es porque te cercan  
boyardos de Rusia,  
lores de Inglaterra, 130  
y grandes de España,  
y mirzas de Persia;  
que tus gracias ríen,  
tu desdén lamentan,  
tu beldad alaban, 135  
tu ingenio ponderan,  
adulan tu orgullo,  
y tu amor anhelan.  
De mí te olvidaste,  
ufana y soberbia; 140  
mas son infundados  
mi encono y mi queja.  
Debió solamente  
causarme sorpresa  
que en medio de tantas 145  
personas egregias,  
del género humano  
magnífica muestra,  
compendio de toda  
la pompa terrena, 150  
mi obscura persona  
amor te infundiera,  
fugaz como sombra,

sutil como niebla.

### III

Elisena, ¿fue tu amor un veleidoso capricho, o fue bello, noble y grande como el amor de tu amigo? Tú no sabes la amargura que, al recordar tus hechizos, ora derrama esta duda en el pensamiento mío.	155
Si el pensamiento se viese de esta amarga duda limpio, diera el dulce bien pasado al desdén presente alivio.	160
Orgullosa y satisfecha de que me hubieses querido, renovando en mi memoria la dicha del paraíso, tal vez calmara la pena, la pena que da tu olvido, de tu efímera ternura el recuerdo peregrino.	165
Entonces yo imaginara que inflamé tu pecho frío, y que logré conmover esas entrañas de risco, y suscitar en tu alma un amoroso delirio;	170
amor que si en un momento se ha transformado en desvío, concentrándose en mi mente en un deleite infinito, en un sublime recuerdo, en un eterno martirio, fuera infierno y gloria, fuera galardón y sacrificio.	175
Mas ¿cómo adorarte diosa, que en corazón me finjo, cuando de tu ser humano me da la memoria aviso? ¿Cómo soñar que, llevado sobre las alas de un silfo, de tu amor y tu hermosura subí a gozar al empíreo?	180
Es cierto que con presentes no encadené tu albedrío, ni me dejaste por pobre	185
	190
	195



ni me quisiste por rico;	200
es cierto que te ofrecieron	
gargantillas y zarcillos	
de diamantes y de perlas,	
esmeraldas y zafiros;	
que te brindaron de seda	205
y de encajes con vestidos,	
con chales de cachemira,	
con cebelinas y armiños;	
y es cierto que esos tesoros	
tu orgullo aceptar no quiso,	210
y que aceptaste mis flores,	
mis versos y mis suspiros.	
Mas mi corazón guardaste	
de tu hermosura cautivo,	
diciendo: «Para mi triunfo	215
un corazón necesito;	
porque corazón no tienen	
los que me cercan rendidos,	
y de sus joyas y galas	
no me envanezco, y me río».	220
Y atormentaste mi alma	
y turbaste mis sentidos,	
y con tus besos me diste	
un emponzoñado filtro.	
Desde entonces, Elisena,	225
es adorarte mi sino,	
y hasta vana y desdeñosa	
te adoro y no te maldigo.	

#### IV

El corazón libre,	
libre el pensamiento,	230
en busca de amores	
volaban al cielo.	
Ternura infinita	
sentía mi pecho	
por un infinito	235
misterioso objeto,	
pudorosa ninfa	
de gracias modelo.	
Fantástica maga,	
divino portento,	240
un ser fabuloso,	
un serafín bello	
yo amaba tan sólo,	
y allá en lo secreto	
del alma le daba	245

altares y templo;  
 de amores vulgares  
 juzgábame exento.  
 Mas cuando ya el alma  
 remontaba el vuelo, 250  
 otra vez a tierra  
 cayó sin aliento,  
 presa en la suave  
 red de tus cabellos,  
 herida de muerte 255  
 por tus ojos negros.  
 La riqueza entonces  
 de mi amor inmenso,  
 las nobles creaciones  
 del fácil ingenio, 260  
 la luz que ilumina  
 y dora mis sueños,  
 del alma profundos  
 y vagos misterios,  
 en tu beldad pusieron, 265  
 ciñéndola en torno  
 cual cinto de Venus.  
 Por eso del alma  
 tuviste el imperio,  
 tu amor me dio gloria, 270  
 tu desdén infierno.  
 Sin ti yo pensaba  
 que el mundo era un yermo,  
 los astros oscuros,  
 los hombres espectros. 275  
 Contigo en verano  
 trocaba el invierno,  
 las nubes más tristes  
 en claros luceros,  
 en vastos jardines 280  
 los mares de hielo,  
 en flores las nieves,  
 en lindo lo feo.  
 No extrañes si ahora,  
 al ver que te pierdo, 285  
 perdidos tesoros  
 del alma lamento.  
 Por amor el alma  
 dio paz, dio sosiego,  
 libertad y vida 290  
 trocó por un beso.  
 Muerta la esperanza  
 y vivo el deseo,  
 ¡cuán tarde conoce  
 el alma su yerro! 295

Mas no, no te jactes  
del daño que has hecho,  
ni temas mi encono  
ni esperes mi ruego.  
Lo que yo en ti amaba 300  
en tí ya no veo;  
eres tú la diosa  
que adoro tan ciego.  
La diosa que adoro  
no vive en el tiempo; 305  
sus pies inmortales  
no tocan el suelo.

San Petersburgo, 1857.

△▽

### Correo extranjero

De regiones extrañas y distantes 460  
△▽

hay nuevas por el último correo,  
no menos lisonjeras que importantes:  
por dondequiera habrá fiesta y jaleo.  
¡Qué cenas se preparan, qué festines, 5  
bastantes a colmar todo deseo!

En la China los mismos mandarines,  
si no adorando, respetando a Cristo,  
de nidos se hartarán de colorines:  
de gusanos de seda harán un pisto, 10  
y fumarán, merced a la Inglaterra,  
opio barato, con furor no visto.

En la India, si bien están en guerra,  
ha de haber suspensión de hostilidades,  
y paz por cuatro días en la tierra: 15  
y se solazarán en las ciudades  
juntos con los cipayos los ingleses,  
con más amor que en otras Navidades.  
Descubrirán al cabo los siameses  
que el elefante blanco no es divino; 20

calcularán mejor sus intereses,  
 y en vez de amar a numen tan mezquino,  
 armados de cuchillo y de caldera  
 (cual la fábula cuenta del cochino),  
 darán al blanco bruto muerte fiera; 25  
 el cual, en cochifrito succulento,  
 como si un tierno lechoncillo fuera,  
 ha de ser sabrosísimo sustento  
 del gran emperador Vicrapadonte,  
 de amazonas impávidas sin cuento, 30  
 y aun del sumo y terrible sacerdote,  
 que sobre el ara del nefando numen  
 con su alfanje segó tanto cogote:  
 si no sucede así que nos emplumen.  
 Ni será mala en el Japón la fiesta 35  
 porque es aquella gente de cacumen  
 y en todo su pericia manifiesta.  
 Tendrán los persas singular jolgorio,  
 y aunque pese al Corán y al Zend-Avesta  
 en las almas crearán del Purgatorio 40  
 y se hartarán de pavo y de turrone,  
 como el más fiel cristiano y más notorio;  
 y los antes heréticos jamones,  
 de Mahoma a despecho y de los Magos,  
 pasto darán a guebros y a santones. 45  
 Piensan echar los turcos muchos tragos  
 y turcas pillarán para ellos nuevas,  
 más fieles en su amor y en sus halagos.  
 Hasta en el suelo de la infausta Tebas,  
 gente que allí por su desgracia habita 50  
 ha de cenar embalsamadas brevas.  
 Y el más austero y místico eremita  
 (si acaso hubiere alguno en el desierto)  
 al instinto cediendo que le incita,  
 sin mesa, sin manteles, ni cubierto, 55  
 por no olvidar su austeridad del todo,  
 probará las manzanas del Mar Muerto,  
 que están rellenas de ceniza y lodo.

De ver será el tostado beduino  
 sobre el veloz coklán correr beodo, 60  
 y olvidando su secta y su destino,  
 saquear el templo santo de la Caaba,  
 sembrando por doquiera su camino  
 de pluma y huesos de engullida pava.  
 Y cerca del Cedrón que los pies besa 65  
 de la santa ciudad el turco esclava,  
 bajo la ancha tienda cubrirá su mesa  
 el errante israelita ya cristiano:  
 y con ansia, que excita y embelesa,  
 paz no dará a los dientes, ni a la mano. 70  
 Ni en las orillas del fecundo Nilo  
 faltará quien con brío sobrehumano  
 se engulla un escamoso cocodrilo,  
 dentro de la necrópolis medrosa,  
 a cuyas negras sombras pide asilo. 75  
 Mas, ¿qué mucho, si en zambra bulliciosa,  
 a son de tamboril y haciendo muecas,  
 del Níger en la margen calurosa,  
 de gato se hartarán, frutas secas  
 las razas por su pinta condenadas 80  
 a no tener ni libertad ni pecas?  
 Mas las que ya no están esclavizadas,  
 la gente negra que en Liberia habita,  
 ¡qué tortas ha de hacer y qué empanadas!  
 Natas habrá en Haití, y papa frita, 85  
 porque Soulouque, emperador haitiano,  
 ya a Baltasar, y ya a Nabuco imita,  
 y un banquete prepara soberano:  
 por no oler a sus grandes, ni a sí propio,  
 el comedor perfumará con guano. 90  
 Los indios del Brasil hacen acopio  
 de monos con arroz para la cena,  
 y de mate, mejor que el té y el opio,  
 y devoran también en Nochebuena  
 multitud de lagartos y tatúes, 95

y una serpiente boa, toda llena  
 de pavos mil, que allí llaman perúes.  
 Los indios no cristianos, envidiosos,  
 se cenarán sus propios manitúes.  
 ¡Qué espléndidos, qué alegres, qué famosos                   100  
 son los santos banquetes de este día!  
 ¡Qué dientes al presente tan ociosos!  
 ¡De cuán diversos puntos nos envía  
 noticias el telégrafo, flamantes,  
 que sorprenden y causan alegría!                                   105  
 Una de las pirámides gigantes,  
 las momias del Egipto se han cenado,  
 y se han vuelto a la tumba como antes.  
 Del elefante blanco ha regalado  
 Vicrapadonte al gran Mogol el cuero,                           110  
 lleno de rico vino delicado.  
 Nana-Saib ha caído prisionero:  
 los ingleses creyéndole becada,  
 en salmí se lo comen todo entero.  
 El *Leviatán* ha hecho una trastada,                               115  
 y se ha engullido ya cuatro vapores.  
 En fin: doquiera hay cena regalada;  
 mas la nuestra es mejor que las mejores.

Por el correo extranjero,  
 JUAN VALERA Y JOSÉ FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Madrid, 1857.

△

### Raimundo Lulio

Fragmentos

*Magia itaque omnem philosophiam,  
 phisicam et mathematicam complexa,  
 etiam vires religionum illis adiungit.*

CORNELIO AGRIPPA.

Doctrinam paudit Raimundus  
Lullius omnem cui Deus infundit  
scibile quidquid erat.

AUTOR DESCONOCIDO.

### Introducción

Santo Cristo de la Luz, Señor de cielos y tierra, llenad de fervor mi pecho y purificad mi lengua para que yo dignamente en vuestra alabanza pueda del gran Raimundo contar la milagrosa leyenda.	△▽	
Dad a mi espíritu alas de palomica ligera para que, salvando siglos, a los tiempos retroceda en que nació, del consorcio de la virtud y la ciencia, y de la fe y la razón, aquella santa lumbrera, apóstol de la morisma y campeón de la Iglesia; aquel sublime alquimista, mágico, mártir, profeta y doctor iluminado, de Mallorca prez eterna.		5
Veo, Señor, que me escuchas, pues ya mi espíritu vuela, y así como el caminante que se pierde en una selva, y en la soledad augusta que silenciosa le cerca el mundo pone en olvido y hasta el Empíreo se eleva, así mi audaz fantasía de lo presente se aleja y honda y reposadamente en lo pasado se interna.		10
Ya presencio la solemne y temerosa pelea que por aquel corazón, que por aquel alma egregia, centro de nobles impulsos, volcán de pasiones fieras,		15
		20
		25
		30
		35
		40

el ángel bueno sostuvo  
 con el rey de las tinieblas.  
 Ya descubro los caminos  
 y miro lucir la estrella,  
 y los reclamos suaves 45  
 oigo, que la Providencia,  
 para salvar a Raimundo  
 de la perdición, emplea.  
 Con rudas tribulaciones,  
 con amorosa violencia, 50  
 de su combatido espíritu  
 llama el Señor a la puerta;  
 y le visita con males,  
 y con dolores le prueba,  
 y en crisol candente, el oro 55  
 de sus virtudes acendra,  
 y hace que el alma cautiva  
 libre a los cielos se vuelva,  
 y que el mágico Raimundo  
 en un santo se convierta. 60  
 Bendito seas, Dios mío,  
 Tú que a la humana flaqueza,  
 para elevarse a tu altura,  
 das aspiración inmensa;  
 Tú dejastes que en el alma 65  
 feroces se combatieran  
 las encontradas pasiones  
 que al fin tu amor encadena.  
 El alma corre en tu busca  
 de felicidad sedienta 70  
 por un laberinto obscuro,  
 entre vanas apariencias;  
 pero tu fe la ilumina  
 y tu palabra la esfuerza,  
 y tu gracia, vencedora 75  
 del infierno, la penetra...  
 Bendito seas, Dios mío,  
 Tú que los monstruos sustentas  
 y das al león las garras  
 y a la serpiente la lengua, 80  
 destructor empuje al viento  
 y al mar indómita fuerza;  
 pones contraria tendencia  
 en los elementos todos  
 cual si fuese tu designio 85  
 el que se hiciesen la guerra;  
 y de este horrible combate  
 y de esta lucha tremenda  
 tu voluntad soberana  
 benéficamente crea 90



el concierto de los seres  
que en tu balanza resuena  
y la rápida armonía  
de las acordes esferas.

I

En la Catedral de Génova	95
al morir de un claro día,	
a los pies de un sacerdote	
una mujer hermosísima,	
con lágrimas en los ojos,	
de esta manera decía:	100
«Padre: su imagen aun guardo	
aquí en el alma escondida.	
La salvación de ese hombre	
me importa más que la mía.	
Hoy se cumplen veinte años	105
que huyó el cruel de mi vista:	
pero le tengo presente	
y vivo en la fantasía.	
Yo le lancé con desprecio	
y su ausencia me lastima	110
yo anhelé su indiferencia,	
y su indiferencia misma	
hiere mi orgullo y enciende	
la pasión que me domina.	
No sé si es amor o es odio,	115
pero pertinaz, continua,	
la memoria de aquel hombre	
es fuerza que me persiga.	
Siento su voz en mi oído	
y embelesados se admiran	120
mis ojos de la hermosura	
de su audaz fisonomía.	
Para vencer esta horrible,	
esta infernal pesadilla	
que hasta en sueños me persigue	125
y que el sosiego me quita,	
con ayunos y cilicios,	
oraciones y vigiliass,	
de la vejez apresuro	
la prematura venida.	130
Noches enteras orando	
en recóndita capilla,	
he pedido al rey del cielo	
que me libre de la vida	
o del recuerdo amoroso	135
que mi corazón cautiva.	

<p>Él vive lejos, muy lejos,  vagando en extraños climas;  y la fama de sus obras,  de sus obras inauditas,  más hermoso y más sublime  que en otros tiempos le vía,  le retraen a mi mente  y me renuevan la herida.</p> <p>.....</p>	<p>140</p>
<p>En la gran ciudad de Palma,  capital de aquella isla  que libertó el rey don Jaime  del poder de la morisma,  no muchos años después  de la gloriosa conquista,  nací, de uno de los héroes  que la conquistaron, hija.  A la edad de quince años,  a pesar de ser tan niña,  un genovés caballero  me hizo su esposa querida.  Era mi esposo atrevido  mercader que recorría  los mares en nave propia  con muchas mercaderías.  La fuerza de voluntad  con que yo le resistía  más orgullo del infierno  que virtud me parecía.  Galán, valiente, discreto,  tuvo a sus plantas rendidas  las damas más seductoras  que en Palma entonces había.  Sólo yo resistir supe  sus miradas encendidas  y sus palabras de fuego  y su imperiosa osadía.  Ni el santo temor de Dios,  ni una virtud peregrina,  ni el respeto de un esposo,  ni su honra sin mancilla  hubieran sido bastante  a salvarme de mí misma  y a no caer en sus brazos  con vergonzosa caída.  De mi entereza en auxilio  el orgullo combatía,  orgullo de verme amada  con la pasión infinita  que sólo a Dios debe darse</p>	<p>145</p> <p>150</p> <p>155</p> <p>160</p> <p>165</p> <p>170</p> <p>175</p> <p>180</p> <p>185</p>

de que era objeto yo misma.  
Soñaba yo que Raimundo  
con el alma me quería,  
que todo su corazón,  
todo su ser y su vida 190  
aprisionar yo lograba  
en cadenas diamantinas.  
Yo imaginé que aquel alma  
grande, poderosa, rica,  
era presa de mi amor, 195  
era esclava de la mía.  
Mi esposo estaba en la Fana  
y me dejó sola y niña,  
con abriles diez y siete  
y gran renombre de linda. 200  
A la Fana había ido  
a vender sus mercancías  
en nave propia y velera  
que los mares recorría.  
Desde un puerto de la Fana 205  
tuve de él nuevas noticias  
que otra nave genovesa  
a Mallorca me traía.  
Se internó luego mi esposo,  
llevado de su codicia, 210  
de su afán de ver más mundo  
y de su gran valentía,  
en la tierra misteriosa  
de los pérfidos escitas,  
y estuvo en el campamento 215  
del Kan, que el Asia domina,  
y que amenaza a la Europa  
del Volga desde la orilla».

.....

△▽

### A Catalina

Si la pompa y las galas que a tus ojos 5  
el universo ostenta,  
a serenar no bastan tus enojos,  
ni se reposa en él, ni se contenta  
tu inquieto y noble desear, encanto  
no busques ni beldad más peregrina

△▽

5

en los dulces favores de las Musas.  
 Cuanto columbra de perfecto y santo  
 mi mente, y adivina  
 del empíreo en imágenes confusas, 10  
 si de forma se viste,  
 al encarnarse en la palabra humana  
 pierde su ser y mancha su pureza.  
 En sí tan rica la creación subsiste  
 como el excelso origen de do emana, 15  
 pero no goza el alma su riqueza.  
 Transmitirla no pueden los sentidos,  
 ni abarcar de los seres la armonía.  
 La genial fantasía  
 sola guarda tesoros escondidos; 20  
 tesoros son que el alma misma crea  
 en su interior consorcio con la idea:  
 tesoros que, cual yo, no disipaste,  
 y en el cándido seno conservaste.  
 El amor que amó Psiquis allí mora 25  
 en toda su hermosura,  
 y el corazón te enciende y enamora,  
 y sale de su fuente limpia y pura,  
 como a la voz de Jámblico evocado.  
 Si pudiera mi espíritu contigo 30  
 llegar al templo del amor sagrado,  
 y de su gloria ser parte o testigo,  
 en un cántico nuevo rompería,  
 cual si en mí renaciera  
 la esperanza, esa flor de primavera, 35  
 fresca y lozana, cuando Dios quería.

△▽

### **Al Excmo. Señor D. Antonio Alcalá Galiano**

#### Carta dedicatoria

Con todos estos versos en la mano, 40  
 infeliz parto del ingenio mío,  
 que por ganar un nombre suda en vano,  
 imploro tu favor, querido tío,  
 y ya que celebrándolos me animas, 5  
 a tu benevolencia los confío.  
 Ni lo raro y difícil de las rimas,

ni la pompa y estrépito sonoro,  
 que tú no tanto como el vulgo estimas;  
 ni de transposiciones el tesoro 10  
 que a la dicción poética se ajusta;  
 ni el circunloquio y púdico decoro  
 con que la voz prosaica que le asusta,  
 envuelta en discretísima charada,  
 un buen poeta de encubrirlos gusta; 15  
 ni otros sublimes artificios, nada  
 recomienda la obrilla que publico,  
 con tu famoso nombre autorizada,  
 que no sin interés te la dedico.  
 Jamás en buscar símiles me paro, 20  
 si con perfecta claridad explico  
 lo que enturbie quizá si lo comparo.  
 Encontrar en iglesia luterana,  
 o en mis versos, imágenes, es raro;  
 y si alguna tal vez los engalana, 25  
 sin yo buscarla, entre los versos llega,  
 como arrastra en sus ondas flor temprana.  
 Raudo torrente que inundó la vega.  
 Mas cuándo hierve con furor divino,  
 y a excursiones fantásticas se entrega 30  
 mi fatigado espíritu mezquino?  
 Quizá en nuestra época de prosa  
 al llamarme poeta desatino.  
 A descubrir una verdad hermosa  
 no alcanza la razón; pero da muerte 35  
 a la amena ficción maravillosa.  
 No explica los misterios de la suerte  
 la razón ruda, y mata la creencia  
 que viva luz en las tinieblas vierte,  
 que al disipar las sombras sin esencia, 40  
 con su esplendor fecunda e ilumina  
 el yermo obscuro de la humana ciencia.  
 Escasa la beldad y peregrina  
 va por el mundo a la fealdad mezclada,

y el alma la depura y determina, 45  
y en sus tesoros e interior morada  
la viste refulgente y limpio arreo,  
con que sale a la luz ataviada.  
Muy semejante el pensamiento creo,  
en su hermosura, a la gentil doncella, 50  
que necesita de primor y aseo  
para que amable nos parezca y bella,  
pues la falta de ornato y compostura  
eclipsa la verdad, que luce en ella;  
así como la frase ingrata y dura 55  
de la poesía disminuye el precio,  
del pensamiento empaña la tersura.  
Aunque también lo que de suyo es necio,  
por más que se revista de primores,  
no podrá nunca merecer aprecio. 60  
Campo estéril que cubren muertas flores,  
vieja loca que gasta colorete,  
suelen los versos ser de mil autores.  
Mas al vulgo le agrada el sonsonete,  
y en habiendo palabras y ruido, 65  
en que haya sentimiento no se mete,  
ni le enfada lo falto de sentido.  
No digo yo que deba la poesía,  
su gracia y candidez dando en olvido,  
de continuo enseñar filosofía. 70  
Más allá de la ciencia volar debe  
en alas de creadora fantasía,  
do la razón a entrar nunca se atreve,  
allí la inspiración, allí el misterio,  
la cábala del arte hallarse debe. 75  
En balde con pesado magisterio  
los que siguen al cisne de Venusa,  
que en la aurora cantaba el Imperio,  
quisieron dar preceptos a la Musa,  
interpretando al sabio de Estagira 80  
con interpretación falsa y difusa.  
No las reglas, el cielo es quien inspira,

al par del pensamiento soberano,  
 la forma que éste a revestir aspira.

Hay en la forma un misterioso arcano, 85  
 que al docto preceptista desespera.  
 Encarnarse no puede en verso humano  
 lo que, viniendo de encumbrada esfera,  
 no se enuncia con frases ni describe;  
 mas se encarna en la forma de manera, 90  
 que el alma íntimamente lo percibe  
 en la vaga armonía seductora  
 del inspirado canto donde vive.

¡Ay! La poesía, que mi pecho adora,  
 vive también, y lo inefable y puro 95  
 con sus encantos manifiesta y dora.

Si no construye ya ciclópeo muro,  
 ni los delfines en la mar amansa,  
 el alma eleva al eternal seguro.

Ella es la fuente cristalina y mansa, 100  
 en medio del desierto desolado,  
 donde mi corazón bebe y descansa.

Consuelo de mi pecho enamorado,  
 única flor que en el vergel florece  
 cuando todas las flores se han secado. 105

El amor sin objeto no merece  
 nombre de amor; trocándose en tormento,  
 la paz turba, la dicha desvanece.

Y ¡qué ha de amar el corazón sediento!

Muerta está la beldad que ya adoraba, 110  
 y la patria también muerta lamento.

¿Dónde está ya mi patria, que se alzara  
 fuerte en Italia, respetada en Flandes,  
 que de la fe católica llevara

la santa luz y las doctrinas grandes, 115  
 o con la persuasión o con la guerra,  
 del Catay fabuloso hasta los Andes?

Sin cetro y sin laurel yace por tierra,  
 y en vano el vate lo pasado evoca,

y del olvido glorias desentierra. 120  
Pero no en vano, que a seguir provoca  
una ilusión ridícula y dañina,  
que va volviendo a mucha gente loca;  
a mucha buena gente que imagina  
que con la Inquisición y el fanatismo 125  
ha de evitar la patria su ruina;  
que al ver que ardían en el templo mismo  
en los campos la luz de la victoria,  
y en la ciudad la hoguera del abismo,  
quieren que retroceda nuestra historia, 130  
y, con la esclavitud y la ignorancia,  
devolvernos poder, y nombre, y gloria.  
Sólo cuando de nuevo la constancia  
se levantó, y el español coraje  
contra el empeño inicuo de la Francia, 135  
un poeta con ellos del linaje  
se levantó también de los Tirteos,  
y para rechazar el duro ultraje,  
allá sobre los altos Pirineos  
del hijo portentoso de Jimena 140  
reanimaba los miembros gigantesos.  
Mas condenó lo que imparcial condena  
la historia, sin llamar santa y prudente  
la vil hipocresía de la hiena.  
Hoy hacen los poetas que se siente 145  
el monstruo de los héroes en el cielo.  
¿Cómo la noble España lo consiente?  
¿Acaso faltarán a nuestro anhelo  
de recordar la gloria ya pasada,  
para estímulo no, para consuelo, 150  
nombres puros, virtud inmaculada?  
¿Habrá de ser infame la poesía,  
y la maldad atroz canonizada?  
No así el vate divino lo entendía  
que de Guzmán el Bueno y de Pelayo 155  
resucitó la nueva nombradía.  
Mas, en su edad, del secular desmayo



aun se alzó España, y exhaló, muriendo,  
 de su alta gloria el postrimero rayo.

De Trafalgar en el combate horrendo, 160  
 donde al britano concedió la suerte  
 el dominio del mar, do combatiendo  
 cerró tu ilustre padre, varón fuerte  
 amor de Urania y de la patria escudo,  
 gloriosa vida con heroica muerte; 165  
 allí, en Gerona y en Bailén no pudo,  
 ni en Zaragoza, ver el gran Quintana  
 la última gloria de su patria mudo.

Hoy tan sólo la Musa castellana,  
 sin más fruto que lágrimas, refiere 170  
 los claros hechos de la gente hispana;  
 y no porque la raza degenera;  
 que la raza que fue del orbe espanto  
 alienta y vive, aunque la patria muere.

Mas la poesía y entusiasmo santo 175  
 no logran en la edad en que vivimos  
 sacar a una nación de su quebranto.

Por ellos grandes y gloriosos fuimos;  
 vinieron a reinar los mercaderes,  
 y los nobles el cetro les cedimos. 180  
 Fabrica, España, agujas y alfileres,  
 tafetanes, percal y cotonía,  
 verás cómo el poder de nuevo adquieres.

Estudia la social economía,  
 no achicharres herejes, achicharra 185  
 al que ose no tomar tu mercancía.

Así de nuevo te alzarás bizarra,  
 y entonces yo y otros insignes vates  
 cantaremos con voces de chicharra  
 tus industriosos triunfos y combates: 190  
 las que juzgabas antes discreciones  
 entonces se tendrán por disparates.

Yo, entretanto, me iré por las regiones  
 fantásticas del libre pensamiento,

y me consolaré viendo visiones;	195
porque la falta de ilusión que siento,	
el propio desengaño es quien me inspira,	
y por él busco en el Parnaso asiento;	
por él es metafísica mi lira,	
y al cantar la hermosura y los amores,	200
metafísicamente ama y suspira.	
Estos versos sin gracia y sin colores	
son de mi primavera, de la calma	
y el amor que pasó, las pobres flores;	
y aunque no me han de dar lauro ni palma	205
por ellos, caro tío, ni dinero,	
antes que se marchiten en el alma,	
bajo tu amparo publicarlos quiero.	

Madrid, 1858.

△▽

### Último adiós

Quien por el hondo mar la patria deja,	△▽
cuando la luz expira,	
desde la nave en que veloz se aleja,	
con lágrimas de amor la patria mira.	
Y, tal vez, en su hogar los ojos para,	5
y en el campo y las flores,	
y el campo de que el viento le separa,	
en el viento le manda sus olores.	
El rojo sol le manda en sus reflejos,	
de la patria querida,	10
que va desvaneciéndose a lo lejos,	
la imagen y la triste despedida.	
Y se distinguen árboles y montes,	
casas y prado verde,	
hasta que todo en vagos horizontes	15

o en la confusa lóbreguez se pierde.

Y ya en la sombra de la noche hundido  
el fértil, patrio suelo,  
se oye de las campanas el sonido,  
y alza la vista el navegante al cielo. 20

Y la suprema luz de aquella obscura  
melancólica hora,  
y el vario paisaje la hermosura,  
que el resplandor de los recuerdos dora;  
y el aroma fugaz que trae el viento, 25  
y el sonar de los bronces,  
y toda la impresión de aquel momento,  
recibe y guarda el corazón entonces.

Así mi herido corazón recibe  
tu imagen hechicera, 30  
hoy que a tu lado el corazón aun vive,  
y palpita de amor por vez postrera.

Pero si el mar del mundo le arrebatara  
paz, juventud y amores,  
tú no serás a su cariño ingrata, 35  
y bálsamo darás a sus dolores.

Del que le hiciste involuntario daño  
sólo al amor se queja;  
lejos de ti le arrastra el desengaño,  
y en ti sus dulces ilusiones deja. 40

Mi corazón te pide una mirada;  
mírame sin enojos,  
y eternamente quedará grabada  
en él la luz de tus divinos ojos.

Será trasunto y celestial idea 45  
de mi soñada gloria;  
gentil cifra de amor que el alma crea  
y que indeleble guarda la memoria.

Talismán rico do escribió una maga  
benéfico conjuro; 50  
lámpara de oro que jamás se apaga,  
y arde en el seno de la tierra obscuro.

Y levantando entre ilusiones muertas  
sublime pensamiento,  
y en llanuras estériles, desiertas, 55

solitario y hermoso monumento.

Madrid, 1859.

△▽

### **Sin forma**

Nace del alma mía,

△▽

cuando tu voz simpática la hiere,  
una amorosa y dulce melodía  
que en lo profundo de mi pecho muere.

La luz inmaterial de tu hermosura,  
rayo de sol en tempestad oscura,  
mi espíritu serena;

5

virtud y gozo y esperanza siento;  
un incomunicable pensamiento  
de noble y alta inspiración me llena.

10

Si forma yo lograra

dar a la idea que de ti concibo,  
no tan sólo en mi canto fugitivo  
a ti la idea mística volara;  
con raro hechizo, con perenne vida,  
por números suaves detenida  
en mis versos viviera;  
mas quiere el arte detenerla en vano:  
idea y sentimiento sobrehumano  
suben sin forma a la celeste esfera.

15

20

Madrid, 1859.

△▽

### **Desengaño**

Redondas perlas que ciñen

△▽

tu hermoso y cándido cuello,  
diamantes que no deslumbran  
más que tus ojos serenos,

encajes, plumas y flores	5
que coronan tus cabellos,	
lazo que estrecha tu talle,	
ropas que velan tu cuerpo,	
guante de tu blanca mano,	
chapín de tu pie ligero,	10
limpia y venturosa holanda	
que, oculta, besa tu seno,	
ambiente que te circunda,	
luz que te baña, silencio	
que en torno tuyo difunden	15
la admiración y el afecto,	
leve fragancia de lirios	
conque embalsamas el viento,	
música de tus palabras	
co que enamoras los ecos,	20
mirada con que fulminas	
los corazones de acero,	
y mentirosa sonrisa	
conque me auguras el cielo;	
todo parece que guardas	25
allá en su escondido centro	
una promesa, un conjuro,	
un espíritu, un misterio.	
Se diría que tu alma	
tiende invisible su vuelo	30
y penetra y vivifica	
los materiales objetos.	
En tu sonrisa, imagino,	
y en tu mirar y en tu acento	
que el amor me da esperanza	35
y tu corazón el premio.	
Con mi corazón, entonces,	
en busca del tuyo vengo,	
y místicamente miro	
lo profundo de tu pecho;	40
mas sin hallar corazón	
ni ver al dios que venero,	
hallo tan sólo vacío,	
y en el vacío me pierdo.	

Madrid, diciembre de 1859.

## Ofrenda de los pastores

En el portal de Belén

△▽

están adorando al niño  
varios humildes pastores  
que le circundan rendidos.  
Su pobre y rústica ofrenda 5  
cada pastor ha traído,  
y al presentar al infante,  
le canta su villancico.  
Leña de encina y retama,  
porque se guarde del frío, 10  
llegó a ofrecer el primero,  
y de esta suerte le dijo:  
«Si los labios de Isaías  
el ángel santificó,  
abrasando su impureza 15  
con un ardiente carbón,  
tus ojos hermosos  
limpian, sin dolor,  
las manchas del alma  
con fuego de amor.» 20  
Después tres lindas zagalas,  
en ligeros canastillos  
de sutil mimbre flexible,  
y de varitas de olivo,  
olorosas pomas traen, 25  
y granadas y membrillos,  
y este dulce canto entonan  
al bello recién nacido:  
«Cual llama penetró, cual dueño habita  
en el alma tu amor desconocido; 30  
nadie sino la bella Sulamita  
tan delicado amor ha sentido.  
Cercadme de flores  
y pomas de olor;  
los ojos del niño 35  
me matan de amor.»  
Blanco pan ofrece luego  
un gallardo pastorcillo,  
y postrándose de hinojos  
dice al infante divino: 40  
«Si material alimento  
te ofrece pobre pastor,

tú das a su ser aliento y virtud al pensamiento para otra vida mejor. Con tu vida propia, ¡oh niño Jesús!, darás a la mía eterna salud.»	45
Una niña pequeñuela, vestida de blanco lino, tempranas violetas trae, perpetuos, cándidos lirios, y de alhucema y romero olorosos manojicos;	50     55
con sus amantes cantares penetra el alma del niño: «Den a tus vestiduras sus esencias más puras las hierbas y las flores; tú preserva mi infancia, préstala la fragancia de tus santos amores. Eres haz de mirra, niño, para mí; en mi pecho moras, el alma te di.»	60      65
Trae, por fin, el rabadán, sobre los hombros fornidos, de piel cerdosa y manchada un corpulento cabrito, con la robusta cerviz herida por el cuchillo. Tal fue la postrer ofrenda, y así cantó quien la hizo:	70      75
«Vara de Jessé florida que nos prestas nueva vida, luz del siglo venidero que a los hombres guiará; si immaculado cordero llevas las culpas del mundo; si a la muerte y al profundo vences, león de Judá; si das paz a toda gente; si huella por ti la dura cabeza de la serpiente la planta de una mujer, toma esta víctima impura	80        85

que nuestras culpas llevaba;  
y a de tu sangre las lava  
el misterioso poder».

90

Madrid, 1860.

△▽

### **El espejo**

#### Fragmento

Ha tiempo que los diablos un espejo  
hicieron, de tal modo,  
que en él de los objetos el reflejo  
lo transformaba todo,  
y a cuanto había de hermoso en la creación  
prestaba tal fealdad,  
que a los diablos daba diversión  
tan diabólica y rara novedad.  
A las aves y flores  
roba el espejo gracia y colores,  
las estrellas, al cielo,  
nubes de oro y carmín roba a la aurora,  
y si envilece así las cosas bellas,  
con más fealdad a la fealdad desdora.  
Obscureciendo así toda hermosura,  
hacen burla los diablos de la tierra  
y de toda pompa y galanura  
que en sus fecundos ámbitos encierra.  
Del hombre mismo, que de Dios imagen  
pretende ser, se burlan con más furia  
y le adornan de envidia y de lujuria  
y no hay vileza con que no le ajen,  
estampando en su forma material  
el sello de su vil naturaleza,  
y obscureciendo la ideal belleza,  
y eclipsando la nítida grandeza  
y el gran ser de su espíritu inmortal  
que presta a veces al semblante humano  
resplandor soberano.  
Mas, llenos los diablos de contento,  
no bastándoles burlas terrenales,  
se elevan en el viento  
y a las ricas moradas celestiales



la canalla infernal subir desea  
 con el espejo invento de Luzbel,  
 para que el mismo Dios se pinte en él  
 y su hermosura le parezca fea.  
 Muy ligeros subían  
 con el espejo entre las duras garras,  
 mas, peso tal sentían  
 al irse levantando a las alturas,  
 que, con las corvas uñas apretando  
 el borde del espejo, no le pueden  
 al cabo sostener, y al cabo ceden,  
 y cae el espejo rápido rodando,  
 y en la tierra se aplasta y pulveriza.  
 Pero mayores males la ceniza,  
 los átomos menudos del abismo  
 causan ahora, que el espejo mismo.  
 En sus alas ligeras los conduce  
 el viento, y del diablo los antojos  
 a veces introduce  
 algún átomo de éstos en los ojos  
 de un hombre desgraciado  
 que todo cuanto desde entonces mira  
 horror y asco le inspira,  
 fealdad, vicio y tristura,  
 viendo en virtud y gozo y hermosura.  
 Y si en su corazón penetra acaso  
 un átomo maldito del espejo.

.....

△▽

## A Jorge

### Oda

Lucieron ya los venturosos días  
 en que, para matar filosofías,  
 como Sansón mataba filisteos,  
 y a gentiles los fuertes macabeos,  
 y San Jorge al dragón centelleante,  
 otro Jorge arrogante  
 Jehová sacó de la imperial Sevilla,  
 y, en vez de lanza y de corcel fogoso,  
 le dio lengua y estilo poderoso  
 conque a todo orador rinde y humilla.  
 Este Jorge novel en la secreta,

△▽

5

10

donde estaba su espíritu sumido,  
 región del claro misticismo obscuro,  
 oyó una voz que dijo: «Sé poeta;  
 haz en el mundo vil mucho ruido, 15  
 y para la virtud ponte maduro».  
 Jorge, entonces, pulsó la ebúrnea lira  
 y cantó a la beldad por quien delira,  
 y, habiéndose ensayado  
 en el género erótico elevado, 20  
 se pasó a ser filósofo sublime,  
 y ya en el Ateneo,  
 peroró como Orfeo,  
 amansando las fieras cuando gime;  
 ¿qué digo cuando gime?, Jorge brama, 25  
 trueno, relampaguea;  
 su palabra, cual lluvia se derrama,  
 y profunda es la idea  
 que de su boca, con primor, chorrea  
 y, que el sediento vulgo aplaude y mama. 30  
 Los krausistas impíos le escucharon,  
 y de su secta al punto renegaron.  
 De Hegel los discípulos le oyeron,  
 y a sus plantas cayeron;  
 Camus y Castelar le veneraron, 35  
 y con risa epiléptica rieron.  
 Sabios, de *El Pensamiento* redactores,  
 coronaron su frente de mil flores,  
 y las vírgenes puras,  
 en cuya integridad Jorge se agrada, 40  
 dijeron en su elogio mil locuras  
 para imitar su inspiración sagrada.  
 Yo, que también le imito,  
 por alabarte aquí me despepito.  
 ¡Oh Jorge! Así quisiera 45  
 el cielo que mi fama compitiera  
 con la tuya, luciendo  
 hasta que el cielo, cual fecunda higuera,  
 cuyos higos pasados van cayendo,  
 los astros arrojase en el profundo 50  
 y a ser Nada volviese el ancho mundo.

△▽

### Interpretación de un sueño

Amor, bella Elisa, es

△▽

quien por ti los cielos deja  
 y enamorado se queja,  
 de hinojos puesto a tus pies.  
 Tú, que desnudo lo ves, 5  
 pudibunda y enojada  
 le das una puntillada  
 con el lindo borceguí  
 por *shocking*, falto *d'esprit*,  
 y bestia mal educada. 10

Mas, aunque el golpe le duela,  
 amor reconoce bien  
 que merece tu desdén  
 su poquísima cautela.  
 Y como vencerte anhela, 15  
 se viste de caballero,  
 con levita, con sombrero,  
 con corbatín y otras galas,  
 y, en vez de flechas y alas,  
 se proporciona dinero. 20

Ya su interior hermosura,  
 que encubre traje de moda,  
 hasta después de la boda  
 a mostrar no se aventura;  
 y bien vestida figura 25  
 en la Fuente Castellana,  
 coche haciendo la galana  
 Conchita de Citerea,  
 y que cada pichón sea  
 una yeguaza alemana. 30

Tu sencillo corazón  
 sólo así logra vencer,  
 porque tú no has menester,  
 más bella que una ilusión,  
 que te dé su cinturón 35  
 Venus, si Amor te propina  
 el oro y la perla fina,  
 la rica seda y la blonda  
 y el diamante de Golconda  
 y una excelente cocina. 40

Madrid, 1861.

## Elisa de paseo

<p>Famosa por su despejo, tremenda por sus conquistas, del sosiego de los hombres irresistible enemiga, por la Fuente Castellana ayer con su madre iba, sal derramando a puñados y gracia, la bella Elisa. La envidiaban las mujeres, los hombres la bendecían, los pollos alicortados se quedaban a su vista; las hadas que la dotaron de beldad tan peregrina, giraban en torno de ella con encantada sonrisa. Un ejército de amores invisibles la seguía, avasallándolo todo como Pizarro en las Indias. Las flores daban su olor al pasar la hermosa niña, los pajarillos cantaban, los árboles florecían; y por verla, y por copiarla en sus ondas cristalinas, brincan de amor las fuentes o murmuraban de envidia. Ella, como sol que nace, llevaba en la frente el día, luz en los ojos divinos y carmín en las mejillas. En la boca, entre un tesoro de coral y de perlas finas, panalito perfumado de dulce miel escondía. Al pasar yo junto a ella, fue tanta mi golosina, que me hubiera convertido en zángano o en avispa.</p>	<p style="text-align: right;">△▽</p> <p style="text-align: right;">5</p> <p style="text-align: right;">10</p> <p style="text-align: right;">15</p> <p style="text-align: right;">20</p> <p style="text-align: right;">25</p> <p style="text-align: right;">30</p> <p style="text-align: right;">35</p> <p style="text-align: right;">40</p>
---	---

**Romance**

Clara brillaba la luna, era la noche tranquila, el caballero vagaba solitario en la montaña.	△▽	
Buscando va a la doncella, cuya imagen peregrina vio en el espejo fadado que su madre poseía.		5
No sabe si la doncella ha muerto ya o está viva, si mora en aqueste mundo o en otros mundos habita.		10
Mas él está enamorado, y la busca noche y día; vivir no puede sin ella, sin ella no quiere vida.		15
A encontrarla o a morir determinado camina; el mundo por ella deja, la gloria por ella olvida.		20
Ni quiere tomar esposa, ni quiere tener amiga; ha tiempo que vaga, triste, por la soledad esquiva.		25
Vio a lo lejos, a deshora, brillar una lucecita; tomándola por su norte, a un castillo se avecina.		30
A las puertas del castillo llegó cuando amanecía. Con prodigioso silencio las puertas solas se abrían.		35
Todo en torno del castillo helado y muerto yacía. Ni cantan en el vergel ni vuelan las avecillas;		40
no murmuraban las fuentes, por conjuro detenidas; el aire, en hondo letargo, entre las flores dormía.		
A entrarse por el castillo el caballero se anima.		

Dueñas en él, silenciosas,  
 pajes sosegados mira; 45  
 harto conoce al mirarlos  
 que era todo hechicería.  
 Ni allí el rumor de sus pasos,  
 ni allí una mosca se oía,  
 allí el sonido faltaba 50  
 y el movimiento y la vida.  
 En una cerrada puerta  
 hay una leyenda escrita;  
 las letras eran de oro,  
 de oro lo que decían:  
 «Abre si tienes valor, 55  
 verás a la hermosa niña  
 en blando lecho de rosas  
 hace ya tiempo dormida,  
 con un amador soñando  
 que la suerte le destina. 60  
 Un beso ha de despertarla  
 de quien amores le inspira,  
 si otro a besarla llegase  
 muy caro le costaría.»  
 El caballero al instante 65  
 en el abrir no vacila,  
 abre y entra, y ve a la dama  
 que en el espejo veía,  
 en su encantado desmayo  
 más encantadora y linda. 70  
 El atrevido mancebo  
 va a besarla en la mejilla,  
 pero se encuentra la boca  
 y el beso allí deposita.  
 De muerta que estaba ella 75  
 con el beso quedó viva,  
 y aquel extraño silencio  
 se convirtió en armonía.  
 Las campanas del castillo  
 todas alegres repican, 80  
 vuelan moscas, cantan aves,  
 zumban abejas y avispas;  
 los pajes juegan y bailan,  
 charlan las dueñas y chillan;  
 el arroyuelo murmura, 85  
 las flores el aire agita,  
 se oyen las trompas de caza  
 y los caballos relinchan;  
 hasta el almirez resuena  
 en la remota cocina; 90  
 todo es fiesta y regocijo;  
 que el beso destruye y quita

los encantos de la muerte  
 con encantos de la vida.  
 Así fue desenfadada 95  
 la princesa de Palmira,  
 que, por ser muy desdeñosa,  
 malfadada se veía.  
 Casó con ella el mancebo  
 que de hechizos no temía, 100  
 y el hada, de los hechizos  
 fue de la boda madrina.

△▽

### Coplas

*El cuerpo me hiede a humo* △▽  
  
*y el corazón a puñales,*  
*y la sangre de las venas*  
*rabiando porque no sale.*  
 Cuando ir de aquí para allí 5  
 te diquelé, Rafaela,  
 con refajo de franela  
 amarillo y carmesí;  
 cuando fregando te vi  
 con aljofifas el suelo, 10  
 me convertí en caramelo;  
 que me incendiaste presumo,  
 pues mientras sigues cual hielo,  
*el cuerpo me hiede a humo.*  
 Y cuando vi al malagueño, 15  
 a ese bizco endemoniado,  
 a quien oyes con risueño  
 semblante, y que como dueño  
 entra en el coto vedado,  
 al alma mía le distes 20  
 mil fatiguillas mortales,  
 y al alma suya confites;  
 pero el cuerpo le expusistes  
*y el corazón a puñales.*  
 Si no apartas tu querer 25  
 de este bizquillo blandengue,  
 acaso yo le derrengue,  
 que no me sé contener.

¿No me ves en tu poder,  
cautivo de tus cadenas? 30

¿Quieres, flor de las morenas,  
matarme de un sofocón,  
y que ardan mi corazón  
y *la sangre de mis venas?*

No sabes lo que te quiero, 35

lo que me das de cuidados;  
por ti me pirro y me muero,  
que se te errama el salero  
por todos cuatro costados.

¿Quién hay en quererte bien 40  
que a mi corazón iguale?  
Frito le tiene el desdén,  
como buñuelo en sartén  
*rabiando porque no sale.*

△▽

### A María

Tendió mi alma enamorada el vuelo 40

en la noche serena,  
por la extensión del adormido cielo  
buscando la deidad que me enajena.

En el centro evoqué del bosque umbrío 5

su aparición divina;  
vi su llanto en las perlas del rocío,  
su mirada en la estrella matutina.

Fijé con ansia de la fuente pura  
en el cristal los ojos, 10  
y la imagen vi en él de su hermosura  
sin velo, sin desdén y sin enojos.

Y pensé oír la mística armonía  
de la creación entera,  
y me infundieron dulce poesía 15  
el alba y la apacible primavera.

Responder parecían a mi acento  
el agua en sus murmullos,  
en su delgada voz el manso viento,  
la paloma en sus lánguidos arrullos. 20



Así, en la primavera de mi vida  
sentí y encontré amores  
en la remota luz y en la escondida  
alma de las estrellas y las flores.

Ora en el mundo, para mí desierto, 25  
falta la vida arcana;  
las ondinas y sílfides han muerto;  
murió toda existencia sobrehumana.

Ni la brillante mensajera leve  
en el iris se posa, 30  
ni la rueda de amor Ciprina mueve,  
ni besa a Endimión la casta diosa.

El eco no repite mi suspiro,  
mustias las flores veo;  
vagan los astros en callado giro. 35  
¿Do habrá el ser que responda a mi deseo?

Tan sólo en ti, bellísima María,  
tal vez amor encierra  
y me guarda la gloria y la poesía  
que me robó del cielo y de la tierra. 40

Si eres, pues, de los sueños que yo adoro  
manantial suave,  
mi vida enlaza con tu crencha de oro  
y de mi corazón toma la llave.

△▽

### A Blanca Rosa

¡Oh, quién pintar supiera 40  
la dulce primavera  
de tus floridos años,  
tu gracia y tu candor!

Amargos desengaños 5  
roban el alma mía  
luz para la poesía,  
hechizos y color.

¿Qué gloria, qué hermosura

que de tu alma pura no guarde el santuario podré mostrarte yo? Con afán temerario, su ya cansado vuelo	10
a tu espléndido cielo mi fantasía alzó.	15
Mas si hasta allí volara,  a la deidad preclara, ¿qué ofrenda peregrina pudiera presentar?	20
Cual antorcha mezquina en la radiante esfera del sol, cual perla fuera en el índico mar.	
Porque, al mirarte ahora,	25
de la vida en la aurora, esperando un risueño dorado porvenir, no hay celestial ensueño ni poesías divinas	30
con las que tú imaginas que logren competir.	
En tus dormidos ojos,  sobre tus labios rojos, de tu semblante bello	35
en la noble expresión, aparece el destello de la poesía arcana en que vive y se ufana	
tu virgen corazón.	40
Si la pradera verde  que su frescor no pierde, y el ancho soto umbrío que suele guarecer	45
en el ardiente estío al sediento viajero, del oculto venero indicio pueden ser.	
Tu severa mirada,  tu frente despejada,	50
tu sonrisa, y el puro carmín de tu rubor, dan indicio seguro del bien que hay en tu seno	

de pesar libre, lleno de inocencia y de amor.	55
Con tan rico tesoro máspreciado que el oro, con ese de poesía limpio manantial, ¿cómo competiría mi espíritu agotado? ¿Cómo el invierno helado con la pompa vernal?	60
No nace en el desierto de mi corazón yerto una flor solitaria que poner a tus pies. Trocáronse en plegaria mis alegres canciones, fuente de inspiraciones mi dolor sólo es.	65
¿Por qué mis versos quieres, si tú poesía eres, Blanca Rosa temprana, espíritu gentil? La luz de la mañana en tu mirada brilla, adorna tu mejilla la gala del abril.	70
La flor que te embelesa, el aire que te besa, la luz que te circunda, la noche, el cielo, el mar, la luna moribunda, las pálidas estrellas con mil poesías bellas te quieren regalar.	75
Préstales grato oído, y el profundo sentido del inefable canto vendrás a comprender, y en tan sublime encanto tu mente embebecida, gozará nueva vida y mágico placer.	80
Y a la vaga armonía que amorosa te envía	85
	90
	95

en la estación amena  
la rica creación, 100  
de fe y deleites llena  
responderá tu alma,  
convertida tu calma  
en dulce agitación.

Así, cuando la aurora 105

de rosicler colora  
el oriental zafiro,  
los bosques y la mar,  
en lánguido suspiro,  
perfumes dan las flores, 110  
las aves tus amores  
se ponen a cantar.

Madrid, 1863.

△▽

### A Genoveva

Si el sol de primavera △▽

en la pradera posa  
la mirada amorosa,  
florece la pradera.  
Si tu beldad quisiera 5  
en mí suavemente  
posar la refulgente  
luz de tus ojos bellos,  
infundiera con ellos  
la poesía en mi mente. 10

Pues si nacen las flores  
del sol al vivo rayo,  
y en las noches de mayo  
vuelven los ruiseñores  
a cantar sus amores, 15  
bien tu mirar podría  
volverme la poesía  
a su antigua morada,  
desierta y olvidada  
dentro del alma mía. 20

Así tan sólo creo

que tendría mi canto de tu ser el encanto, esfera del deseo;	
la que en tus ojos veo	25
simpática dulzura, los que en tu boca pura destila, cuando ríes en perlas y rubíes aromas y frescura.	30
Acaso yo lograra cifrar en mis canciones las bellas ilusiones que tu mirar declara; y el candor, y la rara	35
discreción que revela, y las dichas que anhela tu alma pudorosa, y aquella luminosa región por donde vuela.	40
Diera el ingenio mío entonces, Genoveva, maravillosa prueba de su elegancia y brío;	
¡mas yo propio me río del imprudente ruego!	45
¿Quién me asegura luego, al sentirme inspirado, de no morir quemado en tan hermoso fuego?	50

Madrid, 1863.

△▽

### Cumpleaños de Blanca Rosa

El sol con más viva llama	△▽
el aire dora y fecunda, y ya sus lazos de hielo el arroyo desanuda; retrata en limpios cristales las estrellas y la luna,	5

y fértiles prados riega por donde corre y murmura. Ya la golondrina errante su antigua morada busca,	10
y ya vuelve el ruiseñor a cantar en la espesura; salpicada con aljófara del rocío o de la lluvia, cubre y tapiza los campos la verde hierba menuda.	15
A fresco búcaro huele la tierra, cuando se enjuga. Ora nacen, cual primicias del amor, la linda y pura flor del almendro temprana	20
que la primavera anuncia, y la púdica violeta que entre las hojas se oculta. Así nació Blanca Rosa,	25
como la violeta púdica, como la flor del almendro, prenda de amor y ventura.	

Madrid, 1864.

△▽

### A Melisa

A las cuatro, mañana te espero, vida mía.	△▽
Por nuestro amor te pido que acudas a la cita. Imaginar no puedes cuánto me martiriza	5
el esperar en balde tu anhelada venida. Desasosiego extraño todo mi ser agita,	10
dos o tres horas antes de la hora convenida. No da tantos paseos en su jaula la ardilla;	15
no corre más un toro,	

si el tábano le pica.  
 Inútil es que piense  
 sino en lograr la dicha  
 de recibirte, y luego  
 besarte en las mejillas, 20  
 que la emoción y el susto  
 con púrpura matizan  
 y a la que da frescura  
 el aura vespertina.  
 No leo, si te aguardo, 25  
 porque las letras brincan,  
 y donde decir deben  
*Dios o filosofía,*  
 dicen *amor, abrazos,*  
 y *besos* y *Melisa.* 30  
 No sé escribir tampoco,  
 porque la mente mía  
 el discurso y las frases  
 concertadas olvida,  
 y tan sólo recuerda 35  
 la obscura letanía  
 o la inarticulada  
 confusa retahíla  
 de suspiros y ayes  
 que la pasión nos dicta: 40  
 rudimentos fecundos  
 de la lengua divina,  
 que más tarde sabremos  
 en la región empírea,  
 al gozar con los ángeles 45  
 de la visión beatífica.  
 En fin, cuando te espero,  
 la duda me atosiga:  
 los celos, si te tardas,  
 me matan y la ira; 50  
 y siento, si no vienes,  
 honda melancolía.  
 Pero, si al cabo oigo  
 sonar la campanilla,  
 me parece que suena 55  
 la célica armonía.  
 Vuelo a la puerta, abro,  
 y al verte tan bonita,  
 con tu mirar de fuego  
 y tu blanda sonrisa, 60  
 enamorada el alma  
 a tus plantas se inclina,  
 y agradecido beso  
 hasta el polvo que pisas.

Madrid, abril de 1867.

△▽

**Al mirar tus ojos**

Sueño, al mirar tus ojos, que suspiro

△▽

en dura cárcel. Por estrecha reja  
cielos y montes enriscados miro;  
un limpio lago su beldad refleja.

Flores, menuda hierba, bosque ameno

5

forman el cerco del hermoso lago:  
ni ondas riza en su faz ni da a su seno  
inquietud o rumor el aire vago.

Aquel silencio en soledad arcana,

a contemplar y a comprender incita  
césped, árboles, montes, flor temprana,  
ambiente claro y bóveda infinita.

10

Con difusos rubíes y con oro

de los cerros el sol ciñe la frente  
pero su oblicuo resplandor ignoro  
si emana del ocaso o del Oriente.

15

Tal vez al alba allí guarden cautiva

benignas hadas entre lindas flores;  
allí tal vez perpetuamente viva  
la lozana estación de los amores.

20

Vuelvo a mirar tus ojos con profundo

mirar, y el pensamiento se figura  
que el lago en su cristal retrata el mundo  
con más rara beldad, con luz más pura.

Todo mejor en su tranquilo espejo:

25

más armónico todo y delicado,  
copia torpe es el mundo. Es el reflejo  
de inasequible perfección dechado.



### Arcacosua<sup>3</sup>

Poema euskero, místico y picante

<p>Orlas de espuma cándida y rizada formaba el onda apenas de la playa al tenderse en las arenas. Entre nubes velada, la luna iba bordando con fulgor argentino los árboles, las peñas y las flores; y sobre el haz del agua rielando, comunicaba encanto peregrino al mar, al aire, al valle y los alcores. Lenta y vaga la brisa entre robles y acacias suspiraba, dando a las hojas leve movimiento. Con blanda voz sumisa el mar se querellaba, y con sumisa voz gemía el viento. Desvaneciendo su perfil altivo, su diadema ocultando de castaños, y de espontáneo helecho primitivo, como en pliegues extraños de ceniciento velo, los montes en la niebla se envolvían: pocas estrellas pálidas rompían la obscuridad del adormecido cielo. El monótono son acompasado de aura tan mansa y mar tan sosegado, más que el silencio mismo, convidaba al reposo y al sueño. Yo tan sólo velaba, que el pensamiento de mi mente dueño con despiadado empeño en no cerrar mis ojos se obstinaba. Miraba yo la patria esclarecida del indómito vasco armipotente, do antigua y santa libertad se anida, do presta al cuerpo robustez y vida el sano, puro y campesino ambiente; do tienen su morada la sobriedad, la rústica inocencia y las costumbres de la edad de oro: donde el aura vital no está viciada; donde las dudas de profana ciencia de ilusiones no roban el tesoro. Temiendo que el tesoro se perdiera,</p>	<p>△▽</p> <p>5</p> <p>10</p> <p>15</p> <p>20</p> <p>25</p> <p>30</p> <p>35</p> <p>40</p>
---	--

dije, dando un suspiro: 45  
«¿por qué el suelo que miro  
ha de hollar tanta gente forastera?  
¿Por qué el desocupado cortesano  
ha de venir aquí cada verano?  
Graves negocios y placer impuro 50  
abandona en la corte, y se encamina  
de Guipúzcoa al pacífico seguro  
que con galas y vicios contamina;  
desprecia la sardina,  
el rubio corrocón, la tenue angula, 55  
y la rica borona succulenta;  
sueña con la exótica cocina,  
que sólo ya su melindrosa gula  
y su embotado paladar contenta.  
¡Ay! ¡Cuánto mi recelo se acrecienta 60  
de que estas sucesivas invasiones  
han de viciar aquí los corazones!  
Pronto, quizá, del madrileño el trato  
traerá mil peligrosas novedades:  
la zagala tal vez de más recato 65  
a ser vendrá terrible *cocodeta*;  
por el can-can se olvidará el zorcico,  
vencerá a la pelota la ruleta  
y modas de París habrá en Motrico.  
¡No permitan los cielos 70  
que se cumplan jamás tales recelos!  
¡Oh, númenes! ¡Oh, genios tutelares  
de los hijos robustos de Vasconia,  
proteged sus hogares  
contra disgustos, vicios y pesares 75  
que vienen de Madrid con la colonia!»  
No bien mi soliloquio concluía,  
cual si acudiese pronta a mi conjuro,  
una visión lindísima y graciosa  
vi que, tomando cuerpo, por el puro 80  
aire hacia mí venía,  
y en el andar reconocí a una diosa.  
Cual vence a la tortuga perezosa  
el cóndor, que por cima  
del ingente Sorata se sublima, 85  
y en sus nieves eternas  
abate el vuelo y un instante para,  
vence la esbelta ninfa a la Pinchiara  
en ligereza y en vigor de piernas.  
La extensión que de un brinco salvar puede, 90  
sin violentarse y sin hacerse daño,  
mil veces al tamaño  
multiplicado de su cuerpo excede.  
Era la vestidura

de la ninfa gentil bastante obscura; 95  
del color de la pasa de Corinto;  
mas tenía metálicos fulgores,  
y tornasol distinto,  
y visos y cambiantes seductores.  
Todo la vista halaga 100  
de la luz al destello,  
y da envidia al más bello  
férreo dije del hábil Zuloaga.  
Ya la ninfa a mi lado  
así habló con acento almibarado: 105  
«Yo soy, yo soy la diosa protectora  
de esta región y del que en ella mora.  
Por el Amor del Caos fecundado  
no bien brotó la vida,  
de Guipúzcoa, mi tierra preferida, 110  
me mostré en la comarca;  
mas difundí al momento mis legiones  
por cuanto alumbró el sol y el mar abarca,  
colonizando incógnitas regiones,  
que no vieron Colón ni los Pinzones, 115  
y ejerciendo mis bríos  
en los climas templados y en los fríos,  
desde Bootes a la austral Corona  
y de la helada hasta la ardiente zona.  
Mas no pienses que vivo como en esta 120  
mísera tierra viven los humanos;  
naturaleza pródiga me presta  
para mansión feliz claustros arcanos.  
Tal vez de hermosa seda y fresco lino  
tiendas tengo y alcázar peregrino; 125  
montes tal vez esféricos paseo,  
amasados con leche y con claveles,  
que vida tienen y calor muy grato,  
olor, lustre y aseo;  
y tal vez por vergeles 130  
y cañadas y bosques me recato,  
do tropical vegetación germina,  
en que bambú dorado  
o negro como endrina  
sombrea el terso suelo sonrosado. 135  
Allí, si el labio ardiente  
aplicando, mi sed apagar quiero,  
de rubíes un círculo hechicero  
se forma, y en el círculo una fuente;  
y de la fuente mana 140  
tibio licor más rojo que la grana.  
No del Parapamiso  
como Soma en las faldas hacer quiso,  
o cual Baco en la India o en la Tracia,

quiero yo hacer la gracia	145
de darme cual bebida o alimento	
para regenerar al ser humano,	
y prestar a su espíritu sediento	
algo del ser divino y soberano;	
el hombre más se endiosa y más se eleva	150
si la divinidad su sangre prueba.	
Así hago, yo; y al <i>cocodés</i> canijo	
con esta transfusión desvelo y ardo,	
achicharro y aflijo;	
soy el bu de la gente de buen tono;	155
mas al hombre que viste paño pardo	
sólo dulces cosquillas proporciono.	
A la simple pastora,	
que los misterios del amor ignora,	
con mi comezoncilla suavemente	160
despierto los sentidos y la mente;	
o ya picando en sitios reservados,	
por el pudor ocultos y velados,	
excito a la pastora a que los vea,	
y en su propio donaire y hermosura,	165
merced a mi inocente travesura,	
ella inocentemente se recrea.	
En cambio, al perfumado señorito	
y a la dama alfeñique	
les causo el más incómodo prurito	170
y están siempre temiendo que les pique.	
Por tal arte consumo sus entrañas	
hasta que al fin se van de estas montañas.»	
Así dijo la ninfa. Luego vuela	
y vierte aroma por los aires puros.	175
Y en blanco lienzo primorosa estela,	
ristra o collar de glóbulos oscuros,	
de perlas negras, ónix y amatista,	
me deja, al alejarse de mi vista.	
Yo, henchido entonces de entusiasmo fiero,	180
mi cuerpo todo con las uñas hiero.	

Deva, septiembre de 1871.

△▽

**En un abanico**

¿Qué escribirá en tu abanico

△▽

la cansada musa mía?  
¿No eres tú de la poesía  
venero inexhausto y rico?

Bástele, pues, al liviano 5

azote del fresco viento,  
que le perfume tu aliento  
y que le estreche tu mano.

Y que su luz seductora

velando en él tu mirada 10  
le trueque en nube dorada  
por el fulgor de la aurora.

Madrid, 1873.

△▽

#### A Flavia

Al volver la primavera △▽

reverdece la pradera,  
y nacen lozanas flores;  
las aves cantan amores;  
brotó la vida doquiera. 5

Cuando la rosada aurora

difunde su luz amiga  
perfumes mil vierte Flora.  
Cuando el sol los campos dora  
maduran fruto y espiga. 10

Al rocío bienhechor

el cáliz abre la flor;  
y ostenta todas sus galas,  
si del céfiro las alas  
la acarician con amor. 15

Tú eres alba, sol, rocío,

primavera, aura vital;  
pero agostó el hado impío  
en el pensamiento mío  
el jardín de lo ideal. 20

En vano vierte su llama

el sol en estéril suelo,  
no le fecunda y le inflama;  
en balde perlas derrama  
allí compasivo el cielo. 25

La canora Poesía

de mi seno se apartó  
y, seca la fantasía,  
ni aroma ni melodía,  
ni flor alguna guardó. 30

Mas si el ingenio está incierto,

el corazón está vivo.  
Alba, sol, ven al desierto,  
que un oasis encubierto  
para albergarte apercibo. 35

Las que oculta mi amistad

en su centro, aves y flores  
de inenarrable beldad  
música darán y olores  
si alumbras su soledad. 40

Madrid, junio de 1873.

△▽

### Idilio

El plácido arroyuelo  
rompe el lazo de hielo,  
y desatado en onda cristalina  
fecunda la pradera. △▽

Flora presta sus galas a Ciprina;  
reluce Febo en la celeste esfera,  
y en la noche callada

la casta diosa a su pastor dormido,  
con trémulo fulgor, besa extasiada. 5

Del techo antiguo y a suspender su nido  
ha vuelto ya la golondrina errante; 10

dulces trinos difunde Filomena;  
el mar se calma, el cielo se serena;  
sólo Céfiro amante,

oreando la hierba en los alcores, 15

y acariciando las tempranas flores,  
con música y aroma el aire agita.  
En la rica estación de los amores  
amor en todo corazón palpita;  
pero en el alma del zagal Mirtilo 20  
halla perpetuo asilo.  
Allí ingenioso el dios labra un dechado  
de gracia encantadora,  
donde con fiel esmero ha retratado  
a Clori bella, a la gentil pastora, 25  
por quien Mirtilo muere.  
Clori, en tanto, amistosa y compasiva,  
quiere que el zagal viva,  
mas amarle no quiere;  
antes, dicen que piensa dar su mano 30  
a un rabadán anciano.  
Con celos el zagal su pena aumenta,  
y así en la selva oculto se lamenta:  
-¡Tú no sabes de amor, encanto mío!  
¡Ah! Tu ignorancia virginal te engaña. 35  
Seré merecedor de tu desvío,  
mas no comprendo la ilusión extraña  
que a dar tanta beldad te precipita,  
inútil don, tesoro inmaculado,  
a la vejez marchita. 40  
La amapola del prado  
no despliega la pompa de sus hojas,  
de púdico amor rojas,  
hasta que el sol derrama  
en su velado seno estiva llama; 45  
ni la rosa se atreve  
a abrir el cáliz entre escarcha y nieve.  
No censurara yo que Galatea  
al cíclope adorase: la hermosura  
bien en la fuerza y el valor se emplea; 50  
bien con estrecho, cariñoso nudo,  
la hiedra ciñe firme tronco rudo.  
Mas nunca a quien apenas  
sostener puede el peso de la vida  
a llevar sus cadenas, 55  
si dulces, graves, el amor convida.  
Huyen del mustio vicio las Camenas;  
si la flauta de Pan su labio toca,  
allí perece el desmayado aliento,  
sin convertirse en melodioso viento, 60  
y la risa del sátiro provoca.  
Con vacilante pie mal en el coro  
de ninfas entra; y el alegre giro  
y canto de las Ménades sonoro,  
o con flébil suspiro, 65

o con dolientes ayes turba acaso;  
que, en el misterio de la santa orgía,  
ni el hierofante el tirso le confía,  
ni él llega hasta la cumbre del Parnaso.  
¡Ay, Clori! ¿Qué demencia te extravía? 70  
Ya que por ti se pierde  
mi tierno amor, mi juventud lozana,  
de frescas rosas y de mirto verde  
no ciñas ora una cabeza cana.  
Trepas la vid al álamo frondoso, 75  
y a la punzante ortiga  
deja que adorne el murallón ruinoso.  
¿Qué riesgo, qué fatiga  
no aceptará mi amor por agradarte?  
Por ti en el bosque venceré las fieras; 80  
por ti el furor arrostraré de Marte,  
y el rey de las praderas,  
cuya bronceada frente  
arma ostenta terrible, que figura  
de nueva luna el disco refulgente, 85  
de mi garrocha dura  
sentirá en la cerviz la picadura.  
El rabadán, por la vejez postrado,  
tu solícito afán reclamaría,  
¡oh Clori!, mientras yo, por tu mandado, 90  
al abismo del mar descendería,  
sus perlas para ver en tu garganta,  
y acosaría al lobo carnicero,  
su hirsuta piel con plomo o con acero  
ganando para alfombra de tu planta. 95  
Alucinada ninfa candorosa,  
desecha ese delirio que te lleva  
a ser del viejo rabadán esposa.  
Pues ¡qué!, ¿te he dado en balde tanta prueba  
de amor? Ya ves que por seguirte dejo 100  
el templo de Minerva y los vergeles  
por do Betis copioso se dilata.  
De mis padres me alejo,  
y huyo también de mis amigos fieles  
para sufrir crueldades de una ingrata. 105  
No estriba tu desdén en mi pobreza,  
que no oculta tan bajo sentimiento  
tu noble corazón, y ni en riqueza  
me vence el rabadán, ni en nacimiento.  
Sólo un funesto error, una locura, 110  
¡oh Clori!, ¡oh rosa del pensil divino!,  
le hará exhalar tu aroma y tu frescura  
entre las secas ramas del espino;  
te hará romper el broche delicado,  
no para abril, para diciembre helado. 115



No así me hieras, si matarme quieres;  
mira que así te matas cuando hieres.

Madrid, 1876.

△▽

### Idilio

En la vid, con sus pámpanos lozana  
relucen cual topacio los racimos.      △▽  
Quita lluvia temprana  
al alma tierra la aridez estiva,  
y los frutos opimos      5  
medran con nuevos jugos en la oliva  
y en el almendro que entre riscos brota.  
Recobra el claro río  
el caudal que perdiera en el estío;  
y el áspera bellota      10  
se madura y endulza entre el pomposo  
follaje, donde el viento,  
para las gentes de la edad primera,  
con fatídico acento  
la voluntad de Júpiter dijera.      15  
No, como en primavera,  
el campo está de flores matizado;  
que el labrador cansado  
en las flores cifraba su esperanza,  
y ora en cosecha sazónada alcanza      20  
el premio de su afán y su cuidado.  
Embalsama el membrillo con su aroma  
los céfiros ligeros;  
y en el limón y en la madura poma,  
y en los sabrosos peros      25  
el oro luce y el carmín asoma,  
que brillaron en rosas y alelíes;  
mientras, por celos de su flor, empieza  
romper la granada su corteza,  
descubriendo un tesoro de rubíes.      30  
Con la otoñal frescura  
nace la nueva hierba, y su verdura  
la palidez de los rastrojos cubre.  
Serena está la esfera cristalina,  
y hacia el rojo Occidente el sol declina      35

en una hermosa tarde del octubre.  
 Filis, la pastorcilla soñadora,  
 bella como la luz de la alborada,  
 abandonando ahora  
 su tranquila morada, 40  
 va de las Ninfas a la sacra gruta;  
 y en vez de flores, por presente lleva  
 un canastillo de olorosa fruta,  
 con que a vencer la resistencia prueba  
 que hacen a sus amores 45  
 las Ninfas que en el suelo  
 a Cupidos traviosos y menores  
 dan vida y ser contra el amor del Cielo.  
 No bien el antro con su planta huella,  
 donde reinan las sombras y el reposo, 50  
 con terror religioso  
 se estremece la tímida doncella.  
 Su presente coloca  
 de las silvestres Ninfas en el ara,  
 y altas razones de prudencia rara, 55  
 que pone el Numen en su fresca boca,  
 con esmerada concisión declara:  
 «Ninfas, no os ofendáis de mi desvío;  
 no deis vuestro favor a los zagales  
 que cautivar pretenden mi albedrío. 60  
 Son como los rosales,  
 que lucen mucho en la estación florida  
 y dan amarga fruta desabrida.  
 De su orgullosa mocedad el brío  
 apetece y no ama; 65  
 y con enojo en sus palabras leo  
 que poética llama  
 ni ennoblece ni ilustra su deseo;  
 y que el conato que imprimió natura  
 en todo ser viviente, 70  
 no se acrisola allí ni se depura  
 del cielo con la luz resplandeciente.  
 Ya sé que los Cupidos,  
 vuestros hijos queridos, 75  
 dan a la tierra su virtud creadora;  
 mas el amor, que en el Empíreo mora,  
 esa misma virtud en ellos vierte,  
 y difunde doquier su vida arcana,  
 vencedora del mal y de la muerte.  
 Pues bien; la que se afana 80  
 los misterios ocultos y supremos  
 por saber de este Amor, ¿lograrlo puede  
 con un zagal sencillo y sin doctrina?  
 Las que tesoro tal gozar queremos,  
 ¿no es mejor que busquemos 85

al varón sabio a quien el Dios concede  
 el vivo lampo de su luz divina?  
 Por esto, Ninfas, a mi Irenio adoro:  
 como en arca sagrada,  
 guarda dentro del alma inmaculada 90  
 del Amor el tesoro;  
 y arde su llama bajo el limpio hielo  
 conque el tenaz trabajo de la mente  
 corona ya su frente,  
 como corona el cano Mongibelo. 95  
 Así Irenio recobra por la ciencia  
 lo que roba del tiempo la inclemencia.  
 ¡Cuánto zagal con incansable mano  
 toca el rabel en vano  
 por carecer de gracia y maestría; 100  
 mientras que Irenio, con su blando tino  
 y su plectro divino,  
 produce encantadora melodía,  
 y hace sentir al alma lo que quiere,  
 no bien la cuerda hiere! 105  
 Si el zagal inexperto  
 persigue al perdigón en la carrera,  
 o le pierde o le coge medio muerto  
 mas la diestra certera  
 pone Irenio prudente 110  
 en el oculto nido,  
 do el pájaro reposa con descuido,  
 y su pluma naciente  
 sin destrozar, sus alas no fatiga,  
 y le aprisiona al fin para su amiga. 115  
 Ni resplandece menos el ingenio  
 del doctísimo Irenio  
 en componer cantares  
 y en referir historias singulares.  
 Cuando me alcanza de la rama verde 120  
 la tierna nuez, la alloza delicada,  
 elige lo mejor, sin tronchar nada.  
 Cuando algún corderillo se me pierde,  
 él le busca, y a casa me le lleva;  
 y de continuo me regala y prueba 125  
 su cariño sincero,  
 o haciendo con esmero  
 de los huesos de guinda  
 ya un barquichuelo, ya una cesta linda,  
 o enseñando a sacar a mi jilguero 130  
 el alpiste menudo  
 de entre mis labios con su pico agudo.  
 Tan sólo me perturba y me desvela  
 que Irenio a veces con el alma vuela,  
 por donde de su amor terreno dudo, 135

pero si Ireño de verdad me amara,  
 mayor triunfo sería  
 el lograr la victoria,  
 no de pastoras de agraciada cara,  
 sino de la poesía, 140  
 de la ciencia, del arte y de la gloria.»  
 Ireño a Filis, escondido, oía;  
 y apareciendo y dándole un abrazo,  
 dijo con modestísima dulzura:  
 «Este amoroso lazo, 145  
 que labra mi ventura,  
 en vano, Filis, explicar pretendes  
 con tus alambicadas discreciones.  
 ¡Ay, candorosa Filis! ¿No comprendes  
 que, a pesar del saber que en mí supones, 150  
 amor no te infundiera  
 tu rabadán si muy anciano fuera?  
 Cuando mi amor al del zagal prefieres  
 por viejo no, por rabadán me quieres.»

Madrid, 1876.

△▽

## Usinar

### Episodio del Mahabharata

Perseguida la tímida paloma 140  
 por un buitre, volaba, y en el seno  
 del monarca Usinar halló refugio.  
 -Siempre fuiste, señor, entre los reyes  
 dechado de justicia, dijo el buitre: 5  
 ¿Por qué en mi daño la justicia olvidas?  
 Mi prescrito alimento no me robes.  
 Me aflige el hambre. Tu deber no cumples  
 si mi comida en tu poder retienes.  
 -¡Oh poderoso buitre! De ti huyendo 10  
 trémula vino la paloma, en busca  
 de que yo fuese amparo de su vida.  
 ¿Cómo no entiendes que el deber más alto  
 es para mí salvar de su enemigo  
 a quien vino en mi seno a refugiarse 15  
 y puso en mi lealtad su confianza?  
 La vaca asesinar, madre del mundo,

y matar a un brahmán y al refugiado  
en angustia dejar y en abandono,  
tres hechos son iguales en la culpa. 20  
-El alimento todo lo sostiene;  
tomándole, la fiera crece y vive;  
y si es duro y terrible que le tome,  
sin él no puede sostener la vida.  
Esta fuerza vital me abandonara, 25  
hundiéndome en el reino de la muerte,  
no bien yo repugnase mi alimento;  
y, yo expirando, luego morirían  
mi dulce esposa y mis hijuelos caros.  
Ve, pues, cómo si amparas la paloma, 30  
a inevitable muerte nos condenas.  
Lucha un deber con otro. Habiendo lucha,  
no hay deber verdadero. Sólo cuando  
no impiden un deber otros deberes,  
el deber es real. Si se combaten, 35  
siempre el deber mayor cumplir importa  
Rey, el deber mayor conoce y cumple.  
-¡Sabio y hermoso tu discurso ha sido!  
¡Bien del deber penetras la doctrina!  
De las aves el rey, eres acaso, 40  
el ínclito Suparn, que nadie ignora.  
Pero ¿cómo ser lícito pretendes  
al refugiado abandonar? Escoge  
Para ti de mis campos lo que gustes:  
búfalos, toros, ciervos, jabalíes. 45  
Di si algo más para comer te falta,  
y haré que en el momento lo presenten.  
-Yo de toros y búfalos no vivo;  
ni jabalíes ni venado quiero.  
El alimento que el Criador me ha dado 50  
es la paloma. Dame la paloma.  
La paloma nació con el eterno  
destino de que el buitre la devore.  
-¡Oh pájaro soberbio! Yo la tierra  
te doy de los Sivires: cuanto anheles 55  
te doy; mas la paloma no me pidas  
que a ponerse llegó bajo mi amparo.  
-Ulsinar, rey del mundo, pues que amas  
a la paloma tanto, da por ella  
tu propia carne, en peso equivalente. 60  
-¡Oh buitre! Fácil es lo que propones.  
Pondré mi propia carne en la balanza.  
El rey, sin vacilar, cortó un pedazo  
de su carne; pesola, y al pesarla,  
halló que más pesaba la paloma. 65  
Volvió a cortar más carne de su cuerpo,  
y siempre la balanza se inclinaba

de la paloma al mayor peso. Entonces  
con la sangrienta y destrozada carne,  
se puso en la balanza Usinar mismo. 70  
-Indra soy, rey del cielo, dijo el buitre,  
y la paloma es Aquí, dios del fuego.  
A probar tu virtud hemos bajado  
hasta la tierra, ¡oh príncipe piadoso!  
Al cortar tú la carne de tu cuerpo 75  
has conquistado en el extenso mundo  
eterna fama y clara nombradía;  
y hablarán en tu encomio los mortales  
mientras dure el asiento que en el cielo  
te preparan los dioses. Así dijo 80  
Indra, y al cielo se elevó glorioso.  
También por su virtud Usinar justo  
el cielo conquistó, y en pos de Indra  
subió luciente a la eternal morada.

△▽

## Santa

### Episodio del Mahabharata

El rey de Anga, Lomapad glorioso, △▽  
a un brahmán ofendió, no dando en pago  
de un sacrificio lo que dar debiera  
irritados entonces los brahmanes,  
salieron todos de su reino: el humo 5  
del holocausto al cielo no subía;  
Indra negaba la fecunda lluvia,  
y la miseria al pueblo devoraba.  
Lomapad, consternado, saber quiso  
el parecer de los varones doctos, 10  
y los llamó a consejo, y preguntoles  
qué medio hallaban de aplacar la ira  
del dios que lanza el rayo y amontona  
en el cielo del agua los raudales.  
Mil sentencias se dieron; mas al cabo 15  
el más prudente de los sabios dijo:  
Escucha, ¡oh rey!, mientras brahmán no haya  
que sacrificio en este suelo ofrezca  
Indra no saciará la sed, abriendo  
el líquido tesoro de las nubes. 20

Los brahmanes movidos del enojo,  
 al sacrificio no se prestan. Oye  
 para cumplir el venerando rito,  
 cómo hallar sólo sacerdotes puedes.

En la fértil orilla del Kausiki, 25  
 en lo esquivo y recóndito del bosque,  
 del trato humano lejos, su vivienda  
 Vifandak tiene, el hijo de Kasyapa,  
 brahmán austero y penitente. Vive

en el yermo con él, su único hijo, 30  
 el piadoso mancebo Risyaringa,  
 no vio a más hombres que a su padre nunca;  
 sólo frutas silvestres, hierbas sólo  
 y licor sólo que entre rocas mana,  
 alimento le dieron y bebida. 35

Tan inocente y puro es el mancebo,  
 que de lo que es mujer no tiene idea;  
 manda, Pues, rey, que una doncella hermosa  
 vaya al bosque, le hable, y con hechizos

de amor, cautivo a la ciudad le traiga. 40  
 No bien sus pies en tus sedientos campos  
 la huella estampen, no lo dudes, Indra  
 dará propicio el suspirado riego.

Así habló el sabio, y su atinado aviso

agradó mucho al rey. Dinero y honras 45  
 prometió Lomapad a la doncella  
 que hábil trajese al candoroso joven;  
 pero todas miraban con espanto  
 de Vifandak la maldición terrible,  
 y exclamaban: -¡Oh príncipe!, perdona, 50  
 no llega a tal extremo nuestra audacia.

En tanto, iban mostrándose tan fieras

la sequía y el hambre, que perdieron  
 toda esperanza el rey y sus vasallos;  
 cuando Santa, del rey única hija, 55  
 virgen, por su beldad maravillosa,  
 modestamente se acercó a su padre,  
 y así le habló: -Si quieres, padre mío,  
 yo he de intentar que venga a nuestra tierra  
 el joven que no vio seres humanos. 60

Con gran contento, el rey escuchó a Santa,  
 y al instante dispuso que una nave  
 se aprestara, de flores y verdura  
 cubierta por doquier, como retiro

feraz de bienhadados penitentes. 65  
 Peregrinando en ella con su hija,  
 fue contra la corriente del Kausiki,

hasta llegar al prado y a la selva  
 mansión de Vifandak el solitario.

Con discretos consejos de su padre, 70  
 para tan ardua empresa apercebida,  
 Santa desembarcó, y entró en la choza  
 do el mancebo por dicha estaba solo.

-Dime, *muni* -le dijo-, si te place  
 la penitencia aquí? ¿Vives alegre 75  
 en esta soledad? ¿Tienes en ella  
 abundancia de frutos y raíces?  
 -Tengo -contestó el joven-; mas ¿quién eres  
 que como llama refulgente luces?

Bebe el agua mía; te suplico 80  
 que mis flores aceptes y mis frutos.  
 -Allá en mi soledad -replicó Santa-,  
 al otro lado de los altos montes,  
 nacen flores más bellas y olorosas;  
 son los frutos más dulces, y es más clara 85  
 y más salubre el agua de las fuentes.  
 -¡Oh huésped celestial! -dijo el mancebo-,  
 algún ser superior eres sin duda.  
 Yo me postro a tus plantas y te adoro,  
 como adorar debemos a los dioses. 90  
 -¡Ah, no! Tú eres mejor, tú eres perfecto,  
 y adorarme no debes; yo rechazo  
 la no fundada adoración; permite  
 que te dé paz como se da en mi patria.

Cediendo en parte entonces al consejo 95  
 discreto de su padre, y al impulso  
 del corazón también, Santa la bella,  
 al cuello del garzón echó los brazos,  
 y le dio un beso, y llena de sonrojo  
 huyó a la nave do su padre estaba. 100  
 Volvió del bosque Vifandak en esto,  
 grave, terrible, penitente, todo,  
 desde los pies a la cabeza, hirsuto.  
 -¡Hijo! -exclamó-, ¿porqué has holgado, hijo?  
 Ni partiste la leña, ni atizaste 105  
 el fuego, ni lavaste la vajilla,  
 ni la vaca cuidaste, ni el becerro.  
 Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?  
 ¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?

-Un peregrino -respondió el mancebo- 110  
 estuvo por aquí, de negros ojos  
 y sonrosada y blanca faz; en trenzas  
 los cabellos caían por su espalda;  
 en sus labios brillaba la sonrisa;  
 gentil, gracioso, esbelto era su talle, 115  
 y en suave curva levantado el pecho;



como canta el *kokila* en la alborada,  
 así su voz sonaba en mis oídos,  
 y a su andar un aroma yo sentía  
 como el del aura en grata primavera. 120  
 No quiso de mis frutos, y no quiso  
 agua tampoco de mis fuentes; frutos  
 más sazonados me ofreció y bebida  
 de más rico sabor, cuya promesa  
 bastó a embriagarme un tanto. Ciñó luego 125  
 con sus brazos mi cuello el peregrino,  
 inclinó hacia la suya mi cabeza,  
 tocó en mi boca con su amable boca,  
 hizo un susurro pequeñito y blando,  
 y por todo mi ser discurrió al punto 130  
 un estremecimiento delicioso.  
 Por este peregrino en vivas ansias  
 me consumo; do vive vivir quiero;  
 de que se ha ido el corazón me duele  
 y a hacer la misma penitencia aspiro, 135  
 que me enseñó, para endiosar el alma  
 más eficaz, ¡oh padre!, que las tuyas.  
 Vifandak contestó: -No te confíes,  
 hijo, en belleza material; a veces  
 van los gigantes por el bosque entrando 140  
 y toman bellas formas, con intento  
 de seducir a los varones píos  
 y perturbar su penitente vida.  
 Para buscar a Santa salió entonces  
 Vifandak, ciego de furor, y apenas 145  
 hubo salido, penetró de nuevo  
 la linda moza con furtivos pasos;  
 la vio el mancebo, trémulo de gozo,  
 corrió a ella y le dijo: -No te pares;  
 huyamos sin tardanza do tú vives, 150  
 no nos halle mi padre cuando vuelva.  
 Así Santa logró que Risyaranga  
 la siguiese a la nave. Dio a los vientos  
 la vela entonces Lomapad, y raudo  
 bajó por la corriente del Kausiki. 155  
 No bien puso la planta el virtuoso  
 mancebo en tierra, cuando abierto el cielo,  
 vertió torrentes de fecunda lluvia.  
 El rey, viendo sus votos ya cumplidos,  
 a Risyaranga desposó con Santa. 160  
 Volvió, entretanto, Vifandak del bosque  
 a la choza, y al hijo furtivo  
 buscó en balde doquier con saña osada;  
 de Anga a la capital marchó enseguida,

para lanzar su maldición tremenda.	165
Con la fatiga a reposar parose en medio del camino, y miró en torno, y vio praderas de abundantes pastos y ovejas mil y lucios corderillos, y pastores alegres. -¿Quién os hace	170
tan dichosos? -les dijo; y respondieron: -El piadoso mancebo Risyaringa. Siguió su marcha Vifandak, y hallaba paz, opulencia, dicha en todas partes y cada vez que de alguien inquiría	175
de tanto bien la causa, mil encomios escuchaba de nuevo de su hijo. Aduló con son grato las orejas del austero varón tanta alabanza, y se entibió su cólera fogosa.	180
Llegó por fin a la ciudad, en donde le colmó el rey de honores y mercedes. Vio feliz como un dios al hijo amado, vio tan gozosa a la gallarda nuera, que como luz de amor resplandecía;	185
y en torno vio rebaños florecientes y amenos, verdes sotos, y el hartura, y el deleite por huertos y jardines. No pudo entonces maldecir: las manos elevó hacia los cielos y bendijo.	190

△▽

### **Idilios contradictorios**

Si toda lozanía	△▽
con la vejez se pierde como la pompa verde de la arboleda umbría, cuando llega la impía	5
estación del invierno, ¿por qué ha de ser eterno? ¿Por qué también no acaba este fervor interno	
de que el alma es esclava?	10
¿Por qué del alma inquieta, la edad que el cuerpo inclina no ahuyenta la divina emoción del poeta?	

¿Por qué, por qué germina,  
bajo la nieve ingrata  
que abrume ya mi frente,  
la esperanza que miente,  
el deseo que mata?  
¿Por qué, dulce señora,  
mi corazón te adora?

△▽

### **Consuelo en la poesía**

Vanamente, ¡oh, vejez!, con peso grave

△▽

mis espaldas inclinas;  
como en lecho de amor, grato y suave  
reposo en el de espinas.

No en esta soledad pierdas el brío, 5

ni al dolor te doblegues;  
brilla sereno, entendimiento mío,  
y todo bien no niegues.

Mi invencible bondad, mi honda ternura,  
que fue tan mal pagada, 10  
prueban la elevación y la hermosura  
del alma enamorada.

Aunque la adusta edad sólo te deja  
dolencias y fatigas,  
alma, desecha la cobarde queja; 15  
no del vivir maldigas.

Si todo ser amado te desdeña  
o te aborrece ahora,  
con las creaciones inmortales sueña  
que tu centro atesora. 20

¡Cuán fecundo venero todavía!

Basten a tu contento  
los hijos que en tu fértil poesía  
nazcan del pensamiento.  
Vístelos en el seno de tu idea 25

de la forma que anhelan;  
y, cuando su beldad el mundo vea,  
con gloria te consuelen.

△▽

**A su alteza la Serma. Sra. Infanta doña Isabel de  
Borbón**

En una función teatral a beneficio de las víctimas de las  
inundaciones

Pinos y robles son manto  
de Peñalara y Fuenfría,  
y son las nieves diadema  
que da el invierno a sus cimas.  
Estas, cuando el sol las hiere, 5  
como los diamantes brillan,  
o en negro velo de nubes  
la regia pompa cobijan.  
Y de los nublados rotos,  
o de nieve derretida, 10  
baja el agua, que los prados  
y los bosques fertiliza.  
Benéfico don del cielo  
cuando el hombre la domina, 15  
a esta comarca da el agua  
hermosura y lozanía.  
El jardín llena de flores,  
de hiedra el muro tapiza,  
alfombra el soto de césped,  
frutas en el huerto cría, 20  
y quiebra del sol los rayos  
y sus ardores mitiga,  
suspendiendo verdes toldos  
sobre las sendas esquivas  
su fuerza avasalladora, 25  
por el hombre dirigida,  
se emplea en juegos graciosos  
que embelesan a la vista.  
Ora en los aires se eleva,  
sierpe alada y cristalina, 30  
el pujante surtidor;  
ora, como plata líquida,  
sobre limpio y terso mármol,  
claras ondas se deslizan,  
remanso apacible forman, 35  
o con ímpetu caminan.  
Si el ciego elemento toma

el arte humano por guía,  
 de utilidad o deleite  
 engendra mil maravillas. 40  
 Ya sobre gigantes arcos,  
 do el embate desafían  
 de veinte siglos las piedras  
 con su trabazón y liga,  
 a Segovia cauce aéreo 45  
 sus frescos raudales brinda;  
 ya las palas del molino  
 el agua corriendo agita;  
 y ya, hirviendo en amplio vaso,  
 que la retiene cautiva, 50  
 fuerza enorme desenvuelve  
 que busca en balde salida,  
 porque el hombre la conserva  
 a su voluntad sumisa,  
 y a surcar pronto los mares, 55  
 y a correr por férreas vías,  
 en alcázares que flotan  
 y en grandes carros la aplica.  
 Tal vez con volante rueda  
 impulsa esa fuerza misma 60  
 el telar, do lino o seda,  
 se transforma en tela rica.  
 Mas ¡ay, si libre del yugo  
 con que el hombre la esclaviza,  
 ostenta Naturaleza 65  
 su poderío y su ira!  
 El agua que creó el huerto  
 le inunda y esteriliza;  
 de cuajo arranca los árboles,  
 destruye casas y quintas; 70  
 arrebatata entre sus olas  
 el ajuar de las familias,  
 a los míseros humanos  
 roba la hacienda y la vida,  
 y hunde pueblos florecientes 75  
 en un montón de ruinas.  
 La soberbia del ingenio  
 y el arte entonces se humillan,  
 y pobre la ciencia humana  
 nos aparece y mezquina. 80  
 Ya consolación y aliento  
 sólo la Fe suministra,  
 y ya la Caridad sólo  
 tan hondos males alivia.  
 En este retiro ameno, 85  
 que con tu bondad hechizas  
 y que en tu amable presencia

vierte inocente alegría, al llegar, egregia Infanta, las nuevas que nos contristan	90
de los horribles desastres de Consuegra y Almería, tu ánimo piadoso quiere que de fiestas se desista;	95
mas la que hoy celebramos perdonar debes benigna, si al desventurado acude y le socorre en su cuita, si nuestro canto el lamento calma un poco de las víctimas,	100
y si en limosnera honrada ves convertirse a Talía y enjugar algunas lágrimas con sus burlas y sus risas.	

San Ildefonso, 20 septiembre 1891.

△▽

### Paráfrasis y traducciones

△▽

### Fragmento de Byron

Esta es Grecia, esta la tierra  
que ya descansa en la tumba,  
que fría parece bella,  
que muerta tiene dulzura;  
donde el alma se conmueve,  
donde el corazón se nubla.  
Entre la muerte sombría  
brilla en ella la hermosura,  
como entre las densas sombras  
los relámpagos deslumbran  
pero esta belleza misma  
está llena de tristura,  
como la flor melancólica  
que crece sobre las tumbas,

rueda de fuego fosfórico  
que cerca las sepulturas,  
rayo vivo de luz muerta  
que despedidas anuncia,  
chispa, quizá, de aquel fuego  
del cielo, que aunque relumbra,  
ya no calienta su llama  
la tierra de su ternura.

¡Tú, patria de los valientes!

¡Tú, que tienes por llanuras  
la caverna de los montes

do la libertad augusta  
nacer quiso, y do la gloria  
encontró su sepultura!

¡Y tú, mezquino retoño  
del poder y la bravura  
(¡y esto sólo de ella queda!)

ven, acércate, pronuncia,  
esclavo vil! ¿No son éstas  
las Thermopilas augustas?

¡Hijo servil de los libres!

¿Qué mar tus costas circunda?

El golfo de Salamina.

¿Y estos sitios qué te anuncian?

A conquistarlos levántate;  
de tus padres en las tumbas  
arranca de sus cenizas

el rescoldo que aún relumbra  
de sus primitivos fuegos;

y el que perezca en la lucha  
podrá añadir a sus nombres

un nombre más de pavora,  
que hará temblar a las colas

de caballo y medias lunas,  
y dejará a sus hijuelos

la esperanza y fama suya,  
que más debieran morir

que no deshonrarla nunca:  
porque una vez principiada

de la libertad la lucha,  
con sangre del padre al hijo

trasmitirse sañuda.

¡Oh sufrido testimonio!

¡Grecia! Tu página augusta  
una edad no muerta aún  
nos atestigua y figura.

Mientras que reyes, ocultos

en obscuridad caduca,

una olvidada pirámide  
dejaron para sus tumbas,  
tus héroes, aunque trofeos  
de su sepulcro en las urnas  
no pusieron, monumentos  
más grandes les aseguran  
de tu tierra las montañas  
y sus gargantas profundas,  
de vuestras glorias eternas  
indestructibles columnas.

Granada, 1841.



### Al sol

Paráfrasis de un fragmento del «Manfredo»

*Most glorious orb! That.*

LORD BYRON.

Orbe de luz y resplandor ufano,  
tú eres un dios de gloria y majestad  
antes que el hombre el escondido arcano  
de tu creación pudiese investigar.  
Primer agente del Señor del mundo,  
que en las excelsas cimas de los montes,  
muriendo o renaciendo del profundo  
sobre los apartados horizontes,  
con los rayos que arrojas a millones  
cuando tu clara lumbré centellea  
alegras los sencillos corazones  
de los pobres pastores de Caldea.  
Dios material, pues, como Dios, te ostentas  
de eterna lumbré y de fulgor bañado,  
al hombre el invisible representas  
y Dios mismo su sombra te ha llamado;  
Señor de los luceros luminosos  
y centro del cometa fulgurante  
que en los crujientes cielos espaciosos  
rueda sobre sus ejes de diamante;  
tú eres la fuente perennal de amores



y la vida difundes en la tierra,  
temperas y brillantas los colores,  
las ricas perlas que la mar encierra;  
tú calientas, ¡oh Sol!, los corazones  
de todo aquel que de sus rayos vive,  
Señor de las doradas estaciones,  
todo tu influjo y tu calor recibe;  
Monarca de los climas y las gentes,  
nuestros mismos espíritus dominas  
y al reflejar tu luz en nuestras frentes,  
nuestras excelsas almas iluminas.  
Como un volcán hirviente, de su seno  
te alza del mar con pompa la mañana,  
y en el cielo zaffrico y sereno  
tiende sus rayos tu lumbrera ufana;  
y en el ocaso, con celeste gloria  
te hundes en nubes de carmín y plata,  
en los cielos dejando tu memoria  
cinta fugaz de fúlgida escarlata.

Granada, 1841.

△▽

### **Las gotas de néctar**

De Goethe

Por complacer al amado, al divino Prometeo, un cáliz lleno de néctar minerva trajo del cielo. Con él inspiró a los hombres el santo amor de lo bello, y puso en sus corazones de las artes el anhelo. Recatándose de Jove, bajaba, y estremeciendo el cáliz, algunas gotas vertió sobre el verde suelo. Abejas y mariposas al punto allí concurrieron, y hasta la deforme araña gustó del licor benéfico. Dichosas, pues, que libaron	△▽	5	10	15
---	----	---	----	----

inspiración y deseo,  
y del arte con el hombre  
el alto don compartieron. 20

△▽

## El paraíso y la Peri

Leyenda oriental de Tomás Moore

Del Edén a las puertas tristemente △▽

la Peri estaba al despuntar del día;  
y al ver del cielo el resplandor luciente,  
que doraba sus alas inmortales,  
y de la vida oyendo los raudales, 5  
que allí ruedan con mística armonía,  
lloró el pecado de su raza impura,  
que le robó del cielo la ventura.

Y dijo: «¡Cuán dichosos  
son los santos espíritus que habitan 10  
los prados olorosos  
en donde nacen las eternas flores,  
que nunca se marchitan!

Por aspirar tan sólo los olores  
de la menor entre ellas, 15  
cuántas la tierra en sus entrañas cría,  
debidas a mi amor, y las estrellas,  
flores del ancho espacio, olvidaría.

»Del *Sin-su-hay* la linfa sonora,  
del oro en sus arenas esparcido, 20  
y el lago de la fresca Cachemira,  
con sus fuentes de plácido ruido,  
con isla nemorosa,

que en su seno diáfano se mira,  
la claridad perdieran y hermosura 25  
junto a las aguas de la etérea altura.

»¡Ay si de un orbe en otro refulgente  
por el espacio en maravillas rico  
ansiosa tiendo el vuelo,  
y en cantidad ingente 30  
todos los goces junto,  
y por goces sin fin los multiplico,

jamás equivaldrán a los del cielo  
en un solo momento y en un punto.»

El ángel que las puertas defendía 35

del Edén, el quebranto  
al mirar de la Peri, dulce llanto  
de compasión vertía,  
que daba a sus mejillas resplandores,  
como rocío en celestiales flores. 40

Y el ángel dijo: «Hermosa desolada,  
aun te es dado poder en la morada  
de los santos entrar, pues del destino  
dice el libro divino:  
*Redímase la Peri que viniere* 45  
*trayendo de la tierra*  
*lo que más grato a la deidad le fuere.*  
Vuela, busca el presente deseado,  
que te abra el cielo y limpie tu pecado.»

Cual cometa violento, 50

que hacia el disco del sol su curso guía;  
como la exhalación que en la sombría  
noche rasga el azul del firmamento,  
dardo quizá que envía  
un ángel a los genios que, en su orgullo, 55  
el cielo quieren escalar, la Peri  
de la celeste bóveda desciende,  
cuando ya de la tierra se colora  
la faz con la mirada que la aurora  
de sus ojos flamígeros desprende. 60

Mas ¿dónde irá el espíritu del viento  
a encontrar el presente? «Yo, decía,  
del alto Chilminar en el cimientto,  
las fulgurantes piras de rubíes  
y las cándidas perlas, que los genios 65  
escondieron, he visto; yo poseo  
la copa, de diamantes guarnecida,  
de Janshid, su monarca, toda llena  
del elixir de vida,  
y de la Arabia amena 70  
más allá, mi deseo  
pueden saciar en escondida playa  
los preciados aromas de Pancaya.  
Mas ¿qué las joyas son, si las comparo  
con el trono de Alá, brillante y claro? 75  
¿Qué de la vida el elixir? Cual gota  
en el profundo mar, se perdería  
donde la vida del eterno brota.»

Mientras que así decía,  
 ya con sus leves alas conmovía 80  
 la Peri el tibio, perfumado ambiente  
 del territorio indiano,  
 donde descansa el férvido Océano  
 sobre rocas de ámbar y corales;  
 do las montañas en el hondo seno, 85  
 que fecundan los rayos celestiales,  
 tesoro guardan de diamantes lleno;  
 de cuyas fuentes, limpias y serenas,  
 al murmurar sonoro,  
 las ondinas adornan las arenas 90  
 con arenas de oro;  
 cuyos bosques de sándalo fragante  
 y clavo y cinamomo, el paraíso  
 pudieran ser de nuestra hermosa Peri.  
 Mas ¿por qué sus arroyos de humeante 95  
 sangre humana se tiñen?  
 Al arrullo del aura lisonjero  
 del moribundo el grito lastimero  
 se mezcla, y de las flores  
 los hermosos colores 100  
 manchan con roja sangre los que riñen.  
 ¡Tierra del sol! ¿Quién ora,  
 con planta destructora,  
 invade tus pagodas, tus jardines,  
 tus sagradas cavernas? ¿Quién el trono 105  
 de oro y marfil de tus monarcas quiere  
 robar, con rudo encono  
 los ídolos rompiendo,  
 en cuyos altos templos los bramines  
 están los sacrificios ofreciendo? 110  
 Mahmud de Gasna es. Ciego de ira  
 se acerca, y de los reyes las coronas  
 en el vil polvo con desprecio tira;  
 adorna sus lebreles  
 con esplendentes joyas, arrancadas 115  
 de las bellas gargantas profanadas  
 a las indias matronas.  
 En el propio *Zenana* ofende impuro  
 a la casta doncella,  
 y de los templos sobre el mármol duro 120  
 a los bramines sin piedad degüella.  
 La Peri, con horror, llena de enojos,  
 volvió a otra parte los divinos ojos,  
 y vio en el campo fiero  
 de la lucha mortal joven guerrero, 125  
 que defendiendo aún la patria amada,

en la mano derecha  
 tiene ya rota la sangrienta espada,  
 y en el ancho carcaj la última flecha.

«Vive, guerrero, el vencedor le dijo, 130  
 tú gozarás también de la victoria;  
 si eres del indio territorio hijo,  
 con él cumpliste, y alcanzaste la gloria.»  
 Por respuesta dispara  
 la flecha el héroe al invasor tirano; 135  
 mas ¡ay!, que parte en vano,  
 el hado de su pecho la separa.  
 El invasor aun vive,  
 y la muerte el héroe con valor recibe.

La Peri, que notó donde, tendido 140  
 en brazos de la muerte  
 quedó el guerrero fuerte,  
 viendo ya de la guerra  
 estar por un momento  
 más tranquila la tierra, 145  
 ligera cruzó el viento,  
 sosteniéndose ufana  
 en un rayo del sol de la mañana:  
 y recogió en su seno  
 de la sangre del ínclito soldado 150  
 la postrimera gota,  
 cuando aún el libre espíritu sereno  
 no había el velo mortal abandonado  
 su dulce unión con la materia rota.

Y la Peri exclamó, mientras el vuelo 155  
 a la mansión eterna dirigía:  
 «Este es el don que me conquista el cielo,  
 ¡Ay!, en la lid que la ambición provoca,  
 o la venganza loca,  
 es con crimen la sangre derramada; 160  
 mas si se vierte por la patria amada  
 y sacrosanta libertad, merece  
 en el cielo brillar, y resplandece  
 de Dios ante los ojos  
 siempre el valiente corazón que entrega, 165  
 muriendo en la refriega,  
 a la patria sus míseros despojos,  
 sin doblegar al yugo  
 la libertad que a Dios darle le plugo.»

«Hermosa, exclamó el ángel cuando viera 170  
 el querido presente entre sus manos,  
 el del héroe la sangre postrimera,

digna del cielo, honor de los humanos;  
mas del Edén la puerta cristalina  
no resuena con música divina 175  
ni se abre para ti. Marcha; la tierra  
un presente más santo darte puede;  
aun del cielo la suerte te destierra;  
si le alcanzas, el cielo te concede.»

Con la nueva esperanza, 180  
en el aire el espíritu se lanza,  
y buscando fortuna,  
a las *montañas* llega *de la luna*.  
De sus alas el cándido plumaje  
peinó en las fuentes del soberbio Nilo, 185  
cuyo origen tranquilo  
en el bosque se pierde solitario,  
donde al rico paisaje  
dan movimiento vario,  
danzas tejiendo del gigante en torno, 190  
los genios mil, de su cristal adorno.  
Y la amorosa ninfa discurriendo,  
vio las palmas de Egipto colosales,  
y multitud de moles sepulcrales,  
que de sus reyes la memoria escuda; 195  
y deleitose oyendo  
el canto de la tórtola viuda  
de Roseta en los huertos encantados,  
do la hiedra lasciva al árbol trepa,  
y en él ciñe sus brazos perfumados 200  
la fructífera cepa.  
Y contempló la Peri  
de la luna el reflejo  
en las inquietas alas  
de los blancos pelícanos, que rompen 205  
del lago Moeris el turgente espejo.

¡Hermosa escena! Más brillantes galas  
nunca naturaleza  
mostró en la noche obscura.  
¡Qué pensara quien viese su hermosura 210  
y de sus frutos la sin par riqueza!  
Los bosques de palmeras que al ameno  
prado inclinan la frente coronada,  
como cándida virgen reclinada  
de su madre en el seno: 215  
las que en el llanto que la aurora vierte  
bañan el cáliz, delicadas flores,  
para que estén más bellos sus colores  
cuando su sol querido se despierte,  
los arruinados templos, cual innobles 220

sombras que cubren el vergel risueño,  
 como reliquias nobles  
 de un espléndido sueño,  
 tierna melancolía  
 en el alma infundieran. El silencio 225  
 tan sólo turba con su trino ahora  
 la calandria canora;  
 y cuando la sombría  
 nube disipa con su luz de plata  
 la luna, se retrata 230  
 en el cristal del lago, y verse deja,  
 con alas de zafir vivo y luciente,  
 la *Sultana*, que exhala dulcemente  
 del purpurino pico débil queja.

En tan bella región ¿quién pensaría 235  
 que la peste fatal sacudiría  
 de sus alas ardientes  
 el fuego matador, más violento  
 que en el desierto el proceloso viento,  
 que de arenas candentes 240  
 arrastra un torbellino?  
 Así como el simoun por donde pasa  
 la flor marchita, y el vergel abrasa,  
 marcando su camino,  
 por dondequiera que la peste vierte 245  
 su emponzoñado aliento, va la muerte.

El sol, que ayer brillaba  
 en la fresca mejilla  
 que de nítidas rosas esmaltaba  
 la juventud, hoy brilla 250  
 sobre un cadáver frío,  
 que ya sentir no puede  
 su vivo resplandor. ¡Cuán horroroso  
 era mirar Dios mío,  
 los insepultos cuerpos, de la luna 255  
 a la pálida luz! Los buitres fieros,  
 los lobos carniceros,  
 a pesar de su indómita fiereza,  
 llenos de horror huían;  
 mas la ciudad las hienas recorrían, 260  
 olvidando del bosque la aspereza.  
 ¡Ay de aquel que sus ojos divisaba,  
 brillando entre las sombras cual bermejas  
 luces, si enfermo, en lastimeras quejas  
 su desgarrado corazón se ahogaba! 265

«¡Pobres humanos!, dijo compasiva  
 la Peri, ¡qué severa

de la Deidad la mano vengativa  
vuestra caída castigó primera! 270  
Aun guardáis del Edén algunas flores;  
mas el rastro quedó de la serpiente  
sobre ellas todas, y arrancó inclemente  
de sus hojas la esencia y los colores.»  
Y la Peri lloró, y el aire puro  
y diáfano y brillante en torno de ella 275  
relució, con el llanto  
de sus divinos ojos adornado;  
porque tienen encanto  
las lágrimas que el hombre desgraciado  
a un espíritu tierno verter hace. 280  
Mas un joven que yace,  
pronto a morir, abandonado y triste,  
sin amor ni consuelo,  
postrado vio la Peri por el suelo,  
entre los limoneros que tributo 285  
al valle daban de olorosa esencia,  
confundidas las flores con el fruto,  
cual suelen en la edad de la inocencia  
los juegos y el amor andar unidos.  
¡Cuán amargos gemidos 290  
exhala, abandonado, el moribundo!  
Nadie le vela en su dolor profundo;  
nadie a dar a sus labios se aventura,  
para calmar la fiebre de su seno,  
una gota tan sólo de agua pura 295  
del lago aquel tan fresco y tan sereno.  
Ninguna voz amada  
le viene a dar la dulce despedida  
al alma enamorada  
en el punto cruel de su partida; 300  
voz que aun el alma escucha  
de muerte y vida en la suprema lucha,  
y cual distante música recuerda,  
aunque en la ignota eternidad se pierda.  
¡Pobre joven! Un solo pensamiento 305  
su espantoso dolor mitiga ahora:  
que no ha de padecer igual tormento  
la linda virgen que su pecho adora.  
En el palacio de su padre vive,  
en donde el aura saludable y pura 310  
de las flores recibe  
aromas, de las fuentes la frescura,  
mas ¿qué gallarda aparición ligera,  
de la luna al fulgor pálido brilla?



De la salud parece mensajera, 315  
 y en la tersa mejilla,  
 que trae sus rojos dones se creyera.  
 Es ella: desde lejos  
 la conoció su enamorado amigo,  
 del astro de la noche a los reflejos; 320  
 ella, que huyendo del paterno abrigo,  
 morir allí prefiere,  
 y no vivir cuando su amado muere.  
 Al caro amante la beldad abraza.  
 Y por calmar su férvida congoja, 325  
 la perfumada crencha desenlaza  
 y en el agua la moja.  
 ¡Ay! ¡Cuándo el triste imaginar podría  
 que horror debieran darle los abrazos  
 de la beldad en quien su amor ponía, 330  
 cuyos amantes brazos  
 más santos los creía  
 que allá en el cielo el misterioso nido  
 do un tierno querubín yace dormido!  
 Si antes diera la vida 335  
 por un beso no más de la que adora,  
 en tan horrible instante  
 tiembla al mirarla de su cuello asida,  
 lleno de amor el pecho sollozante,  
 y las mejillas, que el rubor colora, 340  
 de enamorado llanto;  
 mientras que así le dice con el santo,  
 nunca el amor cedido,  
 inmaculado labio al labio unido:  
 «Si el aire que respiras yo respiro, 345  
 ¿qué me importa que en él venga la muerte?  
 Cuando morir te miro,  
 envidio sólo de morir la suerte.  
 Recoge tú las lágrimas que lloro.  
 ¡Ay!, si la sangre de mi pecho fuera 350  
 de la salud tesoro,  
 como vierto este llanto, la vertiera;  
 no separes de mí tu rostro amigo.  
 ¿No soy tuya, tu amante desposada,  
 por nuestro amor purísimo obligada 355  
 a vivir o a morir siempre contigo?  
 La sola luz de la existencia mía  
 eres tú; considera  
 si largo tiempo el alma sufriría  
 la noche que la espera. 360  
 ¿La vida sin amor quién apetece?  
 Cuando el tallo no vive,  
 la flor, que de su amor vida recibe,

se marchita y perece.  
 Tu rostro acerca, y si el dolor impío 365  
 también me hiere con su espina acerba,  
 hoy tu labio, besando el labio mío,  
 la salud participe que conserva.»  
 Así habló, y extinguida,  
 su voz en un suspiro, más suave 370  
 que la luz de sus ojos adormida,  
 muerto al fin su embeleso,  
 ella también, con el postrero beso,  
 dejó en los labios de su amor la vida.

La Peri al punto arrebató ligera 375  
 de aquel alma, en su amor tan verdadera,  
 el último suspiro enamorado.  
 «Dormid, dijo, gentiles amadores;  
 dormid en lecho de inmortales flores,  
 lleno de luz y gloria y poesía, 380  
 cual la hoguera del fénix encantado,  
 que entre perfumes muere y armonía».  
 Y remontando el vuelo,  
 segunda vez se encaminaba al cielo  
 con el nuevo presente 385  
 de un suspiro de amor puro y ardiente,  
 cuando ya la mañana  
 volvió a tender su clámide de grana  
 por el zafir del cielo transparente.  
 Y la Peri fingía, 390  
 en su leda esperanza,  
 que entre las palmas del Edén volaba,  
 y ver y oír pensaba  
 de las huríes la revuelta danza,  
 y aquella incomprensible melodía 395  
 que forma el aura leve,  
 que al trono de Alá rápida nace,  
 cuando las flores celestiales mueve,  
 y su perfume en átomos deshace.  
 ¡Ay! ¡Alentaba su esperanza en vano! 400  
 La puerta del Edén aun no se abría,  
 y el nuevo don en la radiante mano  
 al recibir el ángel, le decía:

«Grato es el don; su historia  
 escrita está sobre la frente pura 405  
 de Alá con luz de mística hermosura  
 y de perenne gloria,  
 y vendrán los querubes a leerla,  
 sobre la frente del Señor al verla;  
 mas del Edén la puerta cristalina 410  
 no resuena con música divina

ni se abre para ti. Marcha; la tierra  
un presente más grato darte puede;  
aun del cielo la suerte te destierra;  
si le alcanzas, el cielo te concede.» 415

La Peri, entonces, descendiendo triste,  
llegó a la tierra de la Siria opima,  
que de rosas se viste,  
y donde el sol sobre la calva cima  
vierte su luz del Líbano gigante, 420  
cuya frente radiante  
ciñe de nieve cándida diadema,  
del invierno aterido  
esplendoroso emblema,  
mientras que está tendido 425  
a sus pies el verano  
de gayas flores en vergel lozano.

¡Quién en alas del viento  
de tan hermosa vista disfrutara!  
¡Cuánto la luz, la vida, el movimiento 430  
de sus valles y huertos admirara!  
De copiosos raudales  
las amenas riberas el octubre  
de dulces frutos cubre,  
dorados con los rayos celestiales. 435

Al alegre lagarto, por el muro  
de la arruinada torre o por la falda  
de la colina rápido cruzando,  
trueca el color obscuro  
en fúlgida esmeralda, 440  
el sol sobre su lomo reflejando.

En las eras de aromas  
enamoradas gimen las palomas,  
a cuyas tersas alas  
presta la luz tan diferentes galas, 445  
como el iris luciente  
que en la región del Peristán se ostenta;  
y del cuadro la paz y el gozo aumenta  
el son del caramillo. Dulcemente  
cantan allí sus amorosas quejas 450  
los sencillos pastores.

Un zumbido ligero  
forman de Palestina las abejas,  
buscando miel en las silvestres flores;  
el corcho que prepara el cosechero 455  
la abundancia desdeña,  
y el panal hacen en la hueca peña  
a orillas del Jordán, o en el añoso  
tronco de un cedro o corpulenta encina,

en cuya copa trina 460  
 tal vez el ruiseñor melodioso.

Mas nada place de la Peri al alma;

sus alas la fatiga  
 dobló; sólo la calma 465  
 enhela ya del cielo;  
 del sol la luz amiga  
 no le presta consuelo,  
 aunque limpia y hermosa reverbera  
 del templo de Balbec en las columnas,  
 do adoración al sol y gloria diera 470  
 la multitud; ahora,  
 si, a pesar de la mano destructora  
 del tiempo, las columnas se salvaron,  
 yertas aún entre el inmenso escombros,  
 refieren al presente con asombro 475  
 el poder de los siglos que pasaron.

«Quizá, pensó la Peri, que un secreto  
 tesoro guarde el templo en su ruina,  
 misterioso amuleto  
 o joya peregrina, 480  
 por los genios que pueblan el abismo  
 en el fuego volcánico fraguada,  
 con raras letras, con el nombre mismo  
 de Salomón sellada,  
 y allí logre leer dónde se encierra 485  
 y se oculta, en los mares o en la tierra,  
 el benéfico encanto  
 que ha de trocar en gozo mi quebranto.»

Con este pensamiento, que desvela  
 su corazón, la Peri, suspirando, 490  
 sobre la gran Balbec pausada vuela;  
 y ve a un niño jugando  
 en el pensil ameno,  
 puro como las flores y sereno,  
 en torno de jazmines y de rosas 495  
 va en pos de las pintadas mariposas,  
 cuya beldad el alma le seduce;  
 joyas con alas, voladoras flores,  
 que en su manto nupcial céfiro luce  
 en la rica estación de los amores. 500

Y no lejos del niño, de repente  
 llega un hombre cansado;  
 del corcel baja, y en el verde prado  
 la sed apaga en cristalina fuente;  
 y luego allí sentado, 505

una mirada dirigió al gracioso  
 niño, que sin recelo la recibe,  
 aunque nunca mirar más espantoso  
 vieron sus ojos. En la frente aquella  
 grabó el delito su profunda huella; 510  
 la violencia y el falso juramento,  
 y el homicidio bárbaro y cruento,  
 que aun sus manos manchaba, todo escrito  
 de un ángel por la diestra vengativa  
 estaba allí con claridad tan viva 515  
 como era horrible y negro su delito.

Mas sosegado el criminal ahora,  
 cual si el ambiente de la tarde suave  
 dulcificara el hondo sentimiento  
 de su alma, mira el niño tan contento, 520  
 con sus alegres juegos en la aurora  
 de la primera edad embelesado,  
 y a cruzar no se atreve el desdichado  
 su mirada siniestra  
 con la del niño, do el candor se muestra; 525  
 cual antorcha profana,  
 si después de alumbrar en noche oscura  
 rito espantoso y ceremonia impura,  
 se encuentra con la luz de la mañana.

El sol en tanto, al sepultar la frente, 530  
 perfila los celajes del Occidente  
 de oro y púrpura tibia,  
 y la oración por todos los confines  
 con voz sonora anuncian los muecines  
 en los mil alminares de la Siria. 535  
 El niño entonces se postró de hinojos,  
 y en el cielo clavó los bellos ojos,  
 del Señor ensalzando la grandeza  
 con tanta santa pureza,  
 que un ángel desterrado parecía, 540  
 en el divino amor su pecho ardía.

¡Ay! Al ver de aquel alma la luz clara,  
 hiriendo su memoria  
 la paz perdida y la perdida gloria,  
 el mismo Eblís en su altivez llorara. 545  
 También el delincuente, recordando  
 los crímenes y horrores de su vida,  
 no encontró en ella un blando  
 recuerdo do fijar su alma afligida  
 sino en la edad de la niñez, y dijo, 550  
 con voz doliente y tierna:  
 «Un tiempo fue también en que la eterna

bondad de Dios mi corazón bendijo.  
 Joven era yo entonces, feliz era,  
 y oraba, como tú, con santo anhelo, 555  
 y en la inocencia de mi edad primera  
 pude mirar sin confusión al cielo.»  
 Y pensando en su pura  
 infancia y en las desdichas que pasaron,  
 lágrimas de ternura 560  
 sus abrumados párpados bañaron.

¡Cuánto el triste lloró! Llanto sublime,  
 bien primero que alcanza  
 el corazón si arrepentido gime,  
 y su fe pone en Dios y su esperanza. 565  
 «Maravillosa gota de rocío,  
 dijo la Peri, el abrasado ambiente  
 refresca del Egipto en el estío,  
 con virtud tan patente,  
 con poder tan salubre, 570  
 que, al descender a la sedienta tierra,  
 luego a la peste la salud destierra,  
 y el aire puro con sus alas cubre;  
 mayor milagro, pecador contrito,  
 haciendo el llanto que tu pecho vierte, 575  
 te limpia del contagio del delito,  
 y de tu corazón lanza la muerte.»

Mientras habló la Peri, arrodillado  
 el criminal, oró del niño al lado,  
 y su oración al cielo se elevaba, 580  
 que su perdón con himnos celebraba.  
 Y de hinojos estaban todavía,  
 cuando el sol en el mar hundió su fuego,  
 y su manto al tender la noche fría,  
 al mundo dio tinieblas y sosiego. 585  
 Entonces una luz hermosa y pura  
 rasgó las sombras de la noche oscura,  
 y fulguró en la lágrima suspensa  
 del pecador aún en la mejilla,  
 con claridad brillando más intensa 590  
 que la del sol y las estrellas brilla.  
 Quien con débiles ojos y mortales  
 luz mirase tan clara,  
 exhalación activa la juzgara  
 o ardientes meteoros boreales. 595  
 Pero la ninfa, conociendo en ella  
 la sonrisa divina  
 del ángel que la puerta cristalina  
 abre del cielo ya, viva centella

de su alegría santa, 600  
vio en la lágrima el don apetecido,  
y exhaló con acento conmovido  
la dulce voz de la inmortal garganta:  
«Cumplido está mi anhelo;  
he conquistado el cielo. 605  
Dichosa, santa soy;  
adiós; al Edén voy.  
¿Qué valen, comparadas  
con sus praderas plácidas, bañadas  
de arroyos sonoros, 610  
de Amberabad la bóveda fragante  
de cedros y de sándalos umbrosos,  
de Sahadukian las torres de diamante?  
Adiós, aroma terrenal, que roba  
al paso el aura cual suspiro leve; 615  
que aliento eterno el árbol del Tooba  
me prestará, si el céfiro le mueve.  
Adiós, terrenas flores,  
que os marchitáis a la primer mañana;  
¿qué son vuestras esencias y colores? 620  
¡Cuán efímera y vana  
vuestra hermosura es, si la comparo  
con el loto, que crece donde el claro  
trono de Alá su majestad ostenta!  
Frescas en él las flores se mantienen, 625  
y en cada una de sus hojas tienen  
un alma que, contenta,  
dice conmigo: Conseguí mi anhelo;  
he conquistado el cielo.  
Dichosa, santa soy; 630  
eternamente en el Edén estoy.»

Madrid, 1846.

△

### El ángel y la princesa

Romance de Garrett

¡Oh, qué llantos en palacio! △▽  
  
¡Cuánto luto! ¡Cuánta pena!  
Ya se muere, ya se muere  
la hermosísima princesa.  
Los médicos no se entienden; 5  
unos se van, otros llegan;  
el mal que la niña tiene

ninguno a curar acierta.  
Último rayo de vida  
en sus ojos brilla apenas; 10  
rezando está negro monje  
del lecho a la cabecera.  
¿Si aun a tiempo volverá  
de allende el mar, de esas guerras,  
el rey para que a su hija 15  
aun dar un abrazo pueda?  
A su niña tan querida,  
de su amor única prenda,  
consuelo de su vejez,  
de sus ojos lumbrera. 20  
Helo, helo cómo viene  
de allende el mar con sus velas;  
mil victorias ha ganado,  
y cautivos y riquezas.  
El rey, con su comitiva, 25  
por el palacio ya entra;  
mira a todos lados; nadie  
le aclama ni vitorea.  
De la hija, que no ve,  
a ninguno pide nuevas; 30  
corriendo, no de vagar,  
va al cuarto de la princesa.  
«Hija del alma, hija mía  
¿qué tienes? ¿Qué te atormenta?»  
Y abre la niña los ojos, 35  
y su mirada está yerta.  
«La mitad doy de mi reino  
y de mi real diadema  
a quien acierte su mal,  
a quien salve a la princesa». 40  
A estas palabras del rey  
movió la linda cabeza,  
como quien dice: mi mal  
ni se entiende ni remedía.  
«No sé qué tiene, decía 45  
el médico de más cuenta;  
si su mal no es mal de amores,  
no sé, buen rey, de qué sea».  
Un rumor desfallecido  
coloró su frente tersa, 50  
que del sudor de la muerte  
se cubría macilenta.  
Los ojos, que en el rey tuvo  
fijos desde que le viera,  
en señal de pena y miedo 55  
los inclinaba a la tierra.  
«Levanta, niña, los ojos;



hija, recelo no tengas;  
 sea quien fuere, será tuyo,  
 como a la vida te vuelva; 60  
 ora hidalgo, ora pechero,  
 ora pobre o rico sea,  
 para mi yerno le tomo,  
 y le doy tu mano bella».

Como si el último esfuerzo 65  
 con dulce fatiga hiciera,  
 llenos de ternura, al padre  
 dirigió los ojos ella.  
 Lento, suave suspiro  
 exhaló del pecho, y era 70  
 el alma, que, sin dolor,  
 se iba volando a otra esfera.  
 A mortajarla van ya,  
 cuando en el pecho le encuentran  
 signos que nadie leía, 75  
 raras, misteriosas letras.  
 Siete sabios son venidos  
 a descifrar la leyenda;  
 cada uno de los sabios  
 sabe más de siete lenguas; 80  
 ninguno explica los signos  
 del pecho de la princesa.  
 Sólo el más viejo de todos,  
 que en Palestina viviera,  
 «Yo he visto en unas ruinas, 85  
 dijo, señales cual éstas,  
 junto a los cedros del Líbano,  
 do toca el ciclo a la tierra.  
 Ángeles de Dios hablaban  
 del mundo en la edad primera 90  
 con las hijas de los hombres...  
 pero no entiendo esas letras,  
 ni lo que dicen diría  
 aunque supiese leerlas.  
 Secretos son de otro mundo, 95  
 que en éste Dios no tolera.»

Un alto cedro nació  
 encima de aquella sierra,  
 por los ángeles plantado,  
 o por las aves ligeras. 100  
 En una noche tan sólo  
 creció el cedro de manera  
 que no había en todo el reino  
 otro igual en la grandeza.  
 Fue en la noche en que llevaron 105  
 a enterrar a la princesa.

Era un sitio muy querido,  
 donde solía estar ella;  
 do sola, de vez en cuando  
 se pasaba horas enteras, 110  
 y se diría que hablaba  
 con las brillantes estrellas;  
 donde una noche sin luna,  
 pero límpida y serena,  
 hubo quien viese en el aire 115  
 una blanca forma incierta,  
 y descender poco a poco,  
 y a los pies de la princesa  
 pararse un bulto, una sombra,  
 pero sombra de luz llena. 120  
 Desde entonces esa infanta  
 ni una vez riyó siquiera.  
 Era un ángel quien le hablaba,  
 ¿de Dios, o...? No hay quien lo sepa.

Lisboa, 1850.

△▽

### **El pajarillo del príncipe de Ipsilanti**

Dime, pájaro ¿adónde 110  
 vas peregrino?  
 ¿A do vuelas tan solo?  
 ¿No tienes nido?  
 -¡Ay! No lo tengo, 5  
 y sin hallar reposo,  
 cansado vuelo.  
 Vuelo, y voy caminando,  
 sin saber dónde  
 la dicha que he perdido 10  
 de mí se esconde;  
 cuando pequeño,  
 patria tuve y amores  
 en otro suelo.  
 Con mi amada vivía 15  
 entre los mirtos;  
 nuestra edad era corta,  
 grande el cariño;

cariño tierno,  
que apenas yo nacido, 20  
nació en mi pecho.

Un gavián maldito  
me robó el alma,  
la dulce luz hermosa  
que luz me daba; 25  
mató mi dicha,  
que mató ante mis ojos  
la prenda mía.

Ahora seguiré viendo  
tierras extrañas, 30  
el cuerpo fatigado,  
mustias las alas,  
hasta que pare  
donde todas las cosas  
paran y caen. 35

Caerán allí mis penas  
y mi quebranto,  
donde todas las cosas  
hallan descanso:  
do van unidos 40  
a parar gavilanes  
y pajarillos.

Madrid, 1857.

△▽

### **Tu recuerdo**

De Manuel Geibel

Tu dulce recuerdo △▽

por la noche oscura  
me ilumina el alma  
cual rayo de luna.  
Del alma el silencio 5  
tu recuerdo turba,  
como el son del arpa,  
con grata dulzura.

Entonces me juzgo  
dichoso cual nunca. 10

Es mi corazón  
oro, y tu hermosura  
la perla brillante  
que el oro circunda.  
Como perla en oro 15  
tal allí deslumbras.  
¡Ay! Así tuvieras  
en el alma pura  
grabada mi imagen,  
cual tengo la tuya. 20

Madrid, 1857.

△▽

### **Al sueño**

Del mismo

Refrigerio del alma, △▽

donde los cielos,  
alivio de las penas,  
plácido sueño,  
yo te bendigo 5  
al hundirme de noche  
en tus abismos.

Mar de místicas olas,  
tú me circundas,  
dando al cuerpo y al alma  
dulce frescura;  
lejos, muy lejos  
se quedan en la orilla  
males que siento.

Yo te bendigo siempre 15  
por la mañana;  
de tu seno renace  
joven el alma,  
fresca, brillante,  
como la hermosa Venus 20

nació en los mares.  
 Un baño santo eres,  
 que el ser renueva,  
 la mente fortifica  
 y el pecho alienta; 25  
 el alma pasa  
 por ti de vida en vida,  
 de playa en playa.

Baño es también la muerte,  
 baño tranquilo, 30  
 do se pierden cuidados,  
 y hay paz y olvido;  
 la opuesta orilla  
 con vestiduras nuevas  
 al alma brinda. 35

Madrid, 1857.

△▽

### **El hada Melusina**

Del mismo

Virgen seductora △▽

en lo más esquivo  
 de este bosque mora;  
 cuanto en él hay vivo,  
 cuanto en él florece. 5  
 Si al albor primero  
 su voz obedece,  
 se levanta ella,  
 y los campos huella  
 con el pie ligero, 10  
 la cercan las aves,  
 diciéndole amores,  
 y dan más suaves  
 perfumes las flores.  
 Al lobezno airado 15  
 su mirar amansa,  
 y el corzo, extasiado,  
 a sus pies descansa.

Ella canta y gira. Su verde camino de perlas, que orea el sol matutino, alfombra un tesoro.	20
Celoso la mira el sol, la rodea de un manto de oro.	25
¡Ay, si yo lograra ser la limpia fuente en cuya corriente se mira la cara!	30
Lumbre de sus ojos la fuente recibe, de sus labios rojos la risa allí vive, y al cielo da enojos;	35
y canta la hermosa esta cantilena: «Es mi pensamiento como el viento; el viento, que nunca se posa, que nadie encadena:	40
mi corazón puro, santuario seguro. Su llave ¿do está? Yo bien me lo sé, mas no le abriré;	45
¿quién más lo sabrá, y abrirlo podrá?»	

Madrid, 1857.

△▽

### **El huerto de las rosas**

Del griego moderno

En el huerto al entrar de las rosas △▽

¡oh, amada, oh, bellísima Haideé!,  
vine a ver donde tú te reposas,  
y en ti a Flora y al alba adoré.

Yo te imploro, mi bien, yo te amo; y al decirte tan dulce verdad, tu ira temo; temblando reclamo para mí tu amorosa piedad.	5
Si a la rama del árbol, natura le da frutos, aroma y calor, en tus ojos el alma fulgura, en tu cuerpo derrama esplendor.	10
Mas si amor me abandona, y no presta sus encantos al yermo pensil, dame luego cicuta funesta más fragante que rosa de abril.	15
Exprimiendo su horrible veneno, su amargura en la copa pondré; pero dulce ha de ser en mi seno, porque libre de ti moriré.	20
¡Cuán en balde pretendo, enemiga, que me salves de tanto dolor! En tus brazos mi pena mitiga; dame, ingrata, la muerte o tu amor.	
Amazona que armada caminas, para ti combatir es vencer; con saetas me heriste divinas; a tus plantas me hiciste caer.	25
Moriré si en mi herida no empleas tu sonrisa, que sabe curar. Esperanzas me diste... ¿deseas esperanzas en duelo trocar?	30
En el huerto entraré de las rosas, ¡oh amada, oh bellísima Haideé! Y tú ausente, y las flores hermosas ya marchitas, mi mal lloraré.	35

△▽

### El amante hechizado

## Del griego moderno

Volad, pajarillos; id con Dios; partid; llevad mi recuerdo al bien que perdí. Volad hacia Atenas, y, al llegar allí entrar en su casa y lindo jardín, y del manzanico, florido y gentil, cantad en las ramas, que ella os pueda oír. Diréis que a un perjuro no debe sufrir; no invoque mi nombre, no llore por mí. Esclavo de hechizos, esclavo caí, y espesa ya tengo en este país. Por una hechicera hechizado fui. Los ríos hechiza, y dejan de ir a la mar sus ondas; no pueden surgir las fuentes que sellan sus conjuros mil. ¿Cómo en mi barquilla podré yo partir, si la mar se hiela en torno de mí? Renovó el encanto cuando quise huir y de niebla oscura cercado me vi; ya nieve caía, ya lluvia sin fin. El sol, si la deajo, deja de lucir, y si vuelvo a ella brilla en el cenit.	△▽    5      10     15     20     25     30     35     40
--	---



## Romance del pajecito

De Manuel Geibel

Las trompas de caza suenan △▽  
y los caballos relinchan,  
los perros ladran alegres,  
libres ya de la traílla.  
El buen rey está en el bosque, 5  
hoy tiene gran montería;  
el sol al cenit se eleva,  
es hora de mediodía.  
Entre la densa enramada,  
del rey la gallarda hija, 10  
sin saber cómo ni cuándo,  
la senda lleva perdida.  
Paje de rubios cabellos  
solo a su lado camina;  
a no ser ella la infanta, 15  
pareja hermosa sería.  
Ya por sitios más frondosos  
juntos cabalgando iban.  
El pecho del pajecito  
late, sus ojos la miran, 20  
y de purpura se tiñen  
sus juveniles mejillas.  
De esta suerte al fin la dice,  
con la color encendida:  
«No puedo callar más tiempo, 25  
hermosa princesa mía;  
de amor mi pecho se abrasa,  
tuya es el alma y la vida,  
si a darte yo me atreviera  
un beso en la boca linda, 30  
aunque después me mataran,  
dichosa muerte tendría».  
Sin decir que sí ni no  
ella recogió la brida,  
y él le sostuvo el estribo 35  
cuando saltó de la silla.  
En lo profundo se internan  
de la espesura sombría;  
allí cantan ruiseñores,  
allí gimen tortolillas 40  
y nacen rosas silvestres,  
que amor y fragancia espiran.  
El césped verde a la sombra  
un fresco tálamo brinda:  
paje y princesa descansan 45

sobre la hierba florida.  
Suelos pacen los caballos,  
en balde las aves trinan,  
en balde suenan distantes  
trompas de caza y bocinas. 50  
¡Hola, buen rey! No te pares,  
acude, porque tu hija,  
en brazos del pajecito,  
de ti, del mundo se olvida.

△▽

## Firdusi

De Enrique Heine

### I

Hombres hay de oro y de plata. △▽  
Si habla un pobre de *tomanes*,  
los *tomanes* son de plata;  
mas en boca de los Schahes  
los *tomanes* son de oro, 5  
pues las personas reales  
oro sólo dan, reciben  
y ofrecen sin denigrarse.  
Así lo entiende la gente,  
y así piensa el admirable 10  
Firdusi, poeta querido  
de Mahmud de Gasna, el Grande.  
Por orden suya compone  
inmensa epopeya el vate,  
y por cada verso el Shah 15  
un tomán, promete darle.  
Del ruiseñor se escucharon  
diez y seis veces los ayes,  
y florecieron las rosas  
y volvieron a secarse. 20  
En tanto estuvo el poeta  
en los mágicos telares  
del pensamiento, tramando  
noche y día, con constante  
afán, el maravilloso 25  
dechado de sus cantares.

En él tejió las leyendas  
 de su patria, y de los grandes  
 antiguos reyes de Persia,  
 y aventuras y combates, 30  
 genios, ángeles, demonios,  
 y prodigios singulares.  
 Todo respirando vida,  
 con fuego y color brillante,  
 cual si la luz del Irán 35  
 desde el cielo lo alumbrase;  
 luz increada y divina,  
 que, a pesar del Korán, arde,  
 como en el último templo,  
 en el corazón del vate. 40  
 Éste, concluido el poema,  
 al Schah le manda al instante;  
 en el rico manuscrito  
 doscientos mil versos hay. 45  
 En Gasna estaba Firdusi,  
 Firdusi estaba en los baños,  
 cuando a buscarle vinieron  
 del Schah Mahmud los esclavos.  
 Cada cual al hombro trae 50  
 para el poeta un gran saco,  
 que a sus pies pone, de hinojos,  
 en premio de lo cantado.  
 Los sacos abre impaciente  
 Firdusi, considerando 55  
 que va a recrear la vista  
 con el brillo de oro tanto;  
 mas ¿qué asombro no fue el suyo  
 al mirar que era el regalo  
*tomanes* doscientos mil,  
 pero de vil plata al cabo? 60  
 Sonriendo amargamente,  
 tres montones ha formado.  
 A los negros, que eran dos,  
 en albricias del recado,  
 regaló sendos montones, 65  
 y dio el tercero a un muchacho,  
 que al bañarse le servía,  
 para que bebiese un trago.  
 Báculo de peregrino  
 tomó, y la ciudad dejando, 70  
 sacudió, al pasar las puertas,  
 el polvo de los zapatos.

Propio defecto del hombre  
 es faltar a sus promesas,  
 y faltan los que se ciñen 75  
 a la frente una diadema.  
 De esto yo no me quejara;  
 pero en el alma me pesa  
 que me engañase, fiado  
 en la doble inteligencia 80  
 de la palabra *tomán*,  
 con astucia baja y fea.  
 En sus modales y porte  
 en nada el Schah se asemeja  
 al vulgo de los humanos. 85  
 Este noble rey de Persia  
 un millón de reyes vale;  
 su mirada digna y bella  
 se grabó en mi corazón,  
 como el sol, que, si refleja 90  
 su ardiente luz en las nubes,  
 el iris extiende en ellas.  
 Mas este egregio monarca  
 me engañó. -¿Quién lo creyera?

### III

En almohadón de plumas, 95  
 que cubren perlas y oro,  
 después de haber comido,  
 y con alegre humor,  
 sobre la fresca orilla  
 del manantial sonoro, 100  
 el Schah se adormecía  
 al plácido rumor.  
 Sus siervos reverentes  
 en torno de él velaban;  
 Ansari, el favorito, 105  
 estaba allí con él;  
 y en vasos de alabastro  
 color y aromas daban,  
 azahar, jazmín y rosas,  
 y lirios y clavel. 110  
 Las palmas, con susurro  
 apenas percibido,  
 se mecen más esbeltas  
 que el talle de una hurí,  
 y en los cielos pensando, 115  
 puesto el mundo en olvido,  
 cipreses melancólicos  
 se alzaban por allí.

Mas de repente, música maravillosa suena, despierta el Schah, movido de grata sensación, y una poesía dulce y de misterios llena	120
escucha y dice: -Ansari, ¿de quién es la canción? Ansari le responde: -Firdusi la ha dictado. -¿Firdusi?- Conmovido el príncipe exclamó.	125
-¿Dónde está? ¿Cómo vive mi poeta inspirado? -Menesterozo vive, Ansari replicó. «El gran poeta ha tiempo que en Thus, su patria habita en una pobre casa, y cuida su jardín».	130
Mahamud escucha atónito, en silencio medita; con Ansari encarándose, rompió silencio al fin. -Ve sin tardanza, escoge de mis mulas doscientas, y cincuenta camellos, que harás luego cargar con todos los tesoros, primores, vestimentas y alhajas, que aun los reyes pudieran envidiar.	135
«Y de marfil y sándalo, con cajas de ataujía, con esmaltados cálices, con oro y con cristal, con alfombras y chales, brocado y sedería de cuanto se fabrica en esta capital. «Y llevarás contigo ricas armas, jaeces, de tigres y leopardos la remendada piel, y confites y tortas, turrón de almendra y nueces, y generosos vinos y perfumada miel. «Y quiero que conduzcas también doce corceles	140
	145
	150
	155
	160
	165

de árabe raza pura,  
de carrera veloz; 170  
y doce negros ágiles  
y membrudos y fieles,  
de bronce en las fatigas  
y pronto a una voz.  
«Con tan regio presente 175  
te pondrás en camino  
para llevarle luego  
a Thus, a esa ciudad,  
donde entregarle debes  
al poeta divino, 180  
con expresiones mías  
de sincera amistad».

En mulas y camellos  
cargando el gran presente,  
a su señor Ansari 185  
obedeciendo ya,  
va de la caravana  
a colocarse al frente,  
y con rojo estandarte  
a conducirla va. 190  
Y sale de la corte  
y camina ocho días,  
y llega a Thus, que yace  
de una montaña al pie,  
y ya la caravana, 195  
al son de chirimías,  
albogues y trompetas,  
entrar en Thus se ve.  
Los conductores todos  
de mulas y camellos 200  
con voz de trueno cantan:  
*La ila al Aláh;*  
la puerta de Occidente  
pasaban todos ellos;  
grande estruendo metían 205  
y bulla en la ciudad.  
La puerta del Oriente  
daba en el mismo punto  
paso, en el otro extremo  
de la ciudad de Thus, 210  
a la fúnebre pompa,  
que llevaba al difunto  
Firdusi a la morada  
donde reposa aún.

△▽

## **Romance del pastorcito y la infanta**

Del alemán

En balcón del alcázar,	△▽	
al romper el nuevo día,		
tan hermosa como triste,		
está la infanta y suspira;		
el pastorcito del valle		5
su pensamiento cautiva.		
La infanta murió de amores,		
sus restos a enterrar iban;		
él lo vio, lo vio, y no supo		
por quién la infanta moría.		10
En el valle está el sepulcro,		
y cuando en él se reclina		
el pastor, sueña dulzuras		
de una tristeza infinita.		

△▽

## **La trompeta del juicio**

De Victor Hugo

Señales son de juicio  
ver que todos le perdemos.

LOPE DE VEGA

Yo vi entre nubarrones	△▽	
una trompeta monstruosa y rara		
aguardando a que un ángel de pulmones		
con mayúsculo empuje la soplara.		
Y este clarín fantástico, sombrío,		5
forjado de justicia hecha metal,		
aunque lejos del mundo, en el vacío,		
al mundo daba un frío sepulcral.		
Fuera del tiempo, más allá del ser		
reposaba el clarín		10
viviendo y entendiéndose a placer		
donde no hay forma, límite ni fin.		

En donde nada baja y nada sube,  
 en donde todo pasma; 15  
 donde el espectro es nube  
 y la nube fantasma;  
 allí, como quien no quiere la cosa,  
 este clarín cavila y se reposa.

¡¡El clarín del abismo!!!... Muy feroces  
 han de salir un día siete veces 20  
 de su cóncavo seno. Mientras tanto  
 calla el clarín y piensa... y sin testigos  
 empolla recompensas y castigos.

¡Ay!, de todo el espanto 25  
 que reina por el cielo,  
 es este empollador bárbaro abuelo.  
 Yo le consideraba entre vapores  
 como quien considera  
 a un silencioso gallo en los horrores 30  
 de la noche más fiera.

Y la inmovilidad del cementerio  
 y el sueño de las tumbas y el reposo  
 de los muertos que yacen en su nicho  
 estaban fabricados, ¡oh misterio!,  
 del extraño silencio portentoso 35  
 que tenía en la boca el susodicho  
 clarín; y era un silencio tan pesado,  
 que le impedía al muerto más taimado  
 un pliegue solamente 40  
 hacer sobre su frente  
 en el sudario, ya medio podrido,  
 que (lindo sastre) le cosió el olvido.

Harto se comprendía  
 que mientras se callase la trompeta  
 el anatema se suspendería, 45  
 el sepulcro los muertos tragaría,  
 la multitud de vivos viviría  
 y se divertiría y comería,  
 si es que no estaba a dieta: 50  
 y, satisfechas todas las pasiones,  
 habría tertulias, bailes y festejos,  
 y se emborracharían los tiranos;  
 y por postre de tantas diversiones,  
 (¡oh inaudita verdad!) mozos y viejos 55  
 irían a ser merienda de gusanos  
 mas, en el punto mismo  
 en que llegase a oírse el trompeteo  
 de la feroz trompeta del abismo,  
 se armaría un jaleo 60  
 grande entre los difuntos,



y de las tumbas entreabiertas, juntos  
se verían salir a centenares  
palomas, ¡ay!, de horribles palomares:  
y formando un estruendo singular  
como si se volcase todo el mar 65  
en espumosa catarata hirviente,  
los muertos, revolando,  
y sus huesos buscando,  
animarían el espacio ingente.

El clarín, en el ínterin, discreto, 70  
tenía facha de estar en el secreto.

De su bronce el crujir  
haría saltar, vibrar y revivir  
la sombra, el plomo, el mármol, y su son  
a las cosas que más sordas han sido 75  
las haría estallar con estampido  
de bomba colosal de percusión.  
Al eco de la trompa evocatoria,  
recobraría el olvido la memoria,  
tiritaría el cielo palpitante, 80  
darían un grito todas las conciencias,  
y el licenciado en ciencias,  
el doctor, el ateo,  
el discreto y el tonto, 85  
y el bonito y el feo  
sentirían de pronto  
que aquella estrepitosa melodía  
por sus tuétanos mismos discurría.

Esto ha de suceder  
según lo que yo puedo columbrar; 90  
tal es el porvenir;  
por lo menos, así lo logro ver,  
cuando sobre él me pongo a meditar.  
¡Este mundo tendrá que concluir!  
Años, meses y días pasarán, 95  
y los huecos del tiempo llenarán,  
y cuando el tiempo esté todo relleno,  
en medio de la noche dará un trueno,  
y llegará la formidable hora,  
y la fatal y pálida mañana, 100  
y la trompa sonora  
tocará de los muertos la diana.

¡Oh diana terrible!  
¡Oh sobresalto atroz! ¡Oh voz de alerta!  
La confusión de muertos me horroriza. 105  
¡Ay! La noche despierta

a la muerte, su hermana, su melliza.  
Y... yo, el incorruptible  
bronce estaba mirando, pensativo.  
Ya no sé lo que escribo. 110

Y toda voluntad, de oro o de cieno,  
y pasiones sin freno,  
y amor, virtud, furores,  
himnos, gritos, placeres y dolores,  
se estampan en la trompa colosal, 115  
do una Babel enrosca su espiral.

Lo largo de esta trompa es un misterio  
desde lo eterno llega a lo absoluto;  
no hay toesa, ni codo, ni hombre serio,  
que medir pueda el bárbaro cañuto; 120  
uno de sus extremos llega al bien,  
el otro llega al mal;  
desde Sodoma pasa hasta el Edén,  
y desde el hombre pasa al animal.

Su negra sima y hórrido bojeo 125  
al acaso le da envidia,  
y es de la Humanidad que se fastidia  
el bostezo más feo.

Crímenes, vicios y otras porquerías  
las entrañas sombrías 130  
esconden del clarín, las tempestades  
se reposan en sus concavidades,  
y en torno de la obscura redondela,  
Satanás, con gran maña  
convertido en araña, 135  
urde una sucia y asquerosa tela.

De repente, una mano  
sale de lo infinito, y, poco a poco,  
va a agarrar la trompeta.  
¿De quién será esta mano? No hay humano 140  
entendimiento, aunque se vuelva loco,  
ni hay imaginación clara y discreta  
que lo descubra y diga.

Solamente se piensa  
que es una mano inmensa 145  
y no una mano amiga.  
El dueño de la mano está esperando  
que le den la señal  
para asir la trompa, y, resoplando,  
tocar la hora final. 150  
¡Ay! Este ocioso trompetero eterno  
vela en tinieblas su estatura ingente;

más, hundiendo la planta en el infierno,  
a las estrellas llega con la frente.

Madrid, 1859.

△▽

## **El dios Apolo**

De Enrique Heine

### I

Se alza el claustro en un peñón,	△▽
cuyo cimiento el Rhin besa;	
la novicia está mirando	
desde una encumbrada reja.	
Encantadora barquilla	5
sobre las ondas navega,	
laurel y flores la adornan	
y gallardetes de seda.	
Todo a la dorada lumbre	
del sol poniente destella.	10
De oro y púrpura vestido,	
con rara magnificencia,	
rubio mancebo gentil	
del barco en medio se eleva.	
Van a sus pies nueve hermosas	15
candidísimas doncellas;	
la túnica al talle esbelto	
ciñe, y descubre la pierna;	
toca la lira el mancebo	
de la rubia cabellera,	20
y canta con tal dulzura,	
que sus cantares penetran	
de la novicia en el alma,	
como fuego la queman.	
Santíguase la novicia,	25
hace la cruz, pues no ahuyenta	
la delectación amarga	
y la dulcísima pena.	
-Soy el dios de la poesía,	
a quien el mundo venera,	30

mi templo está en el Parnaso,  
 famoso monte de Grecia;  
 mil veces allí he bebido  
 inspiración en la fresca  
 fuente Castalia a quien sombra 35  
 cipreses gallardos prestan.  
 Allí sentadas en torno  
 cantaban las musas bellas,  
 entreverando con risas  
 y charla las cantinelas, 40  
 mientras sonaba la trompa  
 en lo esquivo de la selva,  
 donde cazaba mi arisca  
 hermana, Artemis, severa;  
 no bien mis labios rizaban 45  
 la onda Castalia serena,  
 brotaba el canto en mis labios  
 por misteriosa manera.  
 Yo cantaba, y de la lira  
 al sonar las dulces cuerdas, 50  
 Dafne acudía a mirarme  
 por entre lauros y adelfas;  
 cantaba yo, y cual difunde  
 ricos aromas el néctar,  
 mi canto bañaba en gloria 55  
 la redondez de la tierra.  
 Vine de Grecia, arrojado  
 mil años ha, pero queda  
 en Grecia siempre mi alma  
 y mi corazón en Grecia. 60

## II

Disfrazada de beata,  
 de negro sayal vestida,  
 con capuchón y con manto  
 se ha escapado la novicia;  
 del Rhin siguiendo la margen 65  
 hacia Holanda se encamina,  
 y con ansiedad pregunta  
 a cuantos halla en la vía:  
 -¿No visteis a Apolo? Lleva  
 rojo manto y una lira, 70  
 a cuyo son canta el dulce  
 ídolo del alma mía.  
 Unos con ojos de espanto,  
 otros la escuchan con risa,  
 otros le vuelven la espalda, 75  
 otros dicen: «¡Pobre niña!»

A un vejezuelo que canta  
 gangoso, al andar vacila,  
 hace cuentas con los dedos,  
 y va con una mochila 80  
 y un sombrero de tres picos,  
 la novicia se aproxima.  
 Con ojos vivos el viejo  
 oye la pregunta misma:  
 -¿No visteis a Apolo? Lleva 85  
 rojo manto y una lira  
 cuyo son canta el dulce  
 ídolo del alma mía.  
 Sacudiendo la cabeza,  
 manoseando la barbilla, 90  
 el vejezuelo responde  
 con gran socarronería:  
 -¿Si le he visto? Ya lo creo:  
 muchas veces en mi vida;  
 siempre que yo, en Amsterdam, 95  
 a la sinagoga iba.  
 Como allí de chantre estaba,  
 rabí Apolo le apellidan;  
 mas no es ídolo de nadie,  
 que es mala la idolatría. 100  
 Sé también del rojo manto,  
 todo de escarlata fina,  
 de a ocho doblones la vara;  
 aun no cobró quien lo fía.  
 Conozco al padre de Apolo, 105  
 es de mi propia familia,  
 portugués circuncidante,  
 que doblones circuncida.  
 Se llama Moisés Pereira,  
 y su mujer, que es mi prima, 110  
 en pepinos en vinagre  
 y en trapos viejos trafica.  
 Del hijo no están contentos,  
 porque, mejor que la lira,  
 sabe manejar los naipes 115  
 y enredar la timbirimba.  
 Es un librepensador  
 que a todos escandaliza;  
 por comer carne de cerdo  
 le han quitado la chantría. 120  
 Ahora va por esos mundos  
 con comediantas perdidas,  
 y desempeña papeles  
 de bufón, con mucha chispa;  
 pero cuando más al pueblo 125  
 en los mercados cautiva,

es cuando hace de Holofernes  
 o cuando a David imita,  
 cantando devotos salmos  
 en nuestra lengua castiza. 130  
 Hace poco, en un garito,  
 sonsacó a las nueve ninfas,  
 y de Apolo va corriendo  
 la tuna en su compañía.  
 Una de ellas, que es muy gorda, 135  
 está que brama de ira,  
 porque la gente, al mirarla  
 con tanto laurel encima,  
 la llama por remoquete  
 la verdeante cochina. 140

△▽

### El paladín heraldo

De Luis Uhland

De su hueste a la cabeza 145  
 iba el paladín Heraldo,  
 al resplandor de la luna,  
 una selva atravesando.  
 Las conquistadas banderas 5  
 ondean al viento manso;  
 el himno de la victoria  
 repite el monte cercano.  
 Pero, ¿quién susurra y gime  
 entre el frondoso arbolado, 10  
 y agita y besa las flores  
 y se columpia en los tallos?  
 ¿Quién desciende de las nubes,  
 o surge del río claro, 15  
 y danza entre los guerreros  
 y detiene los caballos?  
 ¿Quién canta con tal dulzura?  
 ¿Quién acaricia tan blando?  
 ¿Quién las espadas y lanzas  
 arrebatada de las manos? 20  
 ¿Quién los guerreros cautiva  
 y anuda con dulce lazo?  
 ¿Quién en pos de sí los lleva  
 sin darles tregua y descanso?  
 De las sílfides ligeras 25

es el ejército alado,  
 contra quien armas no valen  
 y resistirse es en vano.  
 Hacia el reino de las hadas  
 los de la hueste volaron, 30  
 de las sílfides cediendo  
 al fascinador encanto.  
 Los corceles sin jinetes  
 van por el bosque vagando;  
 lanzas y escudos se miran 35  
 por el suelo derribados.  
 Todo de acero vestido,  
 de la luna al tibio rayo,  
 Heraldo triste cabalga  
 por el bosque solitario. 40  
 Allí fresca y cristalina  
 mana el agua de un peñasco,  
 y el héroe desmonta y bebe,  
 sirviendo el yelmo de vaso.  
 No bien apaga la sed, 45  
 siente fallecer los brazos,  
 las piernas no le consienten,  
 en la peña se ha sentado.  
 Reposa el héroe en la peña,  
 hace ya cien y cien años, 50  
 con la cabeza inclinada  
 sobre el pecho, y encrespados  
 y luengos cabello y barba;  
 cuando en la selva relámpagos  
 brillan, el trueno retumba, 55  
 brama el viento y cae el rayo,  
 el paladín que dormita  
 su espada empuña soñando.

△▽

### La hija del joyero

De Luis Uhland

Entre perlas y diamantes, △▽  
 dice el joyero a su hija:  
 -Elena, entre tantas joyas,  
 eres la joya más rica.  
 A la tienda del joyero 5  
 vino un galán cierto día.

-Buen joyero, Dios te guarde,  
guárdete Dios, bella niña.  
Luego al joyero el galán  
desta manera decía: 10

-Hazme una hermosa diadema  
para mi novia querida.  
Terminada la diadema,  
do mil diamantes lucían,  
Elena, al verla, exclamaba 15  
con dulce melancolía:  
-¡Cuán feliz será la novia  
a quien él la frente ciña!  
Una guirnalda de flores,  
don suyo, hiciera mi dicha. 20  
Volvió el galán, y, admirando  
la diadema, sonreía.  
-Haz para mi novia, dijo,  
buen joyero, una sortija.  
La sortija terminada, 25  
Elena a solas suspira,  
diciendo: -Feliz aquella  
para quien él la destina.  
¡A mí me basta un bucle  
de su cabellera riza! 30  
Volvió a poco el caballero  
y halló las joyas muy lindas,  
del joyero celebrando  
el primor y maestría.  
Luego añadió: -Bella Elena, 35  
te suplico me permitas  
que en ti se prueben los dijes,  
a fin de que yo perciba  
cómo le irán a mi novia,  
a quien eres parecida. 40  
Era en aquel día domingo,  
y para salir a misa,  
con mucho esmero y de gala  
Elena estaba vestida.  
Al caballero acercose 45  
toda vergonzosa y tímida,  
como encendidos claveles,  
con el rubor sus mejillas.  
Él le ciñó la diadema,  
él le puso la sortija; 50  
juego, estrechando su mano,  
le dijo: -Tú eres mi vida,  
mi dulce novia tú eres,  
y aquí la burla termina.  
La sortija es para ti, 55  
y la diadema que brilla



sobre tu cándida frente  
que sus diamantes eclipsa.  
Si entre oro y perlas naciste,  
y luciente pedrería, 60  
agüero fue de la gloria  
a que mi amor te sublima.

△▽

### La iglesia perdida

De Luis Uhland

De la remota selva a veces viene 60  
confuso y vago son;  
del misterio que el son en sí contiene  
nadie da la razón.  
Iban antes por senda conocida 5  
peregrinos sin cuento  
a la iglesia en los bosques escondida,  
cuyo son trae el viento.  
Ya nadie atina con la oculta senda  
que a la iglesia llevaba; 10  
del siglo herido en la feroz contienda  
yo por el bosque erraba;  
y, fatigado de un luchar en vano,  
hacia Dios me volvía,  
y de la selva por lo más arcano 15  
penetraba sin guía.  
Llegó de nuevo el son en el profundo  
silencio hasta mi oído;  
aspiró el alma a Dios, olvidó el mundo;  
fue más claro el sonido, 20  
mi espíritu buscó su propio centro  
por el son excitado;  
de un extraño poder que obraba dentro  
sintiose arrebatado;  
y contra la corriente fugitiva 25  
del tiempo, en rauda vuelo,  
se alzó sobre la niebla, donde viva  
brilla la luz del cielo.  
Al cielo puro, al sol resplandeciente  
torre esbelta subía; 30  
como una flor en el dorado ambiente,  
la catedral se erguía;

aérea en sus perfiles, esfumada  
como una nube de incienso,  
perdiéndose en aguja delicada 35  
en el éter inmenso.  
Y sonó la campana con tañido,  
de paz y beatitud,  
no por mano mortal el bronce herido,  
por célica virtud. 40  
De la misma virtud activo fuego  
me agitó el corazón,  
y con dulce temor penetré luego  
en la santa mansión.  
El bien, la dicha que gocé en sus naves 45  
¿cómo pintar pudiera?  
Simulacros, imágenes suaves  
me alzaron a otra esfera.  
Los simulacros, a la luz celeste,  
vida eterna cobraron; 50  
y de santos y vírgenes la hueste  
mis ojos contemplaron.  
De la gloria las altas maravillas  
representaba el techo,  
cuando caí postrado de rodillas, 55  
de amor henchido el pecho;  
mas, al alzar de nuevo la mirada,  
la cúpula se abrió,  
y, patente y real, la gloria ansiada  
mi mente descubrió. 60  
Ni expresar el fulgor y la hermosura  
de aquel perenne día,  
ni encarecer su paz y su ventura  
puede la poesía.  
Quien anhele gozarle, humilde vuelva 65  
a Dios el pensamiento,  
y al sonar de la iglesia de la selva,  
preste el oído atento.

△▽

### La velada de Venus

Paráfrasis de un himno sagrado de incierto autor latino

Ame mañana el amador; mañana

△▽

ame quien nunca amores ha tenido

La hermosa primavera  
 digna del canto la estación lozana  
 en que el mundo ha nacido, 5  
 vuelve, y amor sobre Natura impera.  
 Mañana el bosque de la rama verde  
 sacudirá la escarcha fecundante,  
 y en dulce lazo se unirán las aves.  
 Ya vagando se pierde 10  
 en la fresca espesura y odorante,  
 do entreteje de mirto la enramada,  
 la tierna madre del amor, Ciprina,  
 que mañana dará su ley divina  
 sobre el tálamo excelso reclinada. 15

Ame mañana el amador; amores  
 tenga quien nunca amores ha tenido.  
 Sangre del cielo herido,  
 con globos brilladores 20  
 mezcla Océano de su blanca espuma,  
 y nace Venus, hija de los mares,  
 y a su belleza suma  
 los genios de la mar alzan altares.

Ame mañana el amador; mañana  
 quien nunca tuvo amor, arda de amores. 25  
 Con púrpura, con perlas de las flores,  
 Venus el año pinta y engalana,  
 y a los besos del céfiro, turgente  
 muestra el pecho, y extrae  
 filtro encantado que al amor incita; 30  
 rocío transparente,  
 que el aura leve de la noche agita,  
 sobre la tierra cae.  
 Son lágrimas de amor que llora el cielo,  
 que trémulas, ligeras, 35  
 en las verdosas líquidas esferas  
 se mecen antes de bañar el suelo.  
 De púdico carmín tiñe Dione  
 la rosa, cuando pone  
 en su cáliz la gota de rocío, 40  
 que en la noche tranquila  
 de las estrellas fúlgidas destila.  
 Mañana debe desceñir la diosa  
 la túnica ajustada  
 al pecho de la virgen amorosa, 45  
 que al amor se abrirá como la rosa.  
 ¡Oh, rosa delicada  
 que de sangre de Venus, llama viva,  
 y púrpura del sol, el amor crea  
 y hace brotar de un beso! 50

¡Oh, esposa virgen, de amor cautiva,  
rompe el nudo celoso que rodea  
tu talle, y muestra, muestra tu hermosura,  
más que nunca esplendente,  
por el ígneo rubor en que fulgura  
tu despejada frente!

55

Mañana el amador de amores arda.

Ame también quien en amor se tarda.  
Manda a las grutas de arrayán Dione  
ir a las ninfas; el amor las guía.  
Pero ¿cómo las armas no depone  
siendo noche de fiesta y alegría?

60

Id, ninfas; desarmado  
el amor está ya; Venus lo quiere,  
del arco y las saetas con que hiere,  
del fuego abrasador le ha despojado;  
mas contra la belleza del desnudo  
amor inerme prevenid escudo.

65

Sientan mañana amor los amadores

y quien no amó jamás arda de amores.

70

Cede, virgen de Delos,  
Venus púdicas vírgenes te envía,  
oye su voz y cumple sus anhelos.  
Queda incruenta la floresta umbría;  
no persigas las fieras;  
Venus a suplicarte acudiría  
que sus misterios vieras,  
sí, casta diosa, tú verlos pudieras.

75

Allí coros errantes,  
y mil alegres turbas circunstantes,  
y Baco y Ceres con el dios del canto,  
de guirnaldas las sienas adornadas,  
por tus bosques irán, llenos de encanto,  
bajo ramas de mirto entrelazadas.

80

Tres noches durarán, si lo otorgares,  
¡oh diosa!, la velada y los cantares,  
virgen de Delos, cede:  
ya reinar Venus en las selvas puede.

85

Mañana el ser desamorado ame,

y en nuevo amor el amador se inflame.  
Rasga el manto florido Hybla; derrama,  
más pródiga que de Enna la llanura,  
cuantas flores te dio la primavera.

90

Venus su ley proclama,  
con las gracias está, y ornar espera  
de tus flores su trono y hermosura.  
Ella venir prescribe

95

a cuanta ninfa vive.  
 En el bosque apartado,  
 o bajo la onda tiene 100  
 alcázar cristalino;  
 ella a las ninfas cándidas previene  
 que desconfíen del rapaz divino,  
 aunque le ven desnudo y desarmado.

Ame mañana el amador; mañana 105  
 quien nunca tuvo amor arda de amores.  
 Venus va a sonreír a la temprana  
 gentil copia de flores.  
 El éter que primero,  
 a la tierra querida 110  
 uniéndose en fecundo estrecho abrazo,  
 de nubes le ciñó velo ligero,  
 y produjo la vida  
 y la pompa venal en su regazo,  
 mañana, en luz y en perlas de rocío 115  
 volviendo a unirse a la divina esposa,  
 nuevo poder, vivificante brío  
 pondrá en su entraña ingente y amorosa,  
 y Venus misma infundirá su aliento  
 del universo al alma y a las venas, 120  
 por do corra y transpire,  
 y nada deje de su fuerza exento,  
 ni la tierra, ni el mar, ni el firmamento  
 espíritu vital, que en lo profundo  
 de la existencia toda oculto gire, 125  
 y abra caminos de nacer al mundo.

Mañana el ser desamorado ame,  
 y en nuevo amor el amador se inflame.  
 Venus manda que a Troya el Lacio herede,  
 el hijo por esposo da a Sabinia, 130  
 la púdica vestal a Marte cede,  
 y une a los fundadores  
 de la soberbia Roma  
 con las nobles doncellas de Sabinia,  
 de donde origen toma 135  
 su raza prepotente;  
 Quirites, caballeros, senadores,  
 y César su más claro descendiente.

Mañana el amador de amores arda;  
 ame también quien en amor se tarda. 140  
 Venus al campo infunde su alegría,  
 su vida y sus amores.  
 Amor nació en el campo, do le cría  
 Venus con dulces besos de las flores.

Ame mañana el que jamás ha amado;	145
arda de amor el pecho enamorado. En todo ser impera el amor con la grata primavera. Muge el toro de amor, y junto al río ala balante grey busca el morueco;	150
en el bosque sombrío oye y repite con deleite el eco, el incesante trino de las aves; con ronca voz aturde la laguna el cisne, y en el álamo frondoso	155
Filomena con cánticos suaves, olvidando su mísera fortuna, enamora al esposo. Sólo estoy mudo yo. ¿Cuándo el destino renovará la primavera mía?	160
Este silencio, el desamor continuo, de las eternas Musas me desvía. Sientan mañana amor los amadores, y quien no amó jamás, arda en amores.	

Madrid, 1860.

△▽

### La oreja del diablo

De Juan Fastenrath

No por su Don Juan Tenorio se ufane tanto Sevilla; don Martín, el de Jerez, a Don Juan Tenorio eclipsa.	△▽
No bien le apuntaba el bozo, aunque ya tenido había veinticinco o treinta duelos y mil galantes intrigas, dijo impaciente a su padre:	5
-Este sosiego me irrita; no quiero ser la tortuga con la casa siempre encima; quiero ver mundo y gozar,	10

y dar razón de mi vida,  
y mostrar cual caballero 15  
mi esfuerzo y mi valentía-.  
Para disuadirle, el padre  
al cigarrón le asimila,  
que brinca sin saber dónde,  
y sabe Dios dónde brinca. 20  
¡Ay, cuán prudentes consejos!  
¡Ay, de qué poco servían!  
Don Martín monta a caballo,  
la espada tiene ceñida,  
y llueva, truene o granice, 25  
por monte y valle camina.  
Junto a un extraño castillo  
viene a parar cierto día,  
cuyas torres en el centro  
de obscura selva se empinan. 30  
No hay en el castillo puertas,  
ni ventanas se divisan,  
mas don Martín quiere entrar,  
y con la daga buida  
abre en el muro ancha brecha 35  
por la cual se precipita.  
Inmensas salas recorre,  
y no ve persona viva;  
la soledad y el silencio  
el yermo castillo habitan. 40  
Llega al cabo don Martín  
a un corral, en donde había  
un dragón desaforado,  
un dragón que pone grima,  
con siete testas cornudas, 45  
los ojos brotando chispas,  
y con siete enormes fauces  
por do ponzoña vomita.  
No se asusta el caballero;  
no se arredra, y no vacila, 50  
y alta la espada, en su diestra  
como relámpago brilla.  
Tan atinado y brioso  
sabe el andaluz blandirla,  
que al dragón, de un solo tajo, 55  
las siete cabezas quita.  
Mas una de las cabezas  
tal poder tiene en la vista,  
y a don Martín con tal fuerza,  
aunque ya cortada, mira, 60  
que alzándole por el aire,  
le arroja en profunda sima.  
Por sus lóbregas entrañas

don Martín rodando iba,  
 y rodó, sin hallar fondo, 65  
 lo menos catorce días.  
 Cuando de pronto ¡oh sorpresa!  
 Cuando a deshora ¡oh delicia!,  
 de un encantado palacio  
 hallose en alcoba rica. 70  
 Allí, en un lecho, la dama  
 más bella estaba dormida  
 que vieron ojos mortales  
 o soñó la fantasía.  
 La dama despierta al punto, 75  
 y lágrimas sus mejillas  
 humedecen, como perlas  
 sobre rosas purpurinas.  
 Dice don Martín: -¿Qué es esto?  
 ¿Por qué lloras, prenda mía?- 80  
 Y ella: -¡Oh príncipe!, responde-  
 llorando estoy mi desdicha;  
 del emperador de Grecia  
 soy la idolatrada hija,  
 tan hermosa, que el demonio 85  
 por mi hermosura suspira.  
 Aquí fadada me tiene,  
 hasta que sea su amiga,  
 o hasta que en cruda batalla  
 un caballero le rinda-. 90  
 -¡Yo soy ese caballero!-  
 don Martín luego replica.  
 -Lucifer, acude pronto,  
 don Martín te desafía-.  
 Poco tarda Lucifer 95  
 en acudir a la cita;  
 ya traba con don Martín  
 la batalla más reñida.  
 El amor y la presencia  
 de la preciosa infantina 100  
 prestan denuedo y pujanza  
 al héroe de Andalucía.  
 ¡Oh valiente! Ya arrincona  
 al rival; ya le acuchilla,  
 y ya le corta una oreja, 105  
 que guarda como reliquia.  
 Los dientes de Lucifer  
 con la cólera rechinan;  
 muge cual toro a quien ponen  
 diez pares de banderillas; 110  
 Y -¡daca la oreja!- exclama,  
 y -¡daca la oreja!- grita  
 con ronca voz, como suele



ser la voz de una bocina.  
 Don Martín, con gran cachaza, 115  
 le dice: -Calma tu ira;  
 tus amenazas no temo;  
 por derecho de conquista  
 la oreja me pertenece,  
 y en aguardiente curtida 120  
 la guardaré, cual recuerdo  
 de mi proeza inaudita.  
 Y el diablo: -¡Daca la oreja!  
 Y don Martín: -Aunque es mía,  
 te la daré, si me cumples 125  
 tres deseos que conciba.  
 -Dilos.- El primero es  
 que a esta princesa divina  
 la lleves a su palacio  
 del Bósforo en las orillas. 130  
 No bien pronunció la orden,  
 cuando la hizo cumplida.  
 Y, ya de vuelta, el diablo  
 la oreja otra vez pedía.  
 -Es mi segundo deseo, 135  
 dijo el héroe, que enseguida  
 a la gran Constantinopla  
 me lleves, donde me vistas  
 las más relucientes galas,  
 me adornes con joyas finas 140  
 y me procures dinero  
 y espléndida comitiva.  
 Dicho y hecho. Ya resuenan  
 timbales y chirimías;  
 atronando están el aire, 145  
 las músicas y los vivas;  
 cubren el piso las flores,  
 y las campanas repican.  
 Precedido de diez pajes,  
 más dos que tienen la brida, 150  
 y seguido de escuderos  
 y cien negros de Etiopía,  
 que en cajas de oro y de nácar  
 en las espaldas fornidas  
 llevan primorosas telas, 155  
 diamantes y margaritas,  
 blancas plumas, raras pieles,  
 armas y vasos de China,  
 sobre alfana poderosa,  
 con entono y bizarría, 160  
 la corte imperial de Grecia  
 el gran don Martín visita.  
 Le sigue el pueblo, y le aplaude,

y sus grandezas admira.  
En un balcón de palacio 165  
el imperante y su hija  
están aguardando al héroe  
para hacerle cortesía.  
En suma, nuestro andaluz  
logra la más alta dicha, 170  
y el imperante se allana  
a casarle con la niña.  
Ya concentradas las bodas,  
el diablo humilde suplica  
que don Martín dé la oreja 175  
o tercer cosa le pida.  
-Nada se me ocurre ahora,  
don Martín le respondía.  
Soy feliz, mas es prudente  
guardar tu oreja maldita. 180  
En fin, las bodas se hacen  
con la mayor alegría.  
¡Cuánto amor! ¡Cuánta ventura!  
¿Quién, don Martín, no te envidia?  
Mas, pasada una semana, 185  
don Martín reconocía  
que de la piel del diablo  
está su mujer vestida.  
En el tiempo que la tuvo  
el diablo en su compañía, 190  
por tal arte la endiabló,  
que era imposible sufrirla.  
Don Martín, desesperado,  
quiere romperse la crisma.  
Llama al demonio; éste viene, 195  
y dice: -¿Qué necesitas?  
-Toma tu oreja, responde  
don Martín, toma mi vida,  
si la quieres; pero al punto  
llévate, más que de prisa, 200  
otra vez a los infiernos  
a mi esposa la infantina.

Madrid, 1870.

△▽

De Juan Fastenrath

En la quinta de Ruzafa, △▽  
al umbral del paraíso,  
duerme el gran Abdelrahmán,  
está de Merván el hijo.  
El blanco halcón de Coreixi, 5  
de Beni Abbás fugitivo,  
halló, lejos de Damasco,  
un trono, buscando asilo,  
y por toda España ora  
extiende ya su dominio, 10  
do mártires son los muertos,  
los vivientes, morabitos.  
Ora su palma contempla  
solitario y pensativo,  
y trae la palma a su mente 15  
dulces recuerdos queridos.  
Cuando, rasgando las nubes,  
con puro, insólito brillo,  
un genio se le aparece  
de luz y gloria vestido. 20  
Es el ángel Azael,  
que la rodilla no quiso  
ante Adam, primer profeta,  
nunca doblegar altivo;  
mas, desterrado del cielo, 25  
de su soberbia en castigo,  
ante el Emir se postró  
y de esta suerte le dijo:  
«No te recuerde la palma  
tu hermoso suelo nativo; 30  
al mirar cuánto se eleva,  
eleva tú los designios.  
Tuyas son ya las coronas  
de perlas y de jacintos  
de todos los reyes godos, 35  
desde Ataúlfo a Rodrigo.  
Alá con amor los ojos  
en ti, señor, tiene fijos;  
su tremenda cimitarra  
el profeta te ha ceñido. 40  
Tuya es la tierra andaluza  
que abraza el mar con zafiros  
y corales, que el sol ama,  
de su belleza cautivo.  
Haz en tierra tan hermosa 45  
un soberano prodigio;  
construye un templo que sea

grato a Dios y de ti digno.  
 De Jerusalén la Alasca  
 caiga por él en olvido, 50  
 y su Mihrab primoroso  
 custodie de Othman el libro.  
 Por él se eclipse la Caaba  
 y adoren a Dios rendidos  
 en Córdoba, y no en la Meca, 55  
 millares de peregrinos.  
 Guéelos tu clara estrella,  
 vengan de Persia y Egipto,  
 limoneros les den sombra,  
 baño tus fuentes y ríos. 60  
 Y de la luz del profeta  
 como victorioso signo,  
 haz que tu Aljama se eleve  
 sobre la iglesia de Cristo.  
 De la romana grandeza 65  
 ceda Itálica el prestigio;  
 ceda columnas de jaspe  
 y capiteles corintios.  
 Por once puertas los fieles  
 entren a cumplir el rito, 70  
 y abran a once largas naves  
 las once puertas camino.  
 Treinta y tres naves las once  
 crucen, y en un laberinto  
 de mil columnas divague 75  
 el pensamiento perdido.  
 Las mil columnas deslumbren  
 cual los acerados filos  
 de las mil mejores lanzas  
 de tus cenetes lúcidos. 80  
 La herradura del Borac  
 que alzó al Profeta al Empíreo,  
 enlazando las columnas  
 trabe y una el edificio.  
 Semejen los leves arcos 85  
 a los ondulantes rizos  
 que hacen, si los mueve el viento,  
 tus estandartes invictos.  
 Y un arco en otro se eleve,  
 en color y adornos rico, 90  
 como el iris que el sol crea  
 y corta en iris distintos.  
 Para precaver de infieles  
 un ataque repentino,  
 muros almenados cerquen 95  
 la Aljama como un castillo.  
 Yo a las peris y a las hadas

he de llamar en tu auxilio,  
 para que prodiguen flores  
 de tus pensiles divinos, 100  
 los cuales a los mosaicos  
 y alicatados prolijos  
 y a la cúpula gallarda  
 del Mirab presten su brillo.  
 Las limpias fuentes del patio 105  
 y los naranjos floridos  
 a los ruiseñores llamen  
 a dar melodiosos trinos;  
 y llene un mar de esplendores  
 el misterioso recinto 110  
 y en armonías y aromas  
 se impregne su ambiente tibio.  
 Sus, pues, noble Abdelrahmán,  
 realiza tanto prodigio,  
 recobra la antigua fuerza 115  
 y los juveniles bríos.  
 Tu gloria por este templo  
 vivirá en todos los siglos,  
 te premiarán las huríes  
 eternas con su cariño.» 120  
 Así dijo; y sin tardanza  
 se cumplía lo que dijo.  
 Llenan a Córdoba toda  
 de animación y bullicio  
 los alarifes y obreros 125  
 en gran número reunidos,  
 y el templo, con rapidez,  
 ya se levanta magnífico.  
 Con blanca y poblada barba  
 y con turbante blanquísimo, 130  
 una hora cada día,  
 como el peón más activo,  
 un anciano venerable  
 trabaja en el edificio.  
 Cuando la implacable muerte 135  
 cortó de su vida el hilo,  
 el templo maravilloso  
 casi estaba concluido;  
 y perdonado Azael,  
 en busca del Emir vino, 140  
 y juntos pasaron ambos  
 el umbral del paraíso.

### Trozos del Fausto

# I

## Los arcángeles

### RAFAEL

En la concorde armonía  
donde concurre a porfía  
toda esfera celestial,  
por el marcado camino,  
lleva con himno divino  
el sol su hoguera inmortal;  
su mirada creadora,  
cuyo origen nadie explora,  
fuerza a los ángeles dio  
y perfecto a maravilla  
hoy el universo brilla  
como el día en que nació.

### GABRIEL

Y con rapidez, que admira  
y no se comprende, gira  
de la tierra el esplendor,  
cambiando la luz serena  
en profunda noche, llena  
de tinieblas y terror.  
Con montes de espuma asalta  
hasta la roca más alta  
desde su abismo la mar;  
y por su esfera arrastrados  
van mar y roca lanzados  
en el eterno girar.

### MIGUEL

Y en mar y tierra se escucha  
bramar en férvida lucha  
de la tormenta el furor,  
cuando forja la cadena  
que a ocio o a muerte condena  
la actividad del amor;  
y la destrucción primero  
va señalando el sendero  
por do el rayo debe ir;  
pero ya el ángel augura,

señor, la paz y ventura  
que en su día ha de venir.

## LOS TRES

Tu mirada creadora,  
cuya esencia nadie explora,  
fuerza a los ángeles dio;  
y perfecto a maravilla  
hoy el universo brilla  
como el día en que nació.

## II

### La evocación

## ESPÍRITU

A tu evocación cedí  
y a tu conjunto potente;  
ansiabas verme de frente,  
y ya me tienes aquí.  
¿Por qué te vence el terror?  
¿Por qué enmudece tu lengua?  
¿Por qué a mi vista se amengua  
tu sobrehumano valor?  
¿Dónde está el seno fecundo,  
cuya virtud vencedora  
crea, nutre y atesora  
en sus abismos un mundo?  
¿Do el corazón que se erguía  
con altivo movimiento,  
y en su orgulloso contento  
igual a mí se creía?  
¿Do la voz que me llamaba?  
Y tú, Fausto, ¿dónde has ido?  
¿Dónde el vigor ha caído  
que hacia mí te levantaba?  
Mi aliento con miedo vil  
hasta tus tuétanos hiela:  
no eres águila que vuela,  
sino pisado reptil.

.....  
De la acción en la tormenta,  
y de la vida en el mar,  
mi ser flota y se sustenta,

sube y baja sin cesar.  
Eterna corriente,  
nacer y morir,  
cual tejido ardiente  
y vario el vivir,  
que del tiempo en la fábrica sonora  
tramó de Dios la veste vividora.

### III

#### La resurrección

#### CORO DE ÁNGELES

Mortal, bendice tu suerte.  
¡Ya Cristo resucitó!  
Ya del pecado y la muerte  
las cadenas quebrantó.

#### CORO DE MUJERES

Con aromas y bálsamo  
su santo cuerpo unguimos,  
y con cendales cándidos  
su desnudez cubrimos:  
mas ¡ay!, que en el sepulcro,  
do reposaba ya,  
le busca nuestro anhelo,  
y Cristo allí no está.

#### CORO DE ÁNGELES

Feliz quien de amar entiende:  
ya Cristo resucitó,  
y hasta el cruel que le ofende  
su ser divino mostró.

#### CORO DE DISCÍPULOS

Salió del sepulcro  
con viva hermosura.  
Si eterna ventura  
promete su amor,  
¿por qué, al ir al cielo,



del mundo se aleja,  
y solos nos deja  
y en hondo dolor?

#### CORO DE ÁNGELES

Ya venció a la muerte impía;  
ya Cristo resucitó.  
Romped, pues, con alegría  
la cadena que os ató.  
Con obras de caridad  
su doctrina ensalzaréis,  
y por él comulgaréis  
en santa fraternidad.  
Y si extendéis por doquiera  
su fe y su nombre sagrado,  
aunque en el cielo os espera,  
siempre estará a vuestro lado.

#### IV

La feria

#### UN MENDIGO

**(Canta.)**

Gentiles caballeros, casadas y doncellas,  
que adornáis con mil galas la gracia y la beldad,  
atención compasiva prestad a mis querellas;  
del mísero mendigo los males remediad.  
No consintáis que sea mi suplicar en vano:  
dar limosna a los pobres es el mayor placer;  
hoy es día de fiesta para todo cristiano,  
¿dejaréis que de ayuno para mí venga a ser?

#### SOLDADOS

Ya torres altivas,  
ya muros y almenas,  
ya niñas esquivas  
conquista el valor.  
Si rudas faenas  
costó la victoria,  
mayor es la gloria  
y el premio mayor.

A próspera suerte  
a dicha colmada,  
o a bárbara muerte  
nos llama el clarín.  
En vida alternada  
de amores y riñas,  
castillos y niñas  
se rinden al fin.  
Audacia y cuidados  
gran premio tendrán.  
Así los soldados  
alegres se van.

### CAMPESINOS BAJO LOS TILOS

**(Cantan y bailan.)**

Empieza el baile en el ejido;  
el mozo al baile va muy galán;  
va con mil moños en el vestido  
bajo los tilos todos están.  
Desatinados bailan en fin.  
¡Alza! ¡Viva!  
Amor las almas rinde y cautiva,  
al son de flautas y violín.  
No reparando el mozo en nada,  
da con el codo a una beldad.  
La niña dice muy enfadada:  
«Tenga usted un poco de urbanidad.  
¡Qué desvergüenza! ¡Qué galopín!»  
¡Alza! ¡Viva!  
Amor las almas rinde y cautiva,  
al son de flautas y violín.  
Ambos, no obstante, entran en rueda,  
y juntos bailan con gran fervor.  
Su falda agita la danza leda,  
su rostro enciende bello rubor.  
Caderas, codos, tócanse en fin.  
¡Alza! ¡Viva!  
Ya se reposa la niña esquiva  
asida al brazo del galopín.  
«Lisonjas falsas; creerte no debo.  
No me seduzcas, hombre sin fe».  
Mas dulcemente logra el mancebo,  
lejos, adonde nadie los ve,  
a la muchacha llevar al fin.  
¡Alza! ¡Viva!  
Amor las almas rinde y cautiva,  
al son de flautas y violín.

En el laboratorio

ESPÍRITUS

**(Fuera.)**

Dentro hay uno preso,  
quedaos aquí.  
Como zorra en lazo  
cayó el infeliz.  
Revolad en torno;  
bajad y subid,  
hasta que el diablo  
consiga salir.  
Si con nuestro auxilio  
escapa por fin,  
tan buen camarada  
nos ha de servir.

.....  
Negras ojivas,  
¡desvaneceos!  
¡Nubes, rompeos!  
¡Oh, luces vivas  
del éter puro,  
entrad, lucid!  
El aire obscuro  
poblád, estrellas  
y ninfas bellas.  
Genios, el vuelo  
de amante anhelo  
raudos seguid.  
Cubrid el suelo  
y la enramada,  
donde el amante  
habla a su amada,  
con un flotante  
blanco cendal.  
Brotén las flores,  
haya verdura,  
sombra y olores.  
La uva madura  
prensa estruje,  
y que a su empuje  
corra un raudal  
de hirviente vino,  
que por los prados

se abra camino,  
dando a collados  
y a bosque umbroso  
reflejo hermoso  
en su cristal.  
Canten las aves  
enamoradas;  
tejan las hadas  
danzas suaves;  
vierta un tesoro  
de lumbre el sol.  
En ondas de oro  
vayan flotando  
islas amenas,  
do el aéreo bando  
mil cantilenas  
diga de amor.  
Y ya reunidos,  
los genios giren;  
ya se retiren;  
Ya difundidos  
decidan éstos  
al éter vago  
o a los enhiestos  
montes subir;  
todos alcancen  
cual luz querida  
de amante vida  
siempre lucir.

.....  
¡Ay! Destrozaste el mundo.  
¡Ay! ¡Ay! El mundo hermoso  
con brazo poderoso,  
un semi-dios rompió.  
Sus restos al profundo  
del no-ser arrojamos:  
la beldad lamentamos  
que en él resplandeció.  
Mas tú debes, gigante  
entre todos los seres,  
un mundo más brillante  
en tu pecho crear,  
do entre luz y placeres  
se abra campo la vida  
nueva a que te convida  
nuestro nuevo cantar.

La taberna de Auerbach

FROSCH

**(Canta.)**

Prodigio tan sobrehumano  
me confunde:  
¿el Sacro Imperio Romano  
no se hunde?

.....  
Tiende el vuelo, Filomena,  
y saluda veces mil  
a mi querida gentil  
en su dulce cantilena.

.....  
La puerta, vida mía,  
abre al amor que veía;  
cierra ya con cautela;  
cierra, que viene el día.

BRANDER

**(Canta.)**

Un atrevido ratón  
en la despensa habitaba,  
y de queso se atracaba,  
de tocino y de jamón.  
Con vivir tan placentero,  
entre el queso y el tocino,  
gordo se puso el indino  
como el gran Martín Lutero.  
Mas logró la cocinera  
que comiese rejalgar,  
y dio el ratón en brincar,  
cual si en el cuerpo tuviera  
¡oh qué dolor!,  
al propio Amor.

CORO

¡Oh, qué dolor!,  
al propio Amor.

BRANDER

Corriendo ron furia loca,  
en todas partes bebía,  
en balde apagar ansía  
el ardor que le sofoca.  
Roe cuanto mira en casa;  
no hay lugar en que no entre;  
imagina que en el vientre  
lleva un carbón hecho brasa.  
Pero inútil considera  
tanta agitación al cabo,  
y triste se muerde el rabo,  
cual si en el cuerpo tuviera  
¡oh qué dolor!,  
al propio Amor.

#### CORO

¡Oh, qué dolor!  
al propio Amor.

#### BRANDER

En su horrible malestar,  
yendo al fin a la cocina,  
moribundo se reclina  
el ratón junto al hogar.  
Y bufa, y gruñe, y deplora  
tanto su mal el ratón,  
que es de bronce el corazón  
de quien le escucha y no llora.  
Mas ríe la cocinera,  
y sin compasión le mira,  
y él a sus plantas expira,  
cual si en el cuerpo tuviera  
¡oh, qué dolor!,  
al propio Amor.

#### CORO

¡Oh, qué dolor!,  
al propio Amor.

#### MEFISTÓFELES

Érase un rey que tenía  
una pulga colosal,

y más que a su hijo quería  
a tan extraño animal.  
Hizo que el sastre viniera  
y que al bicho seductor  
de terciopelo vistiera  
chupa y calzas con primor.  
El bicho bien adornado,  
bandas y cruces lució,  
y del rey encaprichado  
ser el ministro logró.  
A la corte sus parientes  
todos llegaron a ir,  
y libre ya de sus dientes  
nadie podía vivir.  
Medran las pulgas picando  
a cuantas personas ven,  
y hasta a la reina aquel bando  
chupa la sangre también;  
regías pulgas aguantar;  
mas nosotros cuando muerdan,  
las debemos estrujar.

#### CORO

Mas nosotros cuando muerdan,  
las debemos estrujar.

#### MEFISTÓFELES

**(Con gestos extraños.)**  
El cabrón cuernos tiene;  
la cepa tiene uvas;  
el vino de las cubas  
de su jugo proviene.  
Si la vid es un palo,  
palo la mesa es;  
vierta la mesa, pues,  
el vino que os regalo.  
Hondo mirar fijemos  
en la naturaleza;  
y con fe y entereza  
este milagro haremos.

.....  
**(Con aire severo.)**  
Que falsos sonidos  
y vana ilusión  
turben sus sentidos,  
roben su razón.

.....  
¡Desvanézcase el hechizo!  
Caiga del error la venda,  
y que cada cual comprenda  
la burla que el diablo hizo.

## VII

La bruja

EL MONO

**(Se aproxima y acaricia a Mefistófeles.)**

Echa los dados;  
juega conmigo;  
deja que logre  
hacerme rico;  
pues con dineros  
en el bolsillo  
tendré talento,  
tendré juicio.

.....  
Ruede la bola;  
el mundo rueda;  
suena a cascado  
y va a romperse.  
Como de vidrio  
hecho parece,  
y que está hueco  
interiormente.  
Mira, hijo mío,  
que no te ciegue  
el primoroso  
brillo que tiene.  
Va a dar un trueno;  
matarte puede,  
cuando en pedazos  
todo se quiebre.

.....  
De ladrón la condición  
la criba al momento aclara,  
**(Corre hacia la mona y la obliga a mirar al través de  
la criba.)**  
mira al través esa cara;  
di su nombre, si es ladrón.

LOS ANIMALES



Corona aquí tienes:  
sostenla en tus sienes  
con sangre y sudor.  
**(Saltan desordenadamente con la corona y la rompen  
en dos pedazos, con los cuales bailan en todas  
direcciones.)**

Mas no: la rompemos;  
y hablamos y vemos,  
y hasta componemos  
versos con valor.

.....  
Lógrese un intento  
por casualidad,  
y habrá habilidad  
y habrá pensamiento.

#### LA BRUJA

¡Maldito mono funesto!  
Descuidaste la caldera  
y quemaste a la hechicera.  
¡Maldito!  
**(Viendo a FAUSTO y a MEFISTÓFELES.)**  
Pero ¿qué es esto?  
¿Quién es? ¿Quién audaz no teme  
entrando hasta aquí mi enojo?  
Que este fuego que os arrojé  
hasta los huesos os queme.

#### MEFISTÓFELES

**(Volviendo el abanico que tiene en la mano, y dando  
golpes a derecha e izquierda sobre los vasos y  
calderas.)**

¡Basta! Deja el hervidero.  
Caigan vasos y caldero;  
me gocé en acompañar,  
¡oh bestia!, tu melodía,  
destrozando cuanto había  
alrededor del hogar.

**(Mientras, la BRUJA se retira llena de cólera y de  
miedo.)**

## VIII

### Balada del rey de Thule

#### MARGARITA

**(Con una lámpara en la mano.)**

**(Empieza a cantar mientras se desnuda.)**

De amor y lealtad tesoro,  
un rey en Thule reinó,  
a quien una copa de oro  
su amiga, al morir, dejó.  
Sin vaciar la copa bella,  
no halla en el festín encanto,  
y clava la vista en ella,  
y al beber acude el llanto.  
Cuando el cetro y la corona,  
previendo el fin de la vida,  
a su heredero abandona,  
guarda la copa querida.  
A la torre que se eleva  
y avanza sobre la mar,  
a sus caballeros lleva  
regio festín a gozar.  
Último fuego el anciano  
bebe allí de amor fecundo,  
y arroja con firme mano  
la santa copa al profundo.  
Cubierta por onda vaga  
la mira desaparecer;  
y su mirada se apaga,  
y nunca vuelve a beber.  
**(Abre el armario para encerrar sus vestidos, y ve la  
cajita de las joyas.)**

## IX

### Tormento de amor

#### MARGARITA

**(Sola, hilando en el torno.)**

¡Corazón, cuán hondo  
pesar te atribula!  
La paz que perdiste

no volverá nunca.  
Donde no le miro  
yo veo la tumba;  
se secan los campos  
y el cielo se nubla.  
Hirió mi cabeza  
extraña locura;  
destrozan mi seno  
recelos y angustias.  
¡Corazón, cuán hondo  
pesar te atribula!  
La paz que perdiste  
no volverá nunca.  
Mi afán por las calles  
hallarle procura;  
desde la ventana  
mis ojos le buscan.  
Su ademán altivo,  
su noble figura,  
su risa, su dulce  
mirar que subyuga;  
su voz que me hechiza,  
su hablar que me turba,  
la presión que siente  
mi mano en la suya;  
y, ¡ay!, su beso... El alma  
vanamente lucha;  
la paz ya perdida  
no volverá nunca.  
Mas la paz no anhelo,  
que anhelo ventura;  
y sólo en tenerle  
cautivo se funda,  
y en darle mil besos  
sin tregua ni hartura;  
si sus besos matan,  
morir no me asusta.

X

Plegaria

**(En un hueco del muro, una imagen de la Madre  
Dolorosa, con vasos llenos de flores delante.)**

MARGARITA

**(Poniendo flores nuevas en los vasos.)**

¡Ay, Madre Dolorosa!  
Tus ojos vuelve a mi dolor piadosa.  
El pecho, cuando miras  
morir al Hijo amado,  
por siete espadas llevas traspasado;  
por su pasión y tu pasión suspiras,  
y al padre celestial pides consuelo.  
Tal vez no menor duelo  
todo mi ser domina y atormenta;  
tú sabes la esperanza que me alienta,  
el mal que me devora,  
por qué mi pobre corazón te implora;  
aguda flecha en él clavada llevo  
por dondequiera que mi planta muevo.  
¡Ay! Lloro, lloro sola en mi quebranto  
y se deshace el corazón en llanto;  
con mi llanto regué por la mañana  
las macetas que adornan mi ventana,  
cuando estas flores para ti cogía,  
y dio luz a mi alcoba y alegría  
el alba, hasta en mi lecho reluciendo,  
y en él sentada me encontró gimiendo.  
¡Virgen de los Dolores! ¡Madre mía!  
¡Sálvame de la muerte ignominiosa,  
vuelve tus ojos hacia mí piadosa!

XI

Serenata

MEFISTÓFELES

**(Canta, acompañándose con la cítara.)**

Al indeciso fulgor  
con que ya la aurora brilla,  
¿qué intentas, Catalinilla,  
a la puerta de tu amor?  
No te fíes, y desdeña  
falso ruego,  
que entrarás doncella, y luego  
saldrás dueña.  
Niñas, vivid con recato;  
ya es tarde. ¿Qué se ha de hacer?  
Más precauciones tener:  
que nunca al galán ingrato  
diga el corazón sencillo:

te amo y cedo,  
si antes no os pone en el dedo  
el anillo.

## XII

La catedral

**Oficios. -Órgano y canto.**

(MARGARITA **entre la multitud. -El ESPÍRITU**  
**detrás de MARGARITA.**)

ESPÍRITU DEL MAL

¡Cuán mudada te hallas!  
Cuán otra, ¡oh Margarita!  
Aquí mismo, inocente,  
doblabas la rodilla,  
rezabas en tu libro,  
y sólo Dios hacía  
su morada en tu alma,  
entre juegos de niña.  
¿Qué turba tu cabeza?  
¿Qué horror tu pecho agita?  
¿Pedir a Dios, acaso,  
por tu madre osarías,  
que murió por tu culpa?  
¿Qué sangre es la que miras  
de tu casa a la puerta?  
Y en tus entrañas mismas,  
su desdicha anunciando  
y tu propia desdicha,  
con vivir ominoso,  
¿qué nuevo ser palpita?

MARGARITA

De horribles pensamientos,  
¡ay, cielos!, ¿quién me libra?

CORO

*Dies israe, dies illa  
solvat saeculum in favilla.*

### ESPÍRITU DEL MAL

Ira de Dios te agobia;  
te aguarda su justicia;  
las trompetas resuenan;  
los sepulcros vacilan.  
Tu corazón despierta  
del sueño entre cenizas;  
para tormento y llamas  
recobra nueva vida.

### MARGARITA

¡Ay! ¡Huyamos! El órgano  
del aliento me priva;  
los cantos en mi pecho  
abren profunda herida.

### CORO

*Judex ergo cum sedebit,  
quidquid latet, adparebit,  
nil inultum remanevit.*

### MARGARITA

¡Me ahogo! ¡Los pilares  
del templo me cautivan...,  
me aprietan..., y la bóveda  
se me desploma encima!  
¡Aire!

### ESPÍRITU DEL MAL

¡Luz!... No se ocultan  
pecados e ignominia.

### CORO

*Quid sum miser tunc dicturus?  
Quem patronum rogaturus?  
Cum vix justus sit securus.*

## ESPÍRITU DEL MAL

Los bienaventurados  
de ti apartan la vista,  
y los justos que pasan  
darte la mano evitan.  
¡Ay de ti!

## MARGARITA

Yo me muero.  
¡Socorredme, vecina!  
**(Cae desmayada.)**

## CORO

*Quid sum miser tunc dicturus?*

Madrid, 1878.

△▽

## El sable de Vucachin

Romance popular de Servia

En el campo de Kosovo,  
a la margen del Sitniza,  
está, con cien mil guerreros,  
el gran sultán de Turquía.  
Un faraute con un sable  
recorre todas las filas:  
trescientas monedas de oro  
por la hoja damasquina,  
y trescientas por las joyas  
que en el fondo relucían,  
y trescientas por el puño  
el buen faraute pedía.

△▽

5

10

Allí a Marco Kralyewitch  
 halló el faraute por dicha.

«Déjame mirar el sable», 15  
 Marco Kralyewitch decía.  
 Después de haberle mirado,  
 añadió con bazarria:  
 «Las novecientas monedas  
 que valer el sable estimas 20  
 darte quiero de contado;  
 mas a sitio te retira  
 seguro, donde yo el cinto  
 sin recelo me descina,  
 y luzca y cuente el dinero, 25  
 porque son las deudas más  
 tantas, que los acreedores  
 temo que la compra impidan».

El turco, siguiendo a Marco,  
 fue con él hacia la orilla, 30  
 junto a la sólida puente  
 de blanca mampostería.  
 Marco allí sacó del cinto  
 tres bolsas que en él había,  
 la capa extendió en el suelo 35  
 y el oro derramó encima.  
 Mientras el turco le cuenta,  
 con detenimiento mira  
 el sable Marco, y tres signos  
 en él descubre y descifra. 40  
 De San Demetrio era uno,  
 del Arcángel otro, y firma  
 de Vurachin el tercero.  
 Fijando en ello la vista,  
 Marco al faraute pregunta: 45  
 «Por Dios, turco, que me digas  
 cómo adquiriste este sable.  
 ¿Fue herencia de tu familia?  
 ¿Fue de tu mujer presente?  
 ¿Fue de tu esfuerzo conquista?» 50  
 El turco respondió a Marco:  
 «A contestarte me obliga  
 con franqueza tu franqueza:  
 ni el padre, ni la querida 55  
 esposa, el sable me dieron;  
 lo gané en tremendo día,  
 en el campo de batalla,  
 a la margen del Sitniza,  
 donde de Servia el imperio  
 cayó en sangrienta ruina; 60  
 en el campo de Kosovo,  
 donde dos reyes morían,



el tzar Lázaro de Servia  
 y Amurates de Turquía.  
 Montado en un potro bayo, 65  
 por este campo yo iba  
 para dar agua a mi potro  
 apenas amanecía.  
 En tienda de seda verde  
 vi a un guerrero que yacía; 70  
 al lado suyo este sable  
 y el pecho lleno de heridas.  
 Al verme dijo el guerrero:  
 «Ten piedad de mi desdicha;  
 estoy herido de muerte; 75  
 pronto perderé la vida...;  
 aguarda aquí a que mi alma  
 salga del cuerpo tranquila  
 y arroja luego mi cuerpo 80  
 en el fondo del Sitniza.  
 Este sable será tuyo  
 con su hoja damasquina.  
 Y la tienda, que es de seda,  
 y tres bolsas, de oro henchidas.»  
 «Yo, lo confieso, no tuve 85  
 piedad del que la pedía,  
 y le corté la cabeza  
 con rapidez inaudita.  
 Le así luego el brazo izquierdo  
 y el pie derecho enseguida, 90  
 y en medio de la corriente  
 arrojé del Sitniza.  
 Así el botín he ganado  
 y la hoja damasquina.»  
 Hasta el fin escuchó Marco; 95  
 luego al faraute decía:  
 «Turco, que Dios te lo pague;  
 a quien quitaste la vida,  
 a Vucachin el monarca,  
 es a quien debo la mía. 100  
 Do le diste sepultura  
 te la daré con justicia.»  
 Y le cortó la cabeza  
 con rapidez inaudita.  
 Le asíó luego el brazo izquierdo 105  
 y el pie derecho en seguida,  
 y en medio de la corriente  
 arrojole del Sitniza.  
 «Ve a acompañar a mi padre»,  
 al arrojarle le grita. 110  
 Con su sable y su dinero  
 Marco a la hueste volvía.

Los genízaros exclaman:  
 «Por Dios, Marco, que nos digas  
 dónde dejaste al faraute». 115  
 Y Marco les respondía:  
 «De vender entre nosotros  
 no esperando granjería,  
 se ha hecho mercader de mar  
 y hacia la mar se encamina». 120  
 Los genízaros entonces  
 entre sí diciendo iban:  
 «¡Ay del turco que de Marco  
 y de sus tratos se fía!»

△▽

**Elegía de Abul-Beka, de Ronda, a la pérdida de  
 Córdoba, Sevilla y Valencia**

Cuanto sube hasta la cima, △▽  
 desciende pronto abatido  
 al profundo;  
 ¡ay de aquel que en algo estima  
 el bien caduco y mentido 5  
 de este mundo!

En todo terreno ser  
 sólo permanece y dura  
 el mudar;  
 lo que hoy es dicha o placer 10  
 será mañana amargura  
 y pesar.

Es la vida transitoria  
 un caminar sin reposo  
 al olvido; 15  
 plazo breve a toda gloria  
 tiene el tiempo presuroso  
 concedido.

Hasta la fuerte coraza,  
 que a los aceros se opone 20  
 poderosa,  
 al cabo se despedaza,  
 o con la herrumbre se pone  
 ruginosa.  
 Con sus cortes tan lucidas, 25

del Yemen los claros reyes,  
 ¿dónde están?  
 ¿En dónde los Sasánidas,  
 que dieron tan sabias leyes  
 al Irán? 30

Los tesoros hacinados  
 por Karún el orgulloso  
 ¿dónde han ido?  
 De Ad y Temud afamados,  
 el imperio poderoso, 35  
 ¿do se ha hundido?

El hado, que no se inclina  
 ni ceja, cual polvo vano  
 los barrió,  
 y en espantosa ruina, 40  
 al pueblo y al soberano  
 sepultó.

Y los imperios pasaron,  
 cual una imagen ligera  
 en el sueño; 45  
 de Cosroes se allanaron  
 los alcázares, do era  
 de Asia dueño.

Desdeñado y sin corona  
 cayó el soberbio Darío 50  
 muerto en tierra.  
 ¿A quién la muerte perdona?  
 Del tiempo el andar impío,  
 ¿qué no aferra?

De Salomón encumbrado 55  
 ¿al fin no acabó el poder  
 estupendo?  
 Siempre del seno del hado  
 bien y mal, pena y placer  
 van naciendo. 60

Mucho infortunio y afán  
 hay en que caben consuelo  
 y esperanza;  
 mas no el golpe que el Islam  
 hoy recibe en este suelo 65  
 los alcanza.

España tan conmovida

al golpe rudo se siente y al fragor, que estremece su caída al Arabia y al Oriente con temblor.	70
El decoro y la grandeza de mi patria, y su fe pura, se eclipsaron; sus vergeles son malezas, y su pompa y hermosura desnudaron.	75
Montes de escombros y desiertos, no ciudades populosas, ya se ven; ¿qué es de Valencia y sus huertos? ¿Y Murcia y Játiva hermosa? ¿Y Jaén?	80
¿Qué es de Córdoba en el día, donde las ciencias hallaban noble asiento, do las artes a porfía por su gloria se afanaban y ornamento?	85
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera que el Betis fecundo baña tan florida? Cada ciudad de éstas era columna en que estaba España sostenida.	90
Sus columnas por el suelo, ¿cómo España podrá ahora firme estar? Con amante desconsuelo el Islam por ella llora sin cesar.	95
Ya llora al ver sus vergeles y al ver sus vegas lozanas ya marchitas, y que afean los infieles, con cruces y con campanas, las mezquitas.	100
En los mismos almimbares suele del leño brotar	105
	110

tierno llanto.  
 Los domésticos altares  
 suspiran para mostrar  
 su quebranto.

Nadie viva con descuido, 115  
 su infelicidad creyendo  
 muy distante;  
 pues mientras yace dormido  
 está el destino tremendo  
 vigilante. 120

Es dulce patria querida  
 la región apellidar  
 do nacemos;  
 pero, Sevilla perdida,  
 ¿cuál es la patria, el hogar 125  
 que tenemos?

Este infortunio a ser viene  
 cifra de tanta aflicción  
 y horror tanto;  
 ni fin ni término tiene 130  
 el duelo del corazón,  
 el quebranto.

Y vosotros, caballeros,  
 que en los bridones voláis  
 tan valientes, 135  
 y cual águilas ligeros,  
 y entre las armas brilláis  
 refulgentes;

que ya lanza poderosa,  
 agitáis en vuestra mano, 140  
 ya en la obscura  
 densa nube polvorosa,  
 cual rayo, el alfanje indiano  
 que fulgura;

vosotros, que allende el mar 145  
 vivís en dulce reposo,  
 con riquezas  
 que podéis disipar,  
 y señorío glorioso  
 y grandezas; 150

decidme: los males fieros  
 que sobre España han caído,  
 ¿no os conmueven?

¿Será que los mensajeros la noticia a vuestro oído nunca lleven?	155
Nos abruman de cadenas;  hartan con sangre su sed los cristianos. ¡Doleos de nuestras penas! ¡Nuestra cuita socorred como hermanos!	160
El mismo Dios adoráis,  de la misma estirpe y planta procedéis; ¿por qué, pues, no despertáis? ¿por qué a vengar la ley santa no os movéis?	165
Los que el imperio feliz  de España, con alta honra sustentaron, al fin la enhiesta cerviz, al peso de la deshonra, doblegaron.	170
Eran cual reyes ayer,  que de pompa se rodean, y son luego los que en bajo menester, viles esclavos, se emplean sin sosiego.	175
Llorado hubierais, sin duda,  al verlos entre gemidos arrastrar la férrea cadena ruda, yendo, para ser vendidos, al bazar.	180
A la madre cariñosa  allí del hijo apartaban de su amor; ¡separación horrorosa, con que el alma traspasan de dolor!	185
Allí doncellas gentiles,  que al andar, perlas y flores esparcían, para faenas serviles	190
	195

los fieros conquistadores  
ofrecían.

Hoy en lejana región

prueban ellos del esclavo 200  
la amargura,  
que destroza el corazón,  
y hierde la mente al cabo  
con locura.

Tristes lágrimas ahora 205

vierta todo fiel creyente  
del Islam,  
¿quién su infortunio no llora  
y roto el pecho no siente  
del afán? 210

△▽

### Confiteor Deo<sup>4</sup>

#### I

Del año mil cuatrocientos, △▽  
en la verde primavera,  
a su castillo de Ruhn,  
sobre la margen del Elba,  
el margrave de Gomer, 5  
dueño de vidas y haciendas,  
y señor de horca y cuchillo,  
de pendón y de caldera,  
de cazar vuelve una noche;  
ve ahorcar a tres; luego cena, 10  
y muere de muerte súbita,  
sin agonía violenta.  
Del homenaje en la torre  
se iza enlutada bandera;  
mas villanos y burgueses, 15  
en vez de duelo, arman fiesta.  
Había el margrave sido  
azote de aquella tierra,  
por su insaciable codicia,  
por su iracunda soberbia. 20  
Agobiando a sus vasallos  
con mil pechos y gabelas,

en atroz lagar de sangre  
 estrujaba la miseria.

Todo vestido de hierro, 25  
 iba con una caterva  
 de sayones y de esbirros,  
 por el palo y por la cuerda,  
 para escarmiento de díscolos,  
 dando razón de quién era. 30  
 Emigraban los mancebos  
 o gemían en cadenas,  
 y los viejos mendigaban,  
 llenos de harapos y lepra,  
 un mendrugo de pan bazo 35  
 del monasterio a la puerta.  
 Si con industria y ahorro  
 alguien juntaba moneda,  
 la sepultaba medroso,  
 sin lucrar ni gozar de ella. 40  
 Así el malestar crecía,  
 y cundía la pobreza,  
 y los años del margrave  
 frisaban en los ochenta,  
 conservándole el demonio 45  
 en su cabal entereza  
 para llenar el infierno  
 con gentes que desesperan.  
 Cuando corrió de su muerte  
 la consoladora nueva, 50  
 y el irreverente vulgo  
 dio de su júbilo muestras,  
 cual bandada de palomas,  
 si el halcón que las aterra  
 sucumbe de pronto, herido 55  
 por inesperada flecha,  
 los villanos en el campo  
 al regocijo se entregan:  
 de las horcas y picotas  
 atrevidos hacen leña, 60  
 y fuego encienden, y bailan  
 alrededor de la hoguera.  
 Los guerreros del castillo  
 algún insulto recelan,  
 y atentamente vigilan 65  
 en saetías y entre almenas.  
 Hay sólo cabe el difunto,  
 un pobre fraile que reza.  
 Sentado está el pobre fraile  
 en un sillón de vaqueta, 70  
 y la rigidez inmóvil  
 del cuerpo muerto contempla,



que ya la estatua yacente  
 que han de erigirle remeda. 75  
 Le iluminan con luz roja  
 cuatro blandones de cera,  
 cuya llama oscila acaso  
 o aviva un aura más fresca,  
 que, esfumando los contornos  
 del cadáver, en las negras 80  
 colgaduras monstruos finge  
 y extrañas sombras proyecta.  
 Bien calada la capucha,  
 que el rostro pálido cela,  
 murmura el fraile responsos 85  
 con voz monótona y lenta;  
 mas a deshora se calla;  
 sus dedos se crispan; tiembla,  
 y con espanto imagina  
 que un gran prodigio presencia. 90  
 Incorporado el margrave,  
 sobre el féretro se sienta;  
 abiertos tiene los ojos,  
 y sin miedo ni sorpresa  
 mira el fúnebre aparato, 95  
 y dice con voz entera:  
 «¿Qué pasa? ¿Estoy muerto o vivo?  
 Vivo estoy. Chasco se lleva  
 mi sobrino, si es que viene 100  
 para recoger la herencia.  
 Hola, fraile; tráeme vino,  
 que tengo la boca seca.»  
 Se persigna y se santigua  
 el fraile; su asiento deja;  
 con paso firme y seguro 105  
 al feroz viejo se acerca  
 y de esta suerte desata  
 cristianamente la lengua.

## II

«Como ejemplo singular,  
 de soberana clemencia, 110  
 Dios para la penitencia  
 te quiso resucitar.  
 Procura, pues, alcanzar,  
 con humilde confesión,  
 de tus culpas el perdón. 115  
 No desoigas mis palabras;  
 margrave, mira que labras  
 tu eterna condenación.

Y no basta que declares  
 y lamentos tu delito; 120  
 menester es que, contrito,  
 el mal que hicistes repares.  
 Por ti corre el llanto a mares;  
 enjúgale con tu mano;  
 en caridad de cristiano 125  
 trueca tu soberbia ruda,  
 y sostén a la viuda,  
 al huérfano y al anciano.  
 Ya que Dios el beneficio  
 te otorga de nueva vida, 130  
 no a deleites te convida,  
 sino a ceñirte el cilicio.  
 Desecha regalo y vicio,  
 reviste burdo sayal,  
 azota el cuerpo mortal 135  
 y hazte de tu alma esclavo,  
 a fin de que Dios al cabo  
 te libre de todo mal.»  
 «Frailecillo impertinente,  
 el margrave le contesta, 140  
 tu predicación molesta  
 me prueba que estás demente.  
 Si en su gloria no consiente  
 Dios a un noble caballero,  
 sin que se humille primero 145  
 con extravagancias mil,  
 disciplina y llanto vil,  
 ir al infierno prefiero.»  
 «No blasfemes, desdichado,  
 replica el fraile con calma; 150  
 Dios, para salvar tu alma,  
 breve plazo te ha otorgado.  
 Si a desertar tu pecado  
 mi voz no llega a moverte,  
 de tus súbditos advierte 155  
 la acusadora alegría  
 con que todos a porfía  
 celebran ora tu muerte.»  
 Calla el fraile y oye el viejo,  
 en el féretro sentado, 160  
 el rumor inusitado  
 del universal festejo;  
 ve en la pared el reflejo  
 de grande hoguera cercana,  
 y mira por la ventana 165  
 cuanto en su muerte se goza,  
 y cómo trisca y retoza  
 la muchedumbre villana.

Amenazante el furor  
del viejo, entonces estalla, 170  
diciendo: «¡Oh, torpe canalla,  
te he de pagar tanto amor!  
Y a ti, fraile, tu fervor  
premiaré, y plática amena,  
colgándote de una almena, 175  
al punto, para que des  
bendiciones con los pies  
al viento, a los grajos cena.»

### III

Esto dice, y sin cesar  
sus amenazas y fieros, 180  
de un brinco intenta el margrave  
bajar del t́mulo al suelo.  
La espada lleva en el cinto,  
la cota cubre su pecho,  
y espera cruda venganza 185  
del frailecillo y del pueblo.  
Ya tiene las piernas fuera,  
y aun exclama con afecto  
piadoso el fraile: «¡Perdón  
pide a Dios, te queda tiempo!» 190  
Pero el margrave no escucha,  
y a saltar va, cuando presto,  
la capucha derribada,  
mostrando su rostro enérgico,  
su nariz que hincha la cólera, 195  
su mirar que arroja fuego,  
el fraile se le abalanza,  
manos echándole al cuello.  
Entre la gola y la carne  
logra meterle los dedos, 200  
que eran nudosos y enjutos,  
pero más fuertes que hierro.  
Con aquel dogal no puede  
llamar a su gente el viejo,  
y lucha sin esperanza 205  
en horroroso silencio.  
Cárdeno el rostro, la boca  
y los ojos muy abiertos,  
enseñando la blasfema  
lengua, y erizado el pelo, 210  
al fin sin bullir reposa  
y ya para siempre muerto.  
El fraile entonces le alisa  
las canas; le empuja dentro

la lengua y cierra la boca: 215  
 le extiende bien sobre el féretro;  
 sus ojos cierra asimismo;  
 endereza un candelero  
 que derribó con la brega;  
 recata el rostro de nuevo, 220  
 calándose la capucha;  
 de hinojos se postra luego;  
 abre los brazos en cruz,  
 y reza: *Confiteor Deo.*

△▽

### Las hojas que cantan

De J. Russell Lowell

#### I

A las tres infantas, △▽  
 cuando fue a la feria,  
 preguntaba el rey:  
 «¿Qué os traigo a la vuelta?»  
 Gentil la mayor, 5  
 aunque harto soberbia,  
 respondió: «Yo quiero  
 diamantes y perlas».  
 Rubia como el trigo  
 la segunda era: 10  
 sus mejillas, rosas;  
 su frente, azucenas.  
 Y dijo: «Yo gusto  
 de rica diadema,  
 de anillos de oro 15  
 y trajes de seda».  
 Así su deseo  
 mostró la tercera,  
 en quien competían  
 talento y belleza: 20  
 «Con el alba siempre,  
 en la madre selva  
 que de mi ventana  
 tapiza la reja,

no sé si dormida,	25
no sé si despierta,	
oigo a un pajarillo,	
cuya cantinela	
a pedir las hojas	
que cantan me enseña».	30
Por desdén y enojo,	
frunciendo las cejas,	
el rey replicaba:	
«Su clara nobleza	
al pedirme joyas	35
tus hermanas prueban:	
mas yo juzgaría	
lo que tú deseas	
humilde y villano,	
si absurdo no fuera».	40
Luego de hito en hito	
miró a la princesa:	
en su hermosa cara	
recordó a la reina,	
y exclamó, trocando	45
su enojo en terneza:	
«Si hay hojas que cantan,	
yo juro traerlas».	

## II

Cabalgando el rey	
durante tres días,	50
la feria ver pudo	
de todo provista.	
Las joyas y sedas	
marco sin fatiga,	
mas nadie las hojas	55
que cantan vendía.	
De nuevo a caballo,	
por la senda esquivada,	
el rey se internaba,	
y en balde decía:	60
«Pomposa arboleda	
que mil hojas crías,	
las hojas que cantan	
concede a mi niña».	
Como mar remoto	65
el viento gemía	
en las altas copas	
de verdes encinas.	
Mas en todo el bosque	

ni un árbol había que de hojas que cantan tuviese noticia.	70
El rey dijo entonces: «Si no son por dicha las hojas que cantan ensueño y mentira, a quien lo demuestre darele en albricias mis regios favores por toda la vida».	75
El doncel del rey, que a su lado iba, oyó la promesa y dijo enseguida: «Empeña tu regia palabra, y afirma darme lo primero que al llegar percibas hoy de tu palacio en la puerta misma, y que tu verdugo mi cuello divida si de hojas que cantan no goza tu hija».	80
El rey, largo tiempo, callado, medita: al cabo, resuelto, al doncel replica: «Mi palabra empeño. En ella confía.»	85
El doncel al punto, con mano atrevida, puso en las del rey algo que escondía sobre el corazón cual santa reliquia; y añadió: «Te entrego las hojas que ansías.»	90
	95
	100
	105

### III

El rey a las puertas, llegó del Alcázar, y salió a su encuentro la señora infanta; y alegró su vista, con sonrisa blanda,	110
--	-----

y aduló su oído con dulces palabras.	115
Dijo el rey: «Te traigo las hojas que cantan; mas harto recelo que cuesten muy caras».	120
Puso un paquetillo en su mano blanca, y le tomó ella, llorosa y turbada:	
mas en aquel lloro su gozo brillaba, cual sol en el leve rocío del alba.	125
Bajo sello había tres hojas guardadas.	130
La primera hoja le vio que cantaba: «El doncel yo soy, que tierno te ama y en la piedad tuya, cifra su esperanza.	135
Son mi única hacienda las enamoradas canciones que escuchas desde tu ventana».	140
La segunda hoja así se expresaba: «Pero de los genios en región arcana, imperio glorioso mi voz avasalla, do el laúd es cetro y el vate monarca».	145
La tercera hoja cantó con audacia amante: «Sé mía, que es tuya mi alma».	150
Al leer la primera, la niña temblaba: al leer la tercera, se puso algo pálida;	155
mas su corazón, con ondas de grana, a leer la tercera, le bañó la cara.	160
«¡Cuán sabio consejo, exclamó la dama, me dio el pajarillo, allá en la enramada;	

pues truecan las hojas 165  
 en placer mis ansias,  
 y en dicha perpetua  
 inundan mi alma!». Para más regalo  
 y más bienandanza, 170  
 si ella trajo en dote  
 su amor y sus gracias,  
 y todos los juros  
 rentas y adehalas,  
 de diez Baronías 175  
 y de cuatro Marcas,  
 él, más generoso,  
 le dio, como en arras,  
 a inmortal corona  
 del reino que abarca, 180  
 cuanto el genio crea  
 y el arte abrillanta.

Washington, 1885.

△▽

### **Praxíteles y Fryne**

De W. Wetmore Story

Con leve, obscuro velo, △▽

la tarde, ha dos mil años, encubría  
 la púrpura y el oro que en el cielo  
 el sol difunde al expirar el día.

Su obra terminaba 5  
 el artista, y, dejando su cincel,  
 con un suspiro a la mujer hablaba  
 que estaba en la penumbra junto a él.

«Vencedor del destino,  
 salvé de alteración algo de ti, 10  
 porque fiel de tu rostro peregrino  
 los rasgos en el mármol esculpí.

Fryne, tus labios rojos  
 su aroma perderán y su frescura



se apagará la llama de tus ojos; Amor no sostendrá tanta hermosura.	15
Mas, aunque Amor no pueda puede el arte fijar lo fugitivo: por él en mármol, para siglos queda de tu sonrisa el resplandor cautivo.	20
Mi cerebro y mi mano cenizas ya serán y polvo inerte, y tu beldad, por arte soberano, brillará vencedora de la muerte.	
Esperanzas, temores,	25
en nuestros pechos no tendrán cabida: huirán cual vago son nuestros amores; será olvidado cuento nuestra vida.	
Pero, en la piedra helada,	
que Amor no anima con su dulce fuego, persistirán tu forma y tu mirada con raro hechizo, en plácido sosiego.	30
Ni veladora pena,	
ni atroz cuidado que la paz nos quita, perturbarán la majestad serena conque esta imagen tu beldad imita.	35
Y todo el que la vea,	
al ver del arte el inmortal destello, su inmarcesible flor, su limpia idea y de las gracias el perenne sello,	40
tal vez triste se incline a suspirar; tal vez diga extasiado: «Así sonrío encantadora Fryne y Praxíteles de ella enamorado».	

Washington, 1885.

△▽

**Luz y tinieblas**

De John Greenleaf Whittier

Los siglos pasan sin que nadie pueda                     △▽  
el misterio entender:  
hoy la pregunta sin respuesta queda,  
y hoy urge más que ayer.  
Ningún signo exterior nos da consuelo:                     5  
mientras la fe batalla,  
sin esperar, contra la duda, el cielo  
indiferente calla.  
Para siempre del mal sigue escondida  
la razón a los sabios:                     10  
la esfinge está en la puerta de la vida,  
y el enigma en sus labios.  
Delito y miedo invaden el camino:  
halaga la hermosura  
de los frutos, y prueba el peregrino                     15  
cenizas y amargura.  
Aunque sin claridad, odia la mente  
lo que el sentido ama:  
a través de la urdimbre reluciente  
se ve la negra trama.                     20  
¿Y por qué dolor tanto? Dios lo sabe.  
Yo sólo sé que es bueno,  
y que trueca lo áspero en suave  
y en bálsamo el veneno.  
Si con terrible majestad fulgura,                     25  
ante su altar me postro,  
y, cual Moisés, la paternal dulzura  
contemplo de su rostro.  
Lo que se oculta al pensamiento impío  
con viva fe discierno,                     30  
y en la misericordia me confío  
y bondad del Eterno.  
Que la salud en la dolencia acuda  
de Él espera mi alma;  
en los combates paz, luz en la duda,                     35  
y en las tormentas calma.  
No nace el padecer de que se ofenda  
Dios contra el débil ser,  
cuando vacila en la escabrosa senda  
o la llega a perder.                     40  
Porque siempre entre zarzas y entre abrojos,  
al que errado camina,  
perdón promete con piadosos ojos  
la caridad divina.  
Ella transforma la cadena en flores,                     45  
y rasga el denso velo  
del error y el pecado, y los fulgores  
nos deja ver del cielo.

Quien infringe las leyes de la vida,  
 no ha de extrañar la pena 50  
 a que en su rebelión y en su caída  
 él mismo se condena.  
 Cuando vuelve la espalda a la hermosura  
 del claro sol divino,  
 del propio cuerpo con la sombra oscura 55  
 tropieza en el camino.  
 Y ya carece del vigor que eleva  
 hacia la luz la cara,  
 si la gracia de Dios no le renueva  
 y su amor no le ampara. 60  
 La fuerza del pecado nos desvía  
 de Dios; pero más fuerte  
 Amor, que el astro errante hacia el sol guía,  
 hacia Dios nos convierte.  
 ¡Oh Amor divino! De tu puro rayo 65  
 nos enardece el fuego,  
 reanima nuestra mente en su desmayo  
 y da la vista al ciego.  
 Tu voz, potente como nunca hoy,  
 a esperar nos convida: 70  
 en los sepulcros suena y dice: «Soy  
 resurrección y vida».  
 Tú das brío al que aspira, ama y trabaja,  
 y, como lengua ardiente,  
 tu espíritu creador del cielo baja 75  
 y se posa en su frente.  
 Por cuantos son los climas y regiones  
 tu resplandor asoma:  
 tú extiendes sobre todas las naciones  
 tus alas de paloma. 80  
 Tú eres fuente inexhausta de poesía  
 do la sed apagamos,  
 de las raudas esferas la armonía  
 que oyó el sabio de Samos.  
 La verdad eres con afán buscada 85  
 en balde por el mundo,  
 porque tiene tu asiento y tu morada  
 del alma en lo profundo.  
 Allí logran los buenos conocerte,  
 ¡oh excelsa ley de amor! 90  
 ¡Oh, torrente de vida en que la muerte  
 se anega y el dolor!  
 Tú eres beldad antigua, siempre nueva;  
 voz interna que clama;  
 y verbo de Platón, y aura que lleva 95  
 de caridad la llama.  
 Aclara y rompe el tenebroso arcano;  
 danos tu luz por guía:

vierte en la noche el fúlgido Océano  
de tu perpetuo día. 100  
Penetra el corazón del que te niega;  
socorre al que te implora,  
y más allá de la esperanza llega  
del justo que te adora.

Washington, 1885.

△▽

### **El mayoral del rey Admeto**

De J. Russell Lowell

Hace siglos que a la tierra △▽  
  
vino un mancebo lozano,  
cuya delicada mano  
no empuñaba el azadón:  
pero, tocando unas cuerdas 5  
y entonando unos cantares,  
disipaba los pesares  
y ensanchaba el corazón.  
  
Era Admeto del buen gusto  
  
rey por derecho divino, 10  
y al ver que daban al vino,  
en el banquete real,  
grato sabor los cantares,  
se aficionó al arte extraño,  
y de todo su rebaño 15  
nombró al mozo mayoral.  
  
La palabra de aquel mozo  
  
vulgar y sencilla era,  
mas por tan linda manera  
él la solía decir, 20  
que su musical hechizo  
causaba pura alegría  
y a los párpados hacía  
las lágrimas acudir.  
  
Todos hallaban inútil, 25  
holgazán y distraído,

del soberano al valido  
 y mayoral de la grey;  
 mas de su boca ponían,  
 con plácido acatamiento, 30  
 un mandato en cada acento  
 y, en cada frase una ley.

Nadie explicaba el origen  
 del saber de que era dueño,  
 porque ocioso y como en sueño 35  
 perdía el tiempo el cantor,  
 ya de las hojas caídas  
 mirando el giro suave,  
 ya el manso volar de un ave  
 y ya el cáliz de una flor. 40

Tal vez, con bondad ingénita,  
 cada ser, cada criatura,  
 mostrándole su hermosura,  
 le infundía la virtud,  
 que, oculta en plantas y rocas, 45  
 fuentes y hierbas, existe,  
 para dar consuelo al triste  
 y a los enfermos salud.

Aunque de su hablar discreto  
 todos prendados quedaban, 50  
 en harto poco estimaban  
 sus obras y su valer,  
 en aquella edad tan ruda,  
 al verle barbilampiño,  
 con candideces de niño 55  
 y ternuras de mujer.

Mas no bien huyó del mundo,  
 anublándose su historia  
 doró el hombre su memoria  
 con refulgente arrebol; 60  
 y, como su vida hizo  
 más llena de amor la vida  
 y la tierra más florida,  
 imaginó que era el sol.

Santos fueron los lugares 65  
 donde él estampó su huella,  
 y fue la región más bella  
 do él vertió su claridad;  
 y todo cantor y vate,  
 sintiendo en el alma luego 70  
 de su inspiración el fuego,

le adoró como deidad.

△▽

## Reco

De J. Russell Lowell

Manda el cielo a las gentes enseñanza

△▽

en toda edad y clima, y la acomoda  
al ingenio, al sentir y a la cultura  
de cada lengua y tribu. De esta suerte  
de la verdad en el glorioso reino 5  
nunca impera egoísta un pueblo solo.  
Así toda creencia, que a los hombres  
muestra el recto camino de la vida,  
y que en la fe les da llave y conjuro  
con que las puertas del saber se abren, 10  
fecundo germen de bondad contiene.  
La mente humana, con certero instinto,  
de las divinas fábulas que forja,  
su fe legitimando en la hermosura,  
místico don en las entrañas cela. 15  
Y este místico don hace patentes,  
cual vara de virtud en diestra mano,  
de la verdad oculta los veneros.  
Nada creó naturaleza en balde.  
Bajo el uso vulgar de cada cosa 20  
recóndito saber habla y descubre  
misterios del espíritu al oído.  
Los sueños que tejió la fantasía  
así también si el ánimo deleitan,  
de natura las obras emulando, 25  
hondo sentido a la razón ofrecen.  
Oídme leyenda, pues, del pueblo heleno,  
lozana y fresca aún, con la perenne  
juventud de las gracias, como friso,  
que en pario mármol esculpió el artista 30  
por virtud de los siglos vencedora.  
Reco, gallardo mozo, por el bosque  
vagaba, y vio una encina, cuyo tronco,  
del rayo herido, iba a doblarse: entonces  
tuvo piedad de tan hermoso árbol 35  
y le dio firme apoyo con esmero.  
Sin más pensar y con incierta planta

ya se alejaba, cuando oyó, cual suelen  
las hojas susurrar que el viento agita,  
blanda voz que le nombra. Se detuvo 40  
y atónito escuchó que nuevamente  
¡Reco! La voz suavísima decía.  
Volvió la cara y contempló con pasmo,  
imagen tenue de dichoso sueño,  
bañando en grato resplandor la sombra 45  
que formaba la encina, la figura  
de una mujer, pero de tal belleza,  
que lo humano excedía; con tan dulces  
ojos que ser divino revelaban;  
y en limpia desnudez, sin la vergüenza 50  
que del pecado y la malicia nace.  
Con palabras tan leves y tan claras  
como el aljófara que la aurora vierte,  
«Soy la dríada de este árbol -dijo-,  
y a su vida ligada está mi vida, 55  
cuya sencilla beatitud sustentan  
rayos de sol y gotas de rocío.  
Pídeme un don y le tendrás, si puedo,  
pues gusto de mostrarme agradecida».  
«Mi corazón vacila temeroso, 60  
pero me anima la gentil oferta  
-Reco le respondió-: tan sólo logra  
Amor satisfacer la ansia infinita  
del alma: dame amor o la esperanza  
de tu amor que ha de ser mi afán eterno». 65  
Ella replica, tras de pausa breve,  
y triste dejo en sus palabras pone:  
«Te concedo mi amor; pero conozco  
los peligros del don: una hora antes  
vuelve en mi busca de que el sol se oculte». 70  
Y Reco no vio más sino la verde  
obscura pompa de la hojosa encina,  
y sólo pudo percibir su anhelo  
el murmullo del aura en la enramada,  
y allá a lo lejos, en alcor florido, 75  
el rústico sonar que del albogue  
arranca un zagalillo que reposa.

Cándida luz la fe daba a los hombres  
de aquella edad; y el éxito espantable  
y el prodigio feliz nunca bastaban 80  
las lindes a salvar que a lo posible  
imperfecto saber más tarde puso.  
Nada por bello y noble parecía  
al corazón audaz premio sobrado.  
Reco no dudó, pues, de su ventura. 85  
Bajo sus pies, a la ciudad volviendo,

pensó que ufano el suelo florecía,  
que era más clara la amplitud del éter,  
que alas para cruzarla le brotaban,  
y que del sol los rayos, en sus venas 90  
infundidos, prestaban a la sangre  
calor salubre y levedad celeste.

Aunque tierno y leal, los verdes años  
hacían voluble el ánimo de Reco,  
y cuanto al paso le brindaba goces 95  
cautivo le tenía, trascordando  
por placer corto egregias esperanzas.  
Encontró, pues, de amigos una turba,  
que jugaba a los dados; y en el juego  
un instante su dicha dio al olvido. 100  
Contraria, al empezar, le fue la suerte  
mas ya Reco triunfante se engreía,  
cuando en la estancia penetró una abeja  
y llegó susurrando hasta su oído.  
Él la ahuyentó con impaciente mano. 105  
La abeja pertinaz tornó tres veces:  
y él con enojo y descompuesta furia  
la rechazó cruel; y herida ella  
huyó por la ventana al libre viento.  
Reco con mirar torvo la seguía, 110  
cuando notó que el luminoso disco  
iba a esconder el sol tras de la cumbre  
de los más altos montes de Tesalia.  
El corazón entonces le dio un vuelco,  
y sin decir palabra, como loco, 115  
recorrió la ciudad, salvó las puertas,  
la llanura cruzó y entró en el bosque,  
do la tarde sus sombras ya tendía.

Cansado y sin aliento llegó al árbol,  
y escuchó con temor y oyó de nuevo 120  
la voz delgada que en sumiso tono  
¡Reco!, cerca decía: pero inútil  
mirar doquier: ni luz, ni bella forma:  
sólo vio obscuridad bajo la encina.  
Y prosiguió la voz: «¡Ay! Nunca, nunca 125  
me volverás a ver; a mí que quise  
con puro amor glorificar tu vida  
y en tu boca mortal verter el néctar.  
Pero volvió con alas quebrantadas  
mi desdeñada mensajera humilde, 130  
y espíritus cual yo sólo se muestran  
de seres compasivos a los ojos.  
Exclusiva ternera no pedimos,  
antes al que desprecia de natura  
la obra más baja rechazar debemos, 135



desapareciendo de su torpe vista.  
 Adiós, adiós; ya nunca podrás verme.»  
 Con palpitante corazón al punto  
 Reco exclamó: «¡Piedad, perdón te pido!  
 No reincidir te juro en tanta culpa.» 140  
 «¡Ay! -la voz replicó. -Yo soy piadosa.  
 Ciego estás tú. Yo, Reco, te perdono:  
 pero carezco de virtud que alcance  
 a sanar de tu espíritu los ojos.  
 El alma misma sana sólo al alma.» 145  
 Y Reco no oyó más sino el susurro  
 del aura en el follaje, parecido  
 al resonar remoto de las olas,  
 que mueven piedrezuelas en la playa.  
 La noche, en tanto, la envolvió en su velo; 150  
 y en el llano, a lo lejos, relucía  
 la ciudad con mil luces; y el ruido  
 de músicas y fiestas hasta Reco  
 cual maldición fatídica llegaba.  
 El cielo desplegó sobre su frente 155  
 la brillantez sublime de los astros;  
 acarició la brisa sus mejillas,  
 y vio en torno placer y vio deleite,  
 y soledad sin fin sintió en el alma.

Washington, 1886.

△▽

### El destructor de los ídolos

De J. Russell Lowell

En nombre del Dios único, 140  
 los ídolos rompía  
 y el Islam difundía  
 el severo Mahamud.  
 Flaqueza momentánea 5  
 tuvo el antiguo templo,  
 mas la venció y dio ejemplo  
 de entereza y virtud.  
 En el santuario obscuro  
 erguíase un coloso, 10

<p>simbólico, espantoso, sobre marmóreo altar. Pavor daban su duro rostro y mirada yerta, a la luz vaga, incierta, del sagrado lugar.</p>	15
<p>Vacilando se para Mahamud por un momento: cobran atrevimiento su turbación al ver los bramines, y espléndido, magnífico rescate, si el ídolo no abate, le llegan a ofrecer.</p>	20
<p>Mahamud desprecia el oro, cual barro vil le mira, y aunque tal vez aspira con todo el que darán a dilatar su imperio, a sostener la guerra y a extender por la tierra la gloria del Islam;</p>	25
<p>al fin resuelto exclama: «Ceder a vuestro ruego quisiera, pues no niego de la oferta el valor: para salvar el ídolo dais más de lo que importa: mas es la suma corta para comprar mi honor.</p>	35
<p>»Ata el poder Fortuna a su voluble rueda, y sólo firme queda la no violada fe: podré ganar de nuevo la riqueza perdida; pero de vil caída alzarme no podré.»</p>	40
<p>La férrea clava entonces blandió Mahamud con brío, al simulacro impío terrible golpe dio; y, con estruendo, al ímpetu de sus robustos brazos, deshecho en mil pedazos</p>	45
	50
	55

el ídolo cayó.

Premiada fue la hazaña:

del Dios la rota entraña,  
cual diluvio, en el suelo  
derramó veces cien  
más perlas y más oro  
que el inmenso tesoro,  
que de Mahamud el celo  
rechazó con desdén.

60

△▽

### Notas del autor

Apenas impresos estos *Ensayos*, el poeta se arrepintió de haberlos dado a la estampa, y nunca temeroso del juicio o más bien de la indiferencia del público, llegó a publicarlos. Están, además, llenos de erratas, sin puntos ni comas, y más para quemados que para leídos.

#### a) Prólogo

El autor de este prólogo, que era a la sazón poco mayor que yo en edad, saber y gobierno, aunque es en el día hombre de bastante erudición, persona siempre de aventajado ingenio y queridísima mía de todas veras, se propuso elogiarme de cualquier modo y salir del paso a la buena de Dios, yo creo que sin leer, y, por lo tanto, sin entender los versos que había de criticar por los cuales, si los hubiese leído, aunque acaso sean pesados y fastidiosos de leer hubiera venido en conocimiento de que, si bien en ellos hay hartas imitaciones, ya que no felices, no faltan tampoco cosas originales, y hubiera visto a las claras que el autor es siempre el autor, imite a quien imite, y que en aquellos tiempos, ni aun para imitar a lord Byron andaba desesperado y mal avenido con el mundo, la vida, la mujer, etcétera, sino que, por el contrario, vivía lleno de ilusiones, de esperanzas, y en medio de sueños que, entre otros muchos defectos, tienen, a no dudarlo, el de ser inocentísimos.

El autor del prólogo, digo, que no descubrió en estos versos lo mejor, lo único bueno que hay en ellos a saber: el alma del poeta, la cual entonces aun era bonísima, amantísima y candidísima. Este librito está, como mi corazón de aquellos tiempos, lleno de simplicidad, lo confieso, pero lleno también de amor por todo lo bello y lo bueno, por la patria, por los amigos, la familia, la ciencia, por Dios y por una infinidad de seres fantásticos, que yo mismo fingía, en los que creía de buena fe y de los que andaba seriamente enamorado. Las opiniones de los filósofos, las más opuestas, yo las aceptaba todas con tal de que me pareciesen bonitas, y las encajaba en mis versos, sin

curarme de si eran verdaderas o falsas, y aun sin examinarlas ni conocerlas bien, porque sabía poquísimos de todo, y aun no sé gran cosa de nada.

El señor don Antonio Alcalá Galiano, a quien envié un ejemplar de estas poesías acabadas de imprimir, hizo de ellas un juicio crítico que he perdido, pero en el cual elogiaba mucho mi ingenio poético (acaso ser deudo mío le cegase), y asimismo notaba varios defectos de versificación y hasta de gramática que hay en ellos. Uno de los cuales, a tener yo bastante autoridad para ello, habría pasado como licencia poética, esto es, que en verso diría: *vistes, oístes* por *viste* y *oíste*, siendo esta *s* como la *v* de los griegos, que es a la par desinencia de plural en los verbos y añadidura eufónica para evitar la unión de muchas vocales.

En cuanto a los demás yerros, no tengo otra disculpa sino mi ignorancia invencible, pues en la escuela nunca me enseñaron gramática, ni creo que el maestro la supiese: por manera que lo que en el día se me alcanza de este arte, así como de otras varias doctrinas, a mí mismo lo debo, que lo he ido poco a poco pillando de aquí y de allí y como al acaso. Porque, a decir verdad, nada aprendí nunca en la escuela, ni en el estudio, ni en la Universidad; todo lo que sé, que es bien poco, lo he aprendido conmigo mismo, sin orden, sin maestro y sin un fin determinado. Por donde yo algunas veces pierdo pies y hasta la cabeza y me engolfo tan locamente en los desatinos de mi orgullo, que llego a imaginar que valgo y que sé bastante, y que casi todos mis maestros eran gente de poco más o menos, y hasta algunos de ellos unos asnos. Otras veces caigo en el contrario extremo de la humildad y me digo a mí mismo aquello de Moratín:

Si en las escuelas no aprendiste nada,  
si en poder de aquel dómine pedante  
siempre tu banda fue la desgraciada,  
¿porqué seguir procuras adelante?  
Un arado, una azada, un escardillo  
para quien eres tú fuera bastante.

Pero hay tantos y tantos en mi país que debían ir a arar y a cavar, y que, sin embargo, escriben y hasta logran fama, que me consuelo al cabo y me animo.

### **b) En el álbum de María**

He aquí una notable semejanza con aquello de Góngora:

Dormid, que el niño alado  
de vuestras almas dueño  
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Si es un mal plagio o una feliz imitación, júzguelo quien leyere. Yo no lo creo sino una aplicación de la imagen de Góngora a una situación muy diferente.

### **c) A Lucinda**

Estos versos, tomados del primer canto del *Don Juan*, de Byron, y escritos por mí cuando apenas tendría dieciséis años, deben estar aún en poder de la señora condesa de C., para quien se compusieron, siendo su novio yo, y ella bastante bonita, aunque una mocosa de catorce años.

### **d) A Laureta**

Versos tontos y embusteros; nunca conocí ni sé que haya existido en el mundo la Laureta de que se trata en ellos.

### **e) Imitación de Lamartine**

Julián Romea ha tomado también de Lamartine el pensamiento que da asunto a este soneto, puede que con más arte, pero no con más sentido.

### **f) En el álbum de Conrado**

Pésimos versos que merecen por comentario esta proposición aritmética: el autor es a Horacio, su modelo, lo que Conrado es a Virgilio.

### **g) En la tumba de Laureta**

Estos versos que, con todas sus imperfecciones, no se puede negar que están escritos con el alma, fueron inspirados, no por Laureta, que, ni muerta ni viva ha existido nunca

más que en mi imaginación, sino por las dulcísimas y amorosas palabras del Evangelio, que les sirve de epígrafe.

#### **h) A la muerte de Espronceda**

Conocí a Espronceda en Carratraca, donde estuvo curándose, por los años de 1839, y como yo a la sazón era un chiquillo nada bien criado, me admiraba tanto y más de su desvergüenza, de sus palabras impías y groseras y de su lujosa inmoralidad que de sus lindos, versos, a los cuales, sin embargo, ponía yo entonces por encima de los de Homero, Dante, Shakespeare, etc.

#### **i) La maga de mis sueños**

Si bien la anterior canción no está limada y sí llena de incorrecciones, todavía es lo más bello de cuanto he escrito en mi vida, porque es lo más sentido y lo más verdadero, y al par lo más vago, amoroso y místico.

#### **j) A Lelia**

Estos versos fueron escritos para doña G. G. de A., a quien requerí de amores estando en Madrid por los años de 1842 a 1843. Tenía yo entonces diecisiete. Stenio y Lelia son personajes de una novela de madame Sand.

#### **k) Al mar**

De suponer es que en esto del padre Océano quise imitar lo del gigante Adamastor; pero no hay tal. Al escribir mi oda al mar me acordé de Quintana, de Horacio y del coro de la *Medea*, de Séneca; en Camoens no pensé siquiera, y si parece que le imito, es mera coincidencia. Yo siempre he hallado en Camoens un poeta de mucha ternura, notable ingenio y elevados sentimientos patrióticos; pero nunca un Virgilio, un Ariosto, ni un Tasso siquiera. El mayor mérito de Camoens es haber venido a tiempo para personificar en sí y para compendiar en su poema, como en cuadro sinóptico, todas las glorias de su nación, gloriosísima entonces; pero su mezcla de cristianismo y mitología es tan sin arte y tan sin filosofía, que aburre y desespera al menos avisado. Véase cómo el Tasso, el Ariosto y el Dante supieron usar de la mitología y se notará la diferencia. En cuanto al gigante Adamastor, que es lo que viene al caso, debo decir que no merece grandes elogios. A fuerza de ser feo el tal gigante, no causa miedo, sino asco y risa, con sus dientes amarillos y otras porquerías por este orden. En vano pretende convencernos de que no es titán fulminado por Júpiter. Yo no veo en él sino un ídolo chino, de los que el

poeta pudo notar en Cantón. Por más que le dé proporciones colosales, sigue siendo grotesco y no llega a ser sublime y terrible.

### **l) La virgen misteriosa**

Bellísimo pensamiento de Schiller, lánguido y verbosamente interpretado por mí en esta composición.

### **m) Soneto**

Tonto.

### **n) La ninfa de las aguas**

La candidez y voluptuosa inocencia de este sueño no deja de tener gracia.

### **ñ) la nueva flor de Gnido**

Todo esto es mentira y necedad.

### **o) Soneto**

Tonto.

### **p) Fábula de Euforión**

Euforión es la personificación del poeta, elevado a la más alta potencia, y es también lord Byron mismo *mitologizado*.

El asunto de esta fábula está tomado del *Fausto*, segunda parte; pero es otro el poeta, otras las imágenes, otros los sentimientos y aun las ideas.

CORO DE NINFAS. -Estos cantos de las ninfas no basta ser poeta para escribirlos como aquí van escritos: menester es, además, tener dieciséis o diecisiete años. El sentimiento y la dulzura y la inocencia que hay en ellos no se pueden fingir.

*En sus suaves cánticos de amores.*- El más vivo entusiasmo por toda la hermosura de la naturaleza anima estos cantos de las ninfas, las cuales son lindas y amables personificaciones de las energías o virtudes ocultas que hay en las cosas y que les dan ser, vida, forma y ornato.

*Hijo sublime de la hermosa Helena.* -El canto de Homero a Mercurio me inspiró este coro de las ninfas, que se halla asimismo en el *Fausto*. Difícil es imitar y compendiar las gracias del largo poema del poeta griego en las pocas palabras en que aquí va comprendido. Yo estoy descontentísimo de mi imitación. Y, sin embargo, no me faltaba sino arte; porque la inspiración y hasta el entusiasmo religioso yo los tenía. Cuando más mozo aun no podía yo comprender la belleza moral y severa del cristianismo, y, a pesar de Chateaubriand y de los románticos, era más pagano que cristiano. Y todos los misterios de nuestra santa religión no me parecían sino pálidas, tristes y desaliñadas imitaciones de las hermosas fábulas griegas. La razón, y sobre todo la bondad divina, me han hecho después cambiar de aviso.

LAS NINFAS. -*Nessun maggior dolore*, para los pueblos que, como la Italia y la Grecia, tienen una historia gloriosa, que es recuerdo de la pasada grandeza en la miseria presente. Y en Italia y en Grecia este recuerdo está en el fondo de todos los corazones. Cuentan las historias que durante las luchas desesperadas del Imperio de Oriente con los bárbaros, aunque los griegos eran ya cristianos, suponían y creían que Aquiles llegaba del infierno, a caballo y armado de todas armas, para darles auxilio en la pelea. Lo mismo, aunque menos verosímilmente, hemos fingido los españoles del Apóstol Santiago y lo mismo fingieron de varios semi-dioses otras muchas naciones: como los romanos de Quirino y de Cástor y Pólux.

#### **q) En la égloga cuarta de Virgilio**

Para dar más mérito y evidencia a la profecía de Virgilio le hago decir aquí algunas de las cosas que dijo Isaías y que a él nunca se le ocurrieron.

#### **r) La divinidad de Cristo**

Cualquiera diría al leer estos versos en su principio, que aunque pobres de gracias poéticas y de ciencia teológica están escritos *corde puro, conscientia bona et fide non ficta*, como dice el apóstol. Por desgracia mía, sin embargo, en esto de catolicismo yo soy como los gitanos, que si no la pegan a la entrada la pegan a la salida; y sí es que, con decir a lo último que la humanidad se llenó de entusiasmo y llamó a Cristo hijo de sus entrañas, vengo a dar a conocer lo falso de mi fe y que, a pesar de que entonces no



había yo aún leído nada de lo que hoy se llama humanismo o egoteísmo, era ya un tanto cuanto egoísta, sin saberlo ni sospecharlo siquiera.

FIN DE LAS «POESÍAS»

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

